

# DIEZ DÍAS QUE SACUDIERON EL MUNDO

JOHN REED

Ilustrado por

**FERNANDO VICENTE**

Traducido por

**Íñigo Jáuregui**

John Reed fue testigo de la Revolución de Octubre, asistió en Petrogrado al II Congreso de los Sóviets de Obreros, Soldados y Campesinos de toda Rusia y vivió los acontecimientos que cambiaron la historia del siglo XX. Ésta es la crónica diaria y exhaustiva del proceso revolucionario, con entrevistas a los líderes de las diferentes facciones, que supone un excepcional relato del hervidero político que se vivió en Rusia en 1917. Reed, que años atrás acompañó a Pancho Villa durante la Revolución mexicana como corresponsal y viajó a lo largo de todo el frente oriental durante la Primera Guerra Mundial, ofrece aquí un apasionado relato de los acontecimientos vividos en Petrogrado mientras Lenin y los bolcheviques se hacían con el poder. Captura el espíritu de las masas embriagadas de idealismo y excitación ante la caída del Gobierno provisional, el asalto al Palacio de invierno y la toma del poder. Desde su publicación en 1919, este apasionante relato de un periodista occidental, se convirtió en uno de los grandes textos del periodismo norteamericano. Una obra maestra del reportaje que Lenin definió como «la exposición más veraz y vívida de la Revolución».

John Reed

# Diez días que sacudieron el mundo

**ePub r1.0**
**Titivillus** 14.02.2020

Título original: *Ten Days that Shook the World*
John Reed, 1919
Traducción: Íñigo Jáuregui
Ilustraciones: Fernando Vicente

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Notas

# DIEZ DÍAS QUE SACUDIERON EL MUNDO

JOHN REED

Ilustrado por

**FERNANDO VICENTE**

Traducido por

**ÍÑIGO JÁUREGUI**

# INTRODUCCIÓN

He leído con el máximo interés y atención constante el libro de John Reed, *Diez días que sacudieron al mundo*, y lo recomiendo sin reservas a los trabajadores del mundo. Éste es un libro que me gustaría ver publicado por millones de ejemplares y traducido a todas las lenguas, ya que ofrece una verídica y muy vívida exposición de los hechos que son tan importantes para comprender debidamente lo que es la revolución proletaria y la dictadura del proletariado. Estos problemas se han discutido ampliamente, pero antes de aceptar o rechazar estas ideas, se ha de comprender plenamente el sentido de esa decisión. El libro de John Reed contribuirá sin duda a aclarar esta cuestión, que es el problema fundamental del movimiento obrero universal.

Nikolái Lenin
(Vladímir Ilich Uliánov)



# PREFACIO

Este libro es un fragmento de intensa historia, tal como yo la veo. No pretende ser más que el relato detallado de la Revolución de Noviembre, cuando los bolcheviques, al frente de los trabajadores y soldados, tomaron el poder estatal ruso y lo pusieron en manos de los sóviets.

Naturalmente, trata en gran parte del «Petrogrado Rojo», la capital y el corazón de la insurrección. No obstante, el lector debe comprender que lo que ocurrió en Petrogrado se produjo casi por duplicado, con mayor o menor exactitud y a diferentes intervalos de tiempo, en toda Rusia.

En este libro, el primero de una serie que estoy escribiendo, me limitaré a hacer una crónica de los acontecimientos que observé y viví en persona, y de los avalados por pruebas fiables, precedida por dos capítulos que resumen los antecedentes y las causas de la Revolución de Noviembre. Soy consciente de que estos dos capítulos son de difícil lectura, pero resultan esenciales para entender lo que sigue.

Muchas preguntas asaltarán al lector. ¿Qué es el bolchevismo? ¿Qué clase de estructura gubernamental montaron los bolcheviques? Si los bolcheviques defendieron la Asamblea Constituyente antes de la Revolución de Noviembre, ¿por qué luego la derrocaron mediante las armas? Y si la burguesía se opuso a la Asamblea Constituyente hasta que el peligro del bolchevismo se hizo visible, ¿por qué la defendieron después?

Estas y muchas otras preguntas no pueden responderse aquí. En otro volumen, *De Kornílov a Brest-Litovsk*, trazo el curso de la revolución hasta, e incluyendo, la paz alemana. Allí explico el origen y las funciones de las organizaciones revolucionarias, la evolución del sentimiento popular, la disolución de la Asamblea Constituyente, la estructura del Estado soviético, y el transcurso y resultado de las negociaciones de Brest-Litovsk…

Al considerar el surgimiento de los bolcheviques, es necesario comprender que la vida económica rusa y el Ejército ruso eran el resultado lógico de un proceso que empezó allá por 1915. Los corruptos reaccionarios que controlaban la corte del zar se propusieron destruir Rusia con el fin de concertar una paz por separado con Alemania. La falta de armas en el frente, que había causado la gran retirada en el verano de 1915, la escasez de víveres en el Ejército y en las grandes ciudades, el colapso de las manufacturas y el

transporte en 1916, todo ello, como sabemos ahora, formaba parte de una gigantesca campaña de sabotaje, que fue frenada a tiempo por la Revolución de Marzo.

Durante los primeros meses del nuevo régimen, a pesar del caos inherente a una gran revolución en la que ciento sesenta millones de personas, entre las más oprimidas del mundo, alcanzaron de pronto la libertad, tanto la situación interna como el poder combativo del Ejército, de hecho, mejoraron.

Pero la «luna de miel» fue corta. Las clases pudientes querían una mera revolución política, que quitaría el poder al zar y se lo daría a ellas. Querían que Rusia fuera una república constitucional, como Francia o Estados Unidos, o una monarquía constitucional, como Inglaterra. Las masas populares, por su parte, querían una verdadera democracia industrial y agraria.

William English Walling, en su libro *El mensaje de Rusia*, un relato de la revolución de 1905, describe muy bien el estado de ánimo de los trabajadores rusos, que después apoyarían el bolchevismo casi unánimemente:

> [Los trabajadores] Comprendieron que, incluso bajo un gobierno libre, si el poder caía en manos de otras clases sociales, seguirían muriéndose de hambre […].
>
> El trabajador ruso es revolucionario, pero no violento, dogmático, ni estúpido. Está preparado para las barricadas, pero las ha estudiado, y es el único entre los trabajadores del mundo que sabe de ellas por experiencia. Está dispuesto a combatir hasta el final a su opresor, la clase capitalista, pero no ignora la existencia de otras clases. Simplemente pide que las otras clases tomen partido en el conflicto encarnizado que se avecina […].
>
> Todos [los trabajadores] estaban de acuerdo en que nuestras instituciones políticas [estadounidenses] eran preferibles a las suyas, pero no estaban ansiosos por cambiar un déspota por otro (por ejemplo, la clase capitalista) […].
>
> Los trabajadores de Rusia no fueron fusilados a centenares en Moscú, Riga y Odesa, encarcelados a millares en todas las prisiones rusas, y exiliados a los desiertos y las regiones árticas, a cambio de los dudosos privilegios de los trabajadores de Goldfields y Cripple Creek […].

Y así se desarrolló en Rusia, en mitad de una guerra extranjera, la revolución social, además de una revolución política, que culminó en el

triunfo del bolchevismo.

J. Sack, director en este país de la Oficina de Información Rusa, opositora al Gobierno soviético, dice lo siguiente en su libro *El nacimiento de la democracia rusa*:

> Los bolcheviques organizaron su propio gabinete, con Nikolái Lenin como presidente y León Trotski como ministro de Asuntos Exteriores. La inevitabilidad de su llegada al poder se hizo evidente casi inmediatamente después de la Revolución de Marzo. La historia de los bolcheviques, después de la revolución, es la historia de su crecimiento constante.

Los extranjeros, especialmente los norteamericanos, resaltan frecuentemente la «ignorancia» de los trabajadores rusos. Es cierto que éstos carecían de la experiencia política de los pueblos de Occidente, pero estaban muy bien entrenados en la organización voluntaria. En 1917, las sociedades cooperativas de consumidores rusos tenían más de doce millones de afiliados, y los propios soviéticos son un magnífico ejemplo de su genio organizativo. Además, probablemente no haya en el mundo un pueblo tan bien formado en la teoría socialista y en su aplicación práctica.

William English Walling los describe así:

> La mayoría de los trabajadores rusos sabe leer y escribir. Durante muchos años el país ha estado en una situación tan revuelta que han tenido la ventaja de ser liderados no solo por individuos inteligentes de su misma extracción, sino por buena parte de la clase culta, igualmente revolucionaria, que ha aportado a los trabajadores sus ideas a favor de la regeneración política y social de Rusia.

Muchos escritores explican su hostilidad al Gobierno soviético argumentando que la última fase de la Revolución rusa fue simplemente una lucha de los elementos «respetables» contra los brutales ataques del bolchevismo. Sin embargo, fueron las clases pudientes las que, al notar el poder creciente de las organizaciones populares revolucionarias, decidieron destruirlas y detener la revolución. Con este objetivo, las clases pudientes terminaron recurriendo a medidas desesperadas. Para hundir el ministerio de Kérensky y a los sóviets, se desbarató el transporte y se provocaron disturbios internos; para hundir a los comités de fábrica, se cerraron plantas y se

desviaron el combustible y las materias primas; para destruir a los comités del Ejército en el frente, se restauró la pena capital y se urdió una derrota militar.

Esto era echar leña, y de la buena, al fuego bolchevique. Los bolcheviques respondieron predicando la lucha de clases y afirmando la supremacía de los sóviets.

Entre estos dos extremos, apoyados más o menos incondicionalmente por otras facciones, estaban los llamados socialistas «moderados», los mencheviques y socialrevolucionarios, y varios bandos menores. Estos grupos también sufrían los ataques de las clases pudientes, pero su poder de resistencia estaba mermado por sus teorías.

Básicamente, los mencheviques y los socialrevolucionarios creían que Rusia no estaba madura económicamente para una revolución social, y que sólo era posible una revolución política. Según su interpretación, las masas rusas no estaban suficientemente instruidas para tomar el poder. Cualquier intento de hacerlo causaría inevitablemente una reacción, mediante la cual algún oportunista sin escrúpulos podría restaurar el viejo régimen. De esto se deducía que, cuando los socialistas «moderados» se vieran obligados a asumir el poder, tendrían miedo de hacerlo.

Creían que Rusia debía recorrer las mismas fases de desarrollo político y económico conocidas en Europa occidental, para llegar finalmente, junto con el resto del mundo, al socialismo plenamente desarrollado. Por eso, lógicamente, coincidían con las clases pudientes en que Rusia debía ser primero un Estado parlamentario, aunque con ciertas mejoras respecto a las democracias occidentales y, en consecuencia, insistían en la colaboración de las clases pudientes en el gobierno.

De ahí a apoyarlas no había más que un paso. Los socialistas «moderados» necesitaban a la burguesía, pero la burguesía no necesitaba a los socialistas «moderados». Y así resultó que los ministros socialistas se vieron obligados a ir cediendo poco a poco en todo su programa, mientras las clases pudientes se mostraban cada vez más apremiantes.

Al final, cuando los bolcheviques desbarataron ese compromiso hueco, los mencheviques y los socialrevolucionarios se encontraron luchando en el bando de las clases adineradas. En casi todos los países del mundo asistimos hoy al mismo fenómeno.

En vez de ser una fuerza destructiva, tengo la impresión de que los bolcheviques fueron el único partido en Rusia con un programa constructivo y con el poder de implantarlo en el país. Si no hubieran alcanzado el gobierno cuando lo hicieron, tengo pocas dudas de que los ejércitos de la Alemania

imperial habrían tomado Petrogrado y Moscú en diciembre, y Rusia estaría de nuevo sometida a un zar.

Todavía, después de un año entero de gobierno soviético, se suele hablar de la insurrección bolchevique como de una «aventura». Desde luego que fue una aventura, una de las más maravillosas en que se ha embarcado la humanidad, porque se hizo historia al frente de las masas obreras, subordinándolo todo a sus vastos y sencillos deseos. Ya se había montado el mecanismo por el que las grandes fincas se distribuirían entre los campesinos. Los comités de fábrica y los sindicatos estaban allí para poner en marcha el control obrero de la industria. En cada pueblo, ciudad, distrito y provincia había sóviets con diputados de los trabajadores, soldados y campesinos, preparados para asumir la tarea de la administración local.

Al margen de lo que se piense del bolchevismo, es innegable que la Revolución rusa es uno de los grandes acontecimientos de la historia humana, y el surgimiento de los bolcheviques, un fenómeno de importancia mundial. Igual que los historiadores investigan hasta los más ínfimos detalles de la historia de la Comuna de París, también querrán saber qué ocurrió en Petrogrado en noviembre de 1917, el espíritu que alentó al pueblo, qué aspecto tenían sus jefes, cómo hablaban y actuaban. Ésta es la razón por la que he escrito este libro.

Durante la lucha, mis sentimientos no fueron neutrales. Pero, al contar la historia de aquellos días heroicos, he intentado mirar los hechos con los ojos de un reportero concienzudo e interesado en consignar la verdad.

J. R.

Nueva York, 1 de enero de 1919

# CRONOLOGÍA

## LA REVOLUCIÓN RUSA:
## CRONOLOGÍA DE LOS HECHOS EN 1917

Las fechas de la primera columna corresponden al calendario ruso tradicional, y las de la segunda columna, al moderno

| | | |
|---|---|---|
| 22-26 de febrero | 7-11 de marzo | Huelgas y manifestaciones en Petrogrado. |
| 27 de febrero | 12 de marzo | Derrocamiento del régimen zarista en Petrogrado; creación del Comité de Estado; creación del Sóviet de Diputados Obreros de Petrogrado. |
| 1 de marzo | 14 de marzo | El Sóviet de Petrogrado promulga la orden n.º 1. Primer Gobierno provisional bajo el príncipe Lvov. |
| | | Nicolás II abdica en favor de su hermano Miguel. |
| 3 de marzo | 16 de marzo | Abdicación de Miguel. |
| 14 de marzo | 27 de marzo | El Sóviet de Petrogrado publica un manifiesto apelando a todos los pueblos para poner fin a la guerra. |
| 3 de abril | 16 de abril | Lenin llega a Petrogrado. |
| 7 de abril | 20 de abril | Lenin publica las *Tesis de Abril*. |

| | | |
|---|---|---|
| 18 de abril | 1 de mayo | Miliukov, ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno provisional, envía una carta en la que reafirma la lealtad de Rusia a sus aliados y su promesa de no concertar una paz por separado. |
| 20-22 de abril | 3-5 de mayo | Manifestaciones en protesta por la carta de Miliukov. |
| 27 de abril | 10 de mayo | El príncipe Lvov invita a representantes del Sóviet de Petrogrado a participar en el Gobierno provisional. |
| 2 de mayo | 15 de mayo | Se hace oficial que Miliukov y Guchkov, ministro de la Guerra, han dimitido. |
| 4 de mayo | 17 de mayo | Trotski llega a Rusia. |
| 5 de mayo | 18 de mayo | Formación del Gobierno de coalición provisional bajo el príncipe Lvov. |
| 5 de mayo | 18 de mayo | Varios mencheviques y socialrevolucionarios toman posesión de su cargo; Kérensky, ministro de la Guerra. |
| 3-24 de junio | 16 de junio-7 de julio | Primer Congreso de Sóviets. |
| 18 de junio | 1 de julio | Comienza una ofensiva bélica, ordenada por Kérensky. |
| | | Manifestaciones en Petrogrado; predominio de los eslóganes bolcheviques. |
| 2 de julio | 17 de julio | Los demócratas constitucionales (kadetes) abandonan el Gobierno provisional de coalición. |
| 3-5 de julio | 16-18 de julio | Manifestaciones en Petrogrado, respaldadas el 4 de julio (17 de julio en el calendario moderno) por el Comité Central bolchevique; reprimidas hacia el 5 de julio (18 de julio) con la ayuda de las tropas. |
| | | Medidas tomadas contra los bolcheviques: Lenin, Zinóviev y otros se ven obligados a esconderse. |
| 8 de julio | 21 de julio | Kérensky, primer ministro. |
| 19 de julio | 1 de agosto | Kérensky nombra al general Kornílov comandante en jefe. |

| | | |
|---|---|---|
| 24 de julio | 6 de agosto | Segundo Gobierno provisional de coalición, presidido por Kérensky, que incluye a los demócratas constitucionales (kadetes). |
| | | Trotski y Lunacharsky, arrestados. |
| 26 de julio-3 de agosto | 8-16 de agosto | Sexto congreso del Partido Bolchevique. |
| 12-14 de agosto | 25-27 de agosto | El Gobierno provisional convoca un congreso estatal en Moscú. |
| 25 de agosto | 7 de septiembre | El general Kornílov empieza a movilizar tropas a Petrogrado. |
| 28 de agosto | 10 de septiembre | Fracasa el movimiento de Kornílov. |
| 31 de agosto | 13 de septiembre | El Sóviet de Petrogrado aprueba la resolución bolchevique. |
| 1 de septiembre | 14 de septiembre | Kérensky organiza el Directorio como sustituto temporal del gabinete. |
| 4 de septiembre | 17 de septiembre | Kérensky ordena la disolución de los comités creados para combatir a Kornílov. |
| | | Trotski, liberado. |
| 6 de septiembre | 19 de septiembre | El Sóviet de Moscú muestra por primera vez una mayoría bolchevique en una votación. |
| 23 de septiembre | 6 de octubre | El Sóviet de Petrogrado elige presidente a Trotski. |
| 25 de septiembre | 8 de octubre | Nuevo Gobierno de coalición provisional. |
| 7 de octubre | 20 de octubre | Se reúne el pre-Parlamento. |

| | | |
|---|---|---|
| 10 de octubre | 23 de octubre | El Comité Central bolchevique, con la presencia de Lenin, decide organizar una insurrección armada. |
| | | Kámenev y Zinóviev votan en contra. |
| 12 de octubre | 25 de octubre | El Sóviet de Petrogrado crea el Comité Militar Revolucionario. |
| 24 de octubre | 6 de noviembre | Los bolcheviques ultiman los preparativos para la insurrección. |
| | | El Gobierno provisional se moviliza y cierra los periódicos bolcheviques. |
| | | Lenin llega al Instituto Smolny. |
| 25 de octubre | 7 de noviembre | Se inaugura el Segundo Congreso de Sóviets, con mayoría bolchevique. Kérensky abandona Petrogrado para organizar la resistencia. |
| | | Derrocamiento del Gobierno provisional en Petrogrado. |
| 26 de octubre | 8 de noviembre | El Gobierno soviético organiza los decretos sobre la paz y la tierra. |



Al lector medio le resultará extremadamente confusa la multiplicidad de las organizaciones rusas —grupos políticos, comités y comités centrales, sóviets, dumas y sindicatos—. Por esta razón, daré aquí unas breves definiciones y aclaraciones.

## PARTIDOS POLÍTICOS

En las elecciones de la Asamblea Constituyente, había diecisiete listas en Petrogrado, y en algunas ciudades de provincia hasta cuarenta, pero el siguiente resumen de los objetivos y la composición de los partidos políticos se limita a los grupos y facciones mencionados en este libro. Por falta de espacio, sólo se indicará la esencia de sus programas y el carácter general de sus electores.

1. **Monárquicos de diverso tipo, octubristas, etc**. Estas facciones, antaño poderosas, no existían ya abiertamente. O bien trabajaban en la clandestinidad, o sus miembros se unieron a los kadetes, quienes, poco a poco, terminaron defendiendo su programa político. Representantes en este libro: Rodzianko, Shulgin.
2. **Kadetes**. Así llamados por las iniciales de su nombre, constitucionales demócratas. Su nombre oficial es «Partido de la Libertad del Pueblo». Compuesto bajo el zarismo por liberales pertenecientes a las clases pudientes, los kadetes eran el gran partido de la reforma política, que más o menos se correspondería con el Partido Progresista estadounidense. El Gobierno kadete fue depuesto en abril porque se declaró a favor de los objetivos imperialistas aliados, incluyendo los del Gobierno zarista. A medida que la revolución se iba convirtiendo cada vez más en una revolución socioeconómica, los kadetes se volvieron más conservadores. Sus representantes en este libro: Miliukov, Vinaver, Shatski.

   Grupo de los Hombres Públicos. Después de que los kadetes se volvieran impopulares por sus relaciones con la contrarrevolución de

Kérensky, se formó el Grupo de los Hombres Públicos en Moscú. Algunos de sus delegados recibieron carteras en el último gabinete Kérensky. El grupo se declaró no partisano, aunque sus líderes intelectuales eran hombres como Rodzianko y Shulgin. Estaba compuesto por los banqueros, comerciantes e industriales más «modernos», que fueron lo bastante inteligentes para comprender que había que combatir a los sóviets con sus propias armas, es decir, mediante la organización económica. Representantes de este grupo: Lianózov, Konoválov.

3. **Socialistas populares o trudoviques (Partido del Trabajo)**. Partido pequeño numéricamente, compuesto por intelectuales cautos, líderes de las sociedades cooperativas y campesinos conservadores. Aunque se decían socialistas, los populares en realidad apoyaban los intereses de la pequeña burguesía: empleados, comerciantes, etc. Herederos por línea directa de la tradición conciliadora del Partido del Trabajo en la IV Duma Imperial, compuesta en gran parte por representantes campesinos. Kérensky era el jefe de los trudoviques en la Duma Imperial cuando estalló la revolución de marzo de 1917. Los socialistas populares son un partido nacionalista. Sus representantes en este libro: Peshejanov y Chaikovski.
4. **Partido Obrero Socialdemócrata Ruso**. En sus orígenes, socialistas marxistas. En un congreso celebrado en 1903, el partido se escindió en dos facciones por discrepancias tácticas: la mayoritaria (Bolshinstvo) y la minoritaria (Menshinstvo). Estos dos bandos se convirtieron en partidos distintos, ambos llamados «Partido Obrero Socialdemócrata Ruso» y declaradamente marxistas. Desde la revolución de 1905 los bolcheviques eran en realidad una minoría, y volvieron a ser mayoría en septiembre de 1917.
   a) **Mencheviques**. Este partido incluye a socialistas de diversa índole que creen que la sociedad debe evolucionar de forma natural hacia el socialismo, y que la clase trabajadora ha de conquistar primeramente el poder político. También es un partido nacionalista. Era el partido de los intelectuales socialistas. Esto significa que, al haber estado todos los medios educativos en manos de la clases pudientes, los intelectuales reaccionaron instintivamente de acuerdo con su formación y apoyaron a las clases pudientes. Entre sus representantes en este libro están Dan, Lieber, Tseretely.

b) **Internacionalistas mencheviques**. El ala radical de los mencheviques, internacionalistas, opuestos a cualquier coalición con las clases pudientes, pero reticentes a escindirse de los mencheviques conservadores, y contrarios a la dictadura de la clase trabajadora que proponían los bolcheviques. Trotski fue miembro de este grupo durante mucho tiempo. Entre sus líderes: Mártov y Martínov.

c) **Bolcheviques**. El autodenominado Partido Comunista, para subrayar su completa ruptura con la tradición de socialismo «moderado» o «parlamentario», que es la dominante entre los mencheviques y los llamados socialistas mayoritarios en todos los países. Los bolcheviques proponían la insurrección inmediata del proletariado y la toma del poder gubernamental para precipitar la llegada del socialismo, tras asumir por la fuerza el control de la industria, la tierra, los recursos naturales y las instituciones financieras. Este partido expresa principalmente los anhelos de los obreros de las fábricas, pero también de una parte importante de los campesinos pobres.

El nombre *bolchevique* no puede traducirse como «maximalista». Los maximalistas son un grupo aparte (ver parágrafo 5b). Entre sus líderes: Lenin, Trotski, Lunacharsky.

d) **Socialdemócratas Internacionalistas Unificados**. También llamados Grupo de la Nueva Vida (*Novaya Zhizn*), por el nombre del influyente periódico que era su órgano. Un pequeño grupo de intelectuales con muy poco seguimiento entre la clase trabajadora, a excepción de Maksim Gorki, su líder. Intelectuales, con un programa casi idéntico al de los internacionalistas mencheviques, salvo que el grupo Novaya Zhizn se negaba a atarse a ninguna de las dos grandes facciones. Contrarios a las tácticas bolcheviques, permanecieron no obstante en el Gobierno soviético. Otros representantes en este libro: Avilov, Kramarov.

e) **Yedinstvo**. Un grupo muy pequeño y menguante, compuesto casi enteramente por los discípulos personales de Plejánov, uno de los pioneros del movimiento socialdemócrata ruso de la década de 1880, y su gran teórico. Ya anciano, Plejánov era extremadamente patriótico, demasiado conservador hasta para los mencheviques. Tras el golpe de Estado bolchevique, Yedinstvo desapareció.

5. **Partido Social-Revolucionario**. Llamados *eseritas* por las iniciales de su nombre. En sus orígenes, el partido revolucionario de los campesinos y de las organizaciones de combate, es decir, de los terroristas. Tras la Revolución de Marzo, en él se inscribieron muchos que nunca habían sido socialistas. En esa época abogó por la abolición de la propiedad privada en la tierra únicamente, aunque los propietarios debían ser compensados de alguna manera. Al final, el creciente sentimiento revolucionario de los campesinos obligó a los eseritas a abandonar la cláusula de «compensación», y llevó a los intelectuales más jóvenes y exaltados a escindirse del partido en otoño de 1917 para formar uno nuevo, la Izquierda Social-Revolucionaria. Los eseritas, llamados en adelante Derecha Social-Revolucionaria por los grupos radicales, adoptaron la postura política de los mencheviques y trabajaron con ellos. Terminaron representando a los campesinos más prósperos, a los intelectuales y a la población no instruida políticamente de los lejanos distritos rurales. Entre ellos, sin embargo, había mayores diferencias en cuanto a opiniones políticas y económicas que entre los mencheviques. Algunos de sus líderes mencionados en estas páginas: Avkséntiev, Gotz, Kérensky, Chernov, *Babushka* Breshkóvskaya.
   a) **Izquierda Social-Revolucionaria**. Aunque teóricamente compartían el programa bolchevique de la dictadura proletaria, al principio eran reacios a seguir las tácticas despiadadas de los bolcheviques. No obstante, la Izquierda Social-Revolucionaria permaneció en el Gobierno soviético, compartiendo algunas carteras ministeriales, especialmente la de Agricultura. Se retiró del Gobierno en varias ocasiones, pero siempre volvía. Los campesinos, a medida que abandonaban cada vez en mayor número las filas de los eseritas, se afiliaron a la Izquierda Social-Revolucionaria, que se convirtió en el gran partido campesino, que apoyaba al Gobierno soviético y defendía la confiscación sin compensaciones de las grandes propiedades agrícolas y su administración por los propios campesinos. Entre sus líderes: Spiridónova, Karelin, Kamkov, Kalagayev.
   b) **Maximalistas**. Un derivado del Partido Social-Revolucionario, surgido en la revolución de 1905, cuando era un poderoso movimiento campesino que exigía la inmediata aplicación del máximo programa socialista. Después, un grupo insignificante de campesinos anarquistas.

## PROCEDIMIENTO PARLAMENTARIO

Las reuniones y congresos rusos se organizan según el modelo europeo, más que por el estadounidense. La primera medida suele ser la elección de oficiales y del presídium.

El presídium es un comité rector, compuesto por representantes de los grupos y facciones políticas presentes en la asamblea, en proporción a su número. El presídium establece el orden del día, y sus miembros pueden ser llamados por el presidente para dirigir la reunión temporalmente.

Cada cuestión (*vopros*) se formula de modo general y luego se discute. Una vez concluido el debate, las diferentes facciones envían sus resoluciones y cada una de ellas vota por separado. Puede ocurrir, y normalmente ocurre, que el orden del día se rompa en la primera hora. Con la excusa de la «emergencia», casi siempre aceptada por los asistentes, cualquiera en la sala puede levantarse y decir lo que sea sobre cualquier tema. Son los propios asistentes los que controlan la reunión, y las funciones del presidente se limitan prácticamente a mantener el orden tocando una campanilla y a dar el turno a los intervinientes. Casi todo el trabajo real de la sesión se hace en las asambleas de los diferentes grupos y facciones políticas, que casi siempre votan en bloque y son representados mediante delegados. El resultado es que, en cada nuevo punto importante o en cada votación, la sesión hace un receso para que los diferentes grupos y facciones políticas puedan reunirse.

La asamblea es muy ruidosa. Se aclama o se increpa a los oradores, desoyendo los planes del presídium. Algunos de los gritos habituales son: *Prosim!* (¡Por favor!), *Pravilno!* o *Etovierno!* (¡Es cierto!), *Do volno!* (¡Ya basta!), *Doloi!* (¡Fuera!), *Posor!* (¡Qué vergüenza!) y *Teeshe!* (¡Silencio!).

## ORGANIZACIONES POPULARES

1. **Sóviets**. La palabra *sóviet* significa «consejo». Bajo el zarismo, el Consejo de Estado Imperial se llamaba *Gosudarstvennyi Soviet*. No obstante, desde la revolución, el término *sóviet* ha venido asociándose con un cierto tipo de parlamento elegido por miembros de organizaciones económicas proletarias: el sóviet de los trabajadores, de los soldados o de los delegados campesinos. Así pues, he limitado la palabra a estos órganos, y en el resto de ocasiones la he traducido como «consejo».

   Además de los sóviets locales, elegidos en cada ciudad y pueblo de

Rusia —y en las grandes ciudades, los sóviets de barrio (*raionny*)—, están también los sóviets *oblastny* o *gubiernsky* (de distrito o provinciales), y el Comité Ejecutivo Central de los Sóviets de Rusia, llamado Tsik por sus iniciales (ver, más abajo, «Comités Centrales»).

En casi todas partes, los sóviets de los delegados obreros y soldados se unieron poco después de la Revolución de Marzo. No obstante, las secciones de los trabajadores y de los soldados siguieron reuniéndose por separado para tratar los asuntos relativos a sus intereses particulares. Los sóviets de los delegados campesinos no se unieron a los otros dos hasta después del golpe de Estado bolchevique. Ellos también estaban organizados como los trabajadores y los soldados, con un comité ejecutivo de los sóviets campesinos de Rusia, ubicado en la capital.

2. **Sindicatos**. Aunque de tipo mayoritariamente industrial, los sindicatos rusos seguían agrupados por oficios, y en la época de la Revolución bolchevique tenían entre tres y cuatro millones de afiliados. Estos sindicatos también se organizaron en un organismo nacional, una especie de federación rusa de los trabajadores, que tenía su comité central ejecutivo en la capital.
3. **Comités de fábrica**. Eran organizaciones creadas espontáneamente en las fábricas por los trabajadores en su intento de controlar la industria y aprovechar el caos administrativo inherente a la revolución. Su función era tomar y dirigir las fábricas por medio de la acción revolucionaria. Los comités de fábrica tenían su organización nacional, con un comité central ubicado en Petrogrado, que colaboraba con los sindicatos.
4. **Dumas**. La palabra *duma* viene a significar «órgano deliberativo». La antigua Duma Imperial, que pervivió durante seis meses después de la revolución con una forma democratizada, pereció de muerte natural en septiembre de 1917. La duma municipal a la que se hace referencia en este libro, a menudo llamada «Autogobierno Municipal», era el Consejo Municipal reorganizado. Se elegía por votación directa y secreta, y la única razón por la que no logró contener a las masas durante la Revolución bolchevique fue el declive general en la influencia de la representación puramente política frente al poder creciente de las organizaciones basadas en grupos económicos.
5. ***Zemstvos***. Se puede traducir aproximadamente como «consejos nacionales». Bajo el zarismo, fueron organismos medio políticos y medio sociales, desarrollados y controlados principalmente por

intelectuales progresistas pertenecientes a las clases terratenientes. Su función más importante era la educación y el servicio social entre los campesinos. Durante la guerra, los *zemstvos* se fueron quedando a cargo de la alimentación y la indumentaria de todo el ejército ruso, así como de las compras a países extranjeros. Su trabajo entre los soldados del frente fue muy parecido al de la YMCA norteamericana. Tras la Revolución de Marzo, los *zemstvos* se democratizaron, con objeto de convertirse en los organismos de gobierno local en los distritos rurales. Pero, al igual que las dumas municipales, no podían competir con los sóviets.




6. **Cooperativas**. Eran las sociedades cooperativas de consumidores obreros y campesinos, que tenían varios millones de afiliados por toda Rusia antes de la revolución. Fundadas por progresistas y socialistas «moderados», el movimiento cooperativo no tuvo el apoyo de los grupos socialistas revolucionarios, porque era un sustitutivo de la entrega completa de los medios de producción y distribución a los trabajadores. Después de la Revolución de Marzo, las cooperativas se extendieron rápidamente, dominadas por los socialistas populares, los mencheviques y los socialrevolucionarios, y actuaron como una fuerza

política conservadora hasta la Revolución bolchevique. No obstante, fueron las cooperativas las que alimentaron a Rusia cuando se hundió la vieja estructura comercial y de transporte.

7. **Comités del Ejército**. Los comités del Ejército estaban formados por los soldados destinados en el frente para combatir la influencia reaccionaria de los oficiales del antiguo régimen. Cada compañía, regimiento, brigada, división y cuerpo tenía su comité, y por encima de todos ellos se elegía un Comité del Ejército. El Comité Central del Ejército colaboraba con el Estado Mayor. El colapso administrativo en el Ejército causado por la revolución echó sobre los hombros de los comités del Ejército casi todo el trabajo del departamento de intendencia, y en algunos casos hasta el mando del Ejército.
8. **Comités de la Flota**. Las organizaciones correspondientes en la Marina.

## COMITÉS CENTRALES

En la primavera y el verano de 1917, se celebraron asambleas nacionales de las organizaciones más diversas en Petrogrado. Hubo congresos nacionales de sóviets de obreros, soldados y campesinos, congresos sindicales, comités de fábrica, comités del Ejército y de la Flota, aparte de todas las secciones del servicio militar y naval, las cooperativas, las nacionalidades, etc. Cada una de estas convenciones elegía un comité central, o un comité ejecutivo central, para defender sus intereses en la sede del Gobierno. A medida que el Gobierno provisional se fue debilitando, estos comités centrales se vieron obligados a asumir cada vez más competencias administrativas.

Los comités centrales más importantes mencionados en este libro son:

—**Unión de Sindicatos**. Durante la revolución de 1905, el profesor Miliukov y otros progresistas fundaron asociaciones de profesionales (médicos, abogados, físicos, etc.), que se unieron en una organización central, la Unión de Sindicatos. En 1905 la Unión de Sindicatos actuó juntamente con la democracia revolucionaria, pero en 1917 la Unión de Sindicatos se opuso al levantamiento bolchevique y unió a los funcionarios del Gobierno, que hicieron huelga contra la autoridad de los sóviets.

—**Tsik**. Comité Ejecutivo Central Nacional del Sindicato de Ferroviarios. Así llamado por las siglas de su nombre.

## OTRAS ORGANIZACIONES

—**Guardia Roja**. Los obreros armados de las fábricas. La Guardia Roja se constituyó por primera vez durante la revolución de 1905, y volvió a aparecer en marzo de 1917, cuando se necesitaba una fuerza que mantuviera el orden en la ciudad. En esa época estaban armados, y todos los esfuerzos del Gobierno provisional por desarmarlos fueron más o menos inútiles. En cada gran crisis de la revolución, los guardias rojos aparecían en las calles, sin entrenamiento ni disciplina militar, pero llenos de ardor revolucionario.

—**Guardias blancos**. Voluntarios burgueses, surgidos en las últimas fases de la revolución para defender la propiedad privada de los intentos bolcheviques por abolirla. Muchos de ellos eran estudiantes universitarios.

—***Tekhinsti***. La llamada «División Salvaje» del Ejército, compuesta por mahometanos de Asia Central, y adeptos del general Kornílov. Los tekhinsti eran famosos por su obediencia ciega y su crueldad en la guerra.

—**Batallones de la Muerte o Batallones de Choque**. El batallón femenino se conoce mundialmente como el Batallón de la Muerte, pero hubo muchos Batallones de la Muerte compuestos por hombres. Creados en el verano de 1917 por Kérensky para fortalecer la disciplina y el ardor guerrero del ejército y ofrecer un ejemplo de heroísmo. Los Batallones de la Muerte estaban compuestos en su mayor parte por jóvenes y fervientes patriotas, en su mayoría hijos de las clases pudientes.

—**Unión de Oficiales**. Organización formada por oficiales reaccionarios para combatir políticamente el creciente poder de los comités del Ejército.

—**Caballeros de San Jorge**. La Cruz de San Jorge se otorgaba por alguna acción destacada durante el combate. Su titular se convertía automáticamente en caballero de San Jorge. La influencia predominante en la organización era la de los defensores del ideal militar.

—**Unión de los Campesinos**. En 1905 la Unión de los Campesinos era una organización revolucionaria campesina. En 1917, sin embargo, se había convertido en un brazo político de los campesinos más prósperos, cuyo objetivo era combatir el creciente poder y los fines revolucionarios de los diputados de los sóviets campesinos.

# CRONOLOGÍA

En este libro he adoptado nuestro calendario y no el antiguo calendario ruso, que va trece días por delante del nuestro.

# FUENTES

Gran parte del material de este libro procede de mis notas. No obstante, también me he apoyado en un archivo heterogéneo de varios cientos de periódicos rusos de diverso tipo, que cubren casi todos los días de la época descrita. También he recurrido a archivos del periódico inglés *Russian Daily News*, y a dos periódicos franceses, *Journal de Russie* y *Extente*. Pero mucho más valioso que éstos es el *Bulletin de la Presse*, publicado diariamente en la Oficina Francesa de Información de Petrogrado, que informa de todos los acontecimientos y discursos importantes y recoge los comentarios de la prensa rusa. De éste, tengo un archivo casi completo desde la primavera de 1917 hasta finales de enero de 1918.

Además de lo anterior, tengo en mi poder casi todas las proclamas, decretos y órdenes gubernamentales, así como los tratados secretos y otros documentos oficiales hallados en el Ministerio de Asuntos Exteriores cuando lo ocuparon los bolcheviques.

# DIEZ DÍAS QUE SACUDIERON EL MUNDO

# CAPÍTULO 1

## LOS ANTECEDENTES

Hacia finales de septiembre de 1917, un profesor de sociología extranjero que viajaba por Rusia vino a verme a Petrogrado. Algunos empresarios e intelectuales le habían dicho que la revolución se había ralentizado. El profesor escribió un artículo al respecto y luego recorrió el país, visitando ciudades industriales y comunidades campesinas, donde, para su asombro, la revolución parecía ir más rápido. Entre los asalariados y jornaleros era habitual oír la frase: «La tierra para los campesinos, las fábricas para los obreros». Si el profesor hubiera ido al frente, habría oído al ejército entero hablando de paz…

El profesor estaba desconcertado, aunque no tenía motivo. Las dos observaciones eran correctas. Las clases pudientes se habían vuelto más conservadoras, y las masas, más radicales.

Había un sentimiento general entre los empresarios y los intelectuales de que la revolución ya había ido bastante lejos, que estaba durando demasiado, y que las cosas debían asentarse. Este sentimiento lo compartían los principales grupos socialistas «moderados», los *oborontsi*[a] mencheviques y los socialrevolucionarios, que apoyaban al Gobierno provisional de Kérensky.

El 14 de octubre el órgano oficial de los socialistas «moderados» afirmó:

> El drama de la revolución tiene dos actos: la destrucción del antiguo régimen y la creación de uno nuevo. El primer acto ya ha durado bastante. Ha llegado el momento de pasar al segundo y representarlo lo más rápido posible. Como dijo un gran revolucionario: «Apresurémonos, compañeros, en terminar la revolución. El que la prolongue demasiado no recogerá sus frutos».

Sin embargo, el obrero, el soldado y las masas campesinas sentían que el «primer acto» aún no había terminado. En el frente, los comités del Ejército chocaban constantemente con los oficiales que no se acostumbraban a tratar a sus hombres como a seres humanos. En la retaguardia, se encarcelaba a los comités agrarios elegidos por los campesinos por intentar aplicar las normas del Gobierno sobre la tierra. En las fábricas, los trabajadores[b] luchaban contra las listas negras y los cierres patronales. Además, los exiliados políticos que regresaban eran expulsados del país como ciudadanos «indeseables», y algunos retornados del extranjero a sus pueblos fueron juzgados y encarcelados por actos revolucionarios cometidos en 1905.

Para las variadas formas del descontento popular, los socialistas «moderados» tenían una única respuesta: «Esperad a la Asamblea Constituyente, que se reunirá en diciembre». Pero esto no contentaba a las masas. La Asamblea Constituyente estaba muy bien, pero había algunas cosas muy concretas que debían alcanzarse, con Asamblea Constituyente o sin ella, por las cuales se había hecho la revolución y los mártires revolucionarios se pudrían en sus fosas comunes en el Campo de Marte: la paz, la tierra y el control obrero de la industria. La Asamblea Constituyente se había pospuesto una y otra vez, y probablemente volvería a aplazarse hasta que el pueblo se calmara y quizá modificara sus exigencias. De cualquier forma ya habían pasado ocho meses desde la revolución y se veían pocos resultados.

Entretanto, los soldados empezaron a resolver la cuestión de la paz desertando directamente, los campesinos quemaron las casas de los terratenientes y ocuparon las grandes propiedades, los obreros hicieron huelgas y sabotajes. Naturalmente, como era de esperar, los industriales, terratenientes y oficiales del Ejército ejercieron su influencia en contra de cualquier compromiso político.

La política del Gobierno provisional alternaba unas reformas ineficaces con duras medidas represivas. Un edicto del ministro socialista de Trabajo ordenó que, en adelante, los comités obreros sólo podrían reunirse después de la jornada laboral. En las tropas destacadas en el frente se arrestó a los «agitadores» de los partidos de la oposición, se cerraron los periódicos radicales y se aplicó la pena capital a los propagandistas revolucionarios. Se hicieron intentos por desarmar a la Guardia Roja y se envió a los cosacos para mantener el orden en las provincias.

Estas medidas tuvieron el respaldo de los socialistas «moderados» y de sus jefes en el Gobierno, que creyeron necesario colaborar con las clases pudientes. El pueblo los abandonó rápidamente y se pasó a los bolcheviques,

que abogaban por la paz, la tierra, el control obrero de la industria y el gobierno de la clase trabajadora. En septiembre de 1917 se produjo una crisis. En contra del sentimiento abrumadoramente mayoritario en el país, Kérensky y los socialistas «moderados» consiguieron formar un Gobierno de coalición con las clases pudientes. Como resultado, los mencheviques y los socialrevolucionarios perdieron para siempre la confianza del pueblo.

Un artículo aparecido a mediados de octubre en *Rabochi Put* (El Camino Obrero), titulado «Los ministros socialistas», expresaba el sentimiento de las masas contra los socialistas «moderados»:

> Ésta es una lista de sus servicios[c]:
> Tseretely: desarmó a los trabajadores con la ayuda del general Polovtsev, detuvo a los soldados revolucionarios y aprobó la pena de muerte en el ejército.
> Skóbelev: empezó tratando de gravar a los capitalistas con el 100% de sus beneficios, y acabó… con un intento de disolver los comités obreros en las tiendas y fábricas.
> Avkséntiev: encarceló a varios centenares de campesinos y miembros de los comités agrarios, y prohibió docenas de periódicos de los obreros y soldados.
> Chernov: firmó el manifiesto imperial que ordenaba la disolución de la Dieta finlandesa.
> Sávinkov: firmó una flagrante alianza con el general Kornílov. Si este salvador de la patria no pudo entregar Petrogrado, fue por razones que escapaban a su control.
> Zarudni: con la aprobación de Aleksinky y Kérensky, encarceló a algunos de los mejores trabajadores, soldados y marineros revolucionarios.
> Nikitin: actuó como un vulgar policía contra los trabajadores ferroviarios.
> Kérensky: mejor no hablar de él. La lista de sus servicios es demasiado larga.

Un congreso de delegados de la Flota báltica, celebrado en Helsingfors, aprobó una resolución que empezaba así:

> Exigimos que se expulse inmediatamente del Gobierno provisional al «socialista» Kérensky, ese aventurero político, por ultrajar y

menoscabar la revolución y, con ella, a las masas revolucionarias, con su desvergonzado chantaje político en nombre de la burguesía.

El resultado directo de todo ello fue el surgimiento de los bolcheviques.

Desde marzo de 1917, cuando la multitud enfurecida de obreros y soldados que golpeaba las puertas del Palacio de Táuride obligó a la Duma Imperial a asumir de mala gana el poder supremo de Rusia, fueron las masas populares, los obreros, soldados y campesinos, los que forzaron todos y cada uno de los cambios producidos durante la Revolución. Ellos derrocaron al ministro Miliukov; fue su sóviet el que proclamó ante el mundo las condiciones de paz rusas: «Ni anexiones ni indemnizaciones, y el derecho de autodeterminación de los pueblos»; y en julio, fue un alzamiento espontáneo del proletariado el que asaltó de nuevo el Palacio de Táuride para exigir que los sóviets asumieran el gobierno de Rusia.

Los bolcheviques, por entonces una pequeña secta política, se pusieron al frente del movimiento. Como resultado de su estrepitoso fracaso, la opinión pública se volvió en su contra, y, ya sin jefes, sus hordas se retiraron al barrio de Vyborg, que es el Saint-Antoine de Petrogrado. A esto le siguió la caza salvaje de los bolcheviques. Cientos de ellos fueron encarcelados, entre ellos Trotski, *madame* Kolontái y Kámenev. Lenin y Zinóviev tuvieron que esconderse y se convirtieron en fugitivos de la justicia. Se prohibieron los periódicos bolcheviques. Los provocadores y reaccionarios proclamaron que los bolcheviques eran agentes alemanes, hasta que el mundo entero los creyó.

Pero el Gobierno provisional fue incapaz de fundamentar sus acusaciones. Los documentos que demostraban la conspiración proalemana resultaron ser falsos[1] y, uno por uno, los bolcheviques fueron puestos en libertad sin cargos, bajo palabra o sin fianza, hasta que sólo quedaron seis. La impotencia e indecisión del siempre cambiante Gobierno provisional eran un argumento irrefutable. Los bolcheviques volvieron a proclamar la consigna tan querida por las masas: «¡Todo el poder para los sóviets!». No buscaban únicamente su propio interés, ya que en esa época la mayoría de los sóviets eran socialistas «moderados», sus enemigos acérrimos.



Y hay una razón aún más poderosa: tomaron las reivindicaciones más simples y elementales de los trabajadores, soldados y campesinos, y a partir de ellas construyeron su programa. Así pues, mientras los *oborontsi* mencheviques y los socialrevolucionarios se enredaban en compromisos con la burguesía, los bolcheviques conquistaron rápidamente a las masas. En julio fueron perseguidos y menospreciados. Hacia septiembre, habían ganado casi enteramente para su causa a los trabajadores urbanos, los marineros de la flota báltica y a los soldados. Las elecciones municipales de septiembre en las grandes ciudades[d] fueron reveladoras: sólo el 18 por ciento de los elegidos eran mencheviques y socialrevolucionarios, frente a más del 70 por ciento de junio…

Otro fenómeno asombró a los observadores extranjeros: la oposición feroz a los bolcheviques por parte de los comités ejecutivos centrales de los sóviets, de los comités centrales del Ejército y de la Flota[2], y de los comités centrales de algunos sindicatos, en particular, el de los trabajadores de correos y telégrafos y el de los ferroviarios. Estos comités centrales habían sido elegidos a mediados del verano, o incluso antes, cuando los mencheviques y los socialrevolucionarios tenían multitud de seguidores, y retrasaron o impidieron cualquier nueva elección. Así, según los estatutos de los sóviets de diputados obreros y soldados, el congreso nacional debería haberse convocado en septiembre, pero el Tsik[3] no quiso hacerlo, con el pretexto de que faltaban sólo dos meses para la Asamblea Constituyente, momento en el cual, sugerían, los sóviets deberían abdicar. Mientras tanto, uno tras otro, los bolcheviques iban ganando en los sóviets locales de todo el país, en las secciones sindicales y entre los soldados y marineros. Los sóviets campesinos seguían siendo conservadores, porque en los aletargados distritos rurales la conciencia política se desarrollaba lentamente, y el Partido Social-Revolucionario había sido el único que, durante una generación, había agitado a los campesinos. Pero, incluso entre los campesinos, se creó una facción revolucionaria, que se hizo visible en octubre, cuando el ala izquierda de los socialrevolucionarios se escindió y formó un nuevo grupo político, la Izquierda Social-Revolucionaria.

Al mismo tiempo, por todas partes había signos de que las fuerzas reaccionarias iban ganando confianza[e]. En el Teatro Troitsky de Petrogrado, por ejemplo, un grupo de monárquicos interrumpió una farsa llamada *Los pecados del zar* y amenazó con linchar a los actores por «insultar al emperador». Algunos periódicos empezaron a suspirar por un «Napoleón ruso». Entre los intelectuales burgueses, era habitual referirse a los diputados

de los sóviets obreros (*rabochikh deputatov*) como *sabachikh deputatove*, «diputados de los perros».

El 15 de octubre, un gran capitalista ruso, Stepán Gueórguievich Lianózov, conocido como el «Rockefeller ruso», kadete por su credo político, me dijo lo siguiente:

> La revolución es una enfermedad. Antes o después, las potencias extranjeras tendrán que intervenir, como se interviene para curar a un niño enfermo o para enseñarle a caminar. Esto, naturalmente, puede ser improcedente, pero las naciones han de comprender el peligro del bolchevismo en sus propios países, y el de ideas tan contagiosas como la «dictadura del proletariado» y la «revolución mundial» […]. Hay una posibilidad de que esta intervención no sea necesaria. El sector del transporte se encuentra desmoralizado, las fábricas están cerrando, y los alemanes avanzan. Quizá el hambre y la derrota hagan entrar en razón al pueblo ruso.

Lianózov era rotundo al afirmar que, pasara lo que pasara, sería imposible que los comerciantes e industriales permitiesen la existencia de los comités de fábrica, o que dejasen a los trabajadores participar en la gestión de la industria.

> En cuanto a los bolcheviques, serán eliminados por uno de estos dos métodos: o bien el Gobierno evacua Petrogrado, declara el estado de sitio, y entonces el mando militar lidiará con estos señores sin formalidades legales […]. O bien, por ejemplo, si la Asamblea Constituyente manifiesta tendencias utópicas, será disuelta por las armas.

El invierno, el terrible invierno ruso, se acercaba. Oí a los empresarios decir al respecto: «El invierno siempre ha sido el mejor amigo de Rusia. Quizá ahora nos libre de la revolución». En el frente helado, los míseros ejércitos seguían pasando hambre y muriendo sin ningún entusiasmo. Las vías férreas se deterioraban, la comida escaseaba, las fábricas cerraban. Las masas, desesperadas, clamaban que la burguesía estaba saboteando la vida de la gente y causaba la derrota en el frente. Riga se había rendido justo después de que el general Kornílov dijera públicamente: «¿Debemos pagar con Riga el precio de devolver al país su sentido del deber?»[4].

A los norteamericanos les parece increíble que la lucha de clases pueda llegar a esos extremos, pero yo he conocido oficiales del frente norte que preferían abiertamente el desastre militar a la colaboración con los comités de soldados. El secretario de la sección del partido kadete de Petrogrado me dijo que el colapso de la vida económica del país formaba parte de una campaña para desacreditar la revolución. Un diplomático aliado, cuyo nombre prometí no mencionar, me confirmó esta información. Sé de ciertas minas próximas a Járkov que fueron incendiadas e inundadas por sus dueños, de fábricas textiles en Moscú cuyos ingenieros dejaron las máquinas fuera de servicio antes de marcharse, de funcionarios ferroviarios que fueron sorprendidos por los trabajadores mientras saboteaban las locomotoras.

Una gran parte de las clases pudientes prefería los alemanes a la revolución —incluso al Gobierno provisional— y no dudaba en decirlo. En la familia rusa con la que yo vivía, el tema de conversación en la cena era casi invariablemente la llegada de los alemanes, que traerían «la ley y el orden». Una noche, en casa de un comerciante de Moscú, mientras tomábamos el té pregunté a las once personas sentadas a la mesa si preferían a Guillermo o a los bolcheviques. La votación fue de diez a uno a favor de Guillermo.

Los especuladores se aprovechaban del desorden general para amasar fortunas, que gastaban en grandes juergas o en corromper a los funcionarios. Acaparaban alimentos y combustible, o los mandaban en secreto a Suecia. En los primeros cuatro meses de la revolución, por ejemplo, las reservas de víveres fueron saqueadas casi abiertamente en los grandes almacenes municipales de Petrogrado, hasta que la provisión de grano de dos años resultó insuficiente para abastecer a la ciudad ni siquiera un mes. Según el informe oficial del último ministro de Abastos del Gobierno provisional, el café se compraba al por mayor en Vladivostok a dos rublos el medio kilo, y el consumidor de Petrogrado lo pagaba a trece. En todos los almacenes de las grandes ciudades había toneladas de alimentos y ropa, pero sólo los ricos podían comprarlos.

En una ciudad de provincias conocí a una familia de comerciantes convertidos en especuladores o *maradior* (bandidos, carroñeros), como los llaman los rusos. Los tres hijos se habían librado del servicio militar mediante un soborno. Uno especulaba con víveres. Otro vendía ilegalmente el oro de las minas de Lena a misteriosos clientes finlandeses. El tercero era el principal accionista de una fábrica de chocolate, que proveía a las cooperativas locales, a condición de que éstas le suministrasen todo lo que necesitaba. De este modo, mientras que el pueblo recibía cien gramos de pan

negro con sus cartillas de racionamiento, él tenía abundancia de pan blanco, azúcar, dulces, pasteles y mantequilla. Pese a ello, cuando los soldados en el frente ya no podían luchar por el frío, el hambre y el cansancio, ¡con cuánta indignación esta familia les gritaba «cobardes», y qué «vergüenza» sentía de «ser rusa»! Cuando finalmente los bolcheviques encontraron y requisaron grandes almacenes de provisiones, la familia les llamó «ladrones».

Bajo esta podredumbre externa, se movían las fuerzas oscuras del antiguo régimen, inalteradas desde la caída de Nicolás II, aún secretas pero muy activas. Los agentes de la famosa Ojrana seguían funcionando, en contra o a favor del zar, en contra o a favor de Kérensky, o de cualquiera que les pagara. En la sombra, organizaciones clandestinas de todo tipo, como las Centurias Negras, se afanaban por restaurar la reacción de una forma u otra.

En este ambiente de corrupción, de medias verdades monstruosas, una nota hacía resonar claramente, día tras día, el creciente runrún de los bolcheviques: «¡Todo el poder para los sóviets! ¡Todo el poder para los representantes directos de millones y millones de obreros, soldados y campesinos! ¡Tierra, pan y el final de esta guerra absurda, de la diplomacia secreta, la especulación y la traición! ¡La revolución está en peligro, y con ella la causa del pueblo en el mundo entero!».

La lucha entre el proletariado y la clase media, entre los sóviets y el Gobierno, que había empezado a principios de marzo, estaba alcanzando su punto culminante. Rusia, que había pasado de golpe de la Edad Media al siglo XX, asombró al mundo con dos sistemas de revolución, la política y la social, enfrentadas en un combate mortal.

¡Qué manifestación de la vitalidad de la Revolución rusa, después de tantos meses de hambre y desilusión! La burguesía debería conocer mejor a su país. La «enfermedad» revolucionaria no se prolongaría por mucho tiempo.

Si echamos la vista atrás, la Rusia anterior a la insurrección de noviembre parece de otra época, increíblemente conservadora. ¡Nos hemos adaptado muy pronto a esta vida nueva y rápida! Con la misma rapidez, la política rusa se escoró en bloque hacia la izquierda, hasta el punto de que los kadetes fueron proscritos como «enemigos del pueblo»; Kérensky se convirtió en un «contrarrevolucionario»; los líderes socialistas «moderados», Tseretely, Dan, Lieber, Gotz y Avkséntiev, parecían demasiado conservadores a sus propios seguidores; y hombres como Víctor Chernov, y hasta Maksim Gorki, pertenecían al ala derechista.

A mediados de diciembre de 1917, un grupo de líderes socialrevolucionarios hicieron una visita privada a *sir* George Buchanan, el

embajador británico, y le rogaron que no mencionase que habían estado allí, porque se les consideraba «demasiado derechistas».

«¡Y pensar —dijo *sir* George— que hace un año mi Gobierno me ordenó que no recibiese a Miliukov porque era un peligroso izquierdista!».

Septiembre y octubre son los peores meses del año ruso, sobre todo en Petrogrado. Del cielo gris y plomizo, en días cada vez más cortos, caía una lluvia incesante, empapándolo todo. El suelo se hallaba cubierto de un barro espeso, resbaladizo y pegajoso, lleno de pisadas y en peor estado de lo habitual por el colapso absoluto de la administración municipal. Vientos húmedos y cortantes entraban en tromba desde el golfo de Finlandia, y una niebla fría inundaba las calles. De noche, para ahorrar y también por miedo a los zepelines, se veían pocas farolas encendidas y muy espaciadas. En las casas y edificios había electricidad únicamente desde las seis hasta las doce de la noche, con las bujías a cuarenta céntimos la unidad y poco queroseno disponible. Era de noche desde las tres de la tarde hasta las diez de la mañana. Aumentaron los atracos y los robos. En los edificios los hombres hacían turnos de guardia durante toda la noche, armados con rifles. Ésta era la situación durante el Gobierno provisional.

Los víveres escaseaban de semana en semana. La ración diaria de pan se redujo de tres cuartos de kilo a medio kilo, luego a trescientos gramos, a un cuarto de kilo, y a ciento cincuenta gramos. Al final, hubo una semana sin nada de pan. Se tenía derecho a un kilo de azúcar al mes, en caso de poder conseguirlo, lo que ocurría pocas veces. Una tableta de chocolate o medio kilo de insípidos caramelos costaban en todas partes de siete a diez rublos, más de un dólar. Había leche para aproximadamente la mitad de los niños de la ciudad. La mayoría de los hoteles y casas privadas no la veían desde hacía meses. En la temporada de fruta, las manzanas y peras se vendían por las esquinas a casi un rublo la pieza.

Para conseguir leche, pan, azúcar y tabaco, había que hacer cola durante muchas horas bajo la fría lluvia. De vuelta a casa tras una reunión nocturna, yo he visto la *kvost* (cola) que empezaba a formarse antes del amanecer, compuesta en gran parte por mujeres, algunas con niños en brazos. Carlyle, en su *Revolución francesa*, describe al pueblo francés por su peculiar capacidad para hacer cola. Rusia se había acostumbrado a esta práctica, que empezó bajo el reinado de Nicolás el Bendito allá por 1915 y continuó de forma intermitente hasta el verano de 1917, cuando se consolidó como algo habitual. Pensemos en esa gente vestida pobremente, de pie en las calles blancas de Petrogrado, durante días enteros en el invierno ruso. En las colas del pan he

escuchado la punzante y áspera nota de descontento que, de vez en cuando, estallaba en el carácter milagrosamente bondadoso del pueblo ruso.

Naturalmente, todos los teatros ofrecían funciones cada noche, domingos incluidos. Karsávina apareció en un nuevo *ballet* en el Mariinsky, y todos los amantes de la danza fueron a verla. Chaliapin cantaba. En el Alexandrinsky se estaba reponiendo *La muerte de Iván el Terrible* de Tolstói, con el montaje de Meyerhold. En esa función recuerdo haber visto a un estudiante de la Escuela de Pajes Imperiales, vestido con su uniforme, que se cuadraba después de cada acto mirando al palco imperial, vacío y con las águilas arrancadas. En el Krivoye Zerkalo se representaba una versión suntuosa del *Reigen* de Schnitzler.

Aunque los fondos del Hermitage y de otros museos habían sido evacuados a Moscú, cada semana había exposiciones de pintura. Hordas de mujeres intelectuales iban a escuchar conferencias sobre arte, literatura y filosofía divulgativa. Fue una época especialmente activa para los teósofos. Y el Ejército de Salvación, admitido en Rusia por primera vez en la historia, llenó las paredes con anuncios de reuniones evangélicas, que divertían y asombraban al público ruso.

Como ocurre en épocas semejantes, la vida baladí y convencional de la ciudad seguía su curso, ignorando la revolución en la medida de lo posible. Los poetas componían versos, pero no sobre la revolución. Los pintores realistas pintaban escenas de la historia medieval rusa, de cualquier cosa que no fuera la revolución. Las jóvenes de provincias llegaban a la capital para aprender francés y educar la voz, y alegres y jóvenes oficiales lucían sus *bashliki* carmesíes con ribetes dorados y sus vistosas espadas caucásicas en los vestíbulos de los hoteles. Las mujeres de los pequeños burócratas quedaban por las tardes a tomar el té. Cada una llevaba en su manguito un pequeño azucarero de oro, de plata o adornado, y media hogaza de pan, y deseaba que volviera el zar, que llegaran los alemanes, o cualquier cosa que solucionara el problema de los criados. La hija de un amigo mío volvió una tarde a casa con un ataque de histeria porque la revisora del tranvía la había llamado «camarada».




A su alrededor, y en todas partes, la gran Rusia estaba de parto, alumbrando un mundo nuevo. Los criados, a los que antes se trataba como animales y apenas se les pagaba, se estaban emancipando. Un par de zapatos costaba más de cien rublos y, como el salario medio rondaba los treinta y cinco rublos al mes, los criados renunciaban a hacer cola para no estropearlos. Más aún: en la nueva Rusia podían votar todos los hombres y mujeres, había periódicos obreros que decían cosas nuevas y sorprendentes, además de los sóviets y sindicatos. Los *izvozchiki* (cocheros) tenían un sindicato y también se hallaban representados en el Sóviet de Petrogrado. Los camareros y trabajadores de los hoteles estaban organizados y rechazaban las propinas. En las paredes de los restaurantes pusieron carteles que decían: «No se admiten propinas», o «Que un hombre se gane la vida sirviendo una mesa no es razón para insultarlo ofreciéndole una propina».

Los soldados del frente llevaban a cabo su lucha contra los oficiales y aprendían a gobernarse por medio de sus comités. En las fábricas, los comités de fábrica[5], esas organizaciones típicamente rusas, adquirían experiencia, fuerza y la conciencia de su misión histórica mientras combatían el orden antiguo. Rusia entera aprendía a leer, y leía —política, economía, historia— porque la gente quería saber. En cada gran ciudad, y en casi todas las pequeñas, en el frente, cada grupo político tenía su periódico, y a veces

varios. Millares de organizaciones distribuían cientos de miles de panfletos, y los repartían por el ejército, los pueblos, las fábricas y las calles. El ansia de educación, largo tiempo frustrada, estalló con la revolución hasta convertirse en un frenesí. Sólo del Instituto Smolny salían cada día, durante los primeros seis meses, carros y trenes cargados con toneladas de literatura que saturaron el país. Rusia absorbía insaciable esas lecturas, como la arena caliente absorbe el agua. Y no eran fábulas, historia falsificada, religión edulcorada ni la ficción barata que corrompe, sino teorías económicas y sociales, las obras de Tolstói, Gógol y Gorki.

Y además, en todas partes había debates, al lado de los cuales el «torrente de oratoria francesa» de Carlyle era un riachuelo minúsculo. Conferencias, debates, discursos, en los teatros, circos, escuelas, clubes, en las salas de reunión de los sóviets, en la sedes sindicales, en los cuarteles. Reuniones en las trincheras, en las plazas de los pueblos, en las fábricas. ¡Qué maravilloso espectáculo ver a los cuarenta mil obreros que salían de la fábrica Putilov para escuchar a los socialdemócratas, socialrevolucionarios, anarquistas y a todo aquel que tuviera algo que decir! En Petrogrado, y en toda Rusia, cada esquina fue durante meses una tribuna pública. En los trenes, en los tranvías, en todas partes, surgía continuamente el debate improvisado.

Los congresos y simposios nacionales reunían a hombres de dos continentes: las convenciones de los sóviets, de las cooperativas, de los *zemstvos*, de las nacionalidades, de los sacerdotes, campesinos y partidos políticos, el congreso democrático, el congreso de Moscú, el Consejo de la República Rusa. Siempre había tres o cuatro congresos celebrándose en Petrogrado. En todas las reuniones, los intentos de limitar el tiempo a los oradores se rechazaban por votación, y cada uno podía decir lo que pensaba.

Un día fuimos al frente del 12.º ejército, detrás de Riga, donde hombres demacrados y descalzos enfermaban sobre el lodo de las desesperadas trincheras. Se levantaron al vernos, los rostros esqueléticos y la carne azulada asomando entre los jirones de su ropa, y nos preguntaron con ansia: «¿Habéis traído algo para leer?».

Muchos eran los signos visibles que anunciaban el cambio: la estatua de Carolina la Grande, delante del Teatro Alexandrinsky, llevaba una banderita roja en la mano, y otras, más descoloridas, ondeaban en todos los edificios públicos; los monogramas y las águilas imperiales estaban arrancados o tapados; y, en vez de la fiera *gorodovoye* (policía urbana), una milicia apacible y desarmada patrullaba las calles. Y a pesar de ello, pervivían muchos anacronismos peculiares.

Por ejemplo, el *Tabel o Rangov* —la Tabla de Rangos—, que Pedro el Grande había aplicado con mano de hierro en Rusia, aún tenía mucho poder. Casi todo el mundo, desde los colegiales hasta los rangos superiores, llevaba el preceptivo uniforme, con la insignia del emperador en los botones y las hombreras. Hacia las cinco de la tarde, las calles se llenaban de hombres conformistas de mediana edad que, uniformados y con la cartera bajo el brazo, volvían a casa después de trabajar en aquellos inmensos ministerios e instituciones gubernamentales semejantes a barracones, calculando acaso cuántos de sus superiores debían morirse para acercarlos al codiciado *chin* (rango) de perito colegiado o de consejero privado, con la perspectiva de una cómoda jubilación y posiblemente la Cruz de Santa Ana.

Cuentan que el senador Sokolo fue a una reunión del Senado vestido de civil, en plena marea revolucionaria, y no le dejaron entrar por no llevar la preceptiva librea de los servidores del zar.

Fue en este trasfondo de una nación agitada y en plena desintegración donde se preparó el espectacular alzamiento del pueblo ruso.

# CAPÍTULO 2




En septiembre, el general Kornílov marchó sobre Petrogrado para proclamarse dictador militar de Rusia. Tras él, se reveló de pronto el puño de hierro que intentaba aplastar descaradamente la revolución. Estaban implicados algunos ministros socialistas, y el mismo Kérensky se hallaba bajo sospecha[f]. Sávinkov, citado por el comité central del Partido Social-Revolucionario para dar explicaciones, se negó a hacerlo y fue destituido. Kornílov fue expulsado por los comités del Ejército. Se cesó a varios generales, algunos ministros fueron suspendidos de sus funciones y el Gobierno cayó.

Kérensky trató de formar un nuevo Gobierno, incluyendo a los kadetes, el partido de la burguesía. Su partido, el socialrevolucionario, le ordenó excluirlos. Kérenksy se negó a obedecer y amenazó con dimitir del Gobierno si los socialistas insistían. Pero el sentimiento popular se exacerbó tanto que, de momento, Kérensky no se atrevió a oponerse, y un directorio formado por cinco de los ministros anteriores, con él a la cabeza, asumió el poder hasta que la cuestión se resolviera.

El asunto Kornílov unió a todos los grupos socialistas, tanto a los «moderados» como a los revolucionarios, en un enardecido impulso de autodefensa. No debía haber más Kornílovs. Se había de crear un nuevo Gobierno, responsable de los elementos que apoyaban la revolución. Así pues, el Tsik invitó a las organizaciones populares a que enviaran delegados al congreso democrático que iba a celebrarse en Petrogrado en septiembre.

En el Tsik aparecieron inmediatamente tres facciones. Los bolcheviques pedían que se reuniera el congreso nacional de los sóviets, y que éstos tomaran el poder. Los socialrevolucionarios «centristas», encabezados por

Chernov, se unieron a la Izquierda Social-Revolucionaria, liderada por Kamkov y Spiridónova, a los mencheviques internacionalistas, guiados por Mártov, y a los mencheviques «centristas[6]», representados por Bogdánov y Skóbelev, para exigir un Gobierno puramente socialista. Tseretely, Dan y Lieber, al frente del ala derecha de los mencheviques, y la Izquierda Social-Revolucionaria, dirigida por Avkséntiev y Gotz, insistían en que las clases pudientes debían estar representadas en el nuevo Gobierno.

Casi de inmediato, los bolcheviques lograron la mayoría en el Sóviet de Petrogrado y luego en los sóviets de Moscú, Kiev, Odesa y otras ciudades.

Alarmados, los mencheviques y los socialrevolucionarios que controlaban el Tsik decidieron que, después de todo, la amenaza de Kornílov era menos temible que la de Lenin. Revisaron el plan de representación del congreso democrático[g], admitiendo más delegados de las cooperativas y de otras organizaciones conservadoras. No obstante, esta multitudinaria asamblea votó al principio por un Gobierno de coalición sin los kadetes. Sólo la explícita amenaza de dimisión de Kérensky y los gritos de alarma de los socialistas «moderados», que advertían que «la república estaba en peligro», convencieron al congreso, por una pequeña mayoría, para que se declarase a favor del principio de una coalición con la burguesía y aprobase la formación de una especie de parlamento consultivo, sin ningún poder legislativo, llamado el Consejo Provisional de la República. En el nuevo ministerio, las clases pudientes controlaban en la práctica el Consejo de la República Rusa, y ocupaban un número desproporcionado de escaños.

Lo cierto es que el Tsik ya no representaba a los miembros de los sóviets y, de manera ilegal, se había negado a convocar otro congreso nacional de los sóviets que estaba previsto para septiembre. No tenía intención de convocar dicho congreso ni de permitir que nadie lo hiciera. Su órgano oficial, el *Izvestia* (Noticias), comenzó a insinuar que la función de los sóviets casi había concluido[h] y que pronto podrían disolverse. También por esa época, el nuevo Gobierno anunció, como parte de su política, la liquidación de las «organizaciones irresponsables», es decir, los sóviets.

Los bolcheviques respondieron emplazando a los sóviets nacionales a reunirse el 2 de noviembre en Petrogrado para asumir el gobierno de Rusia. Al mismo tiempo, abandonaron el Consejo de la República, arguyendo que no participarían en un «Gobierno que traicionaba al pueblo[i]».

No obstante, la retirada de los bolcheviques no trajo la tranquilidad al infortunado Gobierno. Las clases pudientes, ahora en una posición de poder, se volvieron arrogantes. Los kadetes alegaron que el Gobierno no tenía el

derecho legal de declarar una república en Rusia, exigieron duras medidas en el Ejército y en la Armada para acabar con los comités de soldados y marineros, y denunciaron a los sóviets. En el otro lado de la cámara, los mencheviques internacionalistas y los socialrevolucionarios de izquierda reclamaban la paz inmediata, la entrega de la tierra a los campesinos y el control obrero de la industria, es decir, prácticamente el programa bolchevique.

Yo oí el discurso de Mártov cuando respondió a los kadetes. Encorvado sobre la tribuna, pues se hallaba muy enfermo, hablaba con voz tan ronca que casi no se le oía, señalando con el dedo a los bancos de la derecha.

> Nos llamáis derrotistas, pero los verdaderos derrotistas son los que esperan un momento más propicio para firmar la paz e insisten en aplazarla, hasta que no quede nada del Ejército ruso y Rusia se convierta en moneda de cambio entre los diferentes grupos imperialistas. Tratáis de imponer al pueblo ruso una política dictada por los intereses de la burguesía. La cuestión de la paz se planteará de inmediato. Veréis entonces que no ha sido inútil la labor de esos que llamáis agentes alemanes, los zimmerwaldianos[7], que en todo el país han despertado las conciencias de las masas democráticas.

Entre estos dos grupos fluctuaban los mencheviques y los socialrevolucionarios, inclinados inevitablemente hacia la izquierda por la presión del creciente descontento de las masas. Una hostilidad profunda dividía la cámara en grupos irreconciliables.

Ésta era la situación cuando el anuncio del Congreso Aliado de París, largamente esperado, planteó la cuestión candente de la política extranjera.

Teóricamente, todos los partidos socialistas de Rusia estaban a favor de una paz lo más rápida posible y basada en términos democráticos. En mayo de 1917, el Sóviet de Petrogrado, por entonces bajo el control de los mencheviques y los socialrevolucionarios, había proclamado las famosas condiciones de paz de Rusia y pedido que los aliados se reuniesen para discutir el propósito de la guerra. Esta reunión se programó para agosto, luego se aplazó a septiembre, después a octubre, y finalmente se fijó para el 10 de noviembre.



El Gobierno provisional propuso dos delegados: el general Alekséyev, un militar reaccionario, y Teréshchenko, ministro de Asuntos Exteriores. Los sóviets eligieron a Skóbelev como su portavoz y redactaron un manifiesto, el famoso *nakaz*[j] (instrucciones). El Gobierno provisional puso objeciones a Skóbelev y a su *nakaz*; los embajadores aliados protestaron, y finalmente, Bonar Law, ante una pregunta hecha en la Cámara de los Comunes británica, respondió fríamente: «Por lo que yo sé, la Conferencia de París no va a discutir en absoluto el propósito de la guerra, sino únicamente sobre cómo dirigirla».

La prensa conservadora rusa estaba exultante, y los bolcheviques exclamaron: «¡Mirad a dónde les han llevado sus tácticas conciliadoras a los mencheviques y socialrevolucionarios!».

En el frente, a lo largo de mil quinientos kilómetros, millones de hombres de los ejércitos rusos se agitaban como una marea e inundaban la capital con cientos y cientos de delegaciones, gritando: «¡Paz! ¡Paz!».

Crucé el río para ir al circo moderno. Iba a asistir a una de las grandes reuniones populares que se celebraban por toda la ciudad y que eran más numerosas cada noche. El oscuro y desnudo anfiteatro, iluminado por cinco pequeñas lámparas que colgaban de un fino alambre, estaba abarrotado, desde la pista central hasta los mugrientos bancos que llegaban hasta el techo. Una

multitud de soldados, marineros, obreros, mujeres, escuchaba como si la vida les fuera en ello. En ese momento hablaba un soldado de la División 548 (fuera lo que fuera ésta):

> ¡Camaradas! —exclamó, con verdadera angustia en su rostro demacrado y desesperado—. Los de arriba no paran de exigirnos que nos sacrifiquemos cada vez más, mientras se deja tranquilos a quienes lo poseen todo.
>
> Estando en guerra con Alemania, ¿invitaríamos a los generales alemanes a servir en nuestro Estado Mayor? Pues bien, también estamos en guerra con los capitalistas, y a pesar de ello les invitamos a entrar en nuestro Gobierno.
>
> El soldado dice: «Decidme por qué lucho. ¿Por Constantinopla o por la Rusia libre? ¿Por la democracia o por los ladrones capitalistas? Si me demostráis que estoy defendiendo la revolución, lucharé sin que la pena de muerte me obligue a ello».
>
> Cuando la tierra pertenezca a los campesinos, las fábricas a los obreros, y el poder a los sóviets, entonces sabremos que tenemos algo por lo que luchar, ¡y lucharemos!

En los cuarteles, en las fábricas, en cada esquina, hablaban incontables soldados, que pedían el fin de la guerra y afirmaban que, si el Gobierno no hacía un esfuerzo decidido por firmar la paz, el ejército abandonaría las trincheras y volvería a casa.

El portavoz del 8.º Ejército dijo:

—Estamos débiles y apenas nos quedan unos cuantos hombres en cada compañía. Si no nos dan víveres, botas y refuerzos, pronto no habrá más que trincheras vacías. Paz o provisiones. Que el Gobierno ponga fin a la guerra o mantenga al ejército.

Luego habló el representante de la 46.ª Artillería siberiana:

—Los oficiales no colaborarán con nuestros comités. Nos venden al enemigo, aplican la pena de muerte a nuestros agitadores, y el Gobierno contrarrevolucionario los apoya. Creíamos que la revolución traería la paz. Pero ahora el Gobierno nos prohíbe incluso hablar de estas cosas, además de no darnos suficiente comida para aguantar ni munición para combatir…

De Europa llegaban rumores de paz a costa de Rusia[k].

Las noticias sobre el trato recibido por las tropas rusas en Francia vinieron a sumarse al descontento general. La 1.ª Brigada había intentado sustituir a

sus oficiales por comités de soldados, igual que sus compañeros en Rusia, y había desobedecido la orden de marchar sobre Salónica, además de pedir que se la mandara de vuelta. Habían sufrido asedios, hambrunas y bombardeos de la artillería, y muchos de ellos habían muerto.

El 29 de octubre fui al salón de mármol blanco y carmesí del Palacio Mariinsky, donde se reunía el Consejo de la República, para escuchar la declaración de Teréshchenko sobre la política exterior, esperada ansiosamente por todo un país agotado y ávido de paz.

Un joven alto e impecablemente vestido, de rostro delicado y pómulos altos, leía con voz meliflua su discurso cauteloso y evasivo[l]. No hacía más que repetir los mismos tópicos sobre la derrota del ejército alemán con la ayuda de los aliados, sobre los «intereses estatales de Rusia» y el bochorno producido por el *nakaz* de Skóbelev. Terminó con la idea esencial:

—Rusia es una gran potencia, y seguirá siéndolo, pase lo que pase. Todos debemos defenderla y demostrar que somos los defensores de un gran ideal e hijos de una gran potencia.

Nadie estaba contento. Los reaccionarios querían una política imperialista «dura», mientras que los partidos democráticos querían la garantía de que el Gobierno presionaría para lograr la paz. Reproduzco un editorial del *Rabochi i Soldat* (El Obrero y el Soldado), órgano del Sóviet bolchevique de Petrogrado:

LA RESPUESTA DEL GOBIERNO A LAS TRINCHERAS

> Teréshchenko, el más taciturno de nuestros ministros, ha dicho a las trincheras lo siguiente:
>
> 1. Estamos estrechamente unidos a nuestros aliados. (No a los pueblos, sino a los Gobiernos).
> 2. No corresponde a la democracia discutir la posibilidad o imposibilidad de una campaña de invierno. Eso lo decidirán los Gobiernos de nuestros aliados.
> 3. La ofensiva del 1 de julio fue una acción beneficiosa y afortunada. (No mencionó las consecuencias).
> 4. No es cierto que nuestros aliados no se preocupen por nosotros. El ministro tenía en su poder declaraciones muy importantes. (¿Declaraciones? ¿Y qué hay de los hechos? ¿Y la actitud de la Flota británica[m]? ¿Y las conversaciones del rey británico con

Gurko, el general contrarrevolucionario exiliado? El ministro no mencionó todo esto).

5. El *nakaz* de Skóbelev es malo. No complace a los aliados ni a los diplomáticos rusos. En el congreso aliado todos debemos «hablar el mismo idioma».
   ¿Eso es todo? Pues sí. ¿Cuál es la salida? La solución es tener fe en los aliados y en Teréshchenko. ¿Cuándo llegará la paz? Cuando los aliados lo permitan.

Así respondió el Gobierno a las trincheras sobre la cuestión de la paz.

Mientras tanto, en la política rusa se empezaba a perfilar secretamente un poder siniestro: los cosacos. *Novaya Zhizn* (La Nueva Vida), el periódico de Gorki, llamó la atención sobre sus actividades:

> Al principio de la revolución, los cosacos se negaron a disparar al pueblo, y, cuando Kornílov marchó sobre Petrogrado, se negaron a seguirle. De una lealtad pasiva a la revolución, los cosacos han pasado a una ofensiva política contra ella. Desde los bastidores de la revolución, han pasado de pronto a un primer plano.

El Gobierno provisional había destituido a Kaledín, atamán de los cosacos del Don, por su complicidad en el asunto Kornílov. Se negó en redondo a dimitir y, cercado por tres enormes ejércitos cosacos, se quedó en Novocherkask, conspirando y amenazando. Tan grande era su poder que el Gobierno se vio obligado a pasar por alto su insubordinación. Es más, tuvo que reconocer formalmente el Consejo de la Unión de los Ejércitos Cosacos y declarar ilegal la recién creada Sección Cosaca de los Sóviets.

A principios de octubre, una delegación cosaca fue a ver a Kérensky para exigirle arrogantemente que se retiraran los cargos contra Kaledín, y le reprocharon que hubiera cedido ante los sóviets. Kérensky aceptó dejar en paz a Kaledín y se cuenta que dijo: «Los jefes de los sóviets me consideran un déspota y un tirano. El Gobierno provisional, por su parte, no sólo no depende de los sóviets, sino que considera lamentable el mero hecho de que existan».

Al mismo tiempo, otra delegación cosaca visitó al embajador británico y tuvo el descaro de hablarle en nombre del «pueblo cosaco libre».

En el Don se había instituido algo muy parecido a una república cosaca. El Kubán se autoproclamó un Estado cosaco independiente. Los cosacos

dispersaron por medio de las armas a los sóviets de Rostov, en el Don y Ekaterimburgo, y asaltaron las sedes del sindicato de mineros de Járkov. En todas sus manifestaciones, el movimiento cosaco era antisocialista y militarista. Sus jefes eran aristócratas y grandes terratenientes, como Kaledín, Kornílov, los generales Dútov, Karaúlov y Bardizhe, y tenían el respaldo de los poderosos comerciantes y banqueros de Moscú.

La vieja Rusia se desintegraba rápidamente. En Ucrania, Finlandia, Polonia y Bielorrusia, los movimientos nacionalistas eran cada vez más fuertes y audaces. Los Gobiernos locales, controlados por las clases pudientes, reclamaban la autonomía y se negaban a obedecer las órdenes de Petrogrado. En Helsingfors, el Senado finlandés se negó a prestar dinero al Gobierno provisional, proclamó la autonomía de Finlandia y exigió la retirada de las tropas rusas. La Rada burguesa de Kiev extendió las fronteras de Ucrania hacia el este, hasta los montes Urales, con el fin de englobar las tierras más fértiles del sur de Rusia, y empezó a formar un ejército nacional. El primer ministro, Vinnichenko, amenazó veladamente con una paz por separado con Alemania, y el Gobierno provisional se vio indefenso. Siberia y el Cáucaso reclamaban asambleas constituyentes propias. En todos estos países se estaba iniciando una lucha encarnizada entre las autoridades y los sóviets de los diputados obreros y soldados.

Las condiciones eran cada día más caóticas. Cientos de miles de soldados desertaban del frente y empezaban a vagar en enormes oleadas por todo el país. Los campesinos de los distritos de Tambov y Tver, cansados de esperar sus tierras y exasperados por las medidas represivas del Gobierno, incendiaban las casas de los amos y asesinaban a los terratenientes. Huelgas multitudinarias y cierres patronales sacudían Moscú, Odesa y las minas de carbón del Don. El transporte estaba paralizado, el ejército se moría de hambre, y en las grandes ciudades no había pan.

El Gobierno, dividido entre las facciones democráticas y reaccionarias, no podía hacer nada y, cuando se veía obligado a actuar, apoyaba siempre los intereses de las clases pudientes. Se envió a los cosacos a restablecer el orden entre los campesinos y romper las huelgas. En el distrito de Taskent, las autoridades prohibieron el sóviet. En Petrogrado, el consejo económico, creado para reconstruir la deshecha vida económica del país, llegó a un punto muerto entre las fuerzas opositoras del capital y el trabajo, y fue disuelto por Kérensky. Los militares del antiguo régimen, con el respaldo de los kadetes, pidieron que se adoptasen duras medidas para restablecer la disciplina en el Ejército y en la Armada. El almirante Verderevsky, el venerable ministro de

la Marina, y el general Verjovski, ministro de la Guerra, insistían en que sólo una nueva disciplina, voluntaria, democrática y basada en la colaboración con los comités de soldados y marineros, salvaría al Ejército y a la Armada. Sus recomendaciones fueron ignoradas.

Los reaccionarios parecían decididos a provocar la ira popular. Faltaba poco para el juicio a Kornílov. La prensa burguesa lo defendía cada vez más abiertamente, llamándolo «el gran patriota ruso». El periódico de Burtzev, el *Obshchee Dielo* (La Causa Común) reclamaba una dictadura de Kornílov, Kaledín y Kérensky.

Un día mantuve una charla con Burtzev en la sala de prensa del Consejo de la República. Era un hombrecillo encorvado, con la cara arrugada, ojos miopes detrás de sus gruesas lentes, el pelo revuelto y la barba entrecana.

> Recuerde lo que digo, joven. Lo que Rusia necesita es un hombre fuerte. Ahora deberíamos dejar de pensar en la revolución y concentrarnos en los alemanes. Esos chapuceros han derrotado a Kornílov y, detrás de los chapuceros, están los agentes alemanes. Kornílov debería haber ganado.

En la extrema derecha, los órganos apenas encubiertos de los monárquicos, el *Narodny Tribun* (La Tribuna del Pueblo) de Purishkévich, el *Novaya Rus* (La Nueva Rusia) y el *Zhivoye Slovo* (La Palabra Viva), propugnaban abiertamente la destrucción de la democracia revolucionaria.

El 23 de octubre hubo una batalla naval contra un escuadrón alemán en el golfo de Riga. Con la excusa de que Petrogrado estaba en peligro, el Gobierno provisional elaboró un plan para evacuar la capital. Primero saldrían las grandes fábricas de municiones, que serían distribuidas por todo el país, y luego el Gobierno se trasladaría a Moscú. Al instante, los bolcheviques empezaron a clamar que el Gobierno abandonaba la capital roja para debilitar la revolución. Ya había vendido Riga a los alemanes, y ahora traicionaba a Petrogrado.

La prensa burguesa estaba feliz. «En Moscú —dijo el periódico kadete *Ryech* (La Palabra)—, el Gobierno puede continuar su labor en un ambiente relajado, sin que interfieran los anarquistas». Rodzianko, jefe del ala derecha del partido kadete, declaró en el *Ultro Rossii* (El Amanecer Ruso) que la toma de Petrogrado por los alemanes sería una bendición, porque destruiría los sóviets y eliminaría la flota revolucionaria del Báltico.

> Petrogrado está en peligro, y yo digo: «Dejemos Petrogrado en manos de Dios». Existe el temor de que, si cae Petrogrado, se destruyan las principales organizaciones revolucionarias. A eso, yo respondo que me alegraría que así fuera, porque no acarrearían más que desastres para Rusia.
>
> Con la toma de Petrogrado, también se destruiría la flota del Báltico, lo cual no sería de lamentar porque casi toda la tripulación se encuentra desmoralizada.

Ante la tempestad de desaprobación popular, el plan de evacuación fue rechazado.

Mientras tanto, el congreso de los sóviets amenazaba Rusia como una nube tormentosa y relampagueante. Contaba con la oposición no sólo del Gobierno, sino también de todos los socialistas «moderados». Los comités centrales del Ejército y de la Flota, los de algunos sindicatos, los sóviets campesinos, pero, sobre todo, el propio Tsik, no escatimaron esfuerzos para impedir la reunión. El *Izvestia* y el *Golos Soldata* (La Voz del Soldado), periódicos fundados por el Sóviet de Petrogrado, pero que ahora estaban en manos del Tsik, la atacaron ferozmente, igual que la prensa del Partido Social-Revolucionario, que lanzó contra el congreso toda su artillería: el *Dielo Naroda* (La Causa del Pueblo) y el *Volia Naroda* (La Voluntad del Pueblo).

Se enviaron delegados por todo el país, se mandaron telegramas a los comités encargados de los sóviets locales y a los comités del Ejército, indicándoles que interrumpieran o retrasaran las elecciones al congreso. Hubo solemnes resoluciones públicas en contra de su celebración, declaraciones que se oponían a dicha reunión en una fecha tan próxima a la Asamblea Constituyente, protestas de los representantes del frente, de la unión de los *zemstvos*, de la Unión de los Campesinos, de la Unión de los Ejércitos Cosacos, de la Unión de Oficiales, de los caballeros de San Jorge, de los Batallones de la Muerte[8]. El Consejo de la República Rusa lo censuró unánimemente. Toda la maquinaria creada por la Revolución rusa de Marzo se puso en marcha para bloquear el congreso de los sóviets.

En el otro lado, estaba la voluntad informe del proletariado: obreros, soldados rasos y campesinos pobres. Muchos sóviets locales ya eran bolcheviques, a los que había que añadir las organizaciones de obreros industriales, los *Comitieti Farbichno-Zavodskiye* (comités de fábrica), y las organizaciones insurgentes del Ejército y de la Flota. En algunas partes, el

pueblo, privado de la posibilidad de elegir a los delegados regulares de su sóviet, celebró reuniones alternativas y nombró a uno de entre los suyos para mandarlo a Petrogrado. En otras, desmontaron los antiguos comités obstruccionistas y crearon otros nuevos. Se elevó una oleada de insurrecciones que rompió la costra que se había ido formando lentamente sobre el ardor revolucionario durante los meses anteriores. Sólo un movimiento de masas espontáneo podía lograr que se celebrara el congreso nacional de sóviets.

Los oradores bolcheviques recorrían diariamente los cuarteles y fábricas denunciando violentamente al «Gobierno guerracivilista». Un domingo fuimos a Obukhovsky Zavod, una fábrica de municiones ubicada en las afueras de la avenida Schlüsselburg, en un tranvía abarrotado que avanzaba pesadamente entre océanos de barro.

La reunión se celebró entre las sobrias paredes de ladrillo de un enorme edificio inacabado. Diez mil hombres y mujeres, vestidos de negro, se apiñaban en torno a un estrado cubierto con una tela roja, amontonados sobre pilas de madera y ladrillos o encaramados a las altas vigas, resueltos y vociferantes. De vez en cuando, por los huecos de las ventanas se veía el sol resplandecer en el cielo gris y pesado, inundando con una luz rojiza aquellos rostros sencillos, vueltos hacia nosotros.

Lunacharsky, con su delgada silueta de estudiante y su fino rostro de artista, explicaba por qué los sóviets debían tomar el poder. Ninguna otra cosa podía garantizar la revolución frente a sus enemigos, que estaban destruyendo deliberadamente al país y al ejército, abonando el terreno para un nuevo Kornílov.

Un soldado del frente rumano, flaco, trágico y vehemente, exclamó:

—¡Camaradas! En el frente, hambrientos y congelados, morimos sin motivo. Pido a los camaradas norteamericanos que cuenten en su país que los rusos lucharán por su revolución hasta la muerte. Resistiremos con todas nuestras fuerzas hasta que los pueblos del mundo se alcen para ayudarnos. ¡Nosotros les pedimos a los obreros norteamericanos que se levanten y luchen por la revolución social!

Luego habló Petrovski, con voz débil, lenta e implacable:

—No es hora de palabras, sino de hechos. La situación económica es mala, pero tenemos que adaptarnos. Nos quieren matar de hambre y de frío, e intentan provocarnos. Pues que sepan que pueden ir todo lo lejos que quieran, pero que si se atreven a poner las manos sobre las organizaciones proletarias, los barreremos de la faz de la tierra como si fueran escoria.

La prensa bolchevique se expandió de repente. Además de los dos periódicos del partido, el *Rabochi Put* y el *Soldat*, apareció otro para los campesinos, el *Derevenskaya Byednota* (Los Pobres del Campo), con una tirada diaria de medio millón de ejemplares, y el 17 de octubre, el *Rabochi i Soldat*. Su editorial resumía el punto de vista bolchevique:

> El cuarto año de campaña significaría la aniquilación del ejército y del país. Está en riesgo la seguridad de Petrogrado. Los contrarrevolucionarios se alegran de las desgracias del pueblo. Los campesinos, desesperados, se lanzan abiertamente a la rebelión. Los terratenientes y las autoridades del Gobierno los masacran con expediciones de castigo. Las fábricas y las minas están cerrando, y el hambre amenaza a la población. La burguesía y los generales quieren restablecer una disciplina ciega en el Ejército. Con el apoyo de la burguesía, los partidarios de Kornílov pretenden acabar abiertamente con la Asamblea Constituyente.
>
> El Gobierno de Kérensky va en contra del pueblo y destruirá el país. Este periódico defiende y apoya al pueblo: las clases pobres, los obreros, soldados y campesinos. El pueblo sólo se salvará cuando se culmine la revolución, para lo cual todo el poder ha de estar en manos de los sóviets.

El periódico preconizaba lo siguiente:

> ¡Todo el poder para los sóviets, tanto en la capital como en las provincias!
>
> Tregua inmediata en todos los frentes. Paz cabal entre los pueblos.
>
> La tierra para los campesinos, sin compensación para los terratenientes.
>
> Control obrero de la producción industrial.
>
> Una Asamblea Constituyente elegida legítimamente.

Es oportuno reproducir aquí otro pasaje del mismo periódico, el órgano de esos bolcheviques mundialmente conocidos por ser agentes de Alemania:

> El káiser alemán, manchado con la sangre de millones de muertos, quiere lanzar a su ejército contra Petrogrado. ¡Hagamos un

> llamamiento a los obreros, soldados y campesinos alemanes, que desean la paz tanto como nosotros, para que se alcen contra esta maldita guerra!
>
> Esto sólo puede hacerlo un Gobierno revolucionario, que hable verdaderamente en nombre de los trabajadores, soldados y campesinos de Rusia, que, por encima de los diplomáticos, apele directamente a las tropas alemanas y llene sus trincheras de proclamas en alemán. Nuestros aviadores difundirán estas proclamas por toda Alemania.

En el Consejo de la República, la brecha entre los dos bandos de la Cámara era cada día más profunda.

—Las clases pudientes —clamaba Karelin en nombre de los socialrevolucionarios de izquierda— quieren usar el aparato revolucionario del Estado para atar a Rusia al carro de guerra aliado. Los partidos revolucionarios son totalmente contrarios a esta política.

El viejo Nikolái Chaikovski, representante de los socialistas populares, habló contra el reparto de la tierra a los campesinos y se puso del lado de los kadetes:

—Debemos implantar de inmediato una disciplina férrea en el Ejército. Desde el comienzo de la guerra, no he dejado de repetir que es un crimen emprender reformas económicas y sociales cuando hay un conflicto armado. Estamos cometiendo ese crimen, pero no soy enemigo de tales reformas, porque soy socialista.

De la izquierda llegaron gritos de «¡No te creemos!», y desde la derecha una gran ovación.

Adjemov, de los kadetes, dijo que no hacía falta decir al ejército por qué luchaba, ya que todos los soldados debían comprender que su primer deber era expulsar del territorio ruso al enemigo.

El propio Kérensky fue en dos ocasiones para abogar apasionadamente por la unión nacional, y al final de una de sus intervenciones rompió a llorar. La Asamblea lo escuchó con frialdad, interrumpiéndole con comentarios irónicos.

El Instituto Smolny, sede del Tsik y del Sóviet de Petrogrado, se encuentra a varios kilómetros de distancia, en el extremo de la ciudad, a orillas del río Neva. Me fui para allá en un tranvía abarrotado de gente, que avanzaba chirriando a paso de tortuga por las calles empedradas y llenas de barro. Al final de la línea se alzaban las elegantes cúpulas azuladas del

Instituto Smolny, de ciento ochenta metros de longitud y tres pisos de altura, con las armas imperiales esculpidas en piedra, enormes e insolentes, encima de la entrada.

El instituto, que durante el antiguo régimen había sido un famoso internado para las hijas de la nobleza rusa, patrocinado por la zarina, estaba tomado por las organizaciones revolucionarias de obreros y soldados. Tenía más de cien habitaciones enormes, blancas y desnudas, en cuyas puertas unas placas esmaltadas seguían indicando al visitante que aquello era el aula 4 de «señoritas» o el cuarto de profesores. Pero, encima de estas señales habían colgado otras, escritas toscamente, testimonio de la vitalidad del nuevo orden: «Comité Central del Sóviet de Petrogrado», «Tsik», «Oficina de Asuntos Exteriores», «Unión de Soldados Socialistas», «Comité Nacional de Sindicatos», «Comités de Fábrica», y las oficinas centrales y salas de reunión de los partidos políticos.

Por los largos pasillos abovedados, iluminados por escasas bombillas, se afanaba una multitud de soldados y obreros, algunos de ellos doblados bajo el peso de enormes fardos de periódicos, proclamas y propaganda impresa de todo tipo. El ruido de sus pesadas botas atronaba sin cesar el entarimado. Había carteles por todas partes: «¡Camaradas! Por vuestra propia salud, mantened la limpieza». Al final de las escaleras y en el rellano de cada piso había mesas alargadas, con montones de panfletos y las publicaciones a la venta de los diferentes partidos políticos.

El amplio refectorio de techo bajo situado en la planta inferior todavía servía de comedor. Por dos rublos compré una papeleta canjeable por una cena e hice cola con otras mil personas, esperando llegar a las largas mesas donde veinte hombres y mujeres servían la sopa de col de unos calderos enormes, acompañada de trozos de carne, montones de *kasha* y rebanadas de pan negro. Por cinco kopeks te daban té en una taza de hojalata, y cada uno cogía una grasienta cuchara de madera de un cesto. En los bancos, junto a las mesas de madera, se apiñaban proletarios hambrientos que devoraban su ración, conspirando y lanzando sus chistes soeces por toda la sala.

Arriba había otro comedor, reservado para el Tsik, aunque todo el mundo iba allí. En este comedor se podía conseguir pan untado con una gruesa capa de mantequilla y las tazas de té que uno quisiera.

En el ala derecha del segundo piso se hallaba la gran sala de reuniones, antiguo salón de baile del instituto. Era una sala blanca y de techos altos, iluminada por arañas de cristal provistas de cientos de bombillas decoradas, y dividida por dos filas de inmensas columnas. En un extremo, había una

tribuna flanqueada por dos altas lámparas de múltiples brazos y, al fondo, un marco dorado del que habían arrancado el retrato del emperador. En los días de fiesta, se habían juntado allí militares y eclesiásticos, con sus uniformes imponentes, un escenario perfecto para grandes duquesas.

Fuera, al otro lado del pasillo, estaba la oficina del Comité de Credenciales para el Congreso de los Sóviets. Me quedé observando a los nuevos delegados que entraban: soldados fornidos y barbudos, obreros con camisas negras, algunos campesinos de pelo largo. La chica de la oficina, que pertenecía al grupo Yedinstvo[9] de Plejánov, sonreía con desprecio. «Éstos no se parecen nada a los delegados del primer *Siezd* (congreso) —dijo—. ¿Ha visto su aspecto rudo e ignorante? Es gente inculta». Era cierto. Rusia había sido removida en lo más profundo y ahora lo más bajo salía a la superficie. El Comité de Credenciales, nombrado por el antiguo Tsik, impugnaba a todos los candidatos, aduciendo que habían sido elegidos ilegalmente. Karajan, miembro del Comité Central bolchevique, sonreía tranquilamente: «No os preocupéis —dijo—. Cuando llegue el momento, nos encargaremos de que tengáis vuestros nombramientos».

El *Rabochi i Soldat* decía:

> Llamamos la atención de los delegados del nuevo congreso nacional sobre los intentos de ciertos miembros del comité organizador por desbaratar el congreso, afirmando que no va a celebrarse y que los delegados deberían abandonar Petrogrado. No hagáis caso de esas mentiras. Se acercan días importantes.

Era evidente que no se alcanzaría el *quorum* para el 2 de noviembre, así que la apertura del congreso se aplazó hasta el 7. Pero el país entero ya se había alzado, y los mencheviques y los socialrevolucionarios, conscientes de su derrota, cambiaron repentinamente de táctica y empezaron a telegrafiar frenéticamente a sus organizaciones provisionales para que eligieran al mayor número posible de socialistas «moderados». Al mismo tiempo, el comité ejecutivo de los sóviets campesinos hizo un llamamiento urgente para convocar un congreso campesino, que se celebraría el 13 de diciembre y contrarrestaría cualquier posible actuación de los obreros y soldados.

¿Qué harían los bolcheviques? Por toda la ciudad corrían rumores de que iba a haber una «manifestación» armada, una *vystuplenie*, organizada por los obreros y soldados. La prensa burguesa y reaccionaria profetizaba la insurrección y pedía que el Gobierno arrestara al Sóviet de Petrogrado, o al

menos impidiera la celebración del congreso. Periódicos como el *Novaya Rus* propugnaban una matanza masiva de los bolcheviques.

El periódico de Gorki, el *Novaya Zhizn,* coincidía con los bolcheviques en que los reaccionarios trataban de aplastar la revolución, y que, si fuera necesario, habría que combatirlos con la fuerza de las armas. Señalaba, no obstante, que todos los partidos de la democracia debían formar un frente único.

> Mientras la democracia no organice sus fuerzas principales, mientras su influencia siga encontrando una fuerte resistencia, no conviene pasar al ataque. Pero si los elementos hostiles apelan a la fuerza, entonces la democracia revolucionaria debería entrar en la batalla para tomar el poder, y tendrá el apoyo de los estratos más profundos del pueblo.

Gorki señaló que tanto los periódicos revolucionarios como los del Gobierno incitaban a los bolcheviques a la violencia. No obstante, una insurrección allanaría el camino para un nuevo Kornílov, así que Gorki urgió a los bolcheviques a desmentir los rumores. Potrésov publicó una historia sensacionalista en el *Dien* (Día) bolchevique, acompañada de un mapa, que supuestamente revelaba el plan de campaña secreto de los bolcheviques.

Como por arte de magia, las paredes se llenaron de advertencias[n], proclamas y llamamientos de los comités centrales de las facciones «moderadas» y conservadoras y del Tsik, que denunciaban cualquier «manifestación» y rogaban a los obreros y soldados que no escuchasen a los agitadores. He aquí un ejemplo, procedente de la sección militar del Partido Social-Revolucionario:

> De nuevo circulan por la ciudad rumores de que se planea una *vystuplenie*. ¿Cuál es la fuente de tales rumores? ¿Qué organización autoriza a estos agitadores que predican la insurrección? Los bolcheviques, preguntados al respecto en el Tsik, negaron que tuvieran nada que ver con ello. Pero estos rumores entrañan por sí solos un gran peligro. Puede ocurrir fácilmente que, ignorando el sentimiento de la mayoría de los obreros, soldados y campesinos, algunos exaltados convoquen a una parte de los trabajadores y soldados a salir a la calle y sublevarse. En los momentos terribles que está viviendo la Rusia revolucionaria, cualquier insurrección se puede

> convertir fácilmente en una guerra civil, lo que supondría la destrucción de todas las organizaciones proletarias, construidas con tanto esfuerzo. Los conspiradores contrarrevolucionarios planean aprovecharse de esta insurrección para destruir la revolución, dejar el frente abierto al emperador Guillermo y hundir la Asamblea Constituyente. ¡Permaneced en vuestros puestos y no salgáis!

El 28 de octubre hablé en los pasillos del Smolny con Kámenev, un hombrecillo de barba pelirroja y puntiaguda y gestos afrancesados. No estaba en absoluto convencido de que hubiera suficientes candidatos.

—Si hay un congreso —dijo—, representará el sentimiento abrumadoramente mayoritario del pueblo. Si la mayoría es bolchevique, como creo que lo será, exigiremos que se entregue el poder a los sóviets, y el Gobierno provisional tendrá que dimitir.

Volodarsky, un joven alto, pálido, con gafas y rostro enfermizo, fue más tajante:

—Los «Lieber-Dans» y otros moderados están saboteando el congreso. Si logran impedir que se celebre, nosotros somos lo bastante realistas para no depender de ello.

Con fecha de 29 de octubre, encuentro en mi cuaderno las siguientes entradas, tomadas de los periódicos de aquel día:

> Maguilov (sede del Estado Mayor). Concentración de las fuerzas leales: los Regimientos de la Guardia, la División Salvaje, los cosacos y los Batallones de la Muerte. El Gobierno ha ordenado a los *yunkers* de las Escuelas de Oficiales de Pavlovsk, Tsárskoye Seló y Peterhof que se dispongan a marchar sobre Petrogrado. Los *yunkers* de Oranienbaum llegan a la ciudad.
>
> Parte de la División de Carros Blindados de Petrogrado se sitúa en el Palacio de Invierno.
>
> Por orden de Trotski, se han repartido varios millares de rifles de la fábrica de armas de Sestroretsk a delegados de los trabajadores de Petrogrado.
>
> En una reunión de la milicia civil del barrio de Liteiny, se ha aprobado una resolución exigiendo la entrega del poder a los sóviets.

Esto es sólo una muestra de la confusión que reinaba en aquellos días febriles, en los que todo el mundo sabía que algo iba a suceder, pero nadie

sabía exactamente el qué.

La noche del 30 de octubre, en una reunión del Sóviet de Petrogrado celebrada en el Smolny, Trotski calificó las afirmaciones de la prensa burguesa sobre los planes de insurrección de los sóviets como «un intento reaccionario de desacreditar y hundir el congreso de los sóviets». Y añadió:

> El Sóviet de Petrogrado no ha ordenado ninguna *vystuplenie*. Si es necesario, lo haremos, y tendremos el respaldo de la guarnición de Petrogrado. El Gobierno prepara una contrarrevolución y nosotros responderemos con una ofensiva que será implacable y decisiva.

Es cierto que el Sóviet de Petrogrado no había ordenado ninguna manifestación, pero el Comité Central del Partido Bolchevique consideraba la posibilidad de una insurrección. El 23 estuvo toda la noche reunido. Asistieron todos los intelectuales del partido, así como los delegados de los obreros y de la guarnición[10]. Entre los intelectuales, sólo Lenin y Trotski defendían la insurrección. Hasta los militares se oponían a ella. Se votó, y la insurrección perdió.

Entonces se levantó un rudo obrero, con el rostro crispado de rabia.

—Hablo en nombre del proletariado de Petrogrado —dijo con tono áspero —. Nosotros estamos a favor de la insurrección. Haced lo que queráis, pero os advierto que, si dejáis que destruyan a los sóviets, no contaréis más con nosotros.

Algunos soldados se unieron a él. Después de aquello, se volvió a votar y ganó la insurrección.

Sin embargo, el ala derecha de los bolcheviques, liderada por Riazanov, Kámenev y Zinóviev, seguía haciendo campaña contra el alzamiento armado. La mañana del 31 de octubre apareció en el *Rabochi* Put la primera entrega de la «Carta a los camaradas[o]» de Lenin, uno de los escritos de propaganda política más audaces que el mundo haya visto jamás. En él, Lenin presentaba seriamente los argumentos a favor de la insurrección, tomando como base las objeciones de Kámenev y Riazanov. «O abandonamos nuestro lema de “Todo el poder a los sóviets” —escribió—, o bien nos sublevamos. No hay término medio».

Esa misma tarde, Paul Miliukov, jefe de los kadetes, hizo un brillante y duro discurso en el Consejo de la República[p], en el que calificó el *nakaz* de Skóbelev de «proalemán», dijo que la «democracia revolucionaria» estaba destruyendo a Rusia, se burló de Teréshchenko y afirmó abiertamente que

prefería la diplomacia alemana a la rusa. Un tremendo alboroto agitó las bancadas de la izquierda.

El Gobierno no podía ignorar el éxito de la propaganda bolchevique. El día 29, una comisión conjunta del Gobierno y del Consejo de la República redactó apresuradamente dos leyes, una para ceder temporalmente la tierra a los campesinos, y la otra para impulsar una decidida política exterior de paz. Al día siguiente, Kérensky suspendió la pena de muerte en el Ejército. Esa misma tarde, se abrió con una gran ceremonia la primera sesión de la nueva «Comisión para el Fortalecimiento del Régimen Republicano y la Lucha contra la Anarquía y la Contrarrevolución», que no ha dejado el menor rastro en la historia. A la mañana siguiente, con otros dos reporteros, entrevisté a Kérensky**[q]**. Fue la última vez que recibió a unos periodistas.

«El pueblo ruso —dijo con amargura— sufre por las estrecheces y por la desilusión con los aliados. El mundo piensa que la revolución rusa está acabada. No se equivoquen. La revolución no ha hecho más que empezar».

Sus palabras eran, quizá, más proféticas de lo que él pensaba.

La reunión del Sóviet de Petrogrado del 13 de octubre, en la que estuve presente, duró toda la noche y fue muy tempestuosa. Asistió un gran número de intelectuales socialistas «moderados», oficiales, miembros de los comités del Ejército y del Tsik. Contra ellos se alzaban los obreros, campesinos y soldados rasos, gentes sencillas y apasionadas.

Un campesino habló de los disturbios de Tver, que, dijo, fueron causados por la detención de los comités agrarios.

—Ese Kérensky no es más que el escudo de los *pomieshchiki* (terratenientes) —dijo—. Ellos saben que en la Asamblea Constituyente nos haremos con la tierra de algún modo, y por eso intentan boicotear la reunión.

Un maquinista de la fábrica Putilov contó que los directores estaban cerrando, uno tras otro, todos los departamentos, con la excusa de que no había combustible ni materias primas. Pero el comité de fábrica, dijo, había descubierto un montón de reservas escondidas.

—¡Es una provocación! —dijo—. Quieren matarnos de hambre o empujarnos a la violencia.

Uno de los soldados exclamó:

—¡Camaradas! Os traigo saludos de un lugar donde los hombres cavan sus tumbas y las llaman trincheras.



Luego se levantó un joven soldado, alto, con rostro demacrado y mirada relampagueante, que fue recibido con un caluroso aplauso. Era Chudnovski, que supuestamente había caído en los combates de julio y ahora volvía de entre los muertos.

—Los soldados ya no confían en sus oficiales. Hasta los comités del Ejército, que se negaron a convocar una reunión de nuestro sóviet, nos han traicionado. Los soldados quieren que la Asamblea Constituyente se celebre exactamente en la fecha prevista, y los que se atrevan a aplazarla serán denostados, no sólo de palabra, porque el ejército también tiene armas.

Habló de la campaña electoral a favor de la Asamblea Constituyente que estaba arrasando en el quinto ejército.

—Los oficiales, sobre todo los mencheviques y los socialrevolucionarios, intentan minar deliberadamente a los bolcheviques. No permiten que nuestros periódicos circulen por las trincheras y arrestan a nuestros portavoces.

—¡¿Por qué no hablas de la falta de pan?! —gritó otro soldado.

—No sólo de pan vive el hombre —respondió gravemente Chudnovski.

Luego habló un oficial, delegado del sóviet de Vitebsk, un menchevique *oboronets*.

—No se trata de quién tenga el poder. El problema no es el gobierno, sino la guerra. Y hay que ganarla antes de hacer cualquier cambio.

Esto provocó risas y gritos irónicos.

—¡Los agitadores bolcheviques son unos demagogos!

La sala estalló en carcajadas.

—¡Olvidemos por un momento la lucha de clases! —dijo, sin poder continuar.

Uno de los asistentes gritó:

—¡No esperes que lo hagamos!

Petrogrado ofrecía un curioso espectáculo en aquellos días. En las fábricas, las salas de los comités estaban repletas de fusiles, los correos iban y venían y la guardia roja se ejercitaba[11]. En todos los cuarteles había reuniones cada noche, y durante el día, interminables y acaloradas discusiones. En las calles, la multitud se condensaba en la tarde oscura y salía en lentas y continuas oleadas por la avenida Nevski, luchando por conseguir los periódicos. Los atracos aumentaron hasta el punto de que era peligroso caminar por las callejuelas. Una tarde, vi en la calle Sadovaya a una multitud de varios cientos de personas matar a golpes y patadas a un soldado al que habían pillado robando. Misteriosos individuos rondaban a las ateridas mujeres que hacían cola en medio del frío durante largas horas para conseguir pan y leche, susurrándoles que los judíos habían acaparado las reservas de alimento y que, mientras el pueblo se moría de hambre, los miembros del sóviet vivían a lo grande.

Había guardias muy estrictos en la puerta y en las verjas exteriores del Smolny, que pedían el pase a todo el mundo. Las salas de reuniones bullían y resonaban de día y de noche, cientos de soldados y obreros dormían en el suelo y en cualquier sitio que encontraban. Arriba, en el salón principal, un millar de personas llenaba las agitadas sesiones del Sóviet de Petrogrado.

Las casas de juego funcionaban a pleno rendimiento desde el anochecer hasta el alba, mientras el champán corría en abundancia y se hacían apuestas de veinte mil rublos. Por la noche, prostitutas cubiertas de joyas y abrigos de piel paseaban por el centro de la ciudad y llenaban los cafés.

Conjuras monárquicas, espías alemanes, tramas de contrabando…

Y bajo la lluvia, el intenso frío y el cielo gris, la gran ciudad palpitante se precipitaba hacia… ¿Hacia dónde?

# CAPÍTULO 3

## LA VÍSPERA

En las relaciones entre un Gobierno débil y un pueblo rebelde llega un momento en que cualquier acto de las autoridades exaspera a las masas, y cada negativa a actuar aumenta su desprecio.

La propuesta de abandonar Petrogrado desencadenó una tormenta. El desmentido público de Kérensky de que el Gobierno tuviera ninguna intención de hacerlo fue recibido con burlas y abucheos.

El *Rabochi Put* protestó:

> Puesto entre la espada y la pared por la presión de la revolución, el Gobierno de los «provisionales» burgueses trata de librarse asegurando falsamente que nunca pensó en huir de Petrogrado y que no quería entregar la capital.

En Járkov, treinta mil mineros se organizaron, haciendo suyo el preámbulo de los estatutos de los IWW [Trabajadores Industriales del Mundo]: «La clase obrera y la patronal no tienen nada en común». Tras ser dispersados por los cosacos, algunos sufrieron un cierre patronal y otros declararon una huelga general. Konoválov, el ministro de Comercio e Industria, dio plenos poderes a su ayudante, Orlov, para que resolviera el problema. Los mineros odiaban a Orlov, pero el Tsik no sólo apoyó su nombramiento, sino que se negó a exigir que los cosacos fueran retirados de la cuenca del Don.

A esto le siguió la dispersión del sóviet de Kaluga. Los bolcheviques, tras asegurarse una mayoría en el sóviet, liberaron a algunos presos políticos. Con la autorización del comisario del Gobierno, la duma municipal mandó traer

tropas desde Minsk y bombardeó la sede del sóviet con artillería. Los bolcheviques se rindieron, pero, cuando salían del edificio, los cosacos los atacaron, gritando: «¡Esto es lo que haremos con el resto de sóviets bolcheviques, incluyendo los de Moscú y Petrogrado!». Este incidente provocó una oleada de pánico y rabia por toda Rusia.

Por entonces estaba terminando en Petrogrado un congreso regional de los sóviets del norte, presidido por el bolchevique Krylenko. En él se acordó por inmensa mayoría que el congreso nacional asumiera íntegramente el poder y se enviaron muestras de apoyo y de ánimo a los bolcheviques encarcelados, porque estaba próxima la hora de su liberación. Al mismo tiempo, el Primer Congreso Nacional de los Comités de Fábrica[r] se declaró decididamente a favor de los sóviets y añadió de manera muy significativa:

> Tras liberarse políticamente del zarismo, la clase obrera quiere ver cómo triunfa el régimen democrático en la esfera de su actividad productiva. La mejor expresión de dicho triunfo es el control obrero de la producción industrial, que ha surgido de forma natural en el ambiente de descomposición económica creado por la política criminal de las clases dominantes.

El Sindicato de Ferroviarios pidió la dimisión de Liverovski, ministro de Transporte y Comunicaciones.

En nombre del Tsik, Skóbelev insistió para que se presentara un *nakaz* en la Conferencia Aliada y protestó formalmente contra el nombramiento de Teréshchenko como delegado en París. Teréshchenko se ofreció a dimitir.

El general Verjovski, incapaz de culminar su reorganización del Ejército, sólo iba a las reuniones del gabinete muy de vez en cuando.

El 3 de noviembre, el *Obshchee Dielo* de Burtzev publicó lo siguiente en grandes titulares:

> ¡Ciudadanos! ¡Salvad a la patria!
> Acabo de enterarme de que ayer, en una reunión de la Comisión Nacional de Defensa, el ministro de la Guerra, el general Verjovski, uno de los principales responsables de la caída de Kornílov, propuso firmar una paz por separado y al margen de los aliados.
> ¡Esto es una traición a Rusia!
> Teréshchenko declaró que el Gobierno provisional ni siquiera había examinado la propuesta de Verjovski.

«Pensarán ustedes que estamos en un manicomio», dijo Teréshchenko.
Las palabras del general dejaron perplejos a los miembros de la Comisión.
El general Alekséyev exclamó:
«¡No! ¡No es locura, es peor aún! Es una traición a Rusia».
Kérensky, Teréshchenko y Nekrásov deben darnos explicaciones de inmediato sobre las palabras de Verjovski.
¡Ciudadanos, sublevaos!
¡Están traicionando a Rusia!
¡Salvadla!

En realidad, lo que Verjovksi decía era que había que presionar a los aliados para que ofrecieran la paz, porque el ejército ruso no podía seguir combatiendo.

Esto causó un enorme revuelo, tanto en Rusia como en el extranjero. Verjovski recibió «un permiso indefinido por motivos de salud» y abandonó el Gobierno, al tiempo que se cerraba el *Obshchee Dielo*.

Se eligió el domingo, 4 de noviembre, como fecha para el Sóviet de Petrogrado. Se planearon mítines multitudinarios por toda la ciudad, con el objetivo aparente de recaudar fondos para la organización y para la prensa, aunque en realidad se trataba de una demostración de fuerza. De pronto, se anunció que ese mismo día los cosacos celebrarían una *Krestni Khod* (procesión de la cruz) en honor del icono de 1612, gracias a cuya misteriosa intervención Napoleón fue expulsado de Moscú. En un ambiente tan cargado, cualquier chispa podía hacer que prendiera una guerra civil. El Sóviet de Petrogrado publicó un manifiesto titulado «Hermanos cosacos»:

Os incitan a vosotros, los cosacos, contra nosotros, los obreros y soldados. Este plan cainita lo han puesto en marcha nuestros comunes enemigos: los opresores y las clases privilegiadas (generales, banqueros, terratenientes, antiguos oficiales y servidores del zar). Nos odian los estafadores, los ricos, príncipes, nobles y generales, incluidos los generales cosacos, dispuestos en todo momento a boicotear el Sóviet de Petrogrado y aplastar la revolución.
Están organizando una procesión religiosa cosaca para el 4 de noviembre. Cada cual es libre de asistir o no a dicha procesión. Nosotros no nos inmiscuimos en este asunto, ni ponemos trabas a

> nadie. Pero os avisamos, cosacos. ¡Estad atentos y vigilad que, con la excusa de una *Krestni Khod*, vuestros Kaledines no os instiguen contra los obreros y soldados!

La procesión se canceló rápidamente.

En los cuarteles y en los barrios obreros, los bolcheviques predicaban: «¡Todo el poder para los bolcheviques!», mientras los agentes de las fuerzas oscurantistas instigaban a la gente a alzarse y asesinar a los judíos, a los comerciantes y a los jefes socialistas.

Por un lado, la prensa monárquica incitaba a la represión sangrienta. Por otro, se oía el poderoso grito de Lenin: «¡Insurrección! No podemos esperar más».

La prensa burguesa también estaba inquieta[s]. La *Birzhevya Viedomosti* (La Gaceta Bursátil) calificaba la propaganda bolchevique como un ataque contra «los principios más elementales de la sociedad: la seguridad personal y el respeto a la propiedad privada».

Pero eran los periódicos socialistas «moderados» los que se mostraban más hostiles[t]. «Los bolcheviques son los enemigos más peligrosos de la revolución», afirmó el *Dielo Naroda*, y el *Dien* menchevique declaró: «El Gobierno debe defenderse y defendernos». El periódico de Plejánov, *Yedinstvo* (Unidad)[u], advirtió al Gobierno que los obreros de Petrogrado se estaban armando y le pidió que tomara duras medidas contra los bolcheviques.

El Gobierno parecía cada día más impotente. Hasta el Gobierno municipal se hundió. Las columnas de los periódicos matutinos estaban llenas de noticias sobre robos y asesinatos, y los delincuentes quedaban impunes.

Por otro lado, trabajadores armados patrullaban las calles por la noche, luchando contra los saqueadores y requisando las armas que encontraban.

El 1 de noviembre, el coronel Polkovnikov, comandante militar de Petrogrado, lanzó una proclama:

> A pesar del difícil momento que atraviesa el país, se siguen lanzando llamamientos a las manifestaciones armadas y a los asesinatos, y los robos y disturbios aumentan día tras día.
>
> Esta situación altera la vida de los ciudadanos y entorpece el trabajo sistemático del Gobierno y de las instituciones municipales.
>
> Plenamente consciente de mi responsabilidad y de mi deber ante el país, ordeno lo siguiente:

> 1. Todas las unidades militares, siguiendo instrucciones especiales, y dentro del territorio de su guarnición, prestarán la máxima ayuda a la autoridad municipal, a los comisarios y a la milicia para proteger las instituciones del gobierno.
> 2. Se organizarán patrullas, en colaboración con el comandante de la región y con los representantes de la milicia urbana, y se tomarán medidas para arrestar a los delincuentes y desertores.
> 3. Todo aquel que entre en los cuarteles incitando a las manifestaciones armadas y a los asesinatos será detenido y conducido al cuartel del subcomandante de la ciudad.
> 4. Se cortará de raíz cualquier manifestación o disturbio, con todas las fuerzas armadas disponibles.
> 5. Se ayudará a los comisarios para impedir los registros domiciliarios y las detenciones ilegales.
> 6. Se informará inmediatamente de todo lo sucedido en la zona que está bajo el mando del Estado Mayor de Petrogrado.
>
> Pido a los comités y a las organizaciones militares que presten su ayuda a los comandantes en el cumplimiento del deber que les ha sido asignado.

En el Consejo de la República, Kérensky declaró que el Gobierno era plenamente consciente de los planes bolcheviques y que tenía fuerza suficiente para lidiar con cualquier manifestación[v]. Acusó al *Novaya Rus* y al *Rabochi Put* de hacer la misma labor subversiva. «Pero, debido a la total libertad de prensa —añadió—, el Gobierno no está en condiciones de combatir las mentiras impresas[12]». Declaró, asimismo, que esos periódicos representaban dos aspectos de la misma propaganda, cuyo objetivo era la contrarrevolución, tan anhelada por las fuerzas oscurantistas, y continuó:

> Soy un hombre condenado y me da igual lo que pueda ocurrir. Por eso, me atrevo a decir que la otra parte del enigma es la increíble provocación creada en la ciudad por los bolcheviques.

El 2 de noviembre sólo habían llegado quince delegados al Congreso de los Sóviets. Al día siguiente eran cien, y al otro, ciento setenta y cinco, de los cuales ciento tres eran bolcheviques. Para llegar al *quorum* se necesitaban cuatrocientos, y sólo faltaban tres días para el congreso.

Yo pasaba mucho tiempo en el Smolny, en el que ya no era fácil entrar. Dobles filas de centinelas vigilaban las puertas exteriores y, una vez franqueada la puerta principal, había una larga fila de personas que esperaban para entrar de cuatro en cuatro, tras ser identificadas e interrogadas acerca de sus actividades. Se repartían los salvoconductos, y el sistema de acceso cambiaba cada pocas horas, porque los espías se colaban continuamente.

Un día, al llegar a la puerta exterior, vi a Trotski y a su mujer justo delante de mí. Un policía les dio el alto. Trotski se rebuscó en los bolsillos, pero no encontró el pase.

—No importa —dijo—. Usted me conoce, me llamo Trotski.

—Si no tiene pase, no puede entrar —respondió obstinadamente el soldado—. Los nombres no me dicen nada.

—¡Pero si soy el presidente del Sóviet de Petrogrado!

—Pues si es usted un tipo tan importante al menos debería llevar un simple documento —replicó el soldado.

Trotski dijo, muy paciente:

—Déjeme ver al comandante.

El soldado, vacilando, masculló que no podía molestar al comandante por cualquier tipo que se presentara, y finalmente llamó al compañero que estaba al mando de la guardia. Trotski le explicó la situación.

—Me llamo Trotski —repitió.

—¿Trotski? —dijo el otro soldado, rascándose la cabeza—. He oído ese nombre en alguna parte. Supongo que no hay problema. Puede pasar, compañero.

En el pasillo vi a Karajan, miembro del Comité Central bolchevique, que me explicó cómo sería el nuevo Gobierno.

> Una organización flexible, sensible a la voluntad popular expresada a través de los sóviets y que deje actuar plenamente a las fuerzas locales. Actualmente, el Gobierno provisional entorpece la actuación de la democracia local, igual que hacía el Gobierno del zar. La iniciativa de la nueva sociedad vendrá de abajo. La forma de gobierno tendrá como modelo los estatutos del Partido Socialdemócrata ruso. El nuevo Tsik, que ha de responder regularmente ante el congreso nacional de los sóviets, será el Parlamento. Al frente de los diversos ministerios habrá *collegia* (comités) en vez de ministros, que serán directamente responsables ante los sóviets.

El 30 de octubre, tras pedir cita, subí a una pequeña habitación en el último piso del Smolny para hablar con Trotski. Lo encontré sentado en una tosca silla, frente a una mesa vacía en medio del cuarto. No me hizo falta hacerle muchas preguntas, porque habló sin parar durante más de una hora. He aquí, en sus propias palabras, lo esencial de su declaración:

> El Gobierno provisional no tiene ningún poder. La burguesía tiene el control, pero dicho control está enmascarado tras una ficticia coalición con los partidos *oborontsi*. Durante la revolución estamos viendo revueltas de campesinos cansados de esperar las tierras prometidas, y en todo el país y en todas las clases trabajadoras se observa el mismo descontento. La dominación burguesa sólo es posible mediante una guerra civil. El método de Kornílov es la única manera de que gobierne la burguesía. Pero es justamente la fuerza lo que no tienen los burgueses. El ejército está con nosotros. Los conciliadores y pacifistas, los socialrevolucionarios y los mencheviques, han perdido toda autoridad, porque la lucha entre los campesinos y los terratenientes, entre obreros y patronos, entre soldados y oficiales, se ha vuelto más enconada e irreconciliable que nunca. Sólo mediante la acción concertada de las masas populares y la victoria de la dictadura proletaria se culminará la revolución y el pueblo se salvará.
>
> Los sóviets son los representantes naturales del pueblo, por su experiencia revolucionaria, ideas y objetivos. Directamente vinculados con los soldados de las trincheras, los trabajadores de las fábricas y los campesinos de las fincas, son la columna vertebral de la revolución.
>
> Ha habido un intento de crear un poder sin los sóviets, que sólo ha generado impotencia. En los pasillos del Consejo de la República Rusa se están urdiendo planes contrarrevolucionarios de todo tipo. El partido kadete representa la contrarrevolución militante. En el otro lado, los sóviets representan la causa del pueblo. Entre ambos bandos no hay ningún grupo verdaderamente importante. Es la lucha final. La contrarrevolución burguesa organiza a sus tropas y espera el momento de atacarnos. Nuestra respuesta será definitiva. Terminaremos la obra iniciada en marzo y avanzaremos durante el golpe de Estado de Kornílov.

Luego se puso a hablar de la política exterior del nuevo Gobierno.

> Nuestra primera medida será pedir un armisticio inmediato en todos los frentes y un congreso de los pueblos para discutir unas condiciones de paz democráticas. La cuota de democracia que logremos en el acuerdo de paz dependerá de la cantidad de respuesta revolucionaria que haya en Europa. La creación en Rusia de un Gobierno de los sóviets sería un factor poderoso para lograr la paz inmediata en Europa, porque este Gobierno se dirigiría de forma directa e inmediata a todos los pueblos, por encima de sus Gobiernos, para proponerles un armisticio. En el momento en que se firme la paz, la revolución rusa presionará para que no haya anexiones ni indemnizaciones, a favor del derecho de autodeterminación de los pueblos y de una república federal europea.
>
> Al final de esta guerra veo una nueva Europa, creada no por los diplomáticos, sino por el proletariado. El resultado será una república federal europea, los Estados Unidos de Europa. La autonomía nacional ya no es suficiente. La evolución económica exige la abolición de las fronteras nacionales. Si Europa sigue dividida en grupos nacionales, el imperialismo se pondrá de nuevo manos a la obra. Sólo una república federal europea traerá la paz al mundo.



Y con esa sonrisa suya tan fina e irónica, añadió:

> Pero, sin la acción de los proletarios europeos, estos objetivos no podrán realizarse en este momento.

Cuando todo el mundo esperaba que los bolcheviques aparecieran de repente en las calles y empezaran a disparar a todos los que llevaran cuello blanco, la insurrección real comenzó de forma abierta y espontánea.

El Gobierno provisional planeaba enviar al frente a la guarnición de Petrogrado, compuesta por sesenta mil hombres que habían tenido un papel destacado en la revolución. Fueron ellos los que cambiaron el curso de aquellos famosos días de marzo, crearon los sóviets de los delegados soldados y expulsaron a Kornílov a las puertas de Petrogrado.

La mayor parte de ellos era bolchevique. Cuando el Gobierno provisional habló de evacuar la ciudad, fue la guarnición de Petrogrado la que respondió: «Si no sois capaces de defender la capital, firmad la paz, y si no podéis firmarla, marchaos y dejad paso a un Gobierno del pueblo que pueda hacer ambas cosas».

Era evidente que cualquier intento de insurrección dependía de la actitud de la guarnición de Petrogrado. El plan del Gobierno era sustituir a los regimientos de la guarnición por tropas «de confianza»: cosacos y Batallones de la Muerte. El Comité del Ejército, los socialistas «moderados» y el Tsik apoyaron al Gobierno. Se avivó una agitación generalizada en el frente y en Petrogrado, con el argumento de que la guarnición de Petrogrado llevaba ocho meses apoltronada en los cuarteles de la capital, mientras sus exhaustos camaradas pasaban hambre y morían en las trincheras.

Naturalmente, había algo de verdad en la acusación de que los regimientos de la guarnición eran reacios a cambiar su relativa comodidad por las penalidades de una campaña de invierno. Pero había otras razones por las que se negaban a irse. El Sóviet de Petrogrado recelaba de las intenciones del Gobierno, y cientos de delegados llegados del frente y elegidos por los soldados rasos clamaban: «Es cierto que necesitamos refuerzos, pero antes que eso, necesitamos saber que Petrogrado y la revolución están bien protegidas. Vosotros mantened la retaguardia, que nosotros resistiremos en el frente».

El 25 de octubre, el Comité Central del Sóviet de Petrogrado discutió a puerta cerrada la creación de un comité militar especial para decidir esas cuestiones. Al día siguiente, una asamblea de la sección de los soldados eligió

un comité, que inmediatamente declaró un boicot a los periódicos burgueses y condenó al Tsik por oponerse al Congreso de los Sóviets. El 29, en una sesión pública del Sóviet de Petrogrado, Trotski propuso que el Sóviet reconociera oficialmente al Comité Revolucionario Militar. «Debemos crear nuestra propia organización para ir al combate y, si es preciso, a la muerte», dijo. Se decidió enviar dos delegaciones al frente, una del Sóviet y otra de la guarnición, para parlamentar con los comités de los soldados y con el Estado Mayor.

En Pskov, los delegados del Sóviet fueron recibidos por el general Cheremisov, comandante del frente norte, que se limitó a decir que había ordenado a la guarnición de Petrogrado que volviera a las trincheras, y que eso era todo. El comité de la guarnición no estaba autorizado a abandonar Petrogrado.

Una delegación de la sección de soldados del Sóviet de Petrogrado pidió que se admitiera a uno de sus representantes en el Estado Mayor del distrito de Petrogrado. Tras denegarse su petición, los delegados fueron increpados duramente: «¡Sólo reconocemos al Tsik, y no a vosotros! ¡Así que si infringís alguna ley, os arrestaremos!».

El 30, una asamblea de representantes de todos los regimientos de Petrogrado aprobó una resolución: «La guarnición de Petrogrado ya no reconoce la autoridad del Gobierno provisional. El Sóviet de Petrogrado es nuestro Gobierno y obedeceremos únicamente órdenes suyas, a través del Comité Revolucionario Militar».

Las unidades militares locales recibieron orden de esperar instrucciones de la sección de soldados del Sóviet de Petrogrado.

Al día siguiente, el Tsik convocó su propia asamblea, compuesta en gran parte por oficiales, creó un comité para colaborar con el Estado Mayor y nombró comisarios en todos los barrios de la ciudad.

Una gran asamblea de soldados, celebrada el 3 de noviembre en el Smolny, dictó lo siguiente:

> La guarnición de Petrogrado se congratula por la creación de un Comité Revolucionario Militar y promete apoyarlo en todas sus acciones, con el fin de unir más estrechamente el frente y la retaguardia en interés de la revolución.
>
> La guarnición declara asimismo, que, juntamente con el proletariado, asegurará el mantenimiento del orden revolucionario en Petrogrado.

> Cualquier intento de provocación por parte de los seguidores de Kornílov o de la burguesía encontrará una resistencia implacable.

Consciente de su poder, el Comité Revolucionario Militar urgió al Estado Mayor de Petrogrado a someterse a su control. Dio orden a todas las imprentas de no publicar ningún llamamiento o proclama sin la autorización del comité. Comisarios armados visitaron el arsenal de Kronwerk y requisaron grandes cantidades de armas y municiones, además de detener un cargamento de diez mil bayonetas que estaba a punto de salir para Novocherkask, el cuartel general de Kaledín.

Viendo el peligro, el Gobierno ofreció la inmunidad si el comité se disolvía. Demasiado tarde. El 5 noviembre, a medianoche, el propio Kérensky envió a Malevsky a ofrecer al Sóviet de Petrogrado una representación en el Estado Mayor. El Comité Revolucionario Militar aceptó. Una hora después, el general Manikovksi, ministro de la Guerra en funciones, retiró el ofrecimiento.

El martes, 6 de noviembre, la ciudad amaneció con la aparición de una pancarta firmada por el «Comité Revolucionario Adjunto al Sóviet de los Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado».

A la población de Petrogrado

> ¡Ciudadanos!
>
> La contrarrevolución ha asomado su cabeza criminal. Los partidarios de Kornílov movilizan sus fuerzas para hundir el Congreso Nacional de Sóviets y reventar la Asamblea Constituyente. Al mismo tiempo, es posible que los pogromistas inciten al pueblo a cometer disturbios o matanzas. El Sóviet de los Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado asumirá la salvaguardia del orden revolucionario en la ciudad frente a cualquier intento de pogromo o contrarrevolución.
>
> La guarnición de Petrogrado no permitirá ningún tipo de violencia ni desorden. Invitamos a la población a arrestar a los vándalos y agitadores de las Centurias Negras y a llevarlos ante los comisarios del sóviet en el cuartel más cercano. Al primer intento de las fuerzas oscurantistas de causar problemas en las calles de Petrogrado, ya sea en forma de robos o peleas, los delincuentes serán barridos de la faz de la tierra.

> ¡Ciudadanos! Os pedimos que mantengáis la calma y la compostura. La causa del orden y la revolución está en buenas manos.
> He aquí la lista de regimientos que cuentan con comisarios del Comité Revolucionario Militar…

El 3 de noviembre, los jefes bolcheviques celebraron otra reunión histórica a puerta cerrada. Avisado por Zalking, esperé en el pasillo. Volodarsky, nada más salir, me contó lo que estaba pasando.

Lenin había dicho:

> El 6 de noviembre sería demasiado pronto. El alzamiento debe tener una base nacional, y ese día no habrían llegado todos los delegados al congreso. Por otra parte, el 8 de noviembre sería demasiado tarde. En esa fecha ya estaría organizado el congreso, y es difícil que una asamblea tan grande tome medidas rápidas y decididas. Debemos actuar el 7, el día en que se abre el congreso, para poder decirle: «Aquí tenéis el poder. Y ahora, ¿qué vais a hacer con él?».

Mientras, en una de las habitaciones del piso superior, un individuo de rostro delgado y pelo largo, antiguo oficial de los ejércitos del zar, que luego se hizo revolucionario y fue desterrado, un tal Avseenko, llamado Antonov, matemático y jugador de ajedrez, trazaba un plan minucioso para tomar la capital.

El Gobierno también se preparaba. Sin llamar la atención, algunos de los regimientos más leales, procedentes de divisiones muy alejadas entre sí, fueron destinados a Petrogrado. Se montó la artillería de los *yunkers* en el Palacio de Invierno. Patrullas de cosacos hicieron su primera aparición en las calles desde los sucesos de julio. Polkovnikov lanzaba una orden tras otra, amenazando con reprimir con la «mayor dureza» cualquier intento de insubordinación. Kishkin, ministro de Instrucción Pública, el miembro más odiado del gabinete, fue nombrado comisario especial para mantener el orden en Petrogrado, y designó como asistentes a dos hombres no menos impopulares, Rutenburg y Palchinsky. Se declaró el estado de sitio en Petrogrado, Kronstadt y Finlandia, lo que motivó los comentarios irónicos del periódico burgués *Novoye Vremya* (Los Nuevos Tiempos):

> ¿Por qué el estado de sitio? El Gobierno ya no es soberano. No tiene autoridad moral ni el aparato necesario para usar la fuerza. En la

> mejor de las situaciones sólo puede negociar con quien acceda a parlamentar. Su autoridad no va más allá.

El lunes, 5 de noviembre, me fui por la mañana al Palacio Mariinsky para ver qué ocurría en el Consejo de la República Rusa. Un debate encendido sobre la política exterior de Teréshchenko. Ecos del asunto Burtzev-Verjovski. Estaban presentes todos los diplomáticos, excepto el embajador italiano, que, según decían, estaba abrumado por el desastre del Carso.

Cuando entré, Karelin, de los socialrevolucionarios de izquierda, leía en voz alta un editorial del *Times* londinense, que decía: «El remedio contra el bolchevismo son las balas».

Volviéndose hacia los kadetes, exclamó:

—¡Esto mismo es lo que pensáis vosotros!

Se oyeron voces en la derecha:

—¡Sí! ¡Sí!

—Sí, ya sé que lo pensáis —respondió Karelin, encendido—. Pero no tenéis el valor de llevarlo a la práctica.

Luego Skóbelev, que parecía una estrella de cine con su suave barba blanca y su rubio cabello ondulado, defendió en tono de disculpa el *nakaz* del Sóviet. Le siguió Teréshchenko, increpado desde la izquierda con gritos de: «¡Dimisión! ¡Dimisión!», que insistió en que los delegados del Gobierno y del Tsik en París deberían tener el mismo punto de vista, es decir, el suyo. Unas palabras sobre el restablecimiento de la disciplina en el Ejército, la guerra hasta la victoria… En medio de un gran alboroto y, ante la terca y beligerante oposición de la izquierda, el Consejo de la República pasó directamente al orden del día.

Los asientos de los bolcheviques estaban vacíos, porque habían abandonado el Consejo el primer día, llevándose consigo mucha vida. Al bajar la escalera, me pareció que, a pesar de las discusiones encarnizadas, ninguna voz del mundo exterior podía penetrar en aquel salón alto y frío, y que el Gobierno provisional había chocado con el mismo escollo de la paz y la guerra que había hundido al ministro Miliukov. El portero rezongó mientras me ayudaba a ponerme el abrigo:

—No sé qué va a ser de la pobre Rusia, con todos estos mencheviques, bolcheviques y trudoviques. Y luego está Ucrania, Finlandia, los imperialistas alemanes e ingleses. Tengo cuarenta y cinco años y nunca en mi vida he oído hablar tanto como aquí.

En el pasillo me encontré con el profesor Shatski, un individuo con cara de ratón, vestido con una elegante levita y muy influyente en las reuniones del partido kadete. Le pregunté qué pensaba de la tan comentada *vystuplenie* bolchevique. Se encogió de hombros y me respondió, burlón:

—Son borregos, pura chusma. No se atreverán y, si se atreven, los haremos salir volando. Esto, desde nuestro punto de vista, no estaría mal, porque entonces se hundirían y no tendrían ningún poder en la Asamblea Constituyente.

»Pero permítame, amigo mío, que le esboce mi plan de gobierno que será enviado a la Asamblea Constituyente. Soy presidente de una comisión nombrada por este órgano, juntamente con el Gobierno provisional, para elaborar un proyecto constitucional. Tendremos una asamblea legislativa bicameral, como la que tienen ustedes en Estados Unidos. En la cámara baja estarán los representantes territoriales, y en la alta, representantes de las profesiones liberales, de los *zemstvos*, de las cooperativas y sindicatos.

Fuera, soplaba un viento helado y húmedo del oeste, y el frío barro me calaba los zapatos. Dos compañías de *yunkers* subían por la calle Morskaia, pisando con fuerza, embutidos en sus largos capotes y cantando a coro una de esas viejas y aburridas canciones que cantaban los soldados en época del zar. En el siguiente cruce observé que los milicianos iban montados y armados con revólveres en sus nuevas y relucientes fundas. Un pequeño grupo de personas los miraba en silencio. En la esquina con la avenida Nevski compré un panfleto de Lenin, «¿Podrán los bolcheviques mantenerse en el poder?», que pagué con un sello que servía de moneda en las transacciones pequeñas. Pasaban los habituales tranvías, a los que iban agarrados los ciudadanos y soldados en posturas tan acrobáticas que habrían dado envidia al propio Theodore P. Shonts**[13]**. En la acera, una fila de desertores uniformados vendía pipas y cigarrillos.

A lo largo de la avenida Nevski, bajo el duro crepúsculo, la multitud se peleaba por los últimos periódicos o se apiñaba intentando descifrar los incontables llamamientos**[x]** y proclamas pegados en cualquier hueco de la pared. Miembros del Tsik, de los sóviets campesinos, de partidos socialistas «moderados» o de los comités del Ejército amenazaban, maldecían o animaban a los obreros y soldados a quedarse en casa o apoyar al Gobierno.

Un carro blindado iba y venía haciendo sonar la sirena. En cada esquina, en cada acera, se formaban grupos compactos y debates entre los soldados y estudiantes. La noche caía rápidamente, se encendían las escasas farolas y

oleadas de gente inundaban continuamente las calles. Así ocurre siempre en Petrogrado en vísperas de disturbios.

La ciudad estaba nerviosa y reaccionaba ante cualquier ruido extraño. Pero todavía no había señal alguna de los bolcheviques. Los soldados seguían en los cuarteles y los obreros en las fábricas. Fuimos a un cine, cerca de la catedral de Kazán, donde se proyectaba una película italiana de amor e intriga. En las primeras filas, varios marineros y soldados miraban la pantalla embelesados, incapaces de comprender el porqué de tantas correrías y asesinatos.

De allí, volví rápidamente al Smolny. En la sala número 10 de la última planta, el Comité Revolucionario Militar estaba reunido en sesión permanente, presidida por un joven de dieciocho años y pelo claro, llamado Lazimir. Al pasar junto a mí, se paró a estrecharme la mano con timidez.

—La fortaleza de Pedro y Pablo se ha pasado a nuestro bando —dijo con una sonrisa de satisfacción—. Hace un minuto hemos recibido el mensaje de un regimiento enviado por el Gobierno a Petrogrado. Como los hombres sospechaban, pararon el tren en Gátchina y nos mandaron una delegación. «¿Qué ocurre? —preguntaron—. ¿Qué tenéis que decirnos? Acabamos de aprobar una resolución reclamando todo el poder para los sóviets». El Comité Revolucionario Militar les ha respondido: «¡Hermanos! ¡Os saludamos en nombre de la revolución! ¡Permaneced en vuestros puestos hasta nueva orden!».

Añadió que todos los teléfonos estaban cortados, pero que se había establecido la comunicación con las fábricas y cuarteles mediante aparatos telegráficos militares.

Había un continuo ir y venir de correos y comisarios. Fuera, una docena de voluntarios esperaba para llevar los mensajes a los barrios más distantes de la ciudad. Uno de ellos, con rostro agitanado y uniforme de teniente, me dijo en francés:

—Todo está preparado para activarse con sólo apretar un botón.

Por allí pasó Podvoiski, el ciudadano delgado y barbudo que diseñó la estrategia de la insurrección; Antonov, con el rostro sin afeitar, el cuello de la camisa sucio, y espeso por la falta de sueño; Krylenko, el soldado achaparrado, con rostro ancho y siempre sonriente, de gestos violentos y habla atropellada; y Dybenko, el marinero gigantesco y barbudo de rostro sereno. Éstos eran los hombres del momento, y de otros momentos que estaban por llegar.

Abajo, en la oficina de los comités de fábrica, Seratov firmaba órdenes para coger armas del arsenal del Gobierno: ciento cincuenta rifles por cada fábrica. Cuarenta delegados hacían cola.

Me encontré en el vestíbulo con algunos mandos intermedios de los bolcheviques. Uno de ellos me enseñó un revólver.

—Ha empezado la partida —dijo, mudando el semblante—. Tanto como si nos movemos como si no, el otro bando sabe que deberá liquidarnos, o los liquidaremos nosotros.

El Sóviet de Petrogrado estaba reunido día y noche. Cuando entré en el salón, Trotski terminaba su intervención.

—Nos preguntan —dijo— si pretendemos hacer una *vystuplenie*. Puedo dar una respuesta clara a esta pregunta. El Sóviet de Petrogrado cree llegado el momento de que el poder pase a manos de los sóviets. Ese traspaso de competencias lo realizará el congreso nacional. La necesidad o no de una manifestación armada dependerá de aquellos que pretenden interferir en el congreso nacional.

»Nosotros creemos que nuestro gobierno, encomendado a los miembros del gabinete provisional, es lamentable e impotente, y sólo espera que la historia lo sustituya de un plumazo por un Gobierno verdaderamente popular. Pero nosotros estamos tratando de evitar el conflicto incluso ahora, hoy mismo. Esperamos que el congreso nacional asuma el poder y la autoridad que residen en la libertad organizada del pueblo. No obstante, si el Gobierno quiere usar el poco tiempo que supuestamente le queda de vida (veinticuatro, cuarenta y ocho, o setenta y dos horas) para atacarnos, nosotros responderemos devolviendo golpe por golpe, acero contra hierro.

Trotski anunció entre vítores que los socialrevolucionarios de izquierda habían aceptado enviar representantes al Comité Revolucionario Militar.

Cuando salí del Smolny, a las tres de la madrugada, había dos cañones de tiro rápido montados a cada lado de la puerta, y fuertes patrullas de soldados vigilaban las verjas exteriores y las esquinas cercanas. Llegó Bill Shatov[14], saltando los escalones de tres en tres.

—¡Esto marcha! —exclamó—. Kérensky ha enviado a los *yunkers* a cerrar nuestros periódicos, el *Soldat* y el *Rabochi Put*, pero nuestras tropas han bajado y roto los precintos del Gobierno, y vamos a enviar destacamentos para ocupar las oficinas de los periódicos burgueses.

Me palmeó el hombro, exultante, y entró corriendo en el Smolny.

El día 6 por la mañana yo tenía que ver al censor, cuya oficina se encontraba en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Todas las paredes estaban

cubiertas de histéricos llamamientos al pueblo para que mantuviera la calma. Polkovnikov no paraba de dictar órdenes:

> Ordeno a todas las unidades y destacamentos militares que permanezcan en sus cuarteles hasta nueva orden del Estado Mayor del distrito. Todos los oficiales que actúen al margen de las órdenes de un superior serán sometidos a un juicio de guerra por amotinamiento. Prohíbo terminantemente ejecutar a soldados por orden de otras organizaciones.

Los periódicos matutinos anunciaron que el Gobierno había cerrado los periódicos *Novaya Rus*, *Zhivoye Slovo*, *Rabochi Put* y *Soldat*, y decretado el arresto de los jefes del Sóviet de Petrogrado y de los miembros del Consejo Revolucionario Militar.

Cuando crucé la plaza del Smolny, varias baterías de artillería de los *yunkers* salieron tintineando del Arco Rojo para ser instaladas delante del palacio. El gran edificio rojo del Estado Mayor estaba extrañamente animado, había carros blindados delante de la puerta y coches llenos de oficiales que iban y venían continuamente. El censor estaba muy alborotado, como un niño pequeño en el circo. Me dijo que Kérensky acababa de irse al Consejo de la República a presentar su dimisión. Fui corriendo al Palacio Mariinsky y llegué al final de aquel apasionado e incoherente discurso de Kérensky, lleno de autojustificaciones y de duras denuncias a sus enemigos.

—Citaré aquí el pasaje más característico de una serie publicada en el *Rabochi Put* por Uliánov Lenin, un criminal de Estado que se ha escondido y al que estamos buscando. Este criminal de Estado ha animado al proletariado y a la guarnición de Petrogrado a repetir la experiencia del 16-18 de julio, e insiste en la necesidad inmediata de un levantamiento armado. Otros jefes bolcheviques han tomado la palabra en una serie de mítines, instando igualmente a la insurrección. Resulta particularmente llamativa la actuación del actual presidente del Sóviet de Petrogrado, Bronstein-Trotski.

»Debo señalaros que las expresiones y el estilo de una serie de artículos del *Rabochi Put* y el *Soldat* recuerdan claramente a los del *Novaya Rus*. Nos preocupa, no tanto la actividad política de tal o cual partido político, sino la explotación de la ignorancia política y de los instintos criminales de una parte de la población, una especie de organización cuyo objetivo es provocar a toda costa en Rusia un movimiento inconsciente de destrucción y pillaje, que avergonzará eternamente a la Rusia libre.

»Como reconoce el propio Uliánov Lenin, la situación de los socialdemócratas rusos de extrema izquierda es muy favorable.

Kérensky leyó entonces la siguiente cita de un artículo de Lenin:

—¡Pensadlo un momento! Los camaradas alemanes sólo cuentan con Liebknecht. Sin periódicos, sin derecho de reunión ni sóviets, se enfrentan a la oposición extremadamente hostil de todas las clases sociales y, a pesar de ello, los camaradas alemanes intentan actuar. Sin embargo, nosotros, que contamos con decenas de periódicos, derecho de reunión y la mayoría de los sóviets, nosotros, los proletarios internacionalistas con las mejores condiciones del mundo entero, ¿nos negaremos a apoyar a las organizaciones revolucionarias alemanas?

Y añadió:

—De este modo, los organizadores de la rebelión reconocen implícitamente que en este momento se dan en Rusia las condiciones ideales para que un partido político actúe libremente, bajo este Gobierno provisional encabezado por una persona que, a los ojos de ese mismo partido, es «un usurpador y un hombre que se ha vendido a la burguesía, el primer ministro Kérensky».

»Los organizadores de la insurrección no acuden en ayuda del proletariado alemán, sino de la clase gobernante de su país, y dejan libre el frente ruso al puño de hierro de Guillermo y sus aliados. Poco le importan al Gobierno provisional los motivos de esa gente, o si actúan o no a sabiendas. En cualquier caso, yo, desde esta tribuna y con plena conciencia de mi responsabilidad, califico estos actos de un partido político ruso como de traición a Rusia.

»Hago mío el punto de vista de la derecha, y propongo que se abra inmediatamente una investigación y se realicen los arrestos necesarios. [Gritos desde la izquierda]. ¡Escuchadme! —gritó con voz poderosa— Cuando el Estado está en peligro, por una traición deliberada o no, el Gobierno provisional, y yo con él, preferimos morir antes que traicionar la vida, el honor y la independencia de Rusia.

En ese momento le entregaron un papel.




—Acabo de recibir la proclama que están repartiendo entre los regimientos. Dice lo siguiente [lee]:

> El Sóviet de los Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado está amenazado. Ordenamos a todos los regimientos que se movilicen y se pongan en pie de guerra a la espera de nueva orden. Toda demora o incumplimiento de esta orden será considerado un acto de traición a la revolución. El Comité Revolucionario Militar. El presidente, Podvoiski. El secretario, Antonov.

»En realidad, esto es un intento de sublevar al populacho contra el orden existente con el fin de boicotear la Asamblea Constituyente y dejar el frente abierto a los regimientos del despiadado Guillermo.

»Digo "populacho" deliberadamente, porque la democracia concienciada y su Tsik, las organizaciones militares y todo lo que la Rusia libre ensalza, el buen juicio, el honor y la conciencia de la democracia rusa, protestan contra estos hechos.

»No he venido aquí a suplicar, sino a declarar mi firme convicción de que el Gobierno provisional, que defiende en estos momentos nuestra nueva

libertad, y el nuevo Estado ruso, abocado a un futuro brillante, encontrarán un apoyo unánime, salvo de aquellos que nunca se han atrevido a enfrentarse a la verdad.

»El Gobierno provisional nunca ha violado la libertad de los ciudadanos a la hora de ejercer sus derechos políticos. Pero ahora el Gobierno provisional declara lo siguiente: en estos momentos hay que liquidar a los elementos, grupos y partidos de la nación rusa que se atrevan a levantar la mano contra la libre voluntad del pueblo ruso y amenacen con abrir el frente a Alemania.

»Cuando la población de Petrogrado entienda que se enfrenta a un poder firme, tal vez la cordura, la conciencia y el honor triunfen en el corazón de aquellos que aún lo tengan.

Durante todo este discurso, la sala era un clamor. Cuando el presidente bajó de la tribuna, pálido y empapado de sudor, y salió acompañado de su séquito de oficiales, los oradores de la izquierda y del centro atacaron a la derecha con furia incesante. Los mismos socialrevolucionarios, representados por Gotz, dijeron:

—La política de los bolcheviques es demagógica y criminal, porque explota el descontento popular. Pero hay toda una serie de demandas del pueblo que siguen sin resolverse. Las cuestiones de la paz, la tierra y la democratización del Ejército deberían plantearse de tal manera que ningún soldado, campesino u obrero tenga la menor duda de que nuestro Gobierno está tratando de resolverlas con firmeza y decisión.

»Nosotros, los mencheviques, no queremos provocar una crisis política, y estamos dispuestos a defender al Gobierno provisional con todas nuestras fuerzas y hasta la última gota de nuestra sangre, a condición de que el Gobierno provisional pronuncie sobre estas cuestiones urgentes las palabras claras y precisas que el pueblo espera con impaciencia.

Luego habló Mártov, lleno de furia:

—Las palabras del presidente, que se ha permitido hablar del «populacho» cuando se trata de importantes sectores del proletariado y del Ejército, aunque orientados en la dirección equivocada, no son más que una incitación a la guerra civil.

Se votó el orden del día propuesto por la izquierda, lo que prácticamente equivalía a un voto de censura:

1. La manifestación armada que se prepara desde hace unos días con el objetivo de dar un golpe de Estado, amenaza con provocar una guerra civil, crea condiciones favorables para los pogromos, la contrarrevolución y la movilización de fuerzas contrarrevolucionarias

como las Centurias Negras, lo que imposibilitaría casi inevitablemente la convocatoria de la Asamblea Constituyente, una catástrofe militar, el fin de la revolución, la parálisis económica del país y la destrucción de Rusia.

2. Las condiciones favorables para esta agitación se deben al retraso en aprobar medidas urgentes, además de las condiciones objetivas causadas por la guerra y el desorden general. Antes que nada, es necesario promulgar de inmediato un decreto que entregue la tierra a los comités agrarios de los campesinos, adoptar medidas enérgicas en el extranjero, proponer a los aliados que declaren sus condiciones de paz e iniciar las negociaciones pertinentes.
3. Es imprescindible tomar medidas para acabar con las manifestaciones monárquicas y los movimientos pogromistas. En este sentido, se ha de crear en Petrogrado un Comité de Seguridad Pública, compuesto por representantes del municipio y de los órganos de la democracia revolucionaria, que actúe en colaboración con el Gobierno provisional.

Conviene señalar que los mencheviques y los socialrevolucionarios suscribieron esta resolución. No obstante, cuando Kérensky se enteró, llamó a Avkséntiev al Palacio de Invierno para pedirle explicaciones. Si aquello revelaba una falta de confianza en el Gobierno provisional, rogaba a Avkséntiev que formara un nuevo gabinete. Dan, Gotz y Avkséntiev, los jefes de los «pactistas», hicieron su última componenda y explicaron a Kérensky que la resolución no suponía una crítica al Gobierno.

En la esquina de Morskaia con la Nevski, escuadrones de soldados con las bayonetas caladas paraban todos los automóviles particulares, hacían bajar a sus ocupantes y mandaban los vehículos al Palacio de Invierno. Una multitud se había reunido para verlos. Nadie sabía si los soldados pertenecían al Gobierno o al Comité Revolucionario Militar. Lo mismo ocurría más arriba, delante de la catedral de Kazán, donde se hacía retroceder a los automóviles por la avenida Nevski. Llegaron cinco o seis marineros armados con rifles, que, riendo animadamente, se pusieron a hablar con dos de los soldados. Las cintas de sus gorras marineras llevaban bordados los nombres del *Avrora* y el *Zaroa Svobody*, los principales acorazados bolcheviques de la Flota báltica. Uno de ellos dijo: «¡Viene Kronstadt!». Era como si, en 1792, alguien hubiera dicho en las calles de París: «¡Que vienen los marselleses!», porque en Kronstadt había 25 000 marineros, bolcheviques convencidos y sin miedo a morir.

El *Rabochi i Soldat* acababa de publicarse con una enorme proclama que ocupaba toda la portada:

> ¡Soldados! ¡Trabajadores! ¡Ciudadanos!
>
> Anoche, los enemigos del pueblo pasaron al ataque. Los seguidores de Kornílov en el Estado Mayor intentan traer de las afueras a los *yunkers* y batallones de voluntarios. Los *yunkers* de Oranienbaum y los voluntarios de Tsárskoye Seló se han negado a salir. Se espera un acto de alta traición contra el Sóviet de Petrogrado. La campaña de los contrarrevolucionarios va dirigida contra el Congreso Nacional de los Sóviets en la víspera de su apertura, contra la Asamblea Constituyente y el pueblo. El Sóviet de Petrogrado defiende la revolución. El Comité Revolucionario Militar asume la tarea de repeler el ataque de los conspiradores. La guarnición y el proletariado al completo están preparados para asestar un golpe demoledor al enemigo.
>
> El Comité Revolucionario Militar decreta lo siguiente:
>
> 1. Todos los comités de regimientos, divisiones y acorazados, junto con los comisarios de los sóviets y las organizaciones revolucionarias, se reunirán en sesión permanente para recabar toda la información sobre los planes de los conspiradores.
> 2. Ningún soldado abandonará esta división sin permiso del comité.
> 3. Se enviará de inmediato al Smolny a dos delegados de cada unidad y a cinco de cada sóviet del distrito.
> 4. Se convoca inmediatamente a todos los miembros del Sóviet de Petrogrado y a los delegados del congreso nacional al Smolny a una asamblea extraordinaria.
>
> La contrarrevolución ya ha asomado su cabeza criminal.
>
> Un gran peligro amenaza los logros y esperanzas de los soldados y trabajadores, pero las fuerzas de la revolución superan ampliamente las de sus enemigos.
>
> La causa del pueblo está en buenas manos y los conspiradores serán aplastados.
>
> ¡Ni dudas ni vacilaciones! ¡Firmeza, resolución, disciplina y determinación!
>
> ¡Larga vida a la revolución!
>
> El Comité Revolucionario Militar

El Sóviet de Petrogrado se hallaba reunido en sesión permanente en el Smolny, el ojo del huracán. Los delegados dormían en el suelo y se levantaban para participar en el debate; Trotski, Kámenev y Volodarsky hablaban durante seis, ocho o doce horas al día.

Bajé a la sala 18 del primer piso, donde los bolcheviques celebraban una asamblea. Se oía la voz ronca y estruendosa del orador, tapada por la multitud:

—Los conciliadores dicen que estamos aislados. No les hagáis caso. Una vez que esto empiece, o se unen a nosotros o perderán a sus seguidores.

Entonces mostró un trozo de papel:

—¡Se han unido a nosotros! ¡Acaba de llegar este mensaje de los mencheviques y los socialrevolucionarios! Dicen que condenan nuestra actuación, pero que si el Gobierno nos ataca, no se opondrán a la causa del proletariado.

Se oyeron gritos de júbilo.

Al caer la noche, el gran salón se llenó de soldados y obreros, una gigantesca masa gris que, envuelta en una nube de humo azul, emitía un rumor profundo. Finalmente, el viejo Tsik había decidido acoger a los delegados de aquel nuevo congreso que significaba su propia ruina y, quizá, la del orden revolucionario que él mismo había construido. No obstante, en aquella reunión sólo podían votar los miembros del Tsik.

Pasada la medianoche, Gotz ocupó la presidencia y Dan se levantó para hablar en medio de un silencio tenso, que me pareció casi amenazante.

—Los momentos que vivimos parecen cobrar tintes trágicos. El enemigo está a las puertas de Petrogrado y las fuerzas de la democracia tratan de organizarse para resistir. Sin embargo, esperamos un derramamiento de sangre en las calles de la capital y el hambre amenaza con destruir no sólo a nuestro Gobierno homogéneo, sino a la revolución misma.

»Las masas están enfermas y agotadas, y ya no tienen interés en la rebelión. Si los bolcheviques desencadenan una revuelta, será el fin de la revolución. [Gritos de: “¡Mentira!”]. Los contrarrevolucionarios esperan que los bolcheviques inicien los disturbios y las matanzas. Si hay una revuelta, no habrá Asamblea Constituyente [Gritos de: “¡Mentira! ¡Qué vergüenza!”].

»Es inadmisible que la guarnición de Petrogrado no se someta a las órdenes del Estado Mayor en la zona de operaciones militares. Debéis obedecer las órdenes del Estado Mayor y del Tsik, elegido por vosotros mismos. La frase: “¡Todo el poder para los sóviets!” significa la muerte. Los ladrones y salteadores están esperando el momento para saquear e incendiar.

Cuando se lanzan consignas del tipo: “Entrad en las casas y llevaos los zapatos y la ropa de la burguesía…” [Alboroto y gritos de: “¡No hay tales consignas! ¡Mentira! ¡Mentira!”]. Bien, puede que esto empiece de otra forma, pero acabará así.

»El Tsik tiene plenos poderes para actuar, y ha de ser obedecido. No tenemos miedo de las bayonetas. El Tsik defenderá con su propio cuerpo a la revolución. [Gritos de: “¡Hace mucho que ese cuerpo es un cadáver!”].

En medio de un inmenso y continuo clamor, se oyó gritar a Dan, que golpeaba la tribuna:

—¡Los que incitan a eso están cometiendo un crimen!

Una voz respondió:

—¡Sois vosotros los que cometisteis un crimen hace mucho tiempo, cuando tomasteis el poder para dárselo a la burguesía!

Gotz agitó la campanilla.

—¡Silencio, o tendré que expulsaros!

Otra voz:

—¡Inténtalo! [Vítores y silbidos].

—Ahora hablaré de nuestra política en relación con la paz. [Risas]. Por desgracia, Rusia ya no puede soportar que se prolongue la guerra. Habrá una paz, pero no una paz permanente ni democrática. Con el fin de evitar el derramamiento de sangre, hemos aprobado hoy en el Consejo de la República una resolución exigiendo la entrega de la tierra a los comités agrarios y el comienzo inmediato de las negociaciones de paz. [Risas y gritos de: «¡Demasiado tarde!»].

Luego subió a la tribuna Trotski, en nombre de los bolcheviques, impulsado por una oleada de aplausos entusiastas que fue creciendo hasta convertirse en un clamor estruendoso. Su rostro flaco y afilado, con su expresión de maliciosa ironía, era verdaderamente mefistofélico.

—Las tácticas de Dan demuestran que las masas, las flojas e indiferentes masas, están con él. [Carcajadas].

Luego, volviéndose al presidente, dijo con tono dramático:

—Cuando hablábamos de entregar la tierra a los campesinos, vosotros os opusisteis. Entonces les dijimos a los campesinos: «Si ellos no quieren entregárosla, ¡tomadla vosotros mismos!». Y los campesinos siguieron nuestro consejo. Y ahora vosotros proponéis lo que nosotros hicimos hace seis meses.

»No creo que Kérensky aboliera la pena de muerte en el Ejército porque se lo dictaran sus ideales. Creo que la guarnición de Petrogrado, negándose a

obedecerle, le movió a ello.

»Hoy se acusa a Dan de haber hecho un discurso en el Consejo de la República que lo delata como un bolchevique encubierto. Quizá llegue el día en que Dan dirá que la flor y nata de la revolución participó en el alzamiento del 16 y 18 de julio. En la resolución que Dan ha presentado hoy en el Consejo de la República no había ninguna mención al estricto cumplimiento de la disciplina en el Ejército, a pesar de que la propaganda de su partido insta a ello.

»No, la historia de los últimos siete meses demuestra que las masas han abandonado a los mencheviques. Los mencheviques y los socialrevolucionarios derrotaron a los kadetes, y, al llegar al poder, se lo dieron a éstos.

»Dan dice que no tenéis derecho a sublevaros, pero la insurrección es un derecho de todos los revolucionarios. Cuando las masas oprimidas se rebelan, están en su derecho.

Luego habló Lieber, con su rostro alargado y su lengua viperina, que fue recibido con gruñidos y risas.

—Engels y Marx decían que el proletariado no tenía derecho a tomar el poder hasta que estuviera preparado. En una revolución burguesa como ésta, la toma del poder por las masas significa el trágico final de la revolución. El propio Trotski, como teórico socialdemócrata, se oponía a lo que ahora propugna. (Gritos de: «¡Basta! ¡Que se vaya!»).

Mártov interrumpía constantemente.

—Los internacionalistas no se oponen a la entrega del poder a la democracia, pero desaprueban los métodos de los bolcheviques. Éste no es el momento de tomar el poder.

De nuevo tomó la palabra Dan, que protestó enérgicamente contra la actuación del Comité Revolucionario Militar, que había enviado un comisario a ocupar la redacción del *Izvestia* y a censurar el periódico. Esto provocó un clamor desatado. Mártov intentó hablar, pero nadie le escuchaba. Delegados del Ejército y de la Flota báltica se levantaron por toda la sala y gritaron que el Sóviet era su Gobierno.

En medio de un caos absoluto, Ehrlich presentó una resolución que instaba a los obreros y soldados a mantener la calma y no responder a las provocaciones, reconocía la necesidad de crear inmediatamente un comité que aprobara los decretos para entregar la tierra a los campesinos e iniciara las negociaciones de paz.

Volodarsky se puso en pie de un salto y gritó que el Tsik, en vísperas del congreso, no tenía derecho a asumir las funciones de éste. El Tsik estaba prácticamente acabado, dijo, y la resolución era un simple truco para reafirmar su poder menguante.

—Nosotros, los bolcheviques, no votaremos esta resolución —concluyó.

En ese punto, los bolcheviques abandonaron la sala y la resolución fue aprobada.

Hacia las cuatro de la mañana, me encontré en el vestíbulo con Zorin, que llevaba un rifle a la espalda.

—¡Esto marcha[y]! —dijo con tono tranquilo y satisfecho—. Hemos cogido al viceministro de Justicia y al ministro de Religiones. Ahora están en el sótano. Un regimiento ha salido para ocupar la central telefónica, otro la agencia de telégrafos, y otro el Banco Estatal. La Guardia Roja está en la calle.

En la escalera del Smolny, bajo la fría noche, vimos por primera vez a la guardia roja: un grupo compacto de jóvenes vestidos de obreros y armados con fusiles de bayoneta calada, que hablaban nerviosos entre sí.

Por encima de los tejados, llegaba del oeste un ruido lejano de disparos. Eran los *yunkers*, que intentaban mantener abiertos los puentes sobre el Neva para impedir que los obreros y soldados del barrio de Viborg se unieran a las fuerzas del sóviet en el centro de la ciudad. Los marineros de Kronstadt habían vuelto a cerrarlos.

Detrás de nosotros, el imponente Smolny, completamente iluminado, hervía como una gigantesca colmena.

# CAPÍTULO 4

## LA CAÍDA DEL GOBIERNO PROVISIONAL

El miércoles, 7 de noviembre, me levanté muy tarde. Mientras bajaba por la avenida Nevski, retumbó el cañonazo de mediodía desde la fortaleza de Pedro y Pablo. Era un día frío y desapacible. Unos soldados con bayonetas caladas custodiaban las puertas cerradas del Banco Estatal.

—¿De qué bando sois? —les pregunté—. ¿Del Gobierno?

—Ya no hay gobierno —contestó uno, sonriendo—. *Slava Bogu!* (¡Gracias a Dios!).

Eso es todo lo que pude sacarle.

Los tranvías corrían por la Nevski, con hombres, mujeres y niños pequeños agarrados a cualquier asidero. Las tiendas estaban abiertas y, en las calles, la multitud parecía menos agitada que la víspera. Durante la noche había aflorado una nueva cosecha de llamamientos contra la insurrección: a los campesinos, a los soldados en el frente, a los obreros de Petrogrado. Uno de ellos decía:

> La duma municipal informa a los ciudadanos de que, en la asamblea extraordinaria del 6 de noviembre, se ha creado un Comité de Seguridad Pública, compuesto por miembros de la duma central y de los distritos, así como por representantes de las siguientes organizaciones democráticas revolucionarias: el Tsik, el Comité Ejecutivo Nacional de Diputados Campesinos, las organizaciones del Ejército, la Tsentroflot, el Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado, el Consejo de Sindicatos y otros.

> Los miembros del Comité de Seguridad Pública estarán de servicio en el edificio de la duma municipal. Teléfonos: 15-40, 223-7, 138-36.
>
> 7 de noviembre de 1917

Aunque entonces no lo comprendí, era la declaración de guerra de la duma contra los bolcheviques.

Compré un ejemplar del *Rabochi Put*, el único periódico que parecía encontrarse a la venta, y poco después pagué cincuenta kopeks a un soldado por un ejemplar de segunda mano del *Dien*. El periódico bolchevique, impreso en grandes hojas en la oficina intervenida del *Russkaya Volia*, lucía enormes titulares: «¡TODO EL PODER PARA LOS SÓVIETS OBREROS, SOLDADOS Y CAMPESINOS! ¡PAZ, PAN Y TIERRA!». El editorial llevaba la firma de «Zinóviev», el compañero de Lenin en la clandestinidad, y empezaba así:

> Cualquier soldado, obrero, cualquier verdadero socialista y demócrata honrado, comprende que sólo hay dos alternativas en la situación actual.
>
> O bien el poder sigue en manos de la camarilla de burgueses-terratenientes, lo cual acarreará siempre todo tipo de represiones a los obreros, soldados y campesinos, y la prolongación de la guerra, con la consiguiente hambruna y muerte.
>
> O bien el poder pasa a manos de los obreros, soldados y campesinos revolucionarios, lo que significaría una completa abolición de la tiranía de los terratenientes, el freno inmediato a los capitalistas y la rápida propuesta de una paz justa. ¡Se garantizará la tierra a los campesinos, el control de la industria a los obreros y el pan a los que pasan hambre, y se pondrá fin a esta guerra absurda!

El *Dien* contenía noticias fragmentadas de aquella noche convulsa. La toma de la central telefónica, la estación báltica y la agencia de telégrafos por parte de los bolcheviques; la imposibilidad de los *yunkers* de Peterhof de llegar a Petrogrado; la indecisión de los cosacos; el arresto de algunos ministros; el fusilamiento del Meyer, el jefe de la milicia urbana, detenciones, contradetenciones, refriegas entre patrullas enfrentadas de soldados, *yunkers* y guardias rojos[z].

En la esquina de la calle Morskaia me encontré con el capitán Comberg, menchevique *oboronets* y secretario de la sección militar de su partido. Cuando le pregunté si realmente se había producido la insurrección, se encogió de hombros y me respondió con aire cansado:

—*Chort znayet!* (¡Sólo el diablo lo sabe!). Tal vez los bolcheviques se hagan con el poder, pero no podrán mantenerlo más de tres días. No tienen la gente adecuada para gestionar un Gobierno. Quizá sea una buena idea dejarles que lo intenten, porque eso será su final.

El Hotel Militar, en la esquina de la plaza de San Isaac, estaba vigilado por piquetes de marineros armados. En el vestíbulo, numerosos oficiales, jóvenes y elegantes, se paseaban y cuchicheaban entre ellos, porque los marineros no querían dejarlos salir.

De pronto, se oyó el disparo de un rifle en la calle, seguido de un tiroteo intermitente. Salí rápidamente. Algo raro estaba ocurriendo cerca del Palacio Mariinsky, donde se reunía el Consejo de la República Rusa. Desplegada en diagonal a través de la ancha plaza, una fila de marineros, con los rifles en alto, miraba hacia el tejado del hotel.

—*Provocatzia!* ¡Nos han disparado! —gritó uno de ellos, mientras otro corría hacia la puerta.

En la esquina oeste del palacio había un gran carro blindado en el que ondeaba una bandera roja con unas siglas recién pintadas de rojo: «SRSD» (*Soviet Rabochikh Soldatskikh Deputatov*). Todas sus armas apuntaban a la catedral de San Isaac. Se había levantado una barricada a lo largo de la desembocadura del Novaya Ulitsa con cajas, barriles, un viejo somier y un carro. Un montón de maderos bloqueaba la entrada al muelle del Moika y se habían construido parapetos con maderos de una pila de leña cercana.

—¿Va a haber pelea? —pregunté.

—Muy pronto —respondió, nervioso, un soldado—. Váyase, camarada, o saldrá herido. Van a venir por allá —añadió, señalando al Almirantazgo.

—¿Quiénes?

—Eso no lo sé, hermano —contestó el soldado, escupiendo en el suelo.

Delante de la puerta del palacio había una multitud de soldados y marineros. Un marinero relataba el final del Consejo de la República Rusa:

—Entramos y colocamos camaradas en todas las puertas. Me acerqué al korlinovista contrarrevolucionario que ocupaba el sillón de presidente y le dije: «Se acabó el consejo. Vuélvete a casa ahora mismo».



Se oyeron risas. Tras mostrar varios documentos, logré llegar a la sala de prensa. Allí, un enorme marinero me detuvo sonriente y, al ver mi pase, dijo:

—No pasarías ni aunque fueras el mismo san Miguel, camarada.

A través de la puerta acristalada, distinguí el rostro crispado y el braceo de un corresponsal francés que estaba allí encerrado.

Delante de la puerta, en medio de un grupo de soldados, se hallaba un hombrecillo de bigote gris, con el uniforme de general y el rostro encendido.

—¡Soy el general Alekséyev! —exclamó—. ¡Como superior suyo y miembro del Consejo de la República, exijo que me deje pasar!

El guardia se rascó la cabeza y, lanzando miradas inquietas a su alrededor, llamó a otro oficial, que se alteró mucho cuando vio de quién se trataba y, sin darse cuenta de lo que hacía, se cuadró ante él.

—*Vashe Vuisokoprevoskhoditelstvo*, Excelencia —balbució, a la manera del antiguo régimen—. Está terminantemente prohibido entrar al palacio. Yo no estoy autorizado…

Llegó un automóvil, en cuyo interior vi a Gotz, que parecía reírse, divertido. Unos minutos después pasó otro coche. En los asientos delanteros iban soldados armados que llevaban detenidos a los miembros del Gobierno provisional. Peters, miembro letón del Comité Revolucionario Militar, llegó corriendo por la plaza.

—Yo creía que habías cogido a esos tipos anoche —dije, señalándolos.

—¡Ah! —respondió con la expresión de un niño decepcionado—. Los muy estúpidos dejaron marchar a casi todos antes de que decidiéramos qué hacer.

Se veía una multitud de marineros por la avenida Voskresenky, y detrás de ellos, hasta donde alcanzaba la vista, venían soldados marchando.

Fuimos al Palacio de Invierno por la Admiralteiski. Todos los accesos a la plaza del palacio se hallaban bloqueados por centinelas, y un cordón de tropas mantenía despejado el lado oeste, asediado por una agitada multitud de ciudadanos. A excepción de unos soldados que, a lo lejos, parecían sacar leña del palacio para apilarla delante de la puerta principal, todo estaba en calma.

No pudimos distinguir si los centinelas apoyaban al Gobierno o al Sóviet. Como nuestros documentos del Smolny no tenían ninguna validez, nos acercamos al otro lado de la fila, mostramos nuestros pasaportes norteamericanos, y diciendo: «¡Asunto oficial!» nos abrimos paso a empujones. En la puerta del palacio, los mismos *shveitzari* de siempre, con sus uniformes azules de botones metálicos y el cuello rojo y dorado, nos cogieron cortésmente los abrigos y sombreros, y subimos. En el oscuro y lúgubre pasillo, ya sin tapices, holgazaneaban algunos viejos empleados y un joven oficial se paseaba delante de la puerta de Kérensky, mordisqueándose el bigote. Cuando le preguntamos si podíamos entrevistar al presidente, inclinó la cabeza y chocó los talones.

—No, lo siento —respondió en francés—. Aleksandr Fiódorovich está muy ocupado en este momento.

Nos miró un instante.

—De hecho, no está aquí.

—¿Dónde está?

—Se ha ido al frente[aa]. No había suficiente gasolina para su automóvil y tuvimos que tomarla prestada del Hospital Inglés.

—¿Los ministros están aquí?

—Están reunidos en una sala, no sé en cuál.

—¿Van a venir los bolcheviques?

—Por supuesto que van a venir. Espero una llamada de un momento a otro confirmando su llegada. Pero estamos preparados. Tenemos a los *yunkers* delante del palacio, detrás de esa puerta.

—¿Podemos entrar?

—No, de ningún modo. No está permitido.

Nos estrechó la mano apresuradamente y se marchó. Nos volvimos hacia la puerta prohibida, abierta en un tabique provisional que dividía el vestíbulo. Estaba cerrada por fuera. Al otro lado se oían voces y unas risas. Aparte de aquello, los grandes espacios del viejo palacio estaban tan silenciosos como una tumba. Llegó corriendo un viejo *schveitzar*.

—No, *barin*, no puede entrar.

—¿Por qué está cerrada la puerta?

—Para que no salgan los soldados —respondió.

Al cabo de unos minutos, dijo algo de tomar una taza de té y volvió al vestíbulo. Entonces abrimos la puerta.

Nada más entrar, nos encontramos con una pareja de soldados que hacía guardia, pero no dijeron nada. Al final del pasillo había una gran sala decorada, con cornisas doradas y enormes lámparas de cristal, y más allá, otras salas más pequeñas revestidas de madera oscura. A ambos lados del parqué se desplegaban filas de colchones y sábanas sucias, donde se tumbaban de vez en cuando los soldados. Por todas partes se veían montones de colillas, trozos de pan, ropa y botellas vacías de vinos franceses caros. Un número creciente de soldados con los tirantes de las escuelas *yunkers* iba y venía en un ambiente cargado por el humo del tabaco y la falta de aseo. Uno de ellos tenía una botella de borgoña, obviamente birlada de la bodega del palacio. Nos miraban sorprendidos mientras atravesábamos las salas hasta que desembocamos en una serie de grandes salones, cuyas sucias y alargadas ventanas daban a la plaza. Las paredes estaban cubiertas con enormes lienzos, en macizos marcos dorados, que representaban escenas de batallas históricas: «12 de octubre de 1812», «6 de noviembre de 1812», «16-28 de agosto de 1813»… Uno de ellos tenía un buen tajo en la esquina superior derecha.

Aquel lugar era un inmenso cuartel, y, a juzgar por el aspecto del suelo y de las paredes, estaba claro que lo era desde hacía varias semanas. Había metralletas colocadas en los alféizares y rifles amontonados entre los colchones.

Mientras mirábamos los cuadros, me llegó un tufo a alcohol por detrás de mi oreja izquierda, y una voz pastosa me dijo en un francés bastante fluido:

—Por cómo miran los cuadros, veo que son ustedes extranjeros.

Era un hombre bajito, hinchado y calvo, como se vio al quitarse la gorra.

—¿Norteamericanos? Encantado. Soy el capitán del Estado Mayor Vladímir Artsibáshev, a su entera disposición.

No parecía extrañarle el hecho de que cuatro extranjeros, incluida una mujer, se pasearan por las defensas de un ejército en vísperas de un ataque

inminente. Empezó a quejarse de la situación de Rusia.

—No son sólo los bolcheviques —dijo—. También se han malogrado las hermosas tradiciones del Ejército ruso. Miren a su alrededor. Todos estos son alumnos de las escuelas de oficiales, pero ¿son caballeros? Kérensky abrió las escuelas de oficiales a los rangos inferiores y a cualquier soldado que aprobara un examen. Naturalmente, hay muchos que están contaminados por la revolución.

De repente, cambió de tema.

—Estoy deseando salir de Rusia. He decidido alistarme en el Ejército estadounidense. ¿Podría usted ir al consulado y apañar el asunto? Le daré mi dirección.

A pesar de nuestras protestas, la escribió en un trozo de papel e inmediatamente pareció sentirse mejor. Todavía la conservo: «Oranienbaumskaya Shkola Praporschikov 2, Staraya Peterhof».

—Han pasado revista a primera hora de la mañana —prosiguió, guiándonos por las salas y explicándolo todo—. El batallón femenino ha decidido permanecer leal al Gobierno.

—¿Las soldados están en el palacio?

—Sí, están en las salas traseras, donde no les pasará nada si hay algún incidente. Es una gran responsabilidad —dijo, suspirando.

Nos quedamos un rato junto a la ventana, mirando la plaza, en la que tres compañías, en formación de combate, eran arengadas por un oficial alto y de aspecto enérgico en quien reconocí a Stankievich, comisario militar en jefe del Gobierno provisional. Al cabo de unos minutos, dos de las compañías se pusieron las armas al hombro, lanzaron tres gritos, cruzaron la plaza con paso marcial y desaparecieron por el Arco Rojo hacia la ciudad en calma.

—Van a ocupar la central telefónica —dijo alguien.

Nos pusimos a hablar con tres kadetes que estaban a nuestro lado. Nos dijeron que habían entrado en la escuela de oficiales siendo soldados rasos, y nos dieron sus nombres: Robert Olev, Alekséi Vasilienko y Erni Sachs, un estonio. Ya no querían ser oficiales, por ser éstos muy impopulares. En realidad, no parecían saber muy bien qué hacer, y era evidente que no estaban contentos. Pero enseguida se pusieron a alardear:

—Si vienen los bolcheviques, les enseñaremos lo que es luchar. Ellos no se atreven porque son unos cobardes. Y si a pesar de todo nos vencen, cada uno de nosotros se reserva una bala.

En ese momento estalló un tiroteo no muy lejos de allí. Toda la gente que estaba en la plaza echó a correr o se tiró al suelo, y los *izvozchiki* apostados en

las esquinas se lanzaron en todas direcciones. Dentro, todo eran gritos, los soldados corrían de un lado a otro, cogiendo sus rifles y cartucheras y gritando: «¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí!». Pero al cabo de unos minutos volvió la calma. Los *izvozchiki* regresaron y la gente que se había tirado al suelo se levantó. Bajo el Arco Rojo aparecieron los *yunkers*, marchando desacompasados. Uno de ellos se apoyaba en el hombro de dos camaradas.

Ya era tarde cuando salimos del palacio. Los centinelas de la plaza habían desaparecido y el gran semicírculo de los edificios gubernamentales parecía desierto. Fuimos a cenar al Hotel de Francia. En mitad de la sopa se acercó el camarero, muy pálido, a rogarnos que pasáramos al comedor principal, situado en la parte trasera del edificio, porque iban a apagar las luces del café.

—Va a haber muchos disparos —dijo.

Cuando salimos, la calle Morskaia estaba bastante oscura, a excepción de una farola parpadeante en la esquina con la Nevski, donde se hallaba estacionado un carro blindado, haciendo rugir su motor y soltando una nube de humo. Un chiquillo, encaramado a un costado de aquel artefacto, miraba a través del cañón de una ametralladora. Por allí andaban algunos soldados y marineros, claramente a la espera de algo. Volvimos caminando al Arco Rojo, donde un grupo de soldados charlaba animadamente mientras miraba al Palacio de Invierno, completamente iluminado.

—No, camaradas —decía uno de ellos—. ¿Cómo vamos a dispararles? El batallón femenino está dentro. Dirían que hemos disparado a mujeres rusas.

De nuevo en la Nevski, otro carro blindado dobló la esquina y un hombre asomó la cabeza por la torreta.

—¡Adelante! —gritó—. ¡Ataquemos ahora!

Llegó el conductor del otro carro, gritando por encima del ruido del motor:

—El comité dice que hay que esperar. Ellos tienen la artillería detrás de esa pila de leña.

Los tranvías habían dejado de circular por allí, pasaba poca gente y no había farolas encendidas, pero a unas pocas manzanas de distancia se podían ver los tranvías, el gentío, los escaparates iluminados y los letreros luminosos de las salas de cine. La vida seguía como de costumbre. Teníamos entradas para un espectáculo de *ballet* en el Teatro Mariinsky —todos los teatros se encontraban abiertos—, pero lo que estaba pasando en las calles era más emocionante.

En la oscuridad tropezamos con pilas de leña que bloqueaban el Puente de la Policía y, delante del Palacio Stroganov, vimos a unos soldados colocando

un cañón de tres pulgadas. Hombres con uniformes diversos iban y venían sin un propósito claro, hablando sin parar.

La ciudad entera parecía haber salido a pasear por la Nevski. En cada esquina se formaban grupos enormes para discutir alguna cuestión de actualidad. Piquetes de una docena de soldados, con la bayoneta calada, remoloneaban en los cruces, mientras ancianos de rostro encendido, vestidos con lujosos abrigos de piel, les amenazaban con el puño, y mujeres peripuestas los insultaban. Los soldados se defendían tímidamente, sonriendo azorados. Los carros blindados recorrían las calles. Bautizados con el nombre de los primeros zares —Oleg, Riúrik, Sviatoslav—, ahora llevaban escritas con enormes letras rojas las iniciales «RSDRP» (*Rossiskaya Sotsial-Democrateecheskaya Rabochaya Partia*)[15]. En el Mijailovski apareció un hombre con un paquete de periódicos, que fue asaltado por una multitud frenética que le ofrecía un rublo, cinco, diez rublos, peleando ferozmente por un ejemplar. Era el *Rabochi i Soldat*, que anunciaba la victoria de la revolución proletaria y la liberación de los bolcheviques que aún estaban presos, y pedía el apoyo del ejército del frente y la retaguardia: un pliego pequeño y exaltado de cuatro hojas, impreso en caracteres enormes y que no contenía ninguna noticia.

En la esquina de la calle Sadovaya se habían congregado dos mil ciudadanos, que miraban al tejado de un edificio alto, donde parpadeaba una luz roja.

—¡Mirad! —dijo un campesino espigado, señalando a la luz—. Es un agitador. No tardará en disparar contra el pueblo.

Nadie pareció molestarse en investigarlo.

Cuando llegamos, la enorme fachada del Smolny resplandecía y una oleada de formas borrosas convergía en la penumbra desde todas las calles. Había un continuo ir y venir de automóviles y motocicletas. Un enorme carro blindado, del color de un elefante y con dos banderas rojas ondeando en su torreta, avanzaba pesadamente haciendo sonar la sirena. Hacía frío y los guardias rojos habían encendido una fogata en la puerta exterior. En la verja interior había otra hoguera, a la luz de la cual los centinelas intentaban descifrar nuestros pases, mirándonos de arriba abajo. Habían quitado las fundas de lona de las cuatro metralletas colocadas a cada lado de la puerta, y las cartucheras colgaban de las culatas como serpientes. En el patio, debajo de los árboles, se desplegaba una manada gris de carros blindados, con los motores encendidos. Los largos pasillos, desnudos y mal iluminados, retumbaban con el ruido de pisadas, llamadas y gritos. Se respiraba un

ambiente temerario. Una riada humana bajaba las escaleras: obreros con camisas negras y gorros de piel, muchos de ellos con el fusil al hombro, soldados con abrigos ásperos y descoloridos y gorros grises de tipo *shapki*, mientras uno o dos jefes —Lunacharsky, Kámenev—, con rostro agobiado y abultadas carteras bajo el brazo, caminaban rápidamente, rodeados de gente que hablaba a la vez. La asamblea extraordinaria del Sóviet de Petrogrado había terminado. Paré un momento a Kámenev, un hombre bajito, de movimientos rápidos y rostro ancho y vivaz, casi pegado a los hombros. Sin más preámbulos, leyó en un francés apresurado una copia de la resolución que acababa de aprobarse:

> El Sóviet de los Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado celebra la victoriosa revolución proletaria de Petrogrado y subraya muy especialmente la unidad, organización, disciplina y total colaboración que ha demostrado el pueblo en este alzamiento. Pocas veces se ha derramado tan poca sangre y en pocas ocasiones una insurrección ha sido tan exitosa.
>
> El Sóviet expresa su firme convicción de que el Gobierno obrero y campesino que, al igual que el Gobierno de los sóviets, será constituido por la revolución y asegurará al proletariado industrial el apoyo del conjunto de los campesinos pobres, marchará con firmeza hacia el socialismo, que es la única manera de evitar al país los terribles sufrimientos y horrores de una guerra.
>
> El nuevo Gobierno obrero y campesino propondrá de inmediato una paz justa y democrática a todos los países contendientes.
>
> Suprimirá inmediatamente los grandes latifundios y entregará la tierra a los campesinos. Establecerá el control obrero sobre la producción y distribución de los productos manufacturados, así como un control general sobre los bancos, que se convertirán en monopolio del Estado.
>
> El Sóviet de los Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado hace un llamamiento a los obreros y campesinos rusos para que apoyen con toda su energía y devoción a la revolución proletaria. El Sóviet expresa su convicción de que los obreros urbanos, aliados de los campesinos pobres, garantizarán el completo orden revolucionario, indispensable para la victoria del socialismo. El Sóviet está convencido de que el proletariado de los países occidentales nos ayudará a conducir la causa del socialismo hacia una victoria real y duradera.

—Entonces, ¿lo consideráis ganado? —le pregunté.

Kámenev se encogió de hombros.

—Queda mucho por hacer, muchísimo. Esto no ha hecho más que empezar.

En el rellano me encontré con Riazanov, vicepresidente de los sindicatos, que, con aspecto sombrío, se mordisqueaba la barba gris.

—¡Es demencial! ¡Demencial! —exclamó—. ¡La clase obrera europea no se movilizará! ¡Rusia entera…!

Hizo un gesto desesperado con la mano y se marchó corriendo. Riazanov y Kámenev[16] se habían opuesto a la insurrección, y Lenin los fustigó con su verbo terrible.

Había sido una sesión crucial. En nombre del Comité Revolucionario Militar, Trotski había declarado que el Gobierno provisional ya no existía.

—La característica de los Gobiernos burgueses —dijo— es que engañan al pueblo. Nosotros, los Sóviets de los Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, vamos a acometer un experimento único en la historia. Vamos a instaurar un Gobierno cuyo único fin será satisfacer las necesidades de los soldados, obreros y campesinos.

Entonces apareció Lenin, que fue recibido con una gran ovación y profetizó la revolución social en el mundo entero. Y Zinóviev exclamó:

—Hoy hemos pagado nuestra deuda con el proletariado internacional y asestado un golpe terrible a la guerra y a todos los imperialistas, en particular a Guillermo el Verdugo.

Trotski dijo que se habían enviado telegramas al frente anunciando el triunfo de la insurrección, pero que no se había recibido respuesta. Se decía que las tropas marchaban sobre Petrogrado, así que había que mandar una delegación para contarles la verdad.

Gritos de: «¡Os estáis anticipando a la voluntad del Congreso Nacional de los Sóviets!».

Trotski replicó con frialdad:

—La voluntad del Congreso Nacional de los Sóviets ya ha sido anticipada por la sublevación de los obreros y soldados de Petrogrado.

Entramos en la gran sala de reuniones, abriéndonos paso entre el gentío vociferante agolpado en la puerta. En las filas de asientos, bajo las lámparas blancas, inmóviles y apretujados en los pasillos y a los lados, encaramados en cualquier alféizar y hasta en el borde del estrado, los representantes de los obreros y soldados de toda Rusia esperaban con angustiado silencio o enorme exaltación el toque de campanilla del presidente. En la sala no había más

calefacción que el calor sofocante de los cuerpos desaseados. Una fétida nube azulada, producto del humo de los cigarrillos, flotaba sobre los presentes. De vez en cuando, alguien con autoridad subía a la tribuna y pedía a los camaradas que no fumasen. Entonces todo el mundo, incluidos los fumadores, hacía suyo el grito de: «¡No fuméis, camaradas!», y luego seguían fumando. Petrovski, delegado anarquista de la fábrica de Obújov, me hizo sitio a su lado. Sucio y sin afeitar, estaba agotado después de pasarse tres noches en vela trabajando en el Comité Revolucionario Militar.

En la tribuna estaban sentados los jefes del antiguo Tsik, dominando por última vez los sóviets que habían dirigido desde sus comienzos y que ahora se alzaban en su contra. Era el fin del primer periodo de la revolución, que aquellos hombres habían intentado guiar con prudencia. Los tres más importantes no estaban allí: Kérensky, que volaba hacia el frente atravesando pequeñas ciudades que se alzaban tímidamente; Chjeidze, una vieja gloria, que se había retirado con desdén a sus montañas de Georgia, donde enfermería de tisis; y Tseretely, un alma noble, también gravemente enfermo, que, no obstante, volvería para desplegar su hermosa elocuencia a favor de la causa perdida. Allí estaban Gotz, Dan, Lieber, Bogdánov, Broido y Fillipovski, pálidos, ojerosos e indignados. Por debajo de ellos bullía y se agitaba el segundo *siezd* de los sóviets nacionales, y, por encima, el Comité Revolucionario Militar funcionaba a pleno rendimiento, manejando los hilos de la insurrección y golpeando con su poderoso brazo. Eran las 10:40 p.m.

Dan, un hombre de rostro apacible, calvo, con un tosco uniforme de cirujano militar, tocó la campanilla. De repente se hizo un tenso silencio, roto únicamente por las riñas y discusiones de la gente agolpada en la puerta.

—Tenemos el poder en nuestras manos —dijo con tristeza.

Tras hacer una pausa, continuó, bajando la voz.

—¡Camaradas! El Congreso de los Sóviets se reúne en unas circunstancias y en un momento tan extraordinarios que entenderéis por qué el Tsik cree necesario lanzar aquí un discurso político. Lo entenderéis mucho mejor si recordáis que yo soy miembro del Tsik, y que en este momento los camaradas de nuestro partido están en el Palacio de Invierno bajo un bombardeo, sacrificándose por cumplir el deber que les asignó el Tsik. [Alboroto]. ¡Declaro abierta la primera sesión del Segundo Congreso de Diputados Obreros y Soldados!

Se efectuó la elección del presídium en medio de un gran revuelo. Avanesov anunció que, en virtud de un acuerdo entre los bolcheviques, los izquierdistas socialrevolucionarios y los internacionalistas mencheviques, se

había decidido constituir el presídium según el criterio de proporcionalidad. Varios mencheviques se levantaron para protestar. Un soldado barbudo les gritó:

—¡Recordad lo que nos hicisteis a los bolcheviques cuando estábamos en minoría!

Resultado: 14 bolcheviques, 7 socialrevolucionarios, 3 mencheviques y 1 internacionalista (del grupo de Gorki). Hendelmann, en nombre de los socialrevolucionarios de centro-derecha, dijo que se negaban a participar en el presídium, y lo mismo hizo Jinchuk, de los mencheviques. Los mencheviques internacionalistas dijeron que no entrarían en el presídium hasta que se verificaran ciertas condiciones. Aplausos y abucheos dispersos.

Una voz gritó:

—¡Renegados! ¿Y vosotros os llamáis socialistas?

Un representante de los delegados ucranianos exigió y obtuvo un puesto. Luego el antiguo Tsik bajó de la tribuna y en su lugar aparecieron Trotski, Kámenev, Lunacharsky, *madame* Kolontái, Nogin… La sala se puso en pie, en medio de una ovación atronadora. ¡Qué lejos habían llegado los bolcheviques! ¡De ser una secta despreciada y perseguida apenas cuatro meses atrás, a ocupar un puesto principal, como timoneles de la gran Rusia en plena marea revolucionaria!

Kámenev leyó el orden del día: primero, organización del poder; segundo, guerra y paz; y tercero, la Asamblea Constitucional. Lozovski, puesto en pie, anunció que, de acuerdo con las jefaturas de todas las facciones, proponía escuchar y discutir el informe del Sóviet de Petrogrado, después ceder la palabra a los miembros del Tsik y a los diferentes partidos, y, finalmente, pasar al orden del día.

Pero, de pronto, se oyó un ruido desconocido, más grave que el murmullo de los allí presentes, persistente e inquietante: las sordas descargas de los cañones. La gente miraba angustiada a las ventanas empañadas, y una especie de fiebre se apoderó de la sala. Mártov pidió la palabra y gritó con voz ronca:

—¡Empieza la guerra civil, camaradas! Lo primero ha de ser un arreglo pacífico de la crisis. Tanto por principio como desde un punto de vista político, debemos discutir urgentemente la manera de evitar una guerra civil. ¡Están disparando a nuestros hermanos en las calles! En un momento en que, coincidiendo con la apertura del Congreso de los Sóviets, se amaña la cuestión del poder mediante una conjura militar organizada por uno de los partidos revolucionarios… —Por un instante no pudo hacerse oír en medio de

aquel ruido—… Todos los partidos revolucionarios deben afrontar este hecho.

»La primera *vopros* (cuestión) antes del congreso es la cuestión del poder, que ya se está resolviendo en las calles por medio de las armas. Debemos crear un poder que sea reconocido por toda la democracia. Si el congreso quiere ser la voz de la democracia revolucionaria, no debe quedarse de brazos cruzados mientras se avecina una guerra civil, que provocaría un peligroso estallido contrarrevolucionario. Debemos elegir una delegación para negociar con los otros partidos y organizaciones socialistas.

Seguía llegando a través de las ventanas el ruido de cañonazos, sordos y regulares, mientras los delegados se increpaban. Así, con estruendo de artillería, en medio de la oscuridad, el odio, el miedo y la audacia temeraria, nacía la nueva Rusia.

Los izquierdistas socialrevolucionarios y los socialdemócratas unificados apoyaron la propuesta de Mártov, que fue aceptada. Un soldado anunció que los sóviets nacionales de los campesinos se habían negado a enviar delegados al congreso, y propusieron enviar un comité con una invitación formal.

—Algunos delegados están presentes —dijo—. Propongo que se les vote.

Aceptado.

Jarash, que llevaba las insignias de capitán, pidió resueltamente la palabra.

—Los políticos hipócritas que controlan este congreso nos han pedido que resolvamos la cuestión del poder, y resulta que la están resolviendo a nuestras espaldas, antes de que empiece el congreso. Se están asestando golpes contra el Palacio de Invierno, y esos golpes son los clavos en el ataúd del partido que se ha embarcado en esa aventura.

Gritos, seguidos de la intervención de Gharra:

—Mientras nosotros discutimos aquí las propuestas de paz, en las calles se está librando una batalla. Los socialrevolucionarios y los mencheviques se niegan a implicarse en lo que está pasando y piden a todos los poderes públicos que se opongan al intento de tomar el poder.

Kuchin, delegado del 12.º Ejército y representante de los trudoviques, dijo:

—Me han enviado aquí únicamente para reunir información y volver enseguida al frente, donde los comités del Ejército consideran que la toma del poder por los sóviets, sólo tres semanas antes de la Asamblea Constituyente, es una puñalada trapera al Ejército y un crimen contra el pueblo.

Gritos de: «¡Mentira! ¡Estás mintiendo!». Cuando logró hacerse oír nuevamente, Kuchin continuó:

—¡Pongamos fin a esta aventura en Petrogrado! Pido a los delegados que abandonen esta sala para salvar al país y a la revolución.

Cuando cruzó el pasillo lateral en medio de un gran alboroto, la gente se le echó encima, amenazándole. Luego, un oficial con una larga perilla castaña dijo, con tono cortés y persuasivo:

—Hablo en nombre de los delegados del frente. El Ejército no está debidamente representado en este congreso. Además, no considera que el Congreso de los Sóviets sea necesario en este momento, a sólo tres semanas del comienzo de la Asamblea Constituyente.

Gritos y pataleos, cada vez más fuertes.

—El Ejército cree que el Congreso de los Sóviets no tiene la autoridad necesaria.

Se levantaron soldados por toda la sala.

—¿En nombre de quién hablas? ¿A quién representas? —gritaron.

—Al comité central ejecutivo del sóviet del 5.º Ejército, al 2.º Regimiento F, al 1.º Regimiento N, al 3.º Regimiento S de Fusileros…

—¿Cuándo te han elegido? ¡Tú representas a los oficiales, no a los soldados! ¿Qué dicen los soldados de esto?

Burlas y abucheos.

—Nosotros, el grupo del frente, negamos toda responsabilidad en lo que ha ocurrido y está ocurriendo, y creemos necesario movilizar a las fuerzas revolucionarias más remisas para salvar la revolución. El grupo del frente abandonará el congreso. ¡Es en las calles donde se ha de luchar!

Un clamor de protestas:

—¡Hablas en nombre del Estado Mayor, no del Ejército!

—Pido a todos los soldados concienciados que abandonen este congreso.

—¡Kornilovista! ¡Contrarrevolucionario! ¡Provocador! —le gritaron.

Luego Jinchuk, en nombre de los mencheviques, anunció que la única posibilidad de alcanzar una solución pacífica era iniciar las negociaciones con el Gobierno provisional para formar un nuevo gabinete que tuviera el apoyo de todos los estratos sociales. No pudo continuar durante varios minutos. Elevando la voz hasta convertirla en un grito, leyó la declaración de los mencheviques:

—Puesto que los bolcheviques han llevado a cabo una conspiración militar con la ayuda del Sóviet de Petrogrado, consideramos imposible permanecer en el congreso. Así pues, nos retiramos, invitando a los otros grupos a que nos sigan y a reunirse con nosotros para discutir la situación.

—¡Desertores!

De vez en cuando, en medio de aquella barahúnda casi continua, se oían las protestas de Hendelmann, en nombre de los socialrevolucionarios, contra el bombardeo del Palacio de Invierno.

—¡Nos oponemos a esa anarquía!

Hendelmann acababa de bajar de la tribuna cuando un joven soldado, de rostro delgado y ojos relampagueantes, subió de un salto y, alzando la mano con gesto teatral, dijo:

—¡Camaradas! [Se hizo un silencio]. Me llamo Peterson y hablo en nombre del 2.º Regimiento de Fusileros Letones. Ya habéis oído las declaraciones de dos representantes de los comités del Ejército. Estas declaraciones tendrían algún valor si sus autores fueran representantes del Ejército. [Aplauso entusiasta]. Pero no representan a los soldados —añadió, agitando el puño—. El 12.º Ejército lleva tiempo pidiendo la reelección del Gran Sóviet y del comité del Ejército, pero, igual que hizo vuestro Tsik, nuestro comité se ha negado a convocar una asamblea de los representantes del pueblo hasta finales de septiembre, con el fin de que los reaccionarios pudieran elegir a sus falsos candidatos para este congreso. Os repito ahora lo que los soldados letones han dicho muchas veces: «¡Basta de resoluciones! ¡Basta de palabrería! ¡Queremos hechos! ¡El poder debe estar en nuestras manos!». ¡Que los delegados impostores abandonen el congreso! ¡El Ejército no está con ellos!

Los aplausos resonaron en toda la sala. Al comienzo de la sesión, los delegados, abrumados por la rapidez de los acontecimientos e inquietos por los cañonazos, habían vacilado. Durante una hora, les habían asestado un mazazo tras otro desde esa tribuna, lo que les había unido, pero también desanimado. ¿Estaban solos? ¿Rusia se alzaba contra ellos? ¿Era cierto que el ejército marchaba sobre Petrogrado? Entonces habló ese joven soldado de ojos claros, y al instante supieron la verdad. Ésa era la voz de los soldados. Los millones de obreros y campesinos descontentos eran hombres como ellos, y sus pensamientos y sentimientos eran los mismos.

Hablaron más soldados. Gzhelshaj, en nombre de los delegados del frente, anunció que habían decidido abandonar el congreso por una escasa mayoría, y que los miembros bolcheviques ni siquiera habían participado en la votación, porque defendían la división por partidos políticos y no por grupos.

—Cientos de delegados del frente —dijo— son elegidos sin la participación de los soldados, porque los comités del Ejército ya no son los verdaderos representantes de las tropas.

Lukiánov proclamó que oficiales como Jarash y Jinchuk no podían representar al Ejército en aquel congreso, sino sólo al alto mando.

—Los que de verdad viven en las trincheras desean con toda su alma que el poder pase a manos de los sóviets, y tienen grandes esperanzas puestas en ello.

Estaban cambiando las tornas.

Luego habló Abramóvich, en nombre del Bund, el órgano de los socialdemócratas judíos, parpadeando furioso detrás de sus gruesas lentes.

—Lo que está ocurriendo en Petrogrado es una terrible desgracia. El grupo del Bund se suma a la declaración de los mencheviques y socialrevolucionarios y va a abandonar el congreso —dijo, alzando la mano y la voz—. Nuestro deber hacia el proletariado ruso no nos permite quedarnos y ser responsables de estos crímenes. Ya que no cesa el bombardeo sobre el Palacio de Invierno, la duma municipal, junto con los bolcheviques, los socialrevolucionarios y el Comité Ejecutivo de los Sóviets Campesinos, han decidido morir con el Gobierno provisional, y nosotros iremos con ellos. Desarmados, nos expondremos ante las ametralladoras de los terroristas. Invitamos a todos los delegados de este congreso…

Sus palabras se perdieron en un torbellino de gritos, amenazas e insultos que se volvió infernal cuando cincuenta delegados se levantaron y se abrieron paso hasta la salida.

Kámenev tocó la campanilla:

—¡Permaneced sentados y seguiremos con lo nuestro! —gritó.

Trotski se puso en pie y, con el rostro pálido y expresión cruel, dio rienda suelta a su frío desprecio.

—Todos esos socialistas conciliadores, esos mencheviques y socialrevolucionarios asustados, el Bund…, que se vayan. ¡No son más que un desecho que será arrojado al basurero de la historia!

Riazanov, en nombre de los bolcheviques, dijo que, a petición de la duma municipal, el Comité Revolucionario Militar había enviado una delegación al Palacio de Invierno para ofrecerse a negociar.

—En este sentido, hemos hecho todo lo posible por evitar el derramamiento de sangre.

Salimos rápidamente de allí y paramos un momento en la sala donde el Comité Revolucionario Militar trabajaba a un ritmo frenético, recibiendo y enviando emisarios jadeantes, despachando comisarios armados a todos los rincones de la ciudad con plenos poderes para hacer y deshacer, entre el zumbido incesante de los telégrafos. Al abrirse la puerta, salió una ráfaga de

aire enrarecido y humo de cigarrillos, y atisbamos a unos hombres desaliñados, inclinados sobre un mapa bajo el resplandor de una lámpara. El camarada Josephov-Dujinski, un joven sonriente con un mechón de pelo muy rubio, nos hizo unos salvoconductos.

Cuando salimos a la noche fría, el patio delantero del Smolny era un gran parque de automóviles que iban y venían. Por encima del ruido de sus motores retumbaba el lento y lejano cañoneo. Un gran camión estaba parado en la entrada, sacudido por las vibraciones de su potente motor. Unos hombres cargaban paquetes y otros los descargaban, con las armas a mano.

—¿Dónde vais? —les pregunté.

—Al centro…, ¡a todas partes! —respondió un obrero bajito, sonriendo exultante.

Le enseñamos nuestros pases.

—Acompañadnos —dijeron, invitándonos a subir—. Aunque seguramente habrá disparos.

Nos montamos. Se oyó el ruido ronco del embrague, el camión dio un tirón hacia delante, y caímos de espaldas sobre los que estaban subiendo. Tras dejar atrás la enorme fogata de la puerta y otra en la verja exterior, cuyo resplandor rojizo se reflejaba en los rostros de los obreros que, armados con rifles, estaban sentados en torno a ella, bajamos dando tumbos a gran velocidad por la avenida Suvorovsky. Un hombre abrió uno de los paquetes y se puso a lanzar periódicos. Nosotros le imitamos, y nos sumergimos en la calle oscura lanzando un reguero de periódicos blancos por la cola del vehículo. Los peatones nocturnos se agachaban a cogerlos y, en las esquinas, las patrullas que se calentaban alrededor de las fogatas venían corriendo con los brazos en alto para atraparlos. De vez en cuando, unos hombres armados nos cortaban el paso, gritando: «*Stoi!*» y empuñando sus rifles, pero el conductor les gritaba algo ininteligible y pasábamos a toda velocidad.

Cogí un ejemplar del periódico y, a la luz fugaz de una farola, leí:

¡CIUDADANOS DE RUSIA!

> El Gobierno provisional ha sido derrocado. El poder del Estado ha pasado a manos del órgano del Sóviet de los Diputados Obreros y Soldados, el Comité Revolucionario Militar, que está al frente del proletariado y de la guarnición de Petrogrado.
>
> La causa por la que lucha el pueblo —propuesta inmediata de una paz democrática, abolición de los derechos de propiedad de los

terratenientes sobre la tierra, control obrero de la producción, creación de un Gobierno de los sóviets— ha triunfado sin discusión.

¡LARGA VIDA A LA REVOLUCIÓN DE LOS OBREROS, SOLDADOS Y CAMPESINOS!

Comité Revolucionario Militar
Sóviet de los Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado


МИРОВОГО
УДАРНАЯ
БРИГАДА
ПРОЛЕТАРИАТА

El hombre que iba sentado a mi lado, un individuo con rostro mongol y ojos almendrados, vestido con un abrigo caucásico de piel de cabra, exclamó:

—¡Cuidado! Por aquí los provocadores disparan continuamente desde las ventanas.

Tras doblar por la plaza Znamenski, oscura y casi desierta, rodeamos la fea estatua y bajamos por la ancha avenida Nevski. Tres hombres miraban a las ventanas, con los rifles a punto. Detrás de nosotros, la calle estaba llena de gente que corría y se ponía a cubierto. Ya no oíamos el cañón y, según nos acercábamos al Palacio de Invierno, las calles estaban más tranquilas y desiertas. La duma municipal se hallaba completamente iluminada. A lo lejos, vislumbramos una muchedumbre en la oscuridad, y una fila de marineros nos dio el alto con furia. El camión frenó y nos apeamos.

La escena era asombrosa. En el cruce del canal Ekaterina, bajo un arco voltaico, un cordón de marineros armados se desplegaba por la avenida Nevski, cortando el paso a una muchedumbre que marchaba en filas de cuatro. Había trescientas o cuatrocientas personas: hombres con levita, mujeres elegantes, oficiales y gentes de todo tipo y condición. Entre ellos reconocí a muchos delegados del congreso, jefes mencheviques y socialrevolucionarios; a Avkséntiev, el presidente de los sóviets campesinos, delgado y con barba roja; a Sarokin, portavoz de Kérensky; a Jinchuk y Abramóvich; y, encabezándolos, al viejo Schreider, alcalde de Petrogrado, con su barba blanca, y a Prokopóvich, ministro de Abastos del Gobierno provisional, detenido y liberado esa misma mañana. También vi a Malkin, reportero del *Russian Daily News*.

—¡Vamos a morir al Palacio de Invierno! —gritó alegremente.

La procesión se detuvo, pero en su cabecera se produjo una fuerte discusión. Schreider y Prokopóvich imprecaban al robusto marinero que parecía encontrarse al mando.

—¡Exigimos que nos dejes pasar! Estos camaradas vienen del Congreso de los Sóviets. ¡Mira sus credenciales! ¡Vamos al Palacio de Invierno!

El marinero parecía claramente desconcertado. Se rascó la cabeza con su enorme mano y frunció el ceño.

—Tengo orden del comité de no dejar pasar a nadie al Palacio de Invierno —refunfuñó—, pero mandaré a un camarada a que telefonee al Smolny.

—¡Insistimos en pasar! ¡No vamos armados y pasaremos con tu autorización o sin ella! —exclamó el viejo Schreider, muy alterado.

—Tengo orden… —repitió hoscamente el marinero.

—¡Dispáranos si quieres, pero vamos a pasar! ¡Adelante! —gritaron desde todas partes—. Estamos dispuestos a morir, si tenéis el valor de disparar a ciudadanos y camaradas rusos. ¡Ofrecemos nuestro pecho desnudo ante vuestros fusiles!

—No —dijo el marinero, obstinado—. No puedo dejaros pasar.

—¿Qué haréis si avanzamos? ¿Dispararnos?

—No, no vamos a disparar a gente indefensa. No dispararemos a ciudadanos rusos desarmados.

—¡Vamos a pasar! ¿Qué podéis hacer vosotros?

—Algo haremos —dijo el marinero, visiblemente desconcertado—. No podemos dejaros pasar, así que algo haremos.

—¿Qué vais a hacer, eh? ¿Qué vais a hacer?

Llegó otro marinero, muy irritado.

—¡Os azotaremos! —gritó—. Y si es necesario, también os dispararemos. ¡Ahora, volved a casa y dejadnos en paz!

Sus palabras produjeron un clamor de rabia e indignación. Prokopóvich se había subido a una especie de caja y, agitando su paraguas, lanzó un discurso:

—¡Camaradas y ciudadanos! ¡Están usando la fuerza contra nosotros! ¡No podemos derramar nuestra sangre inocente a manos de estos ignorantes! Sería indigno de nosotros acabar tiroteados en la calle por unos guardagujas —nunca supe a qué se refería con «guardagujas»—. Volvamos a la duma y discutamos la mejor manera de salvar el país y la revolución.

Terminado el discurso, la comitiva dio media vuelta en medio de un silencio digno y subió de nuevo por la Nevski en filas de cuatro. Aprovechando que estaban distraídos, nos colamos entre los guardias y nos encaminamos al Palacio de Invierno.

La oscuridad era absoluta y no se movía nada, excepto los piquetes de soldados y los guardias rojos, serios y concentrados. Había un cañón en mitad de la calle, enfrente de la catedral de Kazán, volcado por el retroceso del último cañonazo lanzado por encima de los tejados. Delante de cada puerta, los soldados charlaban en voz alta mientras miraban de reojo al Puente de la Policía. Oí una voz que decía:

—Puede que hayamos hecho algo mal.

En las esquinas, las patrullas daban el alto a todos los viandantes. La composición de esas patrullas era interesante, porque al mando de las tropas regulares había siempre un guardia rojo. El tiroteo había cesado.

Cuando llegamos a la Morskaia, alguien gritó:

—¡Los *yunkers* han dicho que vayamos a sacarlos!

Se oyeron unas voces dando órdenes, y en la densa penumbra atisbamos una masa oscura que avanzaba en silencio, roto únicamente por el ruido de pasos y el entrechocar de armas. Nos unimos a las primeras filas.

Como un río negro que llenaba toda la calle, sin cantos ni gritos entusiastas, cruzamos el Arco Rojo, donde el hombre que iba delante de mí dijo:

—¡Cuidado, camaradas! No os fieis de ellos. Van a disparar seguro.

Al salir del arco, echamos a correr, agachados y muy juntos, y nos cubrimos detrás del pedestal de la Columna de Alejandro.

—¿Cuántos de los vuestros han matado? —pregunté.

—No lo sabemos. Unos diez.

La tropa, compuesta por varios cientos de hombres, pareció tranquilizarse tras pasar unos minutos a cubierto, y volvió a avanzar espontáneamente. Entonces, gracias a la luz que salía de las ventanas del Palacio de Invierno, vi que los primeros doscientos o trescientos hombres eran guardias rojos, entre los que había apenas unos cuantos soldados dispersos. Trepamos a la barricada de maderos, bajamos de un salto y, lanzando un grito triunfal, caímos en un montón de rifles abandonados allí por los *yunkers*. A ambos lados de la entrada principal, las puertas, abiertas de par en par, dejaban escapar la luz, y del enorme edificio no llegaba el más mínimo ruido.

Empujados por aquella impaciente oleada humana, fuimos arrastrados al interior por la entrada de la derecha, que daba a una gran sala, desnuda y abovedada: era la bodega del ala oeste, de la que salía un laberinto de pasillos y escaleras. Había unas cuantas cajas de embalaje esparcidas por el suelo. Los guardias rojos se lanzaron sobre ellas, las abrieron a culatazos y sacaron alfombras, cortinas, ropa, porcelana, vajilla, cristalería… Un hombre se paseaba con un reloj de bronce colgado del hombro. Otro encontró una pluma de avestruz y se la puso en el sombrero. Nada más comenzar el saqueo, alguien gritó:

—¡Camaradas! ¡No cojáis nada, es propiedad del pueblo!

Veinte voces gritaron inmediatamente:

—¡Parad! ¡Dejadlo todo donde estaba! ¡No cojáis nada, es propiedad del pueblo!

Un gran número de manos indignadas desbarataron a los saqueadores. El damasco y la tapicería fueron arrebatados a quienes los habían cogido. Dos hombres recuperaron el reloj de bronce. Rápidamente se volvieron a meter los objetos en las cajas, y unos centinelas designados por los propios soldados montaron guardia, todo ello de forma absolutamente espontánea. Por los

pasillos y la escalera resonaba, cada vez más débil y lejano, el grito: «¡Disciplina revolucionaria! ¡Propiedad del pueblo!».

Nos dirigimos a la entrada izquierda, en el ala oeste. También allí se restablecía el orden.

—¡Evacuad el palacio! —gritó un guardia rojo, asomando la cabeza por una puerta interior—. ¡Vamos, camaradas, demostremos que no somos ladrones ni bandidos! Todo el mundo fuera del palacio, excepto los comisarios, hasta que pongamos centinelas.

Dos guardias rojos, un soldado y un oficial, permanecían de pie, con una pistola en la mano, mientras, detrás de ellos, otro soldado estaba sentado delante de una mesa con papel y pluma. Por todas partes se oían gritos de: «¡Todo el mundo fuera!», y la tropa empezó a salir por la puerta empujándose, entre protestas y discusiones. Conforme iban saliendo, a cada soldado se le registraban los bolsillos y por debajo del capote. Se le quitaba todo lo que claramente no era suyo, el hombre sentado a la mesa lo apuntaba en un papel y el objeto se guardaba en una pequeña sala. Se confiscaron los objetos más variados: estatuillas, botes de tinta, colchas con el monograma imperial bordado, candelabros, un lienzo pequeño, papel secante, espadas con empuñadura de oro, pastillas de jabón de todo tipo, sábanas. Un guardia rojo llevaba tres rifles, dos de ellos arrebatados a los *yunkers*. Otro llevaba cuatro carteras repletas de documentos. Los culpables entregaban los objetos de mala gana, o bien se defendían como niños pequeños. El comité les explicaba que robar no era digno de los representantes del pueblo. Muchos de los que habían sido pillados se daban la vuelta y ayudaban a registrar al resto de camaradas[ab].

Salieron algunos *yunkers* en grupos de tres o cuatro. El comité los paraba con celo exagerado y acompañaba el registro con comentarios del tipo: «¡Ah, provocadores! ¡Kornilovistas! ¡Contrarrevolucionarios! ¡Asesinos del pueblo!». A pesar de que no se ejercía ninguna violencia sobre ellos, los *yunkers* estaban aterrados. También llevaban los bolsillos llenos de un pequeño botín, que era cuidadosamente anotado por el escribiente y almacenado en la pequeña sala. Los *yunkers* iban desarmados.

—Y bien, ¿vais a volver a empuñar las armas contra el pueblo? —clamaron algunas voces.

—No —respondieron, uno tras otro, los *yunkers*, y se les dejó marchar.

Preguntamos si podíamos entrar. El comité vaciló, pero el robusto guardia rojo contestó que estaba terminantemente prohibido.

—Además, ¿quiénes sois vosotros? —preguntó—. ¿Cómo sé que no sois partidarios de Kérensky?

Éramos cinco, incluidas dos mujeres.

—*Pazhal´st´, tovarishchi!* ¡Dejad paso, camaradas!

Un soldado y un guardia rojo aparecieron en la puerta, apartando a la gente, acompañados de otros guardias con la bayoneta calada. Detrás venía una fila de media docena de hombres, vestidos de civiles. Eran los miembros del Gobierno provisional. Primero iba Kishkin, con el rostro pálido y ojeroso, luego Rutenberg, con la vista clavada en el suelo; el siguiente era Teréshchenko, que lanzaba ojeadas desafiantes y se nos quedó mirando fijamente. Pasaron en silencio. Los insurgentes victoriosos se agolparon para verlos, pero sólo se oyeron unos pocos murmullos enfurecidos. Luego nos enteramos de que el pueblo había querido lincharlos en la calle y que había habido disparos, pero los marineros los llevaron sanos y salvos a la fortaleza de Pedro y Pablo.

Entretanto, entramos en el palacio sin que nadie nos dijera nada. Todavía mucho trasiego de gente, que exploraba apartamentos recién descubiertos en el gran edificio o buscaba guarniciones inexistentes de *yunkers*. Subimos las escaleras y recorrimos habitación por habitación. Esta parte del palacio también había sido ocupada por otros destacamentos del lado del Neva. Los cuadros, estatuas, tapices y alfombras de los grandes salones no habían sufrido daño alguno, pero, en las oficinas, los escritorios y armarios habían sido saqueados y los papeles, esparcidos por el suelo. En las habitaciones, se habían llevado las colchas de las camas y se habían forzado los armarios. El botín más preciado era la ropa, de la que los trabajadores andaban muy necesitados. En una sala donde había muebles almacenados, vimos a dos soldados arrancando el elegante cuero español de la tapicería. Nos explicaron que era para hacerse unas botas.

Los viejos criados del palacio, con su uniforme azul, rojo y oro, esperaban nerviosos, repitiendo maquinalmente: «¡No puede pasar, *barin*! Está prohibido». Por fin llegamos a la sala de oro y malaquita con tapices de brocado carmesí donde los ministros se habían reunido un día entero y habían sido entregados por *shveitzari* a los guardias rojos. La larga mesa, cubierta con un tapete verde, estaba tal cual la habían dejado cuando los detuvieron. Delante de cada silla había una pluma, tinta y papel, donde había garabateados planes de actuación, borradores de proclamas y manifiestos. La mayoría de ellos se habían tachado, al hacerse patente su inutilidad, y el resto de la hoja estaba llena de dibujos geométricos, trazados distraídamente por los

asistentes mientras escuchaban los proyectos quiméricos que, uno tras otro, proponían los ministros. Cogí una de esas hojas tachadas, escrita con la letra de Konoválov, y leí: «El Gobierno provisional pide el apoyo de todas las clases sociales».

Conviene recordar que, durante todo este tiempo, aunque el Palacio de Invierno se hallaba sitiado, el Gobierno mantenía una comunicación constante con el frente y con las provincias. Los bolcheviques habían tomado el Ministerio de la Guerra a primera hora de la mañana, pero ignoraban la existencia de la oficina telegráfica militar en el ático, así como la línea telefónica privada que lo conectaba con el Palacio de Invierno. En aquel ático, un joven oficial inundaba el país con un aluvión de llamamientos y proclamas. Al enterarse de que había caído el Palacio de Invierno, se puso la gorra y salió tranquilamente del edificio.

Estábamos tan absortos que tardamos bastante tiempo en notar el cambio que se había producido en la actitud de los soldados y los guardias rojos. Mientras recorríamos las salas, nos seguía un grupo pequeño y, cuando llegamos a la gran galería de cuadros donde habíamos pasado la tarde con los *yunkers*, cien hombres aparecieron de repente ante nosotros. Un soldado gigantesco nos cortó el paso, con rostro sombrío y desconfiado.

—¿Quiénes sois vosotros? —gruñó—. ¿Qué hacéis aquí?

Los otros nos rodearon lentamente, mirándonos y murmurando:

—*¡Provocatori!*

Oí que alguien decía:

—¡Saqueadores!

Mostré nuestros salvoconductos del Comité Revolucionario Militar. Un soldado los cogió con cautela, les dio la vuelta y los miró, confundido. Era evidente que no sabía leer. Me los devolvió escupiendo en el suelo.

—*Burnagi!* ¡Papeles! —dijo con desprecio.

El grupo empezó a cerrarse a nuestro alrededor, como una manada de toros salvajes rodea a un vaquero desprovisto de montura. Por encima de sus cabezas divisé a un oficial, que parecía no saber qué hacer. Lo llamé y se abrió paso hasta nosotros.

—Soy el comisario —me dijo—. ¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué ocurre?

Los otros recularon, expectantes. Le mostré nuestros documentos.

—¿Sois extranjeros? —preguntó en francés—. Es muy peligroso…

Luego se volvió hacia aquella turba y, mostrando nuestros documentos, gritó:

—¡Compañeros! Éstos son camaradas extranjeros, de Norteamérica. Han venido aquí para contar a sus compatriotas todo el valor y la disciplina revolucionaria del ejército proletario.

—¿Cómo lo sabes? —replicó el soldado grandullón—. Yo te digo que son provocadores. Dicen que han venido a observar la disciplina revolucionaria del ejército ruso, pero se han estado paseando libremente por el palacio. ¿Cómo sabemos que no se han llenado los bolsillos?

—*Pravilno!* —gruñeron los otros, avanzando.

—¡Camaradas, camaradas! —rogó el oficial, con la frente sudorosa—. Soy comisario del Comité Revolucionario Militar. ¿Os fiáis de mí? Pues bien, yo os digo que esos pases llevan la misma firma que el mío.

Nos condujo por el palacio hasta una puerta que daba al muelle del Neva, delante de la cual se encontraba la preceptiva comisión de registro.

—Os habéis librado por poco —repitió en voz baja el oficial, secándose la frente.

—¿Qué le ha pasado al batallón femenino? —le preguntamos.

—¡Ah, las mujeres! —respondió, riendo—. Estaban todas juntas en una habitación de la parte trasera. Pasamos un mal rato mientras decidíamos qué hacer con ellas. Muchas tenían un ataque de nervios, para empezar. Así que terminamos llevándolas a la estación de Finlandia y las montamos en un tren para Levashovo, donde tienen un campamento[ac]…

Salimos a la noche fría y temblorosa, entre un rumor de oscuros ejércitos y el resplandor de las patrullas. Del otro lado del río, donde se alzaba amenazante la sombría mole de la fortaleza de Pedro y Pablo, llegaba un ronco griterío. Bajo nuestros pies, la acera estaba cubierta de cascotes de estuco, caídos de la cornisa del palacio, donde habían impactado dos proyectiles del acorazado *Avrora*. Ése fue el único daño causado por el bombardeo.

Pasaban unos minutos de las tres de la madrugada. En la avenida Nevski, todas las farolas estaban de nuevo encendidas, el cañón había desaparecido y los únicos signos de la guerra eran los guardias rojos y unos soldados acuclillados alrededor de las fogatas. La ciudad estaba tranquila, como probablemente nunca lo había estado en su historia. Esa noche no hubo ni un atraco, ni un solo robo.

Sin embargo, el edificio de la duma municipal estaba completamente iluminado. Subimos al Salón Alejandro, lleno de galerías y con sus retratos imperiales en grandes marcos dorados, cubiertos con una tela roja. Un centenar de personas se agrupaba en torno al estrado, donde hablaba

Skóbelev, que pedía la ampliación del Comité de Seguridad Pública para unir a todos los elementos antibolcheviques en una gran organización, que se llamaría el Comité para la Salvación del País y de la Revolución. Y así fue como asistimos a la creación del Comité de Salvación, que se convertiría en el enemigo más poderoso de los bolcheviques y que, una semana después, aparecería unas veces con su nombre más sectario y otras con el nombre estrictamente apolítico de «Comité de Seguridad Pública».

Allí estaban Dan, Gotz, Avkséntiev, así como algunos de los delegados insurgentes del sóviet, miembros del Comité Ejecutivo de los Sóviets Campesinos, el viejo Prokopóvich, y hasta miembros del Consejo de la República, entre ellos, Vinaver y otros *kadetes*. Lieber dijo que el Congreso de los Sóviets no era legal, que el antiguo Tsik aún estaba en funciones. Se redactó un borrador de llamamiento al país.

Llamamos a un taxi.

—¿Adónde van? —preguntó el taxista.

Cuando le dijimos que al Smolny, el *izvozchik* sacudió la cabeza.

—*Niet!* —dijo—. Aquello es un infierno.

Sólo tras mucho deambular encontramos a un taxista dispuesto a llevarnos. Nos pidió treinta rublos y nos dejó a dos manzanas del edificio.

Las ventanas del Smolny seguían resplandeciendo, los automóviles iban y venían, y los soldados se juntaban alrededor de las fogatas que aún estaban encendidas, preguntando ansiosamente a todo el mundo por las últimas noticias. Los pasillos estaban llenos de hombres presurosos, demacrados y sucios. En algunas salas de reunión, los hombres dormían en el suelo, con los rifles al lado. A pesar de la marcha de algunos delegados, la sala de reuniones estaba abarrotada y estruendosa como el mar. Cuando entramos, Kámenev leía la lista de ministros arrestados. El nombre de Teréshchenko fue recibido con un aplauso atronador, gritos de satisfacción y risas. Rutenberg provocó una reacción más tibia, y la mención a Palchinsky desató una tormenta de abucheos, gritos airados y hurras. Se anunció que Chudnovski había sido nombrado comisario del Palacio de Invierno.

Se produjo entonces una interrupción dramática. Un campesino alto y barbudo, con el rostro ciego de rabia, subió a la tribuna y dio un puñetazo en la mesa del presídium.



—Los socialrevolucionarios exigimos que se libere inmediatamente a los ministros socialistas arrestados en el Palacio de Invierno. ¡Camaradas! ¿Sabéis que cuatro compañeros que han arriesgado su vida y su libertad luchando contra la tiranía del zar han sido arrojados a la prisión de Pedro y Pablo, esa tumba histórica de la libertad?

El campesino siguió golpeando la mesa y vociferando en medio del griterío. Otro delegado subió a su lado y dijo, señalando al presídium:

—¿Es que los representantes del pueblo revolucionario se van a quedar ahí sentados mientras la Ojrana de los bolcheviques tortura a sus líderes?

Trotski hacía gestos, reclamando silencio.

—¿Por qué se ha de tratar con guante blanco a los «camaradas» que han sido pillados conspirando para destruir a los sóviets, compinchados con el aventurero Kérensky? Después del 16 y el 18 de julio, ellos no tuvieron muchos miramientos con nosotros.

Y añadió, con tono triunfal:

—Ahora que los *oborontsi* y los pusilánimes se han marchado y toda la tarea de defender y salvar la revolución recae sobre nuestros hombros, es más necesario que nunca trabajar, trabajar y trabajar. ¡Estamos decididos a morir antes que rendirnos!

Luego habló el comisario de Tsárskoye Seló, todavía sin aliento y cubierto del barro del camino.

—La guarnición de Tsárskoye Seló hace guardia a las puertas de Petrogrado, lista para defender a los sóviets y al Comité Revolucionario Militar. [Aplausos estruendosos]. El Cuerpo de Ciclistas enviado desde el frente ha llegado a Tsárskoye, y ahora los soldados están con nosotros. Reconocen el poder de los sóviets, la necesidad de entregar inmediatamente la tierra a los campesinos y de que los obreros controlen la industria. El quinto Batallón de Ciclistas, instalado en Tsárskoye, es nuestro…

Luego le tocó al delegado del 3.º Batallón de Ciclistas. En medio del entusiasmo general, dijo que, tres días antes, el Cuerpo de Ciclistas había recibido del frente sudoriental la orden de «defender Petrogrado». Como esta orden les pareció sospechosa, se reunieron en la base de Peredolsk con representantes del 5.º Batallón, llegados de Tsárskoye. Dicha reunión puso de manifiesto que «ni uno solo de los ciclistas estaba dispuesto a derramar la sangre de sus hermanos, ni a apoyar al Gobierno y a los terratenientes».

Kapelinski, de los internacionalistas mencheviques, propuso elegir un comité especial para encontrar una solución pacífica a la guerra civil.

—¡No hay una solución pacífica! —rugió la multitud—. ¡La única solución es la victoria!

Una abrumadora mayoría de los asistentes votó en contra de aquella propuesta, y los internacionalistas mencheviques abandonaron el congreso en medio de un torrente de insultos y burlas. El miedo había desaparecido, y Kámenev les dijo desde la tribuna mientras salían:

—Los internacionalistas mencheviques dicen que la cuestión de la solución pacífica es urgente, pero siempre votan por suspender el orden del día y a favor de las declaraciones de grupos que querían abandonar el congreso. Es evidente —concluyó— que la retirada de esos renegados estaba decidida de antemano.

La asamblea decidió ignorar la retirada de esos grupos y continuó con el llamamiento a los obreros, soldados y campesinos de toda Rusia:

A LOS OBREROS, SOLDADOS Y CAMPESINOS

> Ha dado comienzo el Segundo Congreso Nacional de Sóviets de los Diputados Obreros y Soldados, que representa a la gran mayoría de los sóviets y que cuenta también con un grupo de delegados campesinos. De acuerdo con la voluntad de la inmensa mayoría de los

obreros, soldados y campesinos, y apoyándose en el alzamiento victorioso de los obreros y soldados de Petrogrado, el Congreso ha asumido el poder.
El Gobierno provisional ha sido derrocado y muchos de sus miembros ya se encuentran detenidos.
Las autoridades del Sóviet propondrán una paz urgente y democrática a todas las naciones, y una tregua inmediata en todos los frentes. Garantizará la entrega de las tierras de los terratenientes, de la Corona y de los monasterios a los comités agrarios, defenderá los derechos de los soldados, llevará a cabo una completa democratización del Ejército, implantará el control obrero de la producción, asegurará la convocatoria de la Asamblea Constituyente en la fecha prevista, tomará medidas para abastecer de pan a las ciudades y de artículos de primera necesidad a las aldeas, y garantizará a todas las naciones que conviven en Rusia el derecho real a una existencia independiente.
El Congreso determina que el poder local se transfiera íntegramente a los sóviets de los diputados obreros, soldados y campesinos, que han de implantar el orden revolucionario.
El Congreso hace un llamamiento a los soldados en las trincheras para que se mantengan vigilantes y decididos. El Congreso de los Sóviets está convencido de que el ejército revolucionario sabrá defender la revolución contra los ataques del imperialismo, hasta que el nuevo Gobierno concluya el acuerdo de paz democrática que va a proponer directamente a todos los países. El nuevo Gobierno tomará las medidas que sean precisas para cubrir todas las necesidades del ejército revolucionario, mediante una política de confiscación y tributación a las clases pudientes, y para mejorar la situación de las familias de los soldados.
Los kornilovistas —Kérensky, Kaledín y otros— pretenden lanzar tropas contra Petrogrado. Varios regimientos, engañados por Kérensky, se han puesto de parte del pueblo insurgente.
¡Soldados! Presentad una resistencia activa contra los kornilovistas. ¡Vete preparando, Kérensky!
¡Ferroviarios! ¡Parad todos los trenes de tropas enviadas por Kérensky contra Petrogrado!
¡Soldados, obreros y personal administrativo! ¡El destino de la revolución y de la paz democrática está en vuestras manos!
¡Larga vida a la revolución!

El Congreso Nacional de los Sóviets de
Diputados Obreros y Campesinos

Eran exactamente las 5:17 a. m. cuando Krylenko, tropezando por el cansancio, subió a la tribuna con un telegrama en la mano.

—¡Camaradas! Noticias del frente norte. El 12.º Ejército saluda al Congreso de los Sóviets y anuncia la creación de un Comité Revolucionario Militar, que se ha hecho con el mando en el frente norte.

Revuelo. Los hombres lloraban y se abrazaban.

—El general Chermisov ha reconocido al comité. ¡Voitinsky, el comisario del Gobierno provisional, ha dimitido!

Así pues, Lenin y los trabajadores de Petrogrado habían decidido sublevarse, el Sóviet de Petrogrado había derrocado al Gobierno provisional y lanzado un golpe de Estado contra el Congreso de los Sóviets. Ahora quedaba por conquistar toda Rusia… ¡y después el mundo! ¿Secundaría Rusia el alzamiento? ¿Y el mundo? ¿Responderían los pueblos y se alzarían, como una marea roja, por todo el mundo?

Aunque eran las seis de la mañana, todavía era de noche y hacía frío. Una claridad lechosa y fantasmal invadía las calles silenciosas y apagaba las fogatas, la sombra de una aurora terrible que amanecía sobre Rusia.

# CAPÍTULO 5

## EL PASO ADELANTE

Martes, 8 de noviembre. La ciudad amaneció en medio de una gran agitación y desorden, mientras el país entero se veía sacudido por una tormenta cada vez más poderosa. En apariencia, todo estaba en calma. Cientos de miles de personas se retiraban a una hora prudencial y se levantaban temprano para ir a trabajar. Los tranvías circulaban por Petrogrado, las tiendas y los restaurantes estaban abiertos, los teatros daban funciones, se anunciaba una exposición de pintura… La compleja rutina de la vida cotidiana, tediosa aun en tiempo de guerra, seguía como de costumbre. No hay nada más asombroso que la vitalidad del organismo social: cómo subsiste, se alimenta, se viste y se divierte, frente a las peores calamidades.

Por todas partes corrían rumores sobre Kérensky, quien, se decía, había sublevado al frente y guiaba a un gran ejército hacia la capital. El *Volia Naroda* publicó una orden dictada por él en Pskov:

> Los desórdenes causados por la loca tentativa de los bolcheviques ponen al país al borde del precipicio y exigen que cada uno de nosotros ponga todo su empeño, valor y dedicación para ganar en el terrible trance por el que atraviesa nuestra patria.
>
> Hasta que se declare la composición del nuevo Gobierno —si es que finalmente se constituye—, todo el mundo debe permanecer en su puesto y cumplir con su deber para con la Rusia herida. Hay que recordar que la menor injerencia en las organizaciones militares existentes puede acarrear desgracias irreparables, ya que dejaría abierto el frente al enemigo. Por lo tanto, es indispensable mantener a toda costa la moral de las tropas, asegurar un orden absoluto, librar al ejército de nuevos sobresaltos y mantener una confianza total entre los

> oficiales y sus subordinados. Ordeno, en nombre de la seguridad del país, que todos los jefes y comisarios se mantengan en sus puestos, como yo mantendré el mío de comandante supremo hasta que el Gobierno provisional de la República declare su voluntad.

En respuesta, se colgó este cartel en cada muro de la ciudad:

DECLARACIÓN DEL CONGRESO NACIONAL DE LOS SÓVIETS

> Los exministros Konoválov, Kishkin, Teréshchenko, Maliantóvich, Nikitin, entre otros, han sido arrestados por el Comité Revolucionario Militar. Kérensky ha huido. Se ordena a todas las organizaciones militares que tomen las medidas necesarias para el arresto inmediato de Kérensky y su traslado a Petrogrado.
>
> Cualquier ayuda a Kérensky será castigada como un grave crimen contra el Estado.

Libre ya de frenos, el Comité Revolucionario Militar funcionaba a pleno rendimiento, lanzando órdenes, llamamientos, decretos[ad]. Se ordenó llevar a Kornílov a Petrogrado. Los miembros de los comités agrarios encarcelados por el Gobierno provisional fueron puestos en libertad. Se abolió la pena de muerte en el Ejército. Los funcionarios recibieron la orden de reanudar su trabajo, y se les amenazó con severos castigos si se negaban. Se prohibió cualquier tipo de pillaje, saqueo y estraperlo bajo pena de muerte. Se nombraron comisarios temporales en los diferentes ministerios: en Asuntos Exteriores, Uritski y Trotski; en Justicia e Interior, Rykov; en Trabajo, Shliápnikov; en Economía, Menzhinski; en Bienestar Público, *madame* Kolontái; en Comercio, Transporte y Comunicaciones, Riazanov; en Marina, el marino Korbir; en Correos y Telégrafos, Spiro; en Espectáculos, Muraviov; en la Imprenta Nacional, Gherbychev; para el municipio de Petrogrado, el teniente Nésterov; para el frente norte, Pozern.

Se instó al Ejército a nombrar comités revolucionarios militares, y a los ferroviarios a mantener el orden, sobre todo para no demorar el transporte de alimento a las ciudades y al frente. A cambio, se les prometió una representación en el Ministerio de Transporte y Comunicaciones.

Una proclama decía:

> ¡Hermanos cosacos! Os mandan a Petrogrado porque quieren obligaros a luchar contra los obreros y soldados revolucionarios de la capital. No creáis una palabra de lo que dicen nuestros comunes enemigos, los terratenientes y capitalistas.
> En nuestro Congreso están representadas todas las organizaciones concienciadas de obreros, soldados y campesinos de Rusia. El Congreso desea acoger también a los trabajadores cosacos. Los generales del Ejército Negro, secuaces de los terratenientes y de Nicolás el Cruel, son nuestros enemigos.
> Os dicen que los sóviets quieren confiscar las tierras de los cosacos. Es mentira. La revolución sólo confiscará la tierra de los grandes terratenientes cosacos para dársela al pueblo.
> ¡Organizad sóviets de diputados cosacos! ¡Uníos a los sóviets de los diputados obreros y soldados!
> Mostrad al Ejército Negro que no sois traidores al pueblo, y que no queréis ser increpados por el conjunto de la Rusia revolucionaria.
> Hermanos cosacos, no ejecutéis ninguna orden de los enemigos del pueblo. Enviad a vuestros delegados a Petrogrado para que lo discutan con nosotros. Los cosacos de la guarnición de Petrogrado han defraudado las esperanzas de los enemigos del pueblo, lo cual les honra.
> ¡Hermanos cosacos! El Congreso Nacional de los Sóviets os tiende una mano fraternal. ¡Larga vida a la hermandad de los cosacos con los soldados, obreros y campesinos de Rusia!

En el otro bando, se desató un aluvión de proclamas, se repartieron folletos por todas partes, y los periódicos despotricaban, maldecían y profetizaban los peores males. Se estaba librando la batalla de la prensa escrita, porque las otras armas estaban en manos de los sóviets.

Primero, el llamamiento del Comité para la Salvación del País y de la Revolución se transmitió a toda Rusia y a Europa.


ВЕРНЕМ
УГОЛЬН
ДОЛГ
ТРАНЕ

A LOS CIUDADANOS DE LA REPÚBLICA RUSA

El 7 de noviembre, los bolcheviques de Petrogrado, en contra de la voluntad de las masas revolucionarias, han arrestado a una parte del Gobierno provisional, disuelto el Consejo de la República, y proclamado un poder ilegal. Este atentado, cometido contra el Gobierno revolucionario en el momento de mayor amenaza exterior, es un crimen incalificable contra la patria.

La insurrección de los bolcheviques supone un golpe mortal a la causa de la defensa nacional y retrasa enormemente la paz, tan deseada por todos.

La guerra civil, iniciada por los bolcheviques, amenaza con sumir al país en los horrores de la anarquía y la contrarrevolución y puede hacer fracasar a la Asamblea Constituyente, que debe afianzar el régimen republicano y entregar por siempre las tierras al pueblo.

Preservando la continuidad del único Gobierno legítimo, el Comité para la Salvación del País y de la Revolución, constituido la noche del 7 de noviembre, toma la iniciativa de formar un nuevo Gobierno provisional, que, basado en las fuerzas democráticas, conducirá al país hacia la Asamblea Constituyente y lo salvará de la anarquía y la contrarrevolución. Ciudadanos, el Comité para la Salvación del País os pide que no reconozcáis el poder de la violencia. ¡No obedezcáis sus órdenes!

¡Alzaos en defensa del país y de la revolución!

¡Apoyad al Comité para la Salvación del País!

Firmado: el Consejo de la República Rusa, la Duma Municipal de Petrogrado, el Tsik (Primer Congreso), El Comité Ejecutivo de los Sóviets Campesinos y, en el seno del propio Congreso, el grupo del Frente, las facciones socialrevolucionarias, los mencheviques, los socialistas populares, los Socialdemócratas Unificados y el grupo Yedinstvo.

De nuevo, aparecieron carteles del Partido Social-Revolucionario, de los *oborontsi* mencheviques, de los sóviets campesinos, del Comité Central del Ejército, de la Tsentroflot, con la siguiente proclama:

> ¡El hambre destruirá Petrogrado! Los ejércitos alemanes pisotearán nuestra libertad. Los pogromos de las Centurias Negras se propagarán en Rusia si todos nosotros, los obreros, soldados y ciudadanos concienciados, no nos unimos.
> ¡No os fieis de las promesas de los bolcheviques! ¡La promesa de una paz inmediata es mentira! ¡La promesa de pan, un fraude! ¡La promesa de tierra, un cuento de hadas!…

Todos eran del mismo estilo:

> ¡Camaradas! ¡Os han engañado de forma cruel y mezquina! La toma del poder la han hecho únicamente los bolcheviques, que han ocultado sus maquinaciones a los otros grupos socialistas que componían el Sóviet.
> Os han prometido tierras y libertad, pero la contrarrevolución, aprovechando la anarquía instigada por los bolcheviques, os dejará sin ellas.

Los periódicos se mostraban igual de vehementes. El *Dielo Naroda* decía:

> Nuestro deber es desenmascarar a estos traidores a la clase obrera, movilizar todas nuestras tropas y salvaguardar la causa de la revolución.

El *Izvestia*, hablando por última vez en nombre del antiguo Tsik, amenazaba con un terrible castigo:

> En lo que respecta al Congreso de los Sóviets, nosotros decimos que no ha habido tal congreso. Afirmamos que no ha sido más que una asamblea privada del grupo bolchevique, en cuyo caso no tiene ningún derecho a cancelar los poderes del Tsik.

El *Novaya Zhizn*, al tiempo que reclamaba un nuevo Gobierno que reuniera a todos los partidos socialistas, criticaba duramente a los socialrevolucionarios y a los mencheviques por abandonar el congreso y señalaba que la insurrección bolchevique dejaba una cosa muy clara: a partir

de ese momento todas las ilusiones sobre la coalición con la burguesía se demostraban vanas.

El *Rabochi Put* volvió a aparecer con el nombre de *Pravda*, el periódico de Lenin, que había sido cerrado en julio. Clamaba, furioso:

> ¡Trabajadores, soldados, campesinos! En marzo derrocasteis la tiranía de la caterva nobiliaria y ayer derrocasteis la tiranía burguesa.
> La tarea más urgente es vigilar los accesos a Petrogrado.
> En segundo lugar, desarmar definitivamente a los elementos contrarrevolucionarios de Petrogrado.
> En tercer lugar, organizar el poder revolucionario y asegurar el cumplimento del programa popular.

Muy pocos órganos kadetes se dejaron ver, y la burguesía adoptó en general una actitud irónica e indiferente hacia todo aquello, una especie de desdeñoso «ya os lo dije», dirigido a los otros partidos. Se veían kadetes influyentes merodeando por la duma municipal, y cerca del Comité de Salvación. La burguesía, por su parte, permanecía agazapada, esperando su momento, que no podía tardar mucho en llegar. Nadie pensaba que los bolcheviques aguantarían más de tres días en el poder, excepto, quizá, Lenin, Trotski, los trabajadores de Petrogrado y los soldados rasos.

Esa misma tarde, en la Sala Nicolás, un anfiteatro de techos altos, vi a la duma reunida en una sesión permanente y tempestuosa, que aglutinaba a todas las fuerzas de la oposición. Schreider, el viejo alcalde, majestuoso con su pelo y su barba blanca, contaba su visita al Smolny la noche anterior para protestar en nombre del Gobierno municipal.

—La duma, el único Gobierno legal existente en la ciudad, elegido por sufragio universal, directo y secreto, no puede reconocer el nuevo poder —le dijo a Trotski.

Y Trotski le respondió:

—Hay un remedio constitucional para eso. Se puede disolver la duma y volver a elegirla.

Estas palabras produjeron un clamor de indignación.

—Si se reconoce a un Gobierno a punta de bayoneta —continuó el anciano, dirigiéndose a la duma—, entonces sí, tenemos uno. Pero yo sólo considero legítimo un Gobierno reconocido por el pueblo, por la mayoría, y no el constituido por una minoría de usurpadores.

Estalló un aplauso estruendoso en todas las bancadas, excepto en la de los bolcheviques. En medio del tumulto, el alcalde declaró que los bolcheviques estaban violando la autonomía municipal al nombrar comisarios en muchos departamentos.

El portavoz de los bolcheviques, gritando para hacerse oír, dijo que la decisión del Congreso de los Sóviets significaba que Rusia entera apoyaba la actuación de los bolcheviques.

—¡Vosotros no sois los verdaderos representantes del pueblo de Petrogrado! —concluyó.

Se oyeron gritos de: «¡Es un insulto!».

El viejo alcalde, manteniendo la compostura, le recordó que la duma había sido elegida por el pueblo con la máxima libertad de voto.

—Sí —le respondió el portavoz bolchevique—, pero eso fue hace mucho, como lo del Tsik y el comité del Ejército.

—¡No ha habido un nuevo Congreso de los Sóviets! —le gritaron.

—El grupo bolchevique se niega a permanecer por más tiempo en este nido contrarrevolucionario. [Alboroto]. Exigimos que se vuelva a elegir a la duma.

Dicho lo cual, los bolcheviques abandonaron la sala, entre gritos de: «¡Espías alemanes! ¡Abajo los traidores!».

A continuación, Shingariov, kadete, pidió que todos los funcionarios que habían aceptado ser comisarios del Comité Revolucionario Militar fueran destituidos y acusados. Schreider, puesto en pie, propuso una moción para que la duma protestara contra la amenaza de disolución hecha por los bolcheviques, y dijo que, como representante legal de la población, la duma se negaría a abandonar su puesto.

Fuera, el Salón Alejandro, donde se celebraba la asamblea del Comité de Salvación, estaba abarrotado. Skóbelev volvió a intervenir:

—Nunca antes la suerte de la revolución ha sido tan incierta. Nunca antes la cuestión de la existencia de un Estado ruso ha causado tanta zozobra. Nunca antes la historia ha planteado a Rusia el dilema del ser o no ser. Ha llegado la hora de salvar la revolución y, plenamente conscientes de ello, acatamos la estrecha alianza de las fuerzas vivas de la democracia revolucionaria, por cuya voluntad organizada se ha creado ya un centro para la salvación del país y de la revolución. ¡Moriremos antes de abandonar nuestros puestos!

En medio de fuertes aplausos, se anunció que el Sindicato de Ferroviarios se había unido al Comité de Salvación. Instantes después, entraron los

empleados de Correos y Telégrafos, seguidos de algunos internacionalistas mencheviques, que fueron recibidos con vítores. Los ferroviarios dijeron que no reconocían a los bolcheviques, que se habían hecho con el control de todo el sistema ferroviario y que no lo entregarían a ningún poder usurpador. El delegado de los telegrafistas declaró que los operadores se negaban en redondo a enviar comunicaciones mientras el comisario bolchevique siguiera en su puesto. Los carteros se negaban a repartir o recoger correo en el Smolny. Todos los teléfonos del Smolny estaban cortados. Se informó con gran regocijo de que Uritski había ido al Ministerio de Asuntos Exteriores a pedir los tratados secretos y que Neratov lo había echado. Todos los funcionarios estaban dejando de trabajar.

Era la guerra, planeada deliberadamente a la manera rusa: una guerra mediante la huelga y el sabotaje. Estando nosotros allí, el presidente leyó una lista de nombres y tareas: fulano tenía que hacer la ronda de los ministerios; otro, ir a los bancos; diez o doce tenían que ocuparse de los cuarteles y convencer a los soldados de que permanecieran neutrales («¡Soldados rusos, no derraméis la sangre de vuestros hermanos!»); un comité iría a hablar con Kérensky; otros fueron enviados a las ciudades de provincia para crear sucursales del Comité de Salvación y reunir a los elementos antibolcheviques.

La multitud estaba eufórica. «¿Así que esos bolcheviques quieren dictar órdenes a la *intelligentsia*? ¡Nosotros les enseñaremos!». El contraste entre aquella asamblea y el Congreso de los Sóviets no podía ser más llamativo. En la primera, una multitud de soldados desharrapados, obreros y campesinos mugrientos, gente pobre, encorvada y desfigurada en la lucha brutal por la existencia; en el segundo, los mencheviques y los jefes socialrevolucionarios —los Avkséntiev, los Dan, los Lieber—, los antiguos ministros socialistas —los Skóbelev, los Chernov— se codeaban con kadetes como el melifluo Shatski, el atildado Vinaver, y con periodistas, estudiantes e intelectuales de todos los campos. Los miembros de esta duma estaban bien vestidos y alimentados. No vi más de tres o cuatro proletarios entre ellos.

Llegaron noticias. Los *tekhintsi*[17] fieles a Kornílov habían asesinado a sus escoltas en Bijov, pero él había escapado. Kaledín avanzaba hacia el norte. El Sóviet de Moscú había montado un Comité Revolucionario Militar y negociaba con el comandante de la ciudad el poder disponer del arsenal con el fin de armar a los trabajadores.

Todo esto iba mezclado con un batiburrillo de rumores, tergiversaciones y puras mentiras. Por ejemplo, un kadete joven e inteligente, antiguo secretario

personal de Miliukov y posteriormente de Teréshchenko, nos llevó aparte y nos contó la toma del Palacio de Invierno.

—Los bolcheviques estaban dirigidos por oficiales alemanes y austriacos —afirmó.

—¿De veras? —le respondimos educadamente—. ¿Cómo lo sabe?

—Un amigo mío estaba allí y los vio.

—¿Cómo supo que eran oficiales alemanes?

—¡Oh! Porque llevaban uniformes alemanes.

Corrían cientos de patrañas semejantes que la prensa antibolchevique no sólo publicaba con gran bombo, sino que eran creídas por las personas más insospechadas, como los socialrevolucionarios y mencheviques, que siempre se habían distinguido por su austero empirismo.

Más graves eran las historias sobre la violencia y el terrorismo bolcheviques. Por ejemplo, se decía y se publicaba que los guardias rojos no sólo habían saqueado por completo el Palacio de Invierno, sino que también habían asesinado a los *yunkers*, una vez desarmados, y matado a sangre fría a algunos ministros. En cuanto a las mujeres soldados, la mayoría habían sido violadas y muchas se habían suicidado tras haber sufrido torturas. La gente de la duma se tragó todas estas historias y, lo que es peor, los padres y las madres de los estudiantes y de las muchachas leían esos detalles truculentos (a menudo acompañados de listas de nombres). De modo que, al anochecer, la duma se veía sitiada por una multitud de ciudadanos enloquecidos.

Un caso típico es el del príncipe Tumánov. Muchos periódicos anunciaron que su cuerpo había sido encontrado flotando en el canal del Moika. La familia del príncipe lo desmintió al cabo de unas horas y añadió que el príncipe estaba detenido, así que la prensa identificó el cadáver como el del general Denisov. Como resultó que éste también estaba vivo, nos pusimos a investigar y no encontramos ni una sola prueba de que se hubiera encontrado ningún cadáver.

Al salir de la duma, dos *boyscouts* repartían folletos**[ae]** a la gente que bloqueaba la avenida Nevski delante de la puerta, una muchedumbre compuesta casi íntegramente por hombres de negocios, pequeños comerciantes, *chinovniki* y empleados. Uno de esos folletos decía:

> En vista de los acontecimientos, la duma municipal, reunida el 26 de octubre, decreta la inviolabilidad de los domicilios privados. A través de la Cámara de Comités, pide a la población de Petrogrado que rechace enérgicamente cualquier intento de entrar por la fuerza en los

apartamentos privados y que no vacile en utilizar las armas en interés y defensa de los ciudadanos.

En la esquina con la avenida Liteini, cinco o seis guardias y un par de marineros habían rodeado a un quiosquero y le exigían que les entregase sus ejemplares del periódico menchevique *Rabochaya Gazeta* (La Gaceta de los Trabajadores). Él se puso a gritarles furioso, agitando el puño, pero uno de los marineros le arrancó los periódicos. Se había congregado una multitud amenazante, que insultaba a la patrulla. Un trabajador pequeño y fornido repetía sin cesar a la gente y al quiosquero: «El periódico contiene la proclama de Kérensky. Dice que hemos matado a ciudadanos rusos, y eso va a provocar una matanza».

El Smolny estaba, si cabe, más tenso que nunca. De nuevo se veían las carreras por los oscuros pasillos, las brigadas de hombres armados con rifles, los jefes con carteras rebosantes que discutían, explicaban y daban órdenes apresuradas, rodeados de amigos y tenientes. Hombres literalmente fuera de sí, prodigios vivientes de insomnio y trabajo, hombres sin afeitar, sucios, con la mirada febril, que avanzaban hacia su objetivo a toda velocidad, impulsados por la exaltación. ¡Tenían tanto que hacer, tanto! Asumir el gobierno, organizar la ciudad, mantener leal a la guarnición, combatir a la duma y al Comité de Salvación, contener a los alemanes, prepararse para luchar contra Kérensky, informar a las provincias de lo que había ocurrido, hacer propaganda desde Arcángel a Vladivostok. Los funcionarios estatales y municipales se negaban a obedecer a sus comisarios, las oficinas de correos y telégrafos les cortaban las comunicaciones, los ferroviarios ignoraban sus demandas de trenes, Kérensky estaba en camino, la guarnición no era del todo fiable, los cosacos se preparaban para salir. Enfrente, se hallaba no sólo la burguesía organizada, sino todos los partidos socialistas, salvo los izquierdistas socialrevolucionarios, algunos internacionalistas mencheviques y los internacionalistas socialdemócratas, y éstos ni siquiera habían decidido si darían o no su apoyo. Con ellos, es cierto, estaban los trabajadores, las masas de soldados y un número indeterminado de campesinos, pero, después de todo, los bolcheviques eran un grupo político en el que no abundaban los hombres instruidos y cualificados.

Riazanov iba explicando, entre asustado y divertido, mientras subía los escalones de la entrada, que él, comisario de Comercio, no sabía nada de negocios. En el café del primer piso, solo en un rincón, con un abrigo de piel de cabra, ropa… —diríase que no se la había quitado ni para dormir, pero era

evidente que no había dormido— y barba de tres días, un hombre escribía cifras nerviosamente en un sobre mugriento, mientras mordisqueaba su lápiz. Era Menzhinski, comisario de Finanzas, cuya única cualificación era haber trabajado de contable en un banco francés. Y los cuatro que bajaban corriendo de la oficina del Comité Revolucionario Militar, garabateando en trozos de papel, eran comisarios enviados a todos los rincones de Rusia para llevar noticias, discutir o pelear con cualquier arma o argumento del que pudieran echar mano.

El congreso debía reunirse a la una y el gran salón estaba lleno desde hacía rato, pero a las siete todavía no había ni rastro del presídium. Los bolcheviques y los izquierdistas socialrevolucionarios debatían en sus propias salas. Durante toda aquella tarde interminable, Lenin y Trotski se habían opuesto a las componendas. Una parte considerable de los bolcheviques estaba a favor de ceder lo necesario para constituir un Gobierno de coalición socialista.

—¡No podemos contenerlos! —clamaban—. Tenemos demasiadas cosas en contra. No contamos con los hombres necesarios. Nos quedaremos aislados y todo se hundirá.

Lo mismo decían Kámenev, Riazanov y otros.

Pero Lenin, con Trotski a su lado, se mantenía firme como una roca[18].

—Que los moderados acepten nuestro programa y los dejaremos entrar. ¡No cederemos ni un milímetro! ¡Si hay camaradas que no tienen el valor ni la voluntad de atreverse tanto como nos atrevemos nosotros, que se vayan con los otros cobardes y conciliadores! Seguiremos adelante con el apoyo de los obreros y soldados.

A las siete y cinco, los izquierdistas revolucionarios comunicaron que seguirían en el Comité Revolucionario Militar.

—¿Lo veis? —dijo Lenin—. ¡Nos apoyan!

Un poco más tarde, en la mesa de prensa del gran salón, un anarquista que escribía para los periódicos burgueses me propuso ir a ver lo que pasaba con el presídium. No había nadie en la oficina del Tsik ni en la del Sóviet de Petrogrado. Fuimos de una sala a otra a través del inmenso Smolny. Nadie parecía tener la menor idea de dónde se encontraba el órgano directivo del congreso. Mientras caminábamos, mi compañero me contó su historial revolucionario y su largo y agradable exilio en Francia. Los bolcheviques, me dijo en confianza, eran gente vulgar, ruda, ignorante y sin ninguna sensibilidad estética. Él, en cambio, era un verdadero ejemplar de la *intelligentsia* rusa. Por fin llegamos a la Sala 17, la oficina del Comité

Revolucionario Militar, y allí nos quedamos en medio de aquel frenético trasiego de gente. Se abrió la puerta y salió un hombre achaparrado, de rostro chato, vestido con un uniforme desprovisto de insignias. Parecía sonreír, pero, pasado un minuto, se veía que su sonrisa no era más que un rictus de puro agotamiento. Era Krylenko.

Mi amigo, que era un joven elegante y de aspecto civilizado, se adelantó, lanzando un grito de alegría.

—Nikolái Vasílievich —dijo, tendiéndole la mano—. ¿No me recuerdas, camarada? Estuvimos juntos en la cárcel.

Krylenko hizo un esfuerzo por recordar, concentrando toda su mente y su mirada.

—¡Ah, sí! —respondió finalmente, mirando al otro de arriba abajo con expresión amistosa—. Tú eres S… *Zdra'stvuitye!*

Se saludaron.

—¿Qué haces por aquí?

—Oh, sólo he venido a ver. Parece que te van bien las cosas.

—Sí —respondió resueltamente Krylenko—. La revolución proletaria es un gran éxito.

Y añadió, riendo:

—Y, sin embargo, ¿quién sabe?, puede que volvamos a vernos en la cárcel.

Cuando salimos de nuevo al pasillo, mi amigo continuó con sus explicaciones:

—Yo soy partidario de Kropotkin. Para nosotros la revolución es un fiasco, porque no ha despertado el patriotismo de las masas. Naturalmente, esto demuestra únicamente que el pueblo no está preparado para la revolución.

Eran exactamente las 8:40 cuando un aplauso estruendoso anunció la entrada del presídium, con Lenin, el gran Lenin, entre sus miembros. Una figura baja y fornida, la gran cabeza, calva y protuberante, encajada entre los hombros; los ojos pequeños, nariz respingona, boca grande y mentón macizo. Iba bien afeitado, pero en su rostro ya empezaba a rizarse la famosa barba de sus días pasados y futuros. Vestido con ropas gastadas, los pantalones le quedaban grandes. Nada extraordinario para ser un ídolo de multitudes, querido y reverenciado como pocos líderes en la historia. Un extraño jefe del pueblo, pues lo era únicamente por su virtud e intelecto: gris, serio, inflexible y distante, sin rasgos pintorescos, pero con el poder de explicar ideas profundas de manera sencilla y de analizar con precisión las situaciones

concretas. Dotado, además, de una extraordinaria combinación de astucia y audacia intelectual.

Kámenev leía el informe sobre las actuaciones del Comité Revolucionario Militar: abolición de la pena de muerte en el Ejército, restablecimiento del derecho de propaganda, liberación de los oficiales y soldados arrestados por delitos políticos, orden de detener a Kérensky y confiscación de los víveres de los almacenes privados. Estalló un tremendo aplauso.

Habló de nuevo el representante del Bund. La actitud conciliadora de los bolcheviques significaría la derrota aplastante de la revolución. Por lo tanto, los delegados del Bundse negaban a permanecer en el congreso. Gritos del público: «¡Creíamos que os habíais ido ayer! ¿Cuántas veces pensáis marcharos?».

Luego tomó la palabra el representante de los internacionalistas mencheviques. Gritos de: «¡¿Cómo?! ¿Todavía sigues aquí?». Explicó que sólo una parte de los internacionalistas mencheviques había abandonado el congreso, y que el resto se quedaría.

—Consideramos peligroso y hasta mortal para la revolución que se entregue el poder a los sóviets. [Interrupciones]. Pero creemos que es nuestro deber seguir en el congreso y votar en contra de esa medida.

Siguieron otros oradores, al parecer sin ningún orden. Un delegado de los mineros del carbón de la cuenca del Don instó al congreso a tomar medidas contra Kaledín, que podía cortar el suministro de carbón y víveres de la capital. Varios soldados recién llegados del frente traían el saludo entusiasta de sus regimientos. Lenin, agarrado al borde del estrado, dejó que sus ojillos parpadeantes recorrieran la multitud mientras esperaba, aparentemente ajeno a la larga ovación que se prolongó varios minutos. Terminada ésta, se limitó a decir:

—¡Ahora procederemos a construir el orden socialista!

De nuevo se elevó un clamor incontenible.

—Lo más urgente es tomar medidas prácticas para conseguir la paz. Ofreceremos la paz a los pueblos de todos los países contendientes, basada en las condiciones del Sóviet: ni anexiones ni indemnizaciones, y el derecho a la autodeterminación de los pueblos. Al mismo tiempo, de acuerdo con nuestra promesa, publicaremos y repudiaremos los tratados secretos. La cuestión de la paz y la guerra es tan clara que, sin más preámbulos, me permitiréis que lea el proyecto de una proclama a los pueblos de todos los países contendientes.

Su gran boca, que parecía sonreír, se abría mucho al hablar. Tenía la voz ronca pero no desagradable, como si se hubiera endurecido después de años y

años de discursos. Seguía escuchándose, monótona, y daba la impresión de que podía continuar eternamente. Cuando quería subrayar algo, Lenin se inclinaba ligeramente. Ni un gesto. Y delante de él, un millar de rostros sencillos lo miraban con profunda devoción.

PROCLAMA A LOS PUEBLOS Y GOBIERNOS DE TODOS LOS PAÍSES CONTENDIENTES

> El Gobierno de los trabajadores y campesinos, creado por la revolución del 6 y 7 de noviembre y con base en el Sóviet de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, propone a todos los pueblos beligerantes y a sus Gobiernos entablar negociaciones inmediatas para la firma de una paz justa y democrática.
>
> El Gobierno entiende por una paz justa y democrática, tal como la desea la mayoría de las clases trabajadoras, exhaustas y minadas por la guerra, una paz que los trabajadores y campesinos rusos, tras derrocar a la monarquía zarista, no han dejado de reclamar rotundamente, una paz inmediata, sin anexiones (es decir, sin la conquista de un territorio enemigo ni la incorporación de otras naciones por la fuerza) ni indemnizaciones.
>
> El Gobierno de Rusia propone a todos los pueblos contendientes firmar de inmediato esa paz, y está dispuesto a dar pasos decisivos para alcanzarla sin demora, antes de su ratificación definitiva por parte de los órganos autorizados del pueblo de todos los países y naciones.
>
> El Gobierno entiende por anexión o conquista de un territorio enemigo, conforme a la concepción de los derechos democráticos en general y de la clase trabajadora en particular, toda anexión de un país pequeño o débil por parte de un Estado grande y fuerte sin el consentimiento o el deseo expreso y voluntario de aquél, independientemente del momento en que se haya producido dicha anexión, del grado de desarrollo de la nación anexionada o retenida fuera de las fronteras de otro Estado, y de que esta nación se encuentre en Europa o en los lejanos países de ultramar.




Si una nación es retenida por la fuerza dentro de los límites de otro Estado; si, a pesar del deseo expresado por ella (ya sea a través de la prensa, en las asambleas populares, mediante las decisiones de los partidos políticos, o por medio de desórdenes y disturbios contra la opresión nacional), a esa nación se la priva del derecho a decidir mediante una votación libre (sin la menor restricción, tras la retirada completa de las tropas de la nación que la ha anexionado o pretende hacerlo, o que simplemente es más poderosa) la forma de su organización nacional y política, esa incorporación constituye una anexión, es decir, una conquista y un acto violento.

El Gobierno considera que continuar la guerra para permitir que las naciones ricas y poderosas se repartan los pueblos débiles y conquistados es el mayor crimen posible contra la humanidad, y proclama solemnemente su decisión de firmar un tratado de paz que ponga fin a esta guerra de acuerdo con las condiciones mencionadas, igualmente justas para todos los pueblos sin excepción.

El Gobierno deroga la diplomacia secreta y expresa ante todo el país su firme decisión de llevar a cabo las negociaciones a la vista del pueblo entero. Asimismo, procederá de forma inmediata a la

publicación de los tratados secretos confirmados o pactados por el Gobierno de los terratenientes y capitalistas desde marzo al 7 de noviembre de 1917. El Gobierno deroga de forma inmediata e irrevocable las cláusulas de los tratados secretos que, como ocurre en la mayoría de los casos, tienen por objetivo conceder ventajas y privilegios a los imperialistas rusos.

El Gobierno, al tiempo que invita a todos los Gobiernos y pueblos a entablar públicamente las negociaciones de paz, se declara dispuesto a llevar a cabo esas negociaciones por telégrafo, correo, mediante conversaciones entre los diferentes países, o en una reunión de delegados. Con el fin de facilitar las conversaciones, el Gobierno nombrará a sus representantes autorizados en los países neutrales.

El Gobierno propone a los Gobiernos y pueblos de todos los países contendientes la firma de un armisticio inmediato, y sugiere que dicho armisticio debería durar tres meses, tiempo en el cual es perfectamente posible no sólo mantener las conversaciones necesarias entre los representantes de todas las naciones y pueblos implicados u obligados a participar en la guerra, sino también celebrar reuniones autorizadas de los representantes de todos los pueblos para aceptar definitivamente las condiciones de paz.

Lanzando esta oferta de paz a los Gobiernos y pueblos de todos los países beligerantes, el Gobierno provisional obrero y campesino se dirige también, en particular, a los trabajadores concienciados de las tres naciones más importantes y comprometidas con la humanidad de las que participan en la presente guerra: Inglaterra, Francia y Alemania. Los trabajadores de estos países han prestado los mayores servicios a la causa del progreso y el socialismo. El espléndido ejemplo del movimiento cartista de Inglaterra, la serie de revoluciones de relevancia histórica mundial llevada a cabo por el proletariado francés, y, por último, en Alemania, la lucha histórica contra las leyes de excepción, un ejemplo de acción prolongada y tenaz para los trabajadores de todo el mundo, así como la creación de las admirables organizaciones del proletariado alemán; todos estos modelos de heroísmo proletario, estos monumentos de historia, son para nosotros garantía indudable de que los trabajadores de estos países entenderán el deber que tienen de librar a la humanidad de los horrores y consecuencias de la guerra. Estos trabajadores, mediante su acción decidida, entusiasta y continua, nos ayudarán a llevar a buen término

> la causa de la paz y, al mismo tiempo, la liberación de las masas obreras de toda esclavitud y explotación.

Cuando amainó la tormenta de aplausos, Lenin continuó:

> Proponemos al congreso que ratifique esta declaración. Nos dirigimos a los Gobiernos y a los pueblos, porque una declaración dirigida únicamente a los pueblos de los países contendientes podría retrasar la firma de la paz. Las condiciones de paz, redactadas durante el armisticio, serán ratificadas por la Asamblea Constituyente. Al fijar la duración del armisticio en tres meses, queremos dar a los pueblos una tregua lo más larga posible después de este sangriento exterminio, y tiempo suficiente para elegir a sus representantes. Esta propuesta de paz encontrará la resistencia de los Gobiernos imperialistas. No nos engañamos sobre este punto, pero esperamos que pronto estalle la revolución en todos los países beligerantes. Por eso nos dirigimos a los trabajadores de Francia, Inglaterra y Alemania.
>
> La revolución del 6 y 7 de noviembre ha inaugurado la era del socialismo. El movimiento obrero, en nombre de la paz y del socialismo, vencerá y cumplirá su destino.

Había en todo aquello algo tranquilo y poderoso que removía los espíritus. Era entendible que la gente creyera lo que decía Lenin.

Se decidió rápidamente por votación popular que sólo se permitiría hablar sobre la moción a los representantes de los grupos políticos, y que su intervención se limitaría a un tiempo máximo de quince minutos.

Primero habló Karelin, de los izquierdistas socialrevolucionarios.

—Nuestro grupo no ha tenido la oportunidad de proponer enmiendas al texto de la proclama, al ser un documento privado de los bolcheviques. Pero votaremos a favor, porque estamos de acuerdo con su espíritu.

Luego habló Kramarov, en nombre de los internacionalistas socialdemócratas, un hombre alto, encorvado y miope, llamado a alcanzar cierta notoriedad como payaso de la oposición. Dijo que sólo un Gobierno de coalición socialista tendría la autoridad necesaria para emprender una acción tan importante. De crearse una coalición socialista, su grupo apoyaría el programa entero. Si no, sólo una parte. En cuanto a la proclama, los internacionalistas suscribían plenamente sus puntos esenciales.

Luego, uno tras otro y en medio de un entusiasmo creciente, dieron su apoyo los socialdemócratas ucranianos y lituanos, los socialistas populares, los socialdemócratas polacos, los socialistas polacos (aunque preferirían una coalición socialista) y los socialdemócratas letones. Algo se había despertado en aquellos hombres. Uno habló del advenimiento de la «revolución mundial, de la que somos la avanzadilla»; otro, de «la nueva era de hermandad, en la que todos los pueblos se convertirán en una gran familia…». Un miembro independiente hizo una objeción.

—Hay una contradicción en todo esto. Primero, ofrecéis la paz sin anexiones ni reparaciones, y luego decís que estudiaréis todas las ofertas de paz. Estudiar significa aceptar.

Lenin se puso en pie.

—Queremos una paz justa, pero no nos asusta una guerra revolucionaria. Probablemente, los Gobiernos imperialistas no responderán a nuestra demanda, pero no lanzaremos un ultimátum al que sea fácil negarse. Si el proletariado alemán comprende que estamos dispuestos a considerar todas las ofertas de paz, quizá eso sea la gota que colme el vaso y la revolución estalle en Alemania.

»Nosotros accedemos a considerar todas las condiciones de paz, pero eso no significa que las vayamos a aceptar. Pelearemos hasta el final por algunas de nuestras condiciones, pero es probable que otras nos parezcan insuficientes para continuar la guerra. Por encima de todo, queremos ponerle fin.

Eran exactamente las 10:35 cuando Kámenev pidió a todos los que apoyasen la proclama que levantaran sus cartulinas. Un delegado se atrevió a levantar la mano en contra, pero el estallido de protestas que desató a su alrededor le hizo bajarla rápidamente. Unanimidad.

De pronto, arrastrados por un impulso común, nos pusimos en pie y entonamos a coro *La Internacional*. Un viejo soldado de pelo gris lloraba como un niño. Aleksandra Kolontái contenía las lágrimas. El cántico atravesó la sala, reventando ventanas y puertas para elevarse por el cielo sereno.

—¡La guerra ha terminado! ¡La guerra ha terminado! —dijo un joven obrero con la cara radiante, que estaba a mi lado.

Acabado el himno, nos quedamos de pie en medio de un silencio incómodo, y alguien gritó desde el fondo de la sala:

—¡Camaradas! ¡Recordemos a los que han muerto por la libertad!

Entonces empezamos a cantar la *Marcha fúnebre*, ese canto lento, a la vez melancólico y triunfal, tan ruso y emocionante. Después de todo, *La Internacional* es una melodía extranjera. La *Marcha fúnebre* parecía la

auténtica alma de esas masas anónimas cuyos delegados, reunidos en aquella sala, construían con sus visiones imprecisas una nueva Rusia, y acaso algo más.

Caísteis en la lucha mortal
por la libertad y el honor del pueblo.
Disteis vuestra vida y todo lo que apreciabais.
Sufristeis en terribles prisiones
y fuisteis al exilio, encadenados.
Llevasteis vuestras cadenas sin quejaros,
porque no podíais ignorar el sufrimiento de vuestros hermanos,
porque creíais que la justicia es más fuerte que la espada.
Llegará el día en que vuestro sacrificio será tenido en cuenta.
Ese día está cerca.
Cuando caiga la tiranía, ¡el pueblo se alzará, grande y libre!
Adiós, hermanos, elegisteis un noble camino.
Sobre vuestra tumba, juramos luchar y trabajar por la libertad y la felicidad del pueblo.

Por esta causa yacían allí los mártires de marzo, en su fría fosa común del Campo de Marte. Por esta causa, decenas de miles de hombres habían muerto en las cárceles, en el exilio y en las minas siberianas. Las cosas no ocurrieron como ellos esperaban, ni como deseaba la *intelligentsia*, pero el hecho es que ocurrieron, ásperas, duras, sin tiempo para fórmulas, reales…

Lenin leyó el Decreto sobre la Tierra:

1. La propiedad privada de la tierra queda abolida de forma inmediata y sin compensación alguna.
2. Las propiedades de los terratenientes, así como las tierras pertenecientes a la Corona, a los monasterios y a la Iglesia, incluyendo el ganado, los bienes inventariados, inmuebles y dependencias, pasan a disposición de los comités agrarios municipales y a los sóviets de diputados campesinos del distrito hasta que se reúna la Asamblea Constituyente.
3. Cualquier daño causado a los bienes confiscados, que a partir de ahora pertenecen al pueblo, se considerará un delito grave que será castigado por los tribunales revolucionarios. Los sóviets de los diputados campesinos del distrito tomarán las medidas

necesarias para mantener el orden más estricto durante la confiscación de las propiedades de los terratenientes, determinar las dimensiones de las parcelas e inmuebles que están sujetos a confiscación, hacer un inventario de todos los bienes confiscados, y proteger al máximo todas las fincas, con sus inmuebles, herramientas, ganado, provisiones, etc., que pasan a manos del Estado.

4. Las siguientes instrucciones, basadas en las 242 *nakazi* («instrucciones»)**[af]** campesinas locales redactadas por el consejo editorial del Izvestia del Sóviet Nacional de los Diputados Campesinos y publicadas en el n.º 88 de dicho periódico (Petrogrado, n.º 88, 29 de agosto de 1917), servirán como guía para realizar las grandes reformas agrarias hasta que la Asamblea Constituyente dicte una resolución definitiva.

Las tierras de los campesinos y cosacos que sirven en el ejército no serán confiscadas.

—Esto no es el proyecto del antiguo ministro Chernov, que hablaba de «elaborar un marco» e intentó aplicar las reformas desde arriba —explicó Lenin—. Las cuestiones sobre el reparto de la tierra se decidirán desde abajo y sobre el terreno. La cantidad de tierra que recibirá cada campesino variará según la localidad.

Bajo el Gobierno provisional, los *pomieshchiki* directamente se negaron a obedecer las órdenes de los comités agrarios, esos comités ideados por Lvov, creados por Shingariov y dirigidos por Kérensky.

Antes del comienzo de los debates, un hombre se abrió paso a empujones entre la multitud y subió a la plataforma. Era Pianij, miembro del Comité Ejecutivo de los Sóviets Campesinos, que, hecho una furia, lanzó a la asamblea las siguientes palabras:

—El Comité Ejecutivo de los Sóviets Nacionales de los Diputados Campesinos protesta contra el arresto de nuestros camaradas, los ministros Salazkin y Mazlov. ¡Exigimos su liberación inmediata! Ahora mismo están en la fortaleza de Pedro y Pablo. ¡Debemos actuar de inmediato! No podemos perder ni un minuto.

A continuación, habló un soldado con la barba revuelta y ojos relampagueantes.

—Estáis aquí sentados, hablando de dar la tierra a los campesinos, mientras actuáis como tiranos y usurpadores contra los representantes

elegidos por los campesinos. ¡Pues os advierto —dijo, levantando el puño— que si les tocáis un solo pelo de la cabeza, tendréis que enfrentaros a una revuelta!

La asamblea se agitó, confundida.

Entonces se levantó Trotski, sereno y mordaz, consciente de su poder, que fue recibido con una ovación.



—Ayer el Comité Revolucionario Militar decidió liberar a los ministros socialrevolucionarios y mencheviques: Mazlov, Salazkin, Gvozdov y Maliantóvich. Que sigan en la prisión de Pedro y Pablo se debe únicamente a que estamos desbordados de trabajo. No obstante, permanecerán en arresto domiciliario hasta que investiguemos su participación en la traición de Kérensky durante la conjura de Kornílov.

—¡En ninguna revolución se han visto cosas semejantes! —exclamó Pianij.

—Te equivocas —respondió Trotski—. Cosas así se han visto incluso en esta revolución. Cientos de nuestros camaradas fueron arrestados en las jornadas de julio. Cuando la camarada Kolontái fue liberada por prescripción médica, Avkséntiev puso a dos antiguos agentes de la policía secreta del zar para que custodiaran su puerta.

Los campesinos se retiraron refunfuñando, entre un torrente de burlas.

El representante de los izquierdistas socialrevolucionarios habló del Decreto sobre la Tierra. En principio, su grupo estaba de acuerdo, pero no podía votar la cuestión sin haberla discutido. Había que consultar a los sóviets campesinos.

Los internacionalistas mencheviques insistían también en celebrar una reunión previa de su grupo.

Luego habló el líder de los maximalistas, el ala izquierdista de los campesinos.

—Debemos honrar a un partido político que pone en práctica una medida semejante desde el primer día y sin previa discusión.

Ocupó la tribuna un típico campesino: pelo largo, botas y casaca de piel de oveja. Tras inclinarse respetuosamente a uno y otro lado, dijo:

—Os deseo lo mejor, camaradas y ciudadanos. Hay kadetes campando por ahí fuera. Si habéis arrestado a nuestros campesinos socialistas, ¿por qué no arrestarlos a ellos?

Sus palabras desencadenaron un acalorado debate entre los campesinos, idéntico al que se había producido entre los soldados la noche anterior. Ellos eran los verdaderos proletarios de la tierra.

—Esos miembros de nuestro Comité Ejecutivo, Avkséntiev y el resto, a quienes considerábamos los protectores de los campesinos, no son otra cosa que kadetes. ¡Arrestadlos!

Otro:

—¿Quiénes son esos Pianijs y esos Avkséntievs? ¡No son en absoluto campesinos, y no hacen más que agachar la cabeza!

La asamblea se puso en pie ante ellos, reconociendo a sus hermanos.

Los izquierdistas socialrevolucionarios propusieron un receso de media hora. Mientras salían los delegados, Lenin se levantó de su escaño.

—No perdamos tiempo, camaradas. Mañana por la mañana deben salir en la prensa noticias de la máxima importancia para Rusia. ¡No os retraséis!

Y, por encima del debate acalorado, de la discusión y del arrastrar de pies, se oyó la voz de un emisario del Comité Revolucionario Militar:

—¡Se necesitan inmediatamente quince agitadores en la Sala 17! ¡Es para el frente!

Pasaron casi dos horas y media hasta que volvieron los delegados, el presídium subió al estrado, y la sesión comenzó con la lectura de telegramas de los regimientos, que, uno tras otro, anunciaban su adhesión al Comité Revolucionario Militar.

Poco a poco, la asamblea fue cobrando fuerza. Un delegado de las tropas rusas en el frente macedonio contó amargamente su situación.

—Allí sufrimos más por la amistad de nuestros «aliados» que por el enemigo —dijo.

Los representantes de los ejércitos número 10 y 12, recién llegados, declararon:

—Os apoyamos con todas nuestras fuerzas.

Un soldado campesino protestó contra la liberación de los «socialistas traidores, Mazlov y Salazkin». En cuanto al Comité Ejecutivo de los Sóviets Campesinos, había que arrestarlo en masa. Aquél sí era el verdadero discurso revolucionario.

Un diputado del Ejército ruso en Persia declaró que traía orden de pedir todo el poder para los sóviets. Un oficial ucraniano dijo en su lengua materna:

—No hay nada de nacionalista en esta crisis. ¡Viva la dictadura proletaria en todos los países!

Fue tal la avalancha de pensamientos nobles y apasionados, que Rusia nunca más podría hacer oídos sordos.

Kámenev dijo que las fuerzas antibolcheviques estaban intentando causar disturbios en todas partes y leyó un llamamiento del congreso a todos los sóviets de Rusia:

> El Congreso Nacional de los Sóviets de los Diputados Obreros y Campesinos, que incluye a algunos diputados campesinos, insta a los sóviets locales a tomar medidas enérgicas e inmediatas contra los actos contrarrevolucionarios antisemitas y a los pogromos de cualquier tipo. El honor de la revolución de los obreros, campesinos y soldados exige que no se tolere ningún pogromo.
>
> La Guardia Roja de Petrogrado, la guarnición revolucionaria y los marineros han mantenido el orden absoluto en la capital.
>
> ¡Obreros, soldados y campesinos, seguid en todas partes el ejemplo de los obreros y soldados de Petrogrado!
>
> Camaradas soldados y cosacos, sobre nosotros recaeel deber de asegurar el verdadero orden revolucionario.
>
> La Rusia revolucionaria y el mundo entero tienen los ojos puestos en nosotros.

A las dos en punto se votó el Decreto sobre la Tierra. Sólo tuvo un voto en contra, y los delegados campesinos se volvieron locos de alegría. Así,

imparables, se lanzaron hacia delante los bolcheviques, venciendo todas las dudas y oposiciones. Eran los únicos en Rusia que tenían un programa de acción definido, mientras los otros llevaban ocho largos meses hablando sin parar.

Un soldado demacrado, andrajoso y elocuente se levantó para protestar contra la cláusula de la *nakaz* que privaba a los desertores de una cuota en el reparto de las tierras. Abucheado y silbado al principio, su discurso sencillo y emotivo acabó imponiendo el silencio.

—El soldado, arrojado contra su voluntad a la matanza de las trincheras —dijo—, que vosotros mismos habéis reconocido como algo absurdo y terrible en el decreto de paz, saludó la revolución con la esperanza de que trajera paz y libertad. ¿Paz? El Gobierno de Kérensky le envió de nuevo a Galitzia a matar o morir. Cuando suplicó la paz, Teréshchenko se rio de él. ¿Libertad? Durante el gobierno de Kérensky, vio cómo se prohibían sus comités, se cerraban sus periódicos y se encarcelaba a sus portavoces. En su pueblo, los terratenientes desafiaban a sus comités agrarios y metían en la cárcel a sus camaradas. En Petrogrado, la burguesía, aliada con los alemanes, saboteaba los víveres y la munición del ejército. El soldado no tenía botas ni ropa. ¿Quién le ha obligado a desertar? ¡El Gobierno de Kérensky, derrocado por vosotros!

Al final de este discurso hubo un aplauso, pero otro soldado lo criticó con vehemencia.

—El Gobierno de Kérensky no es un escudo para encubrir actos tan infames como la deserción. Los desertores son unos canallas, que huyen corriendo a casa y dejan que sus camaradas mueran solos en las trincheras. Todo desertor es un traidor y debe ser castigado.

Alboroto, gritos de: «*Do volno! Teeshe!*». Kámenev se apresuró a proponer que el asunto se sometiera a la decisión del Gobierno[ag].

A las 2:30 a. m. se hizo un silencio tenso. Kámenev leyó el decreto sobre la formación del Gobierno.

> Hasta la reunión de la Asamblea Constituyente, se constituye un Gobierno provisional de los obreros y campesinos, que se llamará Consejo de los Comisarios del Pueblo[ah].
> La administración de las diferentes ramas de la actividad estatal se encomendará a las comisiones correspondientes, cuya composición se regulará para garantizar el cumplimiento del programa del Congreso, en estrecha colaboración con las organizaciones mayoritarias de

> trabajadores, trabajadoras, marineros, soldados, campesinos y empleados administrativos. El poder del gobierno recae en un *collegium* formado por los presidentes de dichas comisiones, es decir, en el Consejo de los Comisarios del Pueblo.
> El control de las actividades de los comisarios del pueblo y el derecho a reemplazarlos corresponde al Congreso Nacional de los Sóviets de Diputados Obreros, Campesinos y Soldados, y a su Comité Central.

Se mantuvo el silencio, pero, cuando se leyó la lista de comisarios, estallaron aplausos después de cada nombre, sobre todo cuando les tocó el turno a Lenin y Trotski.

Presidente del Consejo: Vladímir Uliánov (Lenin)

Interior: A. I. Rykov

Agricultura: V. P. Miliutin

Trabajo: A. G. Shliápnikov

Guerra y Marina: un comité compuesto por V. A. Avseenko (Antonov) y V. P. Nogin

Educación Popular: A. V. Lunacharsky

Finanzas: I. I. Skvortsov (Stepánov)

Asuntos Exteriores: L. D. Bronstein (Trotski)

Justicia: G. I. Opókov (Lamov)

Abastos: E. A. Teodorovich

Correos y Telégrafos: N. P. Avilov (Gliebov)

Responsable de las Nacionalidades: Y. I. Dzhugashvili (Stalin)

Ferrocarriles: pendiente de designación.

Había bayonetas a los lados de la sala, y algunos delegados tenían bayonetas caladas. El Comité Revolucionario Militar estaba armando a todo el mundo y los bolcheviques se preparaban para la batalla decisiva contra Kérensky, cuyo ruido de trompetas llegaba con el viento del sudoeste. Pero nadie se marchó a casa. Al contrario, cientos de recién llegados se colaron hasta llenar la enorme sala. Eran soldados y obreros de rostro serio que permanecían de pie durante horas y horas, con determinación incansable. El aire estaba cargado por el humo de cigarrillos, la respiración humana y el olor a ropas toscas y a sudor.

Avilov, del *Novaya Zhizn*, habló en nombre de los internacionalistas socialdemócratas y de los mencheviques que se quedaron en el congreso. Con su rostro joven e inteligente y su elegante levita, parecía estar fuera de lugar.

—Debemos preguntarnos adónde vamos. La facilidad con la que fue derrotado el Gobierno de coalición no puede explicarse por la fuerza del ala izquierda, sino únicamente por la incapacidad del Gobierno de dar paz y pan al pueblo. El ala izquierda no podrá mantenerse en el poder a menos que resuelva estas cuestiones.

»¿Puede dar pan al pueblo? Escasea el grano. La mayoría de los campesinos no os apoyará, porque no podéis suministrarles la maquinaria que necesitan. El combustible y otros productos de primera necesidad son casi imposibles de conseguir.

»En cuanto a la paz, eso será todavía más difícil. Los aliados se niegan a hablar con Skóbelev y nunca aceptarán una propuesta de conferencia de paz hecha por vosotros. No seréis reconocidos ni en Londres, ni en París, ni en Berlín.

»No contéis con la ayuda efectiva del proletariado de los países aliados, porque en la mayoría de los países, los obreros aún están muy lejos de la lucha revolucionaria. Recordad que la democracia aliada fue incapaz de convocar la conferencia de Estocolmo. En cuanto a los socialdemócratas alemanes, acabo de hablar con el camarada Goldenberg, uno de nuestros delegados en Estocolmo. Los representantes de la extrema izquierda le han dicho que la revolución es imposible en Alemania mientras dure la guerra.

Entonces se multiplicaron las interrupciones, pero Avilov prosiguió:

—El aislamiento de Rusia dará como trágico resultado, o bien la derrota del ejército ruso a manos de los alemanes y una paz amañada entre la coalición austroalemana y la francobritánica a costa de Rusia, o una paz por separado con Alemania.

»Me acabo de enterar de que los embajadores aliados se disponen a marcharse, y que se están formando Comités para la Salvación del País y de la Revolución en todas las ciudades de Rusia.

»Ningún partido puede vencer estas enormes dificultades por sí solo. Únicamente la mayoría del pueblo, apoyando a un Gobierno de coalición socialista, puede llevar a cabo la revolución.

Avilov leyó entonces la resolución de los dos grupos:

> Reconociendo que para salvaguardar los logros de la revolución es indispensable formar un Gobierno basado en los Sóviets de los Diputados Obreros, Soldados y Campesinos; reconociendo, asimismo, que la tarea de ese Gobierno es conseguir la paz tan pronto como se pueda, entregar la tierra a los comités agrarios, organizar el control de

> la producción industrial y convocar la Asamblea Constituyente en la fecha fijada, el Congreso nombra un comité ejecutivo para constituir dicho Gobierno después de un acuerdo con los grupos de la democracia que participan en el Congreso.

A pesar de la exaltación revolucionaria reinante entre la multitud victoriosa, el razonamiento frío y tolerante de Avilov los había conmovido. Hacia el final de su intervención, los gritos y silbidos habían cesado, y cuando terminó hubo incluso algunos aplausos.

Le siguió Karelin, también joven e intrépido, de cuya sinceridad no dudaba nadie. Habló en nombre de los izquierdistas socialrevolucionarios, el partido de Mariya Spiridónova, prácticamente el único que secundaba a los bolcheviques y que representaba a los campesinos revolucionarios.

—Nuestro partido se ha negado a entrar en el Consejo de los Comisarios del Pueblo porque no queremos escindirnos para siempre de la parte del ejército revolucionario que ha abandonado el congreso, una escisión que nos impediría servir de intermediarios entre los bolcheviques y el resto de grupos de la democracia. Y ése es nuestro deber principal en este momento. No podemos apoyar a otro Gobierno que no sea uno de coalición socialista.

»Protestamos, asimismo, contra el comportamiento tiránico de los bolcheviques. Nuestros comisarios han sido expulsados de sus puestos. Ayer se prohibió la publicación de nuestro único órgano, el *Znamia Truda* (El Estandarte de los Trabajadores).

La duma central está formando un poderoso Comité para la Salvación del País y de la Revolución con el fin de combatiros. Estáis aislados, y vuestro Gobierno no tiene el apoyo de ningún otro grupo democrático.

Trotski subió entonces a la tribuna, confiado y poderoso, con esa sonrisa sarcástica que era casi una mueca de desprecio. Habló con voz vibrante, que puso en pie a los asistentes.

—Estas consideraciones sobre el peligro del aislamiento de nuestro partido no son nuevas. En vísperas de la insurrección también nos predijeron una terrible derrota. Todo el mundo estaba contra nosotros, y sólo una facción de los izquierdistas socialrevolucionarios nos apoyó en el Comité Revolucionario Militar. ¿Cómo logramos derrocar al Gobierno sin que hubiera apenas derramamiento de sangre? Este hecho es la prueba patente de que no estábamos aislados. En realidad, era el Gobierno el que estaba aislado, los partidos democráticos que marchan contra nosotros estaban aislados y lo siguen estando, separados para siempre del proletariado.

»Hablan de la necesidad de una coalición. Sólo hay una coalición posible, la de los trabajadores, soldados y campesinos pobres, y nuestro partido tiene el honor de haberla hecho realidad. ¿A qué clase de coalición se refería Avilov? ¿Una coalición de aquellos que han apoyado a un Gobierno traidor al pueblo? La coalición no siempre incrementa la fuerza. Por ejemplo, ¿podríamos haber organizado la insurrección con Dan y Avkséntiev en nuestras filas?

Carcajadas.

—Avkséntiev nos dio muy poco pan. ¿Acaso una coalición con los *oborontsi* nos dará más? Entre los campesinos y Avkséntiev, que ordenó arrestar a los comités agrarios, preferimos a los campesinos. Nuestra revolución se convertirá en una revolución clásica en la historia.

»Nos acusan de rechazar un acuerdo con los otros partidos democráticos. Pero ¿tenemos nosotros la culpa? ¿O bien, como dijo Karelin, debe achacarse a un “malentendido”? No, camaradas. Cuando un partido, en plena marea revolucionaria, envuelto todavía en el humo de la pólvora, viene a decir: “Aquí está el poder, tomadlo”, y, cuando aquéllos a quienes se les ofrece se pasan al enemigo, eso no es un malentendido. Es una declaración de guerra. Y no somos nosotros los que la hemos iniciado.

»Avilov nos amenaza con hacer fracasar nuestros intentos de paz si permanecemos “aislados”. Repito que no veo cómo una coalición con Skóbelev, o incluso con Teréshchenko, podría ayudarnos a conseguir la paz. Avilov intenta asustarnos con la amenaza de una paz hecha a nuestra costa. Y yo le respondo que, de todos modos, si Europa sigue gobernada por la burguesía imperialista, la Rusia revolucionaria estará perdida irremediablemente.

»Hay dos alternativas: o la revolución desencadena un movimiento revolucionario en Europa, o las potencias europeas destruirán la revolución rusa.

Los asistentes lo aclamaron con un inmenso aplauso, decididos a arriesgarse en defensa de la humanidad. Y a partir de ese momento, hubo en todos los actos de las masas rebeldes algo consciente y resuelto que ya nunca las abandonaría.

Pero el otro bando también se preparaba para la batalla. Kámenev dio la palabra a un delegado del Sindicato de Ferroviarios, un hombre fornido, de rostro severo y actitud implacable y hostil, que lanzó la siguiente bomba:

—Pido la palabra en nombre de la organización más poderosa de Rusia. El Vikzhel me ha encargado que os comunique la decisión del sindicato sobre

la formación del Gobierno. Pues bien, el Comité Central se niega terminantemente a apoyar a los bolcheviques si éstos insisten en aislarse del conjunto de la democracia rusa.

Se produjo un inmenso alboroto en toda la sala.

—En 1905 y en tiempos de Kornílov, los ferroviarios fueron los máximos defensores de la revolución. Pero no nos habéis invitado a vuestro congreso.

Gritos de: «¡Fue el antiguo Tsik quien no os invitó!». El delegado, haciendo caso omiso, continuó.

—No reconocemos la legalidad de este congreso, porque después de la marcha de los mencheviques y los revolucionarios, no hay *quorum* legal. El sindicato apoya al antiguo Tsik y declara que el congreso no tiene derecho a elegir un nuevo comité.

»El Gobierno debería ser un poder socialista y revolucionario, responsable ante los órganos autorizados del conjunto de la democracia revolucionaria. Hasta que ese poder se constituya, el Sindicato de Ferroviarios, que se niega a transportar a las tropas contrarrevolucionarias a Petrogrado, impedirá igualmente la ejecución de cualquier orden sin el consentimiento del Vikzhel. El Vikzhel también se hace cargo de toda la gestión de los ferrocarriles de Rusia.

El final de su intervención apenas se pudo oír por el torrente de insultos que cayó sobre él. Pero, a juzgar por las caras de preocupación del presídium, se veía que aquello había sido un duro golpe. No obstante, Kámenev se limitó a responder que no había ninguna duda sobre la legalidad del congreso, porque se había superado incluso el *quorum* establecido por el antiguo Tsik, a pesar de la secesión de los mencheviques y los socialrevolucionarios.

Luego se votó la formación del Gobierno. El Consejo de Comisarios del Pueblo salió elegido por abrumadora mayoría.

La elección del nuevo Tsik y del nuevo Parlamento de la República Rusa apenas llevó quince minutos. Trotski anunció su composición: 100 miembros, de los cuales 70 eran bolcheviques. En cuanto a los campesinos y a los grupos escindidos, se les reservaban algunos puestos.

—Damos la bienvenida en el Gobierno a todos aquellos partidos y grupos que adopten nuestro programa —concluyó Trotski.

Y con esto, quedó clausurado el Segundo Congreso Nacional de Sóviets, para que sus miembros pudieran volver rápidamente a sus circunscripciones y contaran los grandes acontecimientos por todo el país.

Eran casi las siete cuando despertamos al personal de los tranvías que el Sindicato de Tranviarios tenía siempre esperando en el Smolny para llevar a

los delegados a sus casas. En el vagón abarrotado había menos risas y alegría que la víspera. Muchos parecían angustiados. Tal vez se preguntaban: «Ahora que somos los jefes, ¿cómo haremos para cumplir nuestra voluntad?».

En nuestro edificio, fuimos detenidos en la oscuridad y examinados minuciosamente por una patrulla armada de ciudadanos. La proclama de la duma estaba surtiendo efecto.

La casera, al oírnos llegar, salió con un chal de seda rosa.

—El comité del edificio ha vuelto a pedir que cumplan ustedes su turno de guardia junto con los demás hombres —dijo.

—¿Y por qué se montan guardias?

—Para proteger la casa, a las mujeres y niños.

—¿Protegerlos de quién?

—De los ladrones y asesinos.

—¿Y si viene un comisario del Comité Revolucionario Militar en busca de armas?

—Oh, ésa es la coartada habitual… Y, además, ¿qué diferencia hay?

Yo afirmé solemnemente que el cónsul había prohibido a todos los ciudadanos estadounidenses llevar armas, sobre todo en las proximidades de la *intelligentsia* rusa.

# CAPÍTULO 6




Sábado, 9 de noviembre.
Novocherkask, 8 de noviembre.

En vista de la revuelta bolchevique y de los intentos por derrocar al Gobierno provisional y tomar el poder en Petrogrado, el Gobierno cosaco declara estos actos criminales completamente inadmisibles. Por consiguiente, los cosacos darán todo su apoyo al Gobierno provisional, que es un Gobierno de coalición. Debido a estas circunstancias, y hasta que el Gobierno provisional recupere el poder y se restablezca el orden en Rusia, desde el 7 de noviembre he asumido todo el poder en la región del Don.

Firmado: ATAMÁN KALEDÍN
Presidente del Gobierno de las Tropas Cosacas

*Prikaz* del presidente Kérensky, fechado en Gátchina:

Yo, presidente del Gobierno provisional y comandante supremo de las Fuerzas Armadas de la República Rusa, me declaro al mando de los regimientos del frente que han permanecido leales a su patria.
Ordeno a todas las tropas del distrito de Petrogrado que por error o insensatez hayan respondido a la llamada de los traidores al país y a la revolución, que vuelvan inmediatamente a sus puestos.
Esta orden será leída en todos los regimientos, batallones y escuadrones.

> Firmado: el presidente del Gobierno provisional y comandante supremo
>
> A. F. Kérensky

Telegrama de Kérensky al capitán general del frente norte:

> La ciudad de Gátchina ha sido tomada por los regimientos leales sin que haya habido derramamiento de sangre. Los destacamentos de marineros de Kronstadt y los regimientos de Semionovski e Ismailovski entregaron las armas sin oponer resistencia y se han unido a las tropas del Gobierno.
>
> Ordeno a todas las unidades designadas que avancen lo más rápidamente posible. El Comité Revolucionario Militar ha ordenado a sus tropas que se retiren.

Gátchina, situada a unos treinta kilómetros al sudoeste, había caído durante la noche. Los destacamentos de los dos regimientos mencionados —pero no los marineros— habían sido cercados por los cosacos mientras vagaban sin jefes por el distrito y habían entregado las armas, aunque no era cierto que se hubieran unido a las tropas del Gobierno. En ese momento, muchos de ellos, confusos y avergonzados, estaban en el Smolny, tratando de justificarse. No creían que los cosacos estuvieran tan cerca. Además, habían intentado hablar con ellos…

Un caos absoluto parecía reinar en el frente revolucionario. Las guarniciones de todas las ciudades pequeñas del sur se habían dividido irremediablemente en dos facciones, o, más exactamente, en tres: los altos mandos estaban de parte de Kérensky, a falta de una autoridad más fuerte, la mayoría de los soldados estaba con los sóviets, y el resto vacilaba lastimosamente.

El Comité Revolucionario Militar nombró apresuradamente a Muraviov, un ambicioso capitán del ejército regular, para dirigir la defensa de Petrogrado. Era el mismo Muraviov que había organizado a los Batallones de la Muerte durante el verano y que había aconsejado al Gobierno que fuera menos indulgente y barriera a los bolcheviques. Un hombre con mentalidad militar, que admiraba la fuerza y la audacia, acaso sinceramente.

Cuando bajé a la calle por la mañana, había colgadas en mi puerta dos nuevas órdenes del Comité Revolucionario Militar, decretando que todas las

tiendas y almacenes abrieran como de costumbre y que todas las habitaciones y apartamentos vacíos se pusieran a disposición del comité.

Hacía treinta y seis horas que los bolcheviques habían perdido contacto con las provincias de Rusia y con el mundo exterior. Los ferroviarios y telégrafos se negaban a transmitir sus mensajes y los carteros no entregaban sus cartas. Sólo la oficina telegráfica inalámbrica de Tsárskoye Seló lanzaba cada media hora boletines y manifiestos a todos los rincones del planeta. Los comisarios del Smolny competían con los de la duma municipal en mandar trenes rápidamente a lo largo y ancho del territorio, y dos aviones cargados de propaganda volaron hacia el frente.

Pero el torbellino de la insurrección se extendía por toda Rusia con una rapidez que superaba cualquier capacidad humana. El Sóviet de Helsingfors aprobó manifiestos de apoyo. Los bolcheviques de Kiev tomaron el arsenal y la estación de telégrafos, pero fueron expulsados por los delegados del Congreso de los Cosacos, que, casualmente, se celebraba allí. En Kazán, un Comité Revolucionario Militar arrestó al Estado Mayor de la guarnición local y al comisario del Gobierno provisional. Del lejano Krasnoyarsk, en Siberia, llegaban noticias de que los sóviets se habían hecho con el control de las instituciones municipales. En Moscú, donde la situación se vio agravada por una gran huelga de los curtidores, por un lado, y por la amenaza de un cierre patronal, por otro, los sóviets habían votado abrumadoramente a favor de apoyar la actuación de los bolcheviques en Petrogrado. Ya estaba funcionando un Comité Revolucionario Militar.

La situación era la misma en todas partes. La inmensa mayoría de los soldados rasos y de los obreros industriales apoyaba a los sóviets. Los oficiales, *yunkers* y la clase media estaban por lo general de parte del Gobierno, al igual que los kadetes burgueses y los grupos socialistas «moderados». En todas estas ciudades surgieron Comités para la Salvación del País y de la Revolución, que se armaban para una guerra civil.



La inmensa Rusia se estaba desintegrando. El proceso había empezado en 1905. La Revolución de Marzo simplemente lo había acelerado y había engendrado una especie de anticipo del nuevo orden, pero había acabado perpetuando la estructura hueca del antiguo régimen. Sin embargo, los bolcheviques habían desbaratado esa estructura en una sola noche, como si fuera humo. La vieja Rusia ya no existía. La sociedad humana se había fundido en un fuego primigenio, y del agitado mar de llamas emergía la lucha de clases, rigurosa e implacable, y la frágil corteza de los nuevos planetas, que iba enfriándose poco a poco.

En Petrogrado, dieciséis ministerios estaban en huelga, encabezados por los Ministerios de Trabajo y Abastos, los dos únicos creados por el Gobierno de coalición socialista formado en agosto.

Nunca se han visto hombres tan solos como aquel «puñado» de bolcheviques en aquella mañana fría y gris, con las tormentas elevándose sobre sus cabezas[ai]. Acorralado, el Comité Revolucionario Militar luchaba por su vida. «*De l'audace, encore de l'audace et toujours de l'audace*…». Los guardias rojos entraron en la imprenta del ayuntamiento a las cinco de la mañana, confiscaron millares de copias del llamamiento-protesta de la duma, y cerraron el órgano oficial del municipio, el *Viestnik Gorodskovo Samoupravleniya* (Boletín del Autogobierno Municipal). Se llevaron de las

imprentas todos los periódicos burgueses, incluido el *Golos Soldata*, periódico del antiguo Tsik, que no obstante volvió a aparecer bajo el nuevo nombre de *Soldatski Golos*, con una tirada de cien mil ejemplares, rabioso y desafiante:

> Los hombres que lanzaron su ataque traicionero al abrigo de la noche y que han cerrado los periódicos, no mantendrán al país en la ignorancia por mucho tiempo. ¡El país sabrá la verdad! ¡Él os calará, bolcheviques! ¡Pronto lo veremos!

Cuando bajábamos por la Nevski, poco después del mediodía, vimos una multitud que llenaba la calle delante del edificio de la duma. Por todas partes había guardias rojos y marineros con las bayonetas caladas, cada uno de ellos rodeado por un centenar de hombres y mujeres —administrativos, estudiantes, tenderos, *chinovniki*— que agitaban el puño y lanzaban insultos y amenazas. En los escalones, *boyscouts* y oficiales repartían ejemplares del *Soldatski Golos*. Al pie de la escalera, un obrero con un brazalete rojo y armado con una pistola, temblando por la rabia y los nervios, exigía que le entregaran los periódicos en medio de una multitud hostil. Imagino que no se ha visto nada parecido en el curso de la historia. Por un lado, un puñado de trabajadores y soldados rasos, con las armas en la mano, representantes de una insurrección triunfante y menesterosa; por otro, una multitud frenética, compuesta por el tipo de gente que llenaba las aceras de la Quinta Avenida al mediodía, burlándose, insultando y gritando: «¡Traidores! ¡Provocadores! *Oprichniki!* **[19]**».

Las puertas estaban custodiadas por estudiantes y oficiales con brazaletes blancos que llevaban escrito en rojo: «Milicia del Comité de Sanidad». Media docena de *boyscouts* iban y venían. Arriba, el alboroto era total. El capitán Gomberg bajaba por las escaleras.

—Van a disolver la duma —nos dijo—. El comisario bolchevique está ahora mismo con el alcalde.

Cuando subimos, Riazanov salía rápidamente. Había ido a pedir a la duma que reconociera el Consejo de los Comisarios del Pueblo y el alcalde se había negado en redondo.

En las oficinas, una multitud bullía, corría, gritaba y gesticulaba: funcionarios, intelectuales, periodistas, corresponsales extranjeros, oficiales franceses e ingleses… El ingeniero municipal los señaló con aire triunfal.

—Las embajadas reconocen a la duma como la única autoridad en este momento —explicó—. Los asesinos y ladrones bolcheviques tienen las horas contadas. Rusia entera nos secunda.

En el Salón Alejandro se celebraba una reunión multitudinaria del Comité de Salvación. Filipovski, en la presidencia, y Skóbelev, de nuevo en la tribuna, informaban de las nuevas adhesiones al comité en medio de grandes aplausos: el Comité Ejecutivo de los Sóviets Campesinos, el antiguo Tsik, el Comité Central del Ejército, la Flota, grupos mencheviques y socialrevolucionarios, delegados del grupo del frente del Congreso de los Sóviets, los comités centrales de los mencheviques, socialrevolucionarios, partidos socialistas populares, el grupo de Yedinstvo, el sindicato de campesinos, las cooperativas, los *zemstvos*, los municipios, los sindicatos de Correos y Telégrafos, el Vikzhel, el Consejo de la República Rusa, la Unión de Sindicatos[20], la Asociación de Comerciantes y Fabricantes…

—El poder de los sóviets no es un poder democrático, sino una dictadura, y no la dictadura del proletariado, sino contra el proletariado. Todos aquellos que han sentido o sientan el entusiasmo revolucionario deben unirse a nosotros para defender la revolución.

»El problema en estos momentos no es sólo anular a los demagogos irresponsables, sino combatir la contrarrevolución. De ser ciertos los rumores de que, en las provincias, algunos generales intentan aprovecharse de la situación para marchar sobre Petrogrado con otros planes, eso sería otra prueba de que debemos establecer una sólida base de gobierno democrático. De otro modo, a los conflictos con la derecha les seguirán conflictos con la izquierda.

»La guarnición de Petrogrado no puede permanecer indiferente cuando se detiene en la calle a ciudadanos que compran el *Golos Soldata* y a muchachos que venden el *Rabochaya Gazeta*.

»Pasó el momento de resoluciones. Que se retiren los que no tengan fe en la revolución. Para constituir un poder unido, debemos restaurar el prestigio de la revolución.

»¡Juremos salvar la revolución o morir en el intento!

La sala entera se puso en pie y, con la mirada encendida, ovacionó a Skóbelev. No se veía a un solo proletario.

Luego habló Weinstein.

—Debemos mantener la calma y no actuar hasta que la opinión pública se una para apoyar al Comité de Salvación. ¡Entonces pasaremos de la defensa al ataque!

El representante del Vikzhel anunció que su organización tomaba la iniciativa en la formación del nuevo Gobierno y que sus delegados lo estaban debatiendo en ese momento con el Smolny. Siguió una acalorada discusión. ¿Se debía admitir a los bolcheviques en el nuevo Gobierno? Mártov defendió esa opción. Al fin y al cabo, dijo, representaban a un partido político importante. Las opiniones estaban muy divididas sobre este punto. El ala derecha de los mencheviques y los socialrevolucionarios, así como los socialistas populares, las cooperativas y los elementos burgueses se oponían vehementemente.

—Han traicionado a Rusia —dijo un delegado—. Han comenzado una guerra civil y dejado el frente abierto a los alemanes. Los bolcheviques deben ser aplastados sin piedad.

Skóbelev era partidario de dejar fuera a los bolcheviques y a los kadetes.

Tuvimos una conversación con un joven socialrevolucionario que había abandonado la conferencia democrática junto con los bolcheviques la noche en que Tseretely y los «conciliadores» impusieron la coalición a la democracia rusa.

—¿Tú aquí? —le pregunté sorprendido.

—¡Sí! —exclamó con ojos relampagueantes—. Abandoné el congreso con mi partido el miércoles por la noche. No llevo más de veinte años jugándome la vida para someterme ahora a la tiranía de esos ignorantes. Sus métodos son intolerables. Pero no han contado con los campesinos. Cuando éstos empiecen a actuar, su derrota será cuestión de minutos.

—¿Pero los campesinos van a actuar? ¿El Decreto sobre la Tierra no les vale? ¿Qué más quieren?

—¡Ah, el Decreto sobre la Tierra! Ese decreto fue idea nuestra. ¡Es un calco del programa socialrevolucionario! Mi partido diseñó esa política, tras consignar de forma exhaustiva los deseos de los propios campesinos. Es vergonzoso.

—Entonces, si es vuestra política, ¿por qué la rebatís? Si es lo que quieren los campesinos, ¿por qué os oponéis?

—No lo entiendes. ¿No ves que los campesinos se darán cuenta enseguida de que todo es un truco y de que esos usurpadores han copiado el programa socialrevolucionario?

Le pregunté si era cierto que Kaledín marchaba hacia el norte.

Asintió con la cabeza, frotándose las manos con una especie de amarga satisfacción.

—Sí. Ya ves lo que han hecho esos bolcheviques. Nos han echado encima a la contrarrevolución. La revolución está perdida, perdida…

—Pero ¿no vais a defender la revolución?

—Naturalmente, la defenderemos mientras nos quede una gota de sangre, pero de ninguna manera colaboraremos con los bolcheviques.

—Y si Kaledín viene a Petrogrado y los bolcheviques defienden la ciudad, ¿os uniríais a ellos?

—Por supuesto que no. Nosotros también defenderemos la ciudad, pero no apoyaremos a los bolcheviques. Kaledín es el enemigo de la revolución, pero los bolcheviques también lo son.

—¿A quién preferís, a Kaledín o a los bolcheviques?

—¡Ésa no es la cuestión! —exclamó impaciente—. Te digo que la revolución está perdida y que los bolcheviques tienen la culpa. Pero ¿por qué hablar de eso? Kérensky está en camino. Pasado mañana pasaremos al ataque. El Smolny ya ha mandado delegados para invitarnos a formar un nuevo Gobierno. Pero ahora son nuestros, porque no tienen ningún poder. No vamos a cooperar.

Fuera se oyó un disparo. Corrimos a las ventanas. Un guardia rojo, que había acabado exasperado por las burlas de la multitud, había disparado sobre la gente, hiriendo a una joven en el brazo. Vimos cómo la subían a un coche, rodeada de una multitud airada, cuyo clamor se elevaba hasta nosotros. De pronto, apareció un carro blindado por la esquina de la Mijailovksi, con los cañones apuntando en todas direcciones. La gente echó a correr inmediatamente, como corren las multitudes en Petrogrado, cayéndose y tirándose al suelo, amontonándose en las alcantarillas y juntándose detrás de los postes telegráficos. El carro avanzó atropelladamente hasta la escalera de la duma y un hombre sacó la cabeza de la torreta y pidió que le entregaran los ejemplares del *Soldatski Golos*. Los *boyscouts* se burlaron de él y se escabulleron dentro del edificio. Instantes después, el vehículo dio la vuelta sin mucha convicción y se marchó por la Nevski, mientras varios centenares de personas se levantaban del suelo, sacudiéndose el polvo de la ropa. Dentro del edificio, un tropel de gente cargada con paquetes del *Soldatski Golos* buscaba un lugar donde esconderlos.

Un periodista entró corriendo en la sala, agitando un papel.

—¡Es una proclama de Krasnov! —exclamó.

Todo el mundo se agrupó a su alrededor.

—¡Rápido! ¡Hay que imprimirla y repartirla por los cuarteles!

> Por orden del comandante supremo, he sido nombrado comandante de las tropas concentradas en Petrogrado.
>
> Ciudadanos, soldados, valerosos soldados del Don, de Kubán, de Transbaikal, de Amur, del Yeniséi, me dirijo a todos vosotros, que habéis mantenido vuestra promesa; a vosotros, que jurasteis no romper vuestro juramento cosaco, os hago un llamamiento para salvar a Petrogrado de la anarquía, el hambre y la tiranía, y librar a Rusia de la humillación que quieren causarle un puñado de ignorantes, comprados con el oro de Guillermo.
>
> El Gobierno provisional, al que jurasteis lealtad en los heroicos días de marzo, no ha sido derrocado, sino expulsado por la fuerza del edificio donde celebraba sus reuniones. Pero el Gobierno, con la ayuda de las tropas del frente, fieles a su deber, y del Consejo de los Cosacos, que ha unido bajo su mando a todos los cosacos y que, reforzado por la moral que reina en sus filas y actuando de acuerdo con la voluntad del pueblo ruso, ha jurado servir al país como sus antepasados lo hicieron en los turbulentos días de 1612, cuando los cosacos del Don liberaron Moscú, amenazada por los suecos, los polacos y los lituanos. Vuestro Gobierno existe todavía.
>
> El ejército activo siente horror y desprecio por estos delincuentes. Sus actos de vandalismo y pillaje, sus delitos, la mentalidad proalemana con la que miran a Rusia —derribada pero no vencida—, los han enemistado con el pueblo entero.
>
> ¡Ciudadanos, soldados, valerosos cosacos de la guarnición de Petrogrado! Enviadme a vuestros delegados para que yo sepa quiénes son los traidores a su patria y quiénes no lo son, y así evitar que se derrame sangre inocente.

Casi al mismo tiempo, corrió de un grupo a otro el rumor de que el edificio había sido rodeado por los guardias rojos. Entró un oficial con un brazalete rojo, preguntando por el alcalde. Al cabo de unos minutos se marchó y el viejo Schreider salió de su despacho, con el rostro entre rojo y pálido.

—¡Reunión extraordinaria de la duma! —exclamó—. ¡De inmediato!

En la gran sala cesaron todas las diligencias.

—¡Se convoca a todos los miembros de la duma a una reunión extraordinaria!

—¿Qué ocurre?

—No lo sé… Van a detenernos… Disuelven la duma… Están deteniendo a los miembros en la puerta —comentaba la gente, alborotada.

En la Sala Nicolás apenas había sitio. El alcalde anunció que las tropas custodiaban todas las puertas, prohibiendo entrar y salir, y que el comisario había amenazado con arrestar y dispersar a la duma municipal. Le respondió una oleada de discursos vehementes de los diputados, e incluso del público. Ningún poder podía disolver el Gobierno municipal, elegido libremente. La persona del alcalde y de todos los miembros era inviolable. Nunca se reconocería a los tiranos, a los provocadores y a los espías alemanes. En cuanto a esas amenazas de disolvernos, que lo intenten. Tendrán que pasar por encima de nuestro cadáver para conquistar esta cámara, donde, como los senadores romanos de la antigüedad, esperamos con dignidad la llegada de los bárbaros…

Se redactó una resolución para informar por telégrafo a las dumas y a los *zemstvos* de toda Rusia. Otra, sobre la imposibilidad de que el alcalde y el presidente de la duma entablaran relaciones con los representantes del Comité Revolucionario Militar, o con el denominado Consejo de los Comisarios del Pueblo. Otra, instando nuevamente a la población de Petrogrado a alzarse en defensa del Gobierno municipal elegido por ella. Otra, para prorrogar la sesión permanente.

Mientras tanto, llegó un diputado para informar de que había telefoneado al Smolny. Allí le habían dicho que el Comité Revolucionario Militar no había dado orden de cercar a la duma, y que se iban a retirar las tropas.

Cuando bajamos, Riazanov entraba por la puerta principal, muy agitado.

—¿Vais a disolver a la duma? —le pregunté.

—¡No, por Dios! —respondió—. Todo ha sido un error. Esta mañana le dije al alcalde que la duma no se tocaría.

Fuera, en la oscuridad creciente, una fila doble de ciclistas bajaba por la Nevski, con las armas al hombro. Cuando se detuvieron, la multitud se les echó encima y les acribilló a preguntas.

—¿Quiénes sois vosotros? ¿De dónde venís? —les preguntó un anciano rechoncho con un puro en la boca.

—El 12.º Ejército. Hemos venido del frente para apoyar a los sóviets contra los malditos burgueses.

—¡Ah! —gritó la multitud furiosa—. ¡Gendarmes bolcheviques! ¡Cosacos bolcheviques!

Un oficial menudo, vestido con un abrigo de piel, bajó corriendo las escaleras.

—¡La guarnición está cambiando de bando! —me susurró al oído—. Es el principio del fin de los bolcheviques. ¿Queréis ver el cambio de marea?

Echó a andar a toda velocidad por la Mijailovski, y nosotros le seguimos.

—¿Qué regimiento es?

—Los *broneviks*.

Entonces, el problema era serio. Los *broneviks* eran las tropas de los carros blindados, un elemento clave en aquella situación. Quien controlara a los *broneviks* controlaría la ciudad.

—Los comisarios del Comité de Salvación y de la duma han hablado con ellos. Están reunidos para decidir…

—¿Decidir qué? ¿En qué bando van a luchar?

—¡Oh, no! Ésa no es la manera de hacerlo. Nunca lucharán contra los bolcheviques. Votarán a favor de permanecer neutrales, y entonces los *yunkers* y los cosacos…

La puerta de la gran Escuela de Equitación Mijailovksi estaba abierta de par en par. Dos centinelas intentaron detenernos, pero nos colamos rápidamente, ignorando sus protestas airadas. Dentro, una única lámpara de arco voltaico brillaba débilmente en el techo del inmenso salón, cuyas cuarenta columnas y varias filas de ventanas se perdían en la oscuridad. Alrededor, agazapadas en la sombra, se adivinaban las monstruosas siluetas de los carros blindados. Uno de ellos estaba parado en el centro, debajo de la lámpara, y a su alrededor se agrupaban unos doscientos soldados con uniformes grises, casi perdidos en la inmensidad de aquel edificio imperial. Una docena de hombres, oficiales, presidentes de comités y portavoces estaban encaramados en lo alto del carro, y un soldado hablaba desde la torreta central. Era Janyunov, había sido presidente del Congreso Nacional de *broneviks*, celebrado el verano anterior. Ágil y apuesto en su abrigo de cuero con insignias de teniente, abogaba elocuentemente por la neutralidad.

—Es horrible —decía— que los rusos maten a sus hermanos rusos. ¡No debe haber una guerra civil entre soldados que han luchado hombro con hombro contra el zar y vencido al enemigo extranjero en batallas que pasarán a la historia! ¿Qué tenemos que ver nosotros, los soldados, con esas trifulcas entre partidos políticos? No diré que el Gobierno provisional era un Gobierno democrático. No, no queremos una coalición con la burguesía. Pero debemos tener un Gobierno de unión democrática, o Rusia estará perdida. Con ese Gobierno, no sería necesaria una guerra civil ni una matanza entre hermanos.

Aquello parecía razonable, y en el enorme salón resonaron los gritos y aplausos.

Un soldado, con el rostro pálido y tenso, trepó al carro.

—¡Camaradas! —exclamó—. Vengo del frente rumano para deciros algo urgente: ¡es necesaria la paz! ¡La paz inmediata! Nosotros seguiremos a quien traiga la paz, ya sean los bolcheviques o el nuevo Gobierno. ¡Paz! Los que estamos en el frente ya no podemos luchar más, ni contra los alemanes ni contra los rusos.

Dicho lo cual, se bajó de un salto, y de aquella multitud soliviantada se elevó un ruido confuso y agónico que estalló en algo parecido a la furia cuando el siguiente orador, un *oboronets* menchevique, intentó decir que la guerra debía continuar hasta que vencieran los aliados.

—¡Hablas como Kérensky! —gritó una voz ronca.

Un delegado de la duma abogó por la neutralidad. Los soldados lo escucharon con murmullos contrariados, como si no fuera uno de los suyos. Nunca he visto hombres que hicieran tanto esfuerzo por comprender y decidir. Sin moverse, miraban al orador con una especie de terrible intensidad, con el ceño arrugado por el esfuerzo intelectual y la frente bañada en sudor. Gigantes de ojos claros e inocentes como los niños, y con rostros de guerreros épicos.

Luego habló un bolchevique, uno de los suyos, violento y rabioso, que gustó tan poco como el anterior. No era eso lo que ellos sentían. Olvidando por un momento las preocupaciones cotidianas, pensaban en Rusia, en el socialismo y en el mundo, como si de ellos dependiera el triunfo o la derrota de la revolución.

Uno tras otro fueron hablando los oradores, que debatieron, en medio de un silencio tenso o entre gritos de aprobación o enfado, la cuestión de si había que salir o no a la calle. Volvió Janyunov, persuasivo y fraternal. Pero ¿no era él un oficial y un *oboronets*, por mucho que hablara de paz?

Después habló un obrero de Vasili Ostrov, que fue recibido con estas palabras:

—¿Vas a ser tú, un obrero, quien nos traiga la paz?

Cerca de nosotros, una especie de coro, formado en su mayoría por oficiales, jaleaba a los defensores de la neutralidad. No paraban de gritar: «¡Janyunov, Janyunov!» y silbaban cuando los bolcheviques trataban de hablar.

De pronto, los miembros del comité y los oficiales subidos en el carro empezaron a discutir acaloradamente y con grandes aspavientos. La gente preguntó qué ocurría, y la muchedumbre se agitó, inquieta. Un soldado, contenido por uno de los oficiales, se soltó y levantó la mano.

—¡Camaradas! —exclamó—. El camarada Krylenko está aquí y quiere hablaros.

Se produjo un estallido de vítores, silbidos y gritos de «*Prosim! Prosim! Doloi!* ¡Continúa! ¡Adelante! ¡Que lo echen!». En medio de aquel alboroto, el comisario del pueblo para Asuntos Militares subió al vehículo, ayudado por muchas manos, que empujaron y tiraron de él desde arriba y abajo. Se irguió un momento, avanzó hacia el radiador y, poniendo los brazos en jarras, lanzó una mirada sonriente a su alrededor: una figura achaparrada, con las piernas cortas, calva y sin ninguna insignia en su uniforme.

El coro que estaba a mi lado seguía vociferando.

—¡Janyunov! ¡Queremos a Janyunov! ¡Abajo con él! ¡Abajo el traidor!

La sala bullía, arrebatada, y empezó a moverse como una avalancha que se nos vino encima, formada por hombres ceñudos que se abrieron paso hasta nosotros.

—¿Quién está interrumpiendo nuestra reunión? —exclamaron—. ¿Quién silba?

El coro, dispersado sin contemplaciones, huyó y ya no volvió a juntarse.

—¡Camaradas soldados! —empezó a decir Krylenko, con voz ronca por la fatiga—. No puedo hablar debidamente. Lo siento, pero llevo cuatro noches sin pegar ojo.

»No hace falta que os diga que soy un soldado. Tampoco necesito deciros que quiero la paz. Lo que sí debo deciros es que el Partido Bolchevique, que ha propiciado la revolución de los obreros y soldados, con vuestra ayuda y la del resto de valientes camaradas que han derrocado para siempre el poder de la burguesía sanguinaria, prometió ofrecer la paz a todos los pueblos, y esto ya se ha cumplido, ¡hoy mismo!

[*Aplauso estruendoso*].

»Se os pide que permanezcáis neutrales mientras los *yunkers* y los Batallones de la Muerte, que nunca se muestran neutrales, nos disparan en las calles y traen de nuevo a Petrogrado a Kérensky o a otro de su banda. Kaledín marcha hacia aquí desde el Don. Kérensky viene del frente. Kornílov está movilizando a los *tekhintsi* para repetir su intentona de agosto. Todos esos mencheviques y socialrevolucionarios que os piden que evitéis la guerra civil, ¿cómo se han mantenido en el poder si no es por la guerra civil, que dura desde julio y en la que ellos siempre han estado del lado de la burguesía, igual que lo están ahora?

»¿Cómo puedo convenceros si ya habéis tomado una decisión? La cuestión es muy simple. Por un lado, están Kérensky, Kaledín, Kornílov, los

mencheviques, los socialrevolucionarios, los kadetes, las dumas y los oficiales, que nos dicen que sus fines son buenos. Por otro, los trabajadores, los soldados, los marineros y los campesinos más pobres. El gobierno está en vuestras manos. Vosotros sois los amos. La gran Rusia os pertenece. ¿Vais a entregarla?

Krylenko se mantenía en pie con evidente esfuerzo mientras hablaba, y la profunda sinceridad que animaba sus palabras se abría paso a través de su débil voz. Se tambaleó al final de su discurso y a punto estuvo de caerse. Un centenar de manos le ayudaron a bajar, y la ovación que recibió resonó en los grandes espacios oscuros de la sala.

Janyunov quiso tomar de nuevo la palabra, pero la gente gritó: «¡A votar! ¡A votar!». Al final se dio por vencido y leyó una resolución pidiendo que los *broneviks* retiraran a sus delegados del Comité Revolucionario Militar y se declararan neutrales en la guerra civil. Los que estuvieran a favor debían pasar a la derecha, y los que estuvieran en contra, a la izquierda. Tras un momento de titubeo y muda expectación, una oleada de gente empezó a pasarse a la izquierda, cada vez más rápido. Una masa compacta de cientos de robustos soldados avanzaba por el suelo mugriento, tropezando unos con otros en medio de la oscuridad. Cerca de nosotros, cincuenta hombres, empeñados en votar a favor, se quedaron solos. Cuando los gritos de victoria retumbaron hasta el techo, se dieron la vuelta y salieron rápidamente del edificio (y algunos de ellos, también de la revolución).

En el Smolny, el nuevo Consejo de los Comisarios del Pueblo no perdía el tiempo. El primer decreto ya estaba en la imprenta para ser repartido a millares en las calles de la ciudad esa misma noche. Los trenes que iban al sur y al este llevarían paquetes enteros.

> El Consejo de Comisarios del Pueblo, en nombre del Gobierno de la República Rusa, elegido por el Congreso Nacional de Diputados Obreros y Soldados, con la participación de los diputados campesinos, decreta lo siguiente:
>
> 1. Las elecciones de la Asamblea Constituyente tendrán lugar en la fecha fijada, es decir, el 12 de noviembre.
> 2. Todas las comisiones electorales, órganos de autogobierno, los Sóviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, así como las organizaciones del frente, deberán hacer todos los esfuerzos necesarios para garantizar unas elecciones libres y normales en la fecha fijada.

En nombre del Gobierno de la República Rusa.
El presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo,

VLADÍMIR ULIÁNOV, LENIN

En la sede municipal, la duma trabajaba a destajo. Cuando llegamos, estaba hablando un miembro del Consejo de la República. El consejo, decía, no se consideraba en absoluto disuelto, sino sólo incapaz de continuar su labor hasta que tuviera garantizado otro lugar de reunión. Mientras tanto, su Comité de Sabios había decidido entrar en bloque en el Comité de Salvación. Diré, entre paréntesis, que nunca más en la historia se volvió a hacer mención del Consejo de la República Rusa.


ОКТЯБРЬ
ВСЕМ
1 2 3 4 5

Siguió la habitual sarta de delegados de ministerios, del Vikzhel, del Sindicato de Correos y Telégrafos, que reiteraron por enésima vez su decisión de no trabajar para los usurpadores bolcheviques. Un *yunker* que había estado en el Palacio de Invierno hizo un relato fantasioso de su heroísmo y el de sus compañeros, así como de la conducta vergonzosa de los guardias rojos, y todo el mundo lo creyó a pies juntillas. Alguien leyó en voz alta una información del periódico socialrevolucionario *Narod*, que afirmaba se habían causado daños en el Palacio de Invierno por valor de quinientos millones de rublos y describía con gran detalle el saqueo y los destrozos.

De vez en cuando llegaban noticias por teléfono. Los cuatro ministros socialistas habían sido puestos en libertad. Krylenko había ido a la fortaleza de Pedro y Pablo a anunciar al almirante Verderevsky que el Ministerio de Marina estaba vacante y a rogarle que, por el bien de Rusia, asumiera el cargo bajo la autoridad del Consejo de Comisarios del Pueblo. El viejo marino había accedido. Kérensky avanzaba hacia el norte desde Gátchina y las guarniciones bolcheviques retrocedían ante él. El Smolny había promulgado otro decreto ampliando los poderes de la duma municipal para gestionar el abastecimiento de víveres.

Esta última información, cargada de insolencia, causó un estallido de furia. El tal Lenin, un usurpador y un tirano, cuyos comisarios habían tomado la cochera municipal e irrumpido en los almacenes municipales, que estaba interfiriendo en la labor de los Comités de Abastos y en el reparto de víveres, ¡era el mismo que se atrevía a definir los límites del poder de la municipalidad libre, independiente y autónoma! Un diputado, agitando el puño, propuso cortar el suministro de víveres a la ciudad si los bolcheviques se atrevían a inmiscuirse en la labor de los Comités de Abastos. Otro, representante del Comité Especial de Abastecimiento, informó de que la crisis alimentaria era muy grave y pidió que se mandaran emisarios para acelerar el envío de trenes con provisiones.

Diedonenko anunció con gesto dramático que la guarnición estaba indecisa. El regimiento Semionovski ya había decidido someterse a las órdenes del partido socialrevolucionario. Las tripulaciones de las lanchas torpederas del Neva no sabían qué hacer. Se nombró inmediatamente a siete diputados para continuar con la propaganda.

Entonces subió a la tribuna el viejo alcalde.

—¡Camaradas y ciudadanos! Acabo de enterarme de que los prisioneros de la fortaleza de Pedro y Pablo están en peligro. Catorce *yunkers* de la Escuela Pavlovsk han sido desnudados y torturados por los guardias

bolcheviques. Uno de ellos ha enloquecido. ¡Están amenazando con linchar a los ministros!

Se produjo un torbellino de horror e indignación, que se hizo más violento cuando una mujer bajita y rechoncha, vestida de gris, pidió la palabra y alzó su voz dura y metálica. Era Vera Slútskaya, veterana revolucionaria y miembro de la duma bolchevique.

—¡Eso es una mentira y una provocación! —dijo, impertérrita ante el torrente de insultos—. El Gobierno obrero y campesino, que ha abolido la pena de muerte, no puede permitir actos semejantes. Exigimos que se investigue de inmediato. Si hay algo de verdad en ello, el Gobierno tomará medidas contundentes.

Se nombró inmediatamente una comisión compuesta por miembros de todos los partidos, que salió para la prisión de Pedro y Pablo con el fin de investigar aquello, y fuimos con ella. La duma estaba nombrando otra comisión para reunirse con Kérensky y tratar de evitar una matanza cuando éste entrara en la capital.

Era medianoche cuando pasamos por delante de los guardias apostados a las puertas de la fortaleza. Avanzamos bajo el débil resplandor de las escasas farolas situadas a lo largo de la iglesia, donde están enterrados los zares, bajo el chapitel dorado y las campanas, que durante meses siguieron tocando *Bozhe Tsaria Khrani*[21] cada mediodía. El lugar estaba desierto. En la mayoría de las ventanas no había ni una luz. De vez en cuando nos tropezábamos con alguna figura corpulenta que avanzaba a trompicones en la oscuridad y respondía a nuestras preguntas con el habitual «Ya nié znayu».

A la izquierda se alzaba la sombría silueta del bastión Trubetskói, esa tumba viviente en la que tantos mártires de la libertad perdieron la vida o la razón en tiempos del zar, y donde, sucesivamente, el Gobierno provisional había cerrado los ministerios del zar y los bolcheviques habían cerrado los ministerios del Gobierno provisional.

Un amable marinero nos llevó a la oficina del comandante, situada en una casita cercana a la Casa de la Moneda. Media docena de guardias rojos, marineros y soldados, estaban sentados en una habitación caldeada y llena de vaho, donde un samovar humeaba alegremente. Nos recibieron de forma muy cordial y nos ofrecieron té. El comandante no se encontraba allí, porque estaba acompañando a una comisión de saboteadores de la duma municipal, que aseguraba que todos los *yunkers* estaban siendo asesinados. Esto parecía divertirles mucho. Sentado en un extremo de la habitación, había un hombrecillo calvo y de aspecto disoluto, vestido con levita y un lujoso abrigo

de piel, que se mordisqueaba el bigote y miraba a su alrededor como un animal acorralado. Acababan de detenerlo. Alguien, echándole una mirada displicente, dijo que era ministro o algo parecido. El hombrecillo pareció no oírlo. Era evidente que estaba aterrado, aunque los allí presentes no mostraban ninguna animosidad hacia él.

Me acerqué a él y le hablé en francés.

—Conde Tolstói —respondió, inclinándose con gran formalidad—. No entiendo por qué me han detenido. Estaba cruzando el puente Troitski de camino a casa cuando dos de esos… hombres me retuvieron. Yo he sido comisario del Gobierno provisional, agregado al Estado Mayor, pero en modo alguno miembro del Gobierno.

—Dejadlo marchar —dijo un marinero—. Es inofensivo.

—No —respondió el soldado que había traído al prisionero—. Debemos preguntar al comandante.

—¡Oh, el comandante! —dijo el marinero, burlón—. ¿Para qué habéis hecho una revolución? ¿Para seguir obedeciendo a los oficiales?

Un *praporshchik* del regimiento Pavlovski nos contó cómo empezó la insurrección.

—El *polk* (regimiento) estaba de servicio en el Estado Mayor el día 6, por la noche. Algunos compañeros y yo estábamos haciendo guardia. Iván Pávlovich y otro hombre, no recuerdo su nombre, se escondieron detrás de las cortinas en la sala donde se reunía el Estado Mayor, y oyeron muchas cosas. Por ejemplo, la orden de traer *yunkers* de Gátchina a Petrogrado por la noche, y la que mandaba a los cosacos que estuvieran listos para marchar por la mañana. Los puntos principales de la ciudad debían ser tomados antes del amanecer. Luego estaba la cuestión de abrir los puentes. Pero cuando empezaron a hablar de sitiar el Smolny, Iván Pávlovich no pudo aguantar por más tiempo. Justo en ese momento había mucho trasiego de gente, así que él pudo escabullirse y bajar al puesto de guardia, mientras su compañero se quedaba escuchando.

»Yo me figuré que algo pasaba. Seguían llegando coches llenos de oficiales, y todos los ministros estaban allí. Iván Pávlovich me contó lo que había escuchado. Eran las dos y media de la madrugada. El secretario del Comité del Regimiento se encontraba allí, así que se lo contamos y le preguntamos qué debíamos hacer. “Detener a todo el que entre o salga”, respondió. Y eso empezamos a hacer. Una hora después, habíamos detenido a varios oficiales y a un par de ministros, que enviamos enseguida al Smolny. Pero el Comité Revolucionario Militar no estaba preparado, ni sabía qué

hacer. Poco después, llegó la orden de soltar a todo el mundo y no detener a nadie más. Entonces nos marchamos rápidamente al Smolny y calculo que tardamos una hora en hacerles comprender que aquello era la guerra. Eran las cinco cuando volvimos al Estado Mayor, y para entonces casi todo el mundo se había ido. Pero cogimos a algunos, y la guarnición al completo ya estaba en marcha.

Un guardia rojo de Vasili Ostrov describió con gran detalle lo que había ocurrido en su distrito el gran día del alzamiento.

—No teníamos ametralladoras —dijo, riendo—, y no pudimos coger ninguna del Smolny. El camarada Zalking, que era miembro de la *Uprava* (Oficina Central), recordó de pronto que en la sala de reuniones de la Uprava había una ametralladora birlada a los alemanes. Así que él, otro compañero y yo nos fuimos para allá. Los mencheviques y los socialrevolucionarios se encontraban reunidos. Abrimos la puerta y fuimos directos a la mesa donde estaban sentados. Eran doce o quince, y nosotros tres. Al vernos, se callaron y se quedaron mirándonos. Cruzamos la sala, desmontamos la ametralladora, el camarada Zalking cogió una parte, yo la otra, nos las echamos al hombro y salimos… sin que nadie dijera ni una palabra.

—¿Sabes cómo se tomó el Palacio de Invierno? —preguntó un tercero, marino—. Hacia las once descubrimos que no quedaba ningún *yunker* en la parte del Neva. Así que forzamos las puertas y nos colamos por las diferentes escaleras, uno a uno o en pequeños grupos. Una vez arriba, los *yunkers* nos detuvieron y nos quitaron los fusiles. Nuestros compañeros seguían llegando poco a poco, hasta que fuimos mayoría. Entonces cambiaron las tornas y fuimos nosotros quienes les quitamos las armas a los *yunkers*.

En ese momento entró el comandante, un joven oficial de la milicia de aspecto jovial, con el brazo en cabestrillo y profundas ojeras por la falta de sueño. Lo primero que vio fue al detenido, que inmediatamente se puso a dar explicaciones.

—Oh, sí —le interrumpió el oficial—. Usted formaba parte del comité que se negó a entregar el Estado Mayor el miércoles por la tarde. No le queremos, ciudadano. Lo siento.

Abriendo la puerta, le indicó la salida al conde Tolstói. Algunos de los presentes, sobre todo los guardias rojos, murmuraron en señal de protesta, y el marino dijo triunfante:

—*Vot!* ¡Eso es! ¿No os lo había dicho yo?

Dos soldados reclamaron la atención del comandante. Habían sido elegidos como delegados de la guarnición de la fortaleza para protestar. Los

prisioneros, decían, recibían la misma comida que los guardias, cuando no había suficiente para quitar el hambre.

—¿Por qué se trata tan bien a los contrarrevolucionarios?

—Somos revolucionarios, camaradas, no bandidos —respondió el comandante.

Luego se volvió hacia nosotros. Le explicamos que había rumores de que se estaba torturando a los *yunkers* y de que peligraba la vida de los ministros.

—¿Podríamos ver a los prisioneros para contar al mundo…?

—No —dijo el joven oficial irritado—. No voy a molestar otra vez a los prisioneros. Acabo de verme obligado a despertarlos. Estaban convencidos de que íbamos a matarlos. De todas formas, casi todos los *yunkers* han sido liberados, y el resto saldrá mañana.

Dicho lo cual, se dio media vuelta sin más explicaciones.

—Entonces, ¿podemos hablar con el comité de la duma?

El comandante asintió, mientras se servía un vaso de té.

—Todavía están en el vestíbulo —dijo despreocupadamente.

En efecto, estaban justo al otro lado de la puerta, rodeando al alcalde y hablando acaloradamente bajo la débil luz de una lámpara de aceite.

—Señor alcalde —dije—, somos corresponsales estadounidenses. ¿Puede decirnos el resultado oficial de sus investigaciones?

El alcalde volvió hacia nosotros su rostro digno y venerable.

—No hay nada de cierto en esas informaciones —dijo lentamente—. Excepto los incidentes que tuvieron lugar cuando los trajimos aquí, los ministros han sido tratados con toda consideración. En cuanto a los *yunkers*, ninguno de ellos ha sufrido el más mínimo daño.

En la noche desierta y oscura, una interminable columna de soldados avanzaba lenta y silenciosa por la avenida Nevski al encuentro de Kérensky. Algunos automóviles circulaban con los faros apagados por los sombríos callejones, y había actividades clandestinas en el 6 de Fontanka, sede del sóviet de los campesinos, en cierto apartamento de un enorme edificio de la Nevski y en la Escuela de Ingenieros. La duma estaba iluminada.

En el Instituto Smolny, el Comité Revolucionario Militar lanzaba un fulgor sombrío, palpitando como una dinamo sobrecargada.

# CAPÍTULO 7




> Sábado, 10 de noviembre…
>
> ¡Ciudadanos!
>
> El Comité Revolucionario Militar declara que no tolerará ninguna violación del orden revolucionario.
>
> Los robos, el bandolerismo, los asaltos y los intentos de matanzas serán castigados duramente.
>
> Siguiendo el ejemplo de la Comuna de París, el Comité aplastará sin piedad a cualquier saqueador o instigador al desorden.

La ciudad estaba en calma. Ni un atraco, ni un robo, ni siquiera una pelea de borrachos. Patrullas armadas recorrían las calles silenciosas por la noche, y en las esquinas, soldados y guardias rojos, acuclillados alrededor de pequeñas fogatas, reían y cantaban. Durante el día, se formaban grandes corros en las aceras para escuchar los encendidos e interminables debates entre estudiantes y soldados, patronos y trabajadores.

Los ciudadanos se paraban unos a otros en la calle.

—¿Vienen los cosacos?

—No.

—¿Qué novedades hay?

—No sé nada.

—¿Dónde está Kérensky?

—Dicen que sólo a ocho kilómetros de Petrogrado.

—¿Es cierto que los bolcheviques han huido al buque *Avrora*?

—Eso dicen.

Sólo los muros y algunos periódicos clamaban con denuncias, llamamientos y decretos.

Un cartel enorme mostraba el histérico manifiesto del Comité Ejecutivo de los Sóviets Campesinos:

> [Los bolcheviques] se atreven a decir que cuentan con el apoyo de los Sóviets de los Diputados Campesinos, y que hablan en nombre de dichos diputados.
>
> La clase obrera rusa debe saber que es mentira y que todos los campesinos, representados en el Comité Ejecutivo de los Sóviets Campesinos, niegan rotundamente cualquier participación de las organizaciones campesinas en esta violación ilegal de la voluntad de la clase obrera.

De la sección de soldados del Partido Social-Revolucionario:

> La loca tentativa está a punto de fracasar. La guarnición se encuentra dividida. Los ministerios están en huelga y el pan empieza a escasear. Todas las facciones, excepto los bolcheviques, han abandonado el Congreso.
>
> Hacemos un llamamiento a todos los elementos concienciados para agruparnos en torno al Comité para la Salvación del País y de la Revolución, y a prepararnos para la primera convocatoria del Comité Central.

El Consejo de la República enumeraba sus agravios en un panfleto:

> El Consejo de la República se ha visto obligado a disolverse y a interrumpir temporalmente sus reuniones a punta de bayoneta.
>
> Los usurpadores, con las palabras «libertad y socialismo» en los labios, han impuesto unas normas de violencia arbitraria. Han detenido a los miembros del Gobierno provisional, cerrado los periódicos y tomado las imprentas. Este poder debe ser considerado enemigo del pueblo y de la revolución. Es preciso combatirlo y derrocarlo.
>
> El Consejo de la República, hasta que reanude su labor, invita a los ciudadanos de la República Rusa a agruparse en torno a los Comités

> Locales para la Salvación del País y de la Revolución, que están organizando el derrocamiento de los bolcheviques y la formación de un Gobierno capaz de conducir al país a la Asamblea Constituyente.

El *Dielo Naroda* decía:

> Una revolución es el alzamiento de todo un pueblo. ¿Pero qué tenemos ahora? Nada más que un puñado de pobres ilusos engañados por Lenin y Trotski. Sus decretos y llamamientos simplemente pasarán a formar parte del museo de curiosidades históricas.

Y el *Narodnoye Slovo* (La Palabra del Pueblo, órgano de los socialistas populares) publicó lo siguiente:

> ¿Un Gobierno obrero y campesino? Eso no es más que una quimera. Nadie, ni en Rusia ni en nuestros países aliados, ni siquiera en los países enemigos, reconocerá un «Gobierno» semejante.

La prensa burguesa había desaparecido temporalmente.

El *Pravda* daba cuenta de la primera reunión del nuevo Tsik, convertido en parlamento de la República Soviética Rusa. Miliutin, comisario de Agricultura, señaló que el Comité Ejecutivo Campesino había convocado un congreso nacional campesino para el 13 de diciembre. «Pero no podemos esperar —dijo—. Debemos tener el apoyo de los campesinos. Propongo convocar inmediatamente un congreso campesino». La Izquierda Social-Revolucionaria lo secundó. Se redactó apresuradamente un llamamiento a los campesinos rusos y se eligió un comité de cinco miembros para llevar a cabo el proyecto.

Los planes detallados para repartir la tierra y garantizar el control obrero de la industria quedaron aplazados hasta que los expertos encargados de esas cuestiones enviaran un informe.

Se leyeron y aprobaron tres decretos[aj]: el primero, las Normas Generales para la Prensa, redactado por Lenin, que ordenaba el cierre de todos los periódicos que incitaran a la resistencia, a la desobediencia contra el nuevo Gobierno o a actos delictivos, o que manipularan deliberadamente las noticias; en segundo lugar, el Decreto de Moratoria sobre los Alquileres; y, por último, el Decreto instaurando la Milicia Obrera. Además, se

promulgaron dos órdenes: una otorgando a la duma municipal el poder de requisar las casas y apartamentos vacíos, y la otra ordenando la descarga de camionetas en las terminales ferroviarias para acelerar el reparto de productos básicos y liberar el tan necesitado material rodante.



Dos horas después, el Comité Ejecutivo de los Sóviets Campesinos transmitió a toda Rusia el siguiente telegrama:

> La arbitraria organización de los bolcheviques, llamada Agencia Organizadora del Congreso Nacional Campesino, invita a todos los sóviets campesinos a enviar delegados al Congreso de Petrogrado.
> El Comité Ejecutivo de los Sóviets de Diputados Campesinos declara que, ahora igual que antes, considera peligroso retirar en este momento de las provincias las fuerzas necesarias para preparar las elecciones a la Asamblea Constituyente, que es la única salvación para la clase trabajadora y para el país. Confirmamos, asimismo, que la fecha del Congreso Campesino es el 13 de diciembre.

En la duma reinaba una gran agitación. Se veía un continuo ir y venir de oficiales, y el alcalde estaba reunido con los jefes del Comité de Salvación. Entró corriendo un consejero con una copia de la proclama de Kérensky, arrojada a centenares sobre la avenida Nevski desde un avión que volaba a poca altura. En ella se amenazaba con una venganza terrible a todos aquellos que no se sometieran, y se ordenaba a los soldados que entregaran las armas y se reunieran inmediatamente en el Campo de Marte.

Nos contaron que el primer ministro había tomado Tsárskoye Seló y que ya estaba en los campos de Petrogrado, a siete kilómetros de allí. Iba a entrar en la ciudad al día siguiente, en apenas unas horas. Se decía que las tropas del sóviet que estaban en contacto con los cosacos se habían pasado al Gobierno provisional. Chernov se hallaba en un punto intermedio, tratando de unir a las tropas «neutrales» para detener la guerra civil.

Según decían, los regimientos de la guarnición se habían desligado de los bolcheviques en la ciudad. El Smolny estaba abandonado. La maquinaria gubernamental se paró por completo. Los empleados del Banco Estatal se negaban a trabajar bajo las órdenes de los comisarios del Smolny y no consentían en entregarles dinero. Todos los bancos privados habían cerrado. Los ministerios estaban en huelga. En un momento así, un comité de la duma iba por las empresas con el fin de recaudar fondos para pagar los salarios de los huelguistas[ak].

Trotski fue al Ministerio de Asuntos Exteriores y ordenó a los empleados que tradujeran el Decreto sobre la Paz en varias lenguas extranjeras, pero seiscientos funcionarios le arrojaron su dimisión a la cara. Shliápnikov, comisario de Trabajo, ordenó a todos los empleados del ministerio que

volvieran a sus puestos en menos de veinticuatro horas, o de lo contrario perderían su empleo y el derecho a la pensión. Sólo los ujieres respondieron. Algunas secciones del Comité Especial para el Abastecimiento de Víveres suspendieron sus tareas antes que someterse a los bolcheviques. Pese a las espléndidas promesas de sueldos elevados y mejores condiciones, los operadores de la Central Telefónica se negaban a establecer la comunicación con la sede central del sóviet.

El Partido Social-Revolucionario había votado a favor de expulsar a todos los miembros que permanecieron en el Congreso de los Sóviets y a los que participaron en la insurrección.

Llegaron noticias de las provincias. Maguilov se había pronunciado en contra de los bolcheviques. En Kiev, los cosacos habían derrocado a los sóviets y detenido a los jefes insurrectos. El sóviet y la guarnición de Luga, compuesta por treinta mil hombres, declararon su lealtad al Gobierno provisional y animaron a toda Rusia a cerrar filas en torno a él. Kaledín había dispersado a los sóviets y sindicatos en la cuenca del Don, y sus tropas avanzaban hacia el norte.

Un representante de los ferroviarios dijo:

—Ayer enviamos un telegrama por toda Rusia pidiendo el cese de la guerra entre los partidos políticos y la formación de un Gobierno de coalición socialista. De lo contrario, haremos un llamamiento a la huelga mañana por la noche. Por la mañana habrá una reunión de todos los grupos para analizar la cuestión. Los bolcheviques parecen ansiosos por llegar a un acuerdo.

—¡Si es que duran hasta entonces! —dijo riendo el ingeniero municipal, un hombre robusto y rubicundo.

Al llegar al Smolny —que no estaba abandonado, sino más bullicioso que nunca, con trabajadores y soldados que entraban y salían en tropel, y guardias dobles por todas partes—, nos encontramos con los reporteros de los periódicos socialistas burgueses y «pactistas».

—¡Nos han echado! —exclamó uno, del *Volia Naroda*—. ¡Bonch-Bruyévich ha bajado a la oficina de la prensa y nos ha mandado salir! ¡Ha dicho que éramos espías!

Se pusieron a hablar todos a la vez.

—¡Es un insulto! ¡Qué ultraje! ¡Viva la libertad de prensa!

En las grandes mesas del vestíbulo se habían apilado los llamamientos, proclamas y órdenes del Comité Revolucionario Militar. Los obreros y

soldados, tambaleándose por el peso, los cargaban en enormes paquetes en los automóviles que esperaban fuera.

Uno de esos documentos decía:

¡A LA PICOTA!

> En los trágicos momentos por los que atraviesa el pueblo ruso, los mencheviques, sus seguidores y la izquierda socialrevolucionaria han traicionado a la clase obrera, enrolando en sus filas a Kornílov, Kérensky y Sávinkov.
> Imprimen las órdenes del traidor Kérensky y siembran el pánico en la ciudad, divulgando los rumores más ridículos sobre victorias fabulosas de este renegado.
> ¡Ciudadanos! No creáis esos falsos rumores. Ningún poder derrotará a la revolución del pueblo. El primer ministro Kérensky y sus compinches pronto tendrán el castigo que merecen.
> Los pondremos en la picota y los dejaremos a merced de los indignados obreros, soldados, marineros y campesinos, a quienes tratan de amarrar con sus viejas cadenas. Nunca podrán borrar de su cuerpo la mancha del odio y el desprecio del pueblo. ¡Que la vergüenza y la maldición caigan sobre los traidores al pueblo!

El Comité Revolucionario Militar se había trasladado a unas dependencias más grandes, en la Sala 17 del último piso. Unos guardias rojos custodiaban la puerta. Dentro, el estrecho espacio que quedaba frente a la barandilla se hallaba abarrotado de personas bien vestidas, aparentemente respetuosas pero con el corazón lleno de odio. Eran burgueses que querían permisos para sus automóviles o pasaportes para abandonar la ciudad, entre ellos muchos extranjeros. Bill Shatov y Peters, que estaban de servicio, dejaron lo que estaban haciendo para leernos los últimos boletines.

> El 179.º Regimiento de Reserva ofrece su apoyo unánime. Cinco mil estibadores de los muelles de Putilov saludan al nuevo Gobierno. El Comité Central de los Sindicatos da su respaldo entusiasta. La guarnición y el escuadrón de Reval han elegido comités militares para colaborar, y envían tropas. Los comités revolucionarios militares controlan Pskov y Minsk. Saludos de los Sóviets de Tsaritsin, Rovno

> en el Don, Chernígov, Sebastopol. La División de Finlandia y los nuevos comités de los Ejércitos 5.º y 12.º muestran su adhesión.

Las noticias que llegaban de Moscú eran inciertas. Las tropas del Comité Revolucionario Militar ocupaban los puntos estratégicos de la ciudad. Dos compañías de guardia en el Kremlin se habían pasado a los sóviets, pero el arsenal estaba en manos del coronel Diabtsev y sus *yunkers*. El Comité Revolucionario Militar pidió armas para los obreros, y Diabtsev negoció con ellos hasta esa misma mañana, pero de repente mandó un ultimátum al comité, ordenando la rendición de las tropas soviéticas y la disolución del comité. La lucha había comenzado.

En Petrogrado, el Estado Mayor se sometió inmediatamente a los comisarios del Smolny. La Tsentroflot, que se negó a hacerlo, fue tomada por Dybenko y una compañía de marineros de Kronstadt, y se creó una nueva Tsentroflot, reforzada con los acorazados del Báltico y del mar Negro.

Pero, por debajo de aquellas promesas despreocupadas, latía un presentimiento inquietante, una especie de desasosiego. Los cosacos de Kérensky se acercaban rápidamente, armados con artillería. Skripnik, secretario de los comités de fábrica, con el rostro demacrado y cetrino, me aseguró que componían un verdadero cuerpo de ejército, pero añadió vehementemente:

—¡No nos cogerán vivos!

—Quizá mañana podamos dormir… por mucho tiempo —dijo Petrovski, sonriendo con gesto cansado.

Lozovski, con su rostro esquelético y su barba roja, dijo:

—¿Qué posibilidades tenemos? Estamos completamente solos. ¡Una banda contra soldados entrenados!

Al sur y al sudoeste, los sóviets habían huido ante Kérensky, y las guarniciones de Gátchina, Pávlovsk y Tsárskoye Seló estaban divididas. La mitad votó a favor de permanecer neutrales y el resto, sin sus oficiales, se retiró en desbandada hacia la capital.

En las salas se colgaron los siguientes boletines:

DE KRASNOYE SELO,
10 DE NOVIEMBRE, 8 A. M.

> Mensaje a todos los comandantes del Estado Mayor, a los comandantes generales y comandantes, en todas partes y a todo el

mundo:
El exministro Kérensky ha enviado un telegrama falso a diestro y siniestro, según el cual las tropas revolucionarias de Petrogrado habrían entregado voluntariamente las armas y se habrían unido a los ejércitos del anterior Gobierno, el Gobierno de la traición, y el Comité Revolucionario Militar habría ordenado la retirada de los soldados. Pero las tropas de un pueblo libre ni se retiran ni se rinden.
Nuestras tropas han abandonado Gátchina para evitar un enfrentamiento sangriento con sus hermanos cosacos, que han sido engañados, y ocupar una posición más favorable. Esta posición es ahora tan fuerte que, aunque Kérensky y sus compañeros de armas multipliquen por diez sus efectivos, no habría motivo para inquietarse.
La moral de nuestras tropas está muy alta.
Todo está en calma en Petrogrado.

El jefe de la defensa y del distrito de Petrogrado,
Teniente coronel Muraviov

Cuando salíamos del Comité Revolucionario Militar, entró Antonov, pálido como un cadáver y con un papel en la mano.

—Enviad esto —dijo.

A TODOS LOS SÓVIETS DE LOS DIPUTADOS OBREROS Y COMITÉS DE FÁBRICAS MUNICIPALES

Las bandas kornilovistas de Kérensky amenazan las entradas a la capital. Se han dado las órdenes necesarias para aplastar sin piedad esta tentativa contrarrevolucionaria contra el pueblo y sus conquistas.
El Ejército y la Guardia Roja de la Revolución necesitan el apoyo urgente de los trabajadores.

ORDENAMOS A LOS SÓVIETS Y A LOS COMITÉS DE FÁBRICA DEL DISTRITO:

1. Movilizar el mayor número posible de obreros para cavar las trincheras, levantar barricadas y montar las alambradas.
2. Interrumpir de inmediato el trabajo en las fábricas allí donde sea necesario, con el fin de cumplir las tareas mencionadas anteriormente.

3. Reunir todo el alambre disponible, ya sea común o de espino, así como las herramientas necesarias para cavar trincheras y levantar barricadas.
4. Requisar todas las armas disponibles.
5. Mantener la más estricta disciplina y prepararse para apoyar por todos los medios al ejército de la revolución.

El presidente del Sóviet de Diputados Obreros
y Soldados de Petrogrado,
El comisario del pueblo León Trotski
El presidente del Comité Revolucionario Militar,
El comandante general Podvoiski

Cuando salimos a la mañana oscura y sombría, escuchamos por todas partes las sirenas de las fábricas, recortadas contra el horizonte gris, lanzando un ruido ronco y agitado, cargado de presagios. Decenas de millares de trabajadores, hombres y mujeres, salían en tromba. Aquellos antros bulliciosos vomitaban sus hordas grises y lastimosas. ¡El Petrogrado rojo estaba en peligro! ¡Los cosacos! Al sur y al sudoeste, por las calles destartaladas que llevaban a la Puerta Moskovski, fluía una riada de hombres, mujeres y niños con rifles, picos, palas, rollos de alambre y cartucheras encima de su ropa de trabajo. Nunca se ha visto una ciudad volcada tan completa y espontáneamente. Las compañías de soldados avanzaban como un torrente, equipadas con cañones, camiones y carros. ¡El proletariado revolucionario plantaba cara para defender la capital de la república obrera y campesina!

Había un automóvil aparcado delante de la puerta del Smolny. Un hombre delgado, con gafas gruesas que agrandaban sus ojos enrojecidos, hablaba trabajosamente, apoyado contra un guardabarros, las manos en los bolsillos de su raído gabán. Un marinero corpulento y barbudo, con la mirada limpia de los jóvenes, se paseaba nervioso, jugando distraídamente con un enorme revólver de acero azulado, sin soltarlo. Eran Antonov y Dybenko.

Unos soldados trataban de sujetar dos bicicletas militares en el estribo. El chófer protestó airadamente. Se iba a rallar el esmalte, dijo. Es cierto que él era bolchevique y el automóvil había sido requisado a un burgués. También lo era que las bicicletas estaban reservadas para uso de los ordenanzas. Pero el orgullo profesional del chófer se rebelaba, así que dejaron las bicicletas como estaban.

Los comisarios del pueblo para la Guerra y la Marina iban a inspeccionar el frente revolucionario. ¿Podríamos acompañarlos? Por supuesto que no. En el automóvil sólo cabían cinco personas: los dos comisarios, dos ordenanzas y el chófer. Sin embargo, un ruso conocido mío, al que llamaré Trusishka, se subió y se sentó tranquilamente en el coche, y ya no hubo manera de bajarlo.

No veo ninguna razón para dudar del relato que me hizo Trusishka de aquel viaje. Cuando bajaban por la avenida Suvorovski, alguien mencionó la cuestión de la comida. Quizá estuvieran fuera tres o cuatro días, en una región bastante mal abastecida. Pararon el coche. ¿Dinero? El comisario de la Guerra se registró los bolsillos. No tenía un kopek. El comisario de la Marina estaba sin blanca, igual que el chófer, así que le tocó a Trusishka comprar las provisiones.

Justo cuando entraban en la Nevski, se reventó una rueda.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo Antonov.

—Requisar otro coche —propuso Dybenko, empuñando su revólver.

Antonov se puso en medio de la calle e hizo señas a un coche que pasaba, conducido por un soldado.

—Necesito ese coche —dijo Antonov.

—Pues no lo tendrás —respondió el soldado.

—¿Sabes quién soy?

Antonov le mostró un documento que certificaba que había sido nombrado comandante general de los Ejércitos de la República Rusa, por lo cual todo el mundo debía obedecerle sin discusión.

—Ni aunque fueras el mismo diablo —dijo el soldado, encendido—. Este automóvil pertenece al 1.º Regimiento de Ametralladoras. Llevo munición, así que olvídate de él.

El problema se resolvió gracias a la aparición de un taxi viejo y baqueteado que llevaba ondeando la bandera italiana. En épocas de necesidad, los coches privados se registraban a nombre de los consulados, para evitar que los requisaran. Los comisarios obligaron a bajar del vehículo a un ciudadano orondo, vestido con un abrigo de piel, y el grupo se puso nuevamente en camino.

Al llegar a Narvskaya Zastava, a unos quince kilómetros de allí, Antonov preguntó por el comandante de la Guardia Roja. Lo condujeron al final de la ciudad, donde quinientos obreros habían cavado unas trincheras y esperaban a los cosacos.

—¿Todo bien por aquí, camarada? —preguntó Antonov.

—Todo perfecto, camarada —respondió el comandante.

—Las tropas tienen la moral muy alta. Sólo una cosa… No tenemos munición.

—En el Smolny hay dos millones de balas —le dijo Antonov—. Le firmaré una orden.

Se rebuscó en los bolsillos.

—¿Alguien tiene un trozo de papel?

Ni Dybenko ni los mensajeros tenían. Trusishka tuvo que ofrecerle su cuaderno.

—¡Demonios! No tengo lápiz —exclamó Antonov—. ¿Quién tiene un lápiz?

No hace falta decir que Trusishka era el único que tenía un lápiz entre toda aquella gente.

Los que nos habíamos quedado rezagados salimos para la estación de Tsárskoye Seló. Al pasar por la avenida Nevski nos cruzamos con un desfile de guardias rojos, algunos con bayonetas y otros sin ellas. El crepúsculo invernal caía rápidamente. Con la cabeza alta, pisoteaban el barro helado, en filas irregulares de cuatro, sin música ni tambores. Por encima de ellos ondeaba una bandera roja, con la siguiente inscripción en toscas letras doradas: «¡Paz! ¡Tierra!». Eran muy jóvenes, y llevaban en su rostro la expresión de los hombres que saben que van a morir. La gente los veía pasar desde las aceras con una mezcla de temor y desprecio, en medio de un silencio lleno de odio.

En la estación nadie sabía exactamente dónde se encontraba Kérensky, ni tampoco el frente. De todas formas, los trenes no iban más allá de Tsárskoye.

Nuestro vagón iba lleno de obreros y campesinos que volvían a casa, cargados de paquetes y periódicos vespertinos. La conversación giraba en torno al alzamiento bolchevique, pero, de no ser por eso, nadie habría notado que la guerra civil estaba partiendo en dos a la poderosa Rusia y que el tren se dirigía hacia la zona de combate. En medio de la creciente oscuridad, atisbamos por la ventana los grupos de soldados que avanzaban por el camino embarrado hacia la ciudad, empuñando sus armas mientras discutían. Un tren de mercancías, abarrotado de tropas e iluminado por enormes fogatas, estaba parado en una vía secundaria. Eso era todo. Por detrás, en el horizonte, el resplandor de las luces de la ciudad se iba perdiendo en la noche. A lo lejos, un tranvía se movía lentamente por un barrio de la periferia.

La estación de Tsárskoye Seló estaba tranquila, pero por todas partes se veían grupos de soldados, que hablaban en voz baja y miraban inquietos a la

vía desierta que llevaba a Gátchina. Pregunté a algunos de ellos que a quién apoyaban.

—Bueno —dijo uno—, no sabemos exactamente quién tiene la razón en este asunto. No hay duda de que Kérensky es un provocador, pero no nos parece bien que los rusos disparen sobre sus compatriotas.

En la estación, la oficina del comandante no era otra cosa que un soldado raso, corpulento, jovial y barbudo, con el brazalete rojo de un comité de regimiento. Nuestras credenciales del Smolny imponían un respeto inmediato. Él apoyaba claramente a los sóviets, pero estaba muy desconcertado.

—Los guardias rojos estuvieron aquí hace dos horas y se volvieron a marchar. Esta mañana vino un comisario, pero se volvió a Petrogrado cuando llegaron los cosacos.

—Entonces, ¿los cosacos están aquí?

Asintió tristemente.

—Ha habido un combate. Los cosacos vinieron esta mañana a primera hora. Cogieron a doscientos o trescientos de los nuestros y mataron a veinticinco.

—¿Dónde están los cosacos?

—Bueno, no habrán ido muy lejos, pero no sé exactamente dónde están. Se fueron por allí —dijo, señalando con un gesto vago hacia el oeste.

Cenamos —una cena excelente, mejor y más barata que las que se conseguían en Petrogrado— en el restaurante de la estación. Sentado a nuestro lado, había un oficial francés que acababa de llegar andando desde Gátchina. Allí todo estaba en calma, dijo. Kérensky controlaba la ciudad.

—¡Ah, estos rusos! —continuó—. ¡Mira que son originales! ¡Vaya guerra civil! ¡Todo menos combatir!

Salimos para la ciudad. La puerta de la estación estaba vigilada por dos soldados con rifles y las bayonetas caladas, rodeados por un centenar de comerciantes, funcionarios y estudiantes, que les gritaban y les lanzaban improperios. Los soldados parecían incómodos y heridos, como niños regañados injustamente.

Un joven alto, con expresión altanera y vestido con el uniforme de estudiante, encabezaba el ataque.

—Supongo que sabéis —dijo insolente— que, al alzaros en armas contra vuestros hermanos, os convertís en las herramientas de los asesinos y traidores.

—Un momento, hermano —respondió el soldado, muy serio—. No lo entiendes. Hay dos clases, el proletariado y la burguesía. Nosotros…

—Oh, ya me conozco esa patraña —le interrumpió bruscamente el soldado—. Un hatajo de campesinos ignorantes como tú, oís a alguien soltar unos cuantos eslóganes y los repetís como loros sin entender lo que significan.

La multitud se echó a reír.

—Yo soy un estudiante marxista y os digo que esto por lo que peleáis no es socialismo, sino pura anarquía proalemana.

—Oh, sí, ya sé —respondió el soldado—. Tú tienes estudios, eso se ve, y yo soy un hombre sencillo. Pero a mí me parece…

—Supongo —le cortó el otro, desdeñoso— que piensas que Lenin es un verdadero amigo del proletariado, ¿no?

—Sí, lo pienso —respondió el soldado, inquieto.

—Pues bien, amigo mío, ¿sabes que Lenin ha cruzado Alemania en un coche cerrado? ¿Sabes que Lenin ha recibido dinero de los alemanes?

—Bueno, yo no sé mucho de eso —respondió tercamente el soldado—, pero a mí me parece que lo que él dice es lo que yo quiero escuchar, y lo mismo que yo toda la gente sencilla. Mira, hay dos clases, la burguesía y el proletariado…

—¡Eres un iluso! Escucha, amigo, yo me pasé dos años en Schlüsselburg por actividades revolucionarias mientras vosotros seguíais disparando a los revolucionarios y cantabais: «¡Dios salve al zar!». Me llamo Vasili Gueórguievich Panyin. ¿Has oído hablar de mí?

—Siento decir que no —respondió humildemente el soldado—. Pero yo no tengo estudios. Probablemente serás un gran héroe.

—Lo soy —dijo el estudiante, convencido—. Y estoy en contra de los bolcheviques, que destruyen nuestro país y nuestra revolución. Pues bien, ¿cómo te explicas eso?

El soldado se rascó la cabeza.

—No sabría explicarlo —replicó, arrugando la frente por el esfuerzo intelectual—. A mí me parece muy sencillo, pero, claro, yo no tengo estudios. A mí me parece que sólo hay dos clases, el proletariado y la burguesía…

—¡Y dale con la estúpida cantinela! —exclamó el estudiante.

—… Sólo dos clases —continuó tercamente el soldado—. Y el que no está en un bando está en el otro.

Caminamos calle arriba. Había pocas farolas, muy separadas entre sí, y apenas pasaba gente. Por todas partes reinaba un silencio amenazante, como una especie de purgatorio entre el cielo y el infierno, una tierra de nadie. Sólo las barberías estaban intensamente iluminadas y llenas de gente, y se había

formado una cola a la puerta de los baños públicos, porque era sábado por la noche, momento en el cual toda Rusia se baña y se perfuma. Yo no tenía la menor duda de que las tropas soviéticas y los cosacos se mezclaban en los lugares donde tenían lugar esas ceremonias.

Las calles estaban más desiertas a medida que nos acercábamos al Parque Imperial. Un sacerdote asustado nos indicó dónde estaba la sede central del sóviet y se fue corriendo. La oficina se encontraba en el ala de uno de los palacios del gran duque, con vistas al parque. Las ventanas estaban a oscuras y la puerta, cerrada. Un soldado, que andaba por allí con las manos en la cintura del pantalón, nos miró de arriba abajo con profundo recelo.

—El sóviet se fue hace dos días —dijo.

—¿Adónde?

—*Nié znayu*. No sé —respondió, encogiéndose de hombros.

Un poco más allá vimos un gran edificio, completamente iluminado, del que salía un ruido de martillazos. Mientras pensábamos qué hacer, llegaron un soldado y un marinero, agarrados del brazo. Les enseñé mi pase del Smolny.

—¿Vosotros apoyáis a los sóviets? —pregunté.

Se miraron asustados, sin responder.

—¿Qué está pasando allí dentro? —preguntó el marinero, señalando al edificio.

—No lo sé.

El soldado adelantó tímidamente la mano y entreabrió la puerta. Dentro había una gran sala adornada con banderines y siemprevivas, con filas de asientos y un escenario a medio construir.

Una mujer robusta con un martillo en la mano y la boca llena de tachuelas vino hacia nosotros.

—¿Qué quieren? —preguntó.

—¿Va a haber función esta noche? —dijo el marinero, nervioso.

—Habrá una actuación privada el sábado por la noche —respondió ella muy seria—. Ahora váyanse.

Intentamos hablar con el soldado y el marinero, pero parecían asustados y descontentos, así que salimos a la noche oscura.

Fuimos paseando hacia el Palacio Imperial, bordeando los grandes y oscuros jardines, con sus pabellones de ensueño y sus puentes japoneses que apenas se vislumbraban en la noche, y el agua chapoteando mansamente en las fuentes. En un rincón, donde un ridículo cisne de hierro escupía agua sin cesar desde una gruta artificial, nos sentimos súbitamente observados. Al levantar los ojos, nos encontramos con la mirada hosca y recelosa de media

docena de gigantescos soldados armados, que nos observaban con cara de pocos amigos desde un terraplén cubierto de hierba. Me acerqué hasta ellos.

—¿Quiénes sois? —pregunté.

—Somos la guardia —contestó uno.

Parecían muy deprimidos, y sin duda lo estaban tras varias semanas de discusiones y debates que se prolongaban de día y de noche.

—¿Sois tropas de Kérensky o de los sóviets?

Tras un silencio momentáneo se miraron, incómodos.

—Somos neutrales —dijo el soldado.

Después de cruzar el arco del enorme Palacio Ekaterina, entramos en el recinto y preguntamos por el cuartel. Un centinela, apostado en la puerta de un pabellón blanco y curvo, nos dijo que el comandante estaba dentro.

En una elegante sala blanca de estilo georgiano, dividida en partes desiguales por una chimenea de doble cara, un grupo de soldados hablaba nerviosamente. Estaban pálidos y ausentes, y era evidente que no habían dormido. Enseñamos nuestros documentos al que nos señalaron como el coronel, un hombre mayor de barba blanca, con el uniforme salpicado de condecoraciones.

Parecía sorprendido.

—¿Cómo han llegado hasta aquí sin que los maten? —preguntó educadamente—. En este momento es muy peligroso ir por la calle. La política ha encendido los ánimos en Tsárskoye Seló. Ha habido una batalla esta mañana, y habrá otra mañana por la mañana. Kérensky va a entrar en la ciudad a las ocho.

—¿Dónde están los cosacos?

—A un kilómetro y medio en esa dirección —dijo, señalando con la mano.

—¿Y ustedes van a defender la ciudad contra ellos?

—¡Oh, no! —dijo, sonriendo—. Nosotros controlamos la ciudad para Kérensky.

Nos dio un vuelco el corazón, porque nuestros pases decían que éramos revolucionarios hasta la médula. El coronel se aclaró la garganta.

—Su vida corre peligro si les cogen con esos pases —continuó—. Así que, si quieren ver la batalla, daré orden para que les reserven una habitación en el hotel de los oficiales. Si vuelven aquí a las siete de la mañana, les daré salvoconductos nuevos.

—Entonces, ¿ustedes apoyan a Kérensky?

—No exactamente —dijo el coronel, vacilando—. La mayoría de los soldados de la guarnición son partidarios de Kérensky, y hoy se fueron a Petrogrado después de la batalla, llevándose consigo la artillería. Se podría decir que ningún soldado apoya a Kérensky, pero es que algunos simplemente no quieren luchar. Casi todos los oficiales se han pasado a las tropas de Kérensky o se han ido. En fin, como puede ver, estamos en una situación muy difícil.

Él no creía que fuera a haber ninguna batalla.

El coronel, muy amablemente, mandó a su ordenanza que nos escoltara a la estación de trenes. Era un joven del sur, hijo de padres franceses, emigrados a Besarabia.

—Ah —repetía—, no me importan el peligro ni las penalidades, sino estar tanto tiempo lejos de mi madre. Tres años es demasiado.

Mientras el tren atravesaba la fría noche en dirección a Petrogrado, atisbé por la ventana grupos de soldados gesticulando a la luz de las hogueras, y carros blindados, atascados en los cruces, cuyos conductores asomaban la cabeza para insultarse.

Durante toda aquella noche agitada, bandas de soldados y guardias rojos vagaban sin jefes por las llanuras inhóspitas y, en su desconcierto, se topaban unas con otras. Los comisarios del Comité Revolucionario Militar iban corriendo de un grupo a otro, tratando de organizar la defensa.

De nuevo en la ciudad, una multitud inquieta llenaba la avenida Nevski. Algo flotaba en el ambiente. De la estación de trenes de Varsovia llegaba un cañoneo lejano. Había una actividad frenética en las escuelas de *yunkers*. Los miembros de la duma iban por los cuarteles, contando historias terribles de violencia bolchevique: la matanza de los *yunkers* en el Palacio de Invierno, la violación de las mujeres soldados, el fusilamiento de una muchacha delante de la duma, el asesinato del príncipe Tumánov. El Comité de Salvación se encontraba reunido en sesión extraordinaria en el Salón Alejandro del edificio de la duma. Los comisarios corrían de un lado a otro. Los periodistas expulsados del Smolny estaban eufóricos. No creyeron nuestro relato de la situación en Tsárskoye. Todo el mundo sabía que Tsárskoye estaba en manos de Kérensky y que los cosacos se encontraban en Púlkovo. Además, se estaba eligiendo un comité para reunirse con Kérensky por la mañana en la estación de trenes.

Uno de ellos me confió, en el más estricto secreto, que la contrarrevolución comenzaría a medianoche y me enseñó dos proclamas: una firmada por Gotz y Polkóvnikov, ordenando a las escuelas de *yunkers*, a los

soldados convalecientes en los hospitales y a los caballeros de San Jorge, que se pusieran en pie de guerra y esperaran órdenes del Comité de Salvación; y la otra del propio Comité de Salvación, que decía así:

> A la población de Petrogrado,
> ¡Camaradas, trabajadores, soldados y ciudadanos del Petrogrado revolucionario!
> Los contrarrevolucionarios, al tiempo que piden la paz en el frente, incitan a la guerra civil en la retaguardia.
> ¡No escuchéis sus provocaciones!
> ¡No cavéis trincheras!
> ¡Abajo las barricadas traidoras!
> ¡Soltad las armas!
> ¡Soldados, volved a los cuarteles!
> La guerra iniciada en Petrogrado es la muerte de la revolución.
> En nombre de la libertad, la tierra y la paz, ¡manteneos unidos en torno al Comité para la Salvación del País y de la Revolución!

Cuando salimos de la duma, una compañía de guardias rojos, con rostros serios y desesperados, desfilaba calle abajo con una docena de prisioneros, miembros de la sección local del Consejo Cosaco, pillados *in fraganti* cuando conspiraban a favor de la contrarrevolución en sus cuarteles.

Un soldado, acompañado por un niño que llevaba un cubo de engrudo, pegaba carteles ostentosos:

> En virtud de la presente, se declara el estado de sitio en la ciudad de Petrogrado y sus alrededores. Se prohíben todas las asambleas y reuniones en las calles, y en general al aire libre, hasta nueva orden.
>
> N. PODVOISKI,
> presidente del Comité Revolucionario Militar

De vuelta a casa, el aire estaba lleno de ruidos confusos: bocinas de automóviles, gritos, disparos lejanos. La ciudad se agitaba, incómoda e insomne.

A altas horas de la noche, una compañía de *yunkers*, disfrazados de soldados del regimiento Semionovski, se presentó en la Central Telefónica justo antes del cambio de guardia. Tenían el santo y seña bolchevique y

ocuparon su puesto sin levantar sospechas. Unos minutos después, apareció Antonov para hacer una ronda de inspección. Lo apresaron y lo encerraron en un pequeño cuarto. Cuando llegó el relevo, fue recibido con una ráfaga de disparos y hubo varios muertos.

La contrarrevolución había comenzado.

# CAPÍTULO 8

## LA CONTRARREVOLUCIÓN

A la mañana siguiente, domingo, día 11, los cosacos entraron en Tsárskoye Seló, con Kérensky[al] montado en un caballo blanco y un repique de campanas resonando en todas las iglesias. Desde lo alto de una pequeña colina situada a las afueras de la ciudad se veían las agujas doradas, las cúpulas multicolores, la inmensidad gris de la capital extendiéndose por la llanura uniforme y, más allá, el golfo de Finlandia, del color del acero.

No hubo ninguna batalla, pero Kérensky cometió un error garrafal. A las siete de la mañana, ordenó al 2.º Regimiento de Fusileros de Tsárskoye Seló que entregara las armas. Los soldados respondieron que permanecerían neutrales, pero que no entregarían las armas. Kérensky les dio diez minutos para obedecer, y esto enfadó a los soldados. Llevaban ocho meses gobernándose a través de un comité, y el comportamiento de Kérensky recordaba al antiguo régimen. Pasados unos minutos, la artillería cosaca abrió fuego sobre los cuarteles y mató a ocho hombres. Desde ese momento ya no hubo más soldados «neutrales» en Tsárskoye.

Petrogrado se despertó con ráfagas de disparos y el estruendo de tropas desfilando. Bajo el cielo alto y sombrío, el viento traía un olor a nieve. Al amanecer, el Hotel Militar y la agencia de telégrafos fueron tomados por un gran contingente de *yunkers*, y luego reconquistados de forma sangrienta. La central telefónica fue sitiada por los marineros, que, parapetados tras barricadas hechas con barriles, cajas y planchas de hojalata en mitad de la avenida Morskaia, o resguardados en la esquina de la Gorojovaia y la plaza de San Isaac, disparaban a todo lo que se movía. De vez en cuando aparecía un coche con la bandera de la Cruz Roja, y los marineros lo dejaban pasar.

Albert Rhys Williams, que se encontraba en la central telefónica, salió en un coche de la Cruz Roja cargado de heridos. Después de circular por la

ciudad, el coche tomó un desvío hacia la escuela de *yunkers* Mijailovski, sede de la contrarrevolución. En el patio, un oficial francés parecía estar al mando. Así era como se llevaban municiones y víveres a la central telefónica. Muchas de esas supuestas ambulancias actuaban como correos y trenes de municiones para los *yunkers*.

Tenían en su poder cinco o seis carros blindados que habían pertenecido a la desmantelada división británica. Cuando Louise Bryant cruzaba la plaza de San Isaac, llegó uno, procedente del almirantazgo y con dirección a la central telefónica. El vehículo se paró en la esquina de Ulitsa Gogolia, justo delante de ella. Unos marineros, emboscados tras unas pilas de leña, empezaron a disparar. La ametralladora giraba en la torreta, escupiendo una ráfaga indiscriminada sobre los maderos y la gente. En los soportales donde se encontraba Louise Bryant murieron siete personas a causa de los disparos, incluidos dos niños pequeños. Los marineros, lanzando un grito, se levantaron de golpe y se abalanzaron a la explanada en llamas. Rodearon al monstruo y, aullando, clavaron una y otra vez sus bayonetas en las aspilleras. El conductor fingió estar herido y lo dejaron ir… para que fuera corriendo a la duma a hinchar el cuento de las atrocidades bolcheviques. Entre los muertos había un oficial británico.

Más tarde, los periódicos hablaron de otro oficial francés, capturado en un carro blindado de los *yunkers* y enviado a la fortaleza de Pedro y Pablo. La embajada francesa lo desmintió rápidamente, pero uno de los concejales de la ciudad me dijo que él mismo había gestionado la liberación del oficial.

Fuera cual fuese la postura oficial de las embajadas aliadas, varios oficiales británicos y franceses actuaron en aquellos días a título personal, hasta el punto de opinar en las sesiones ejecutivas del Comité de Salvación.

Durante todo el día y en todos los barrios de la ciudad se produjeron enfrentamientos entre los *yunkers* y los guardias rojos, y combates entre los carros blindados. Más cerca o más lejos, se oían descargas, disparos sueltos y el tableteo estridente de las ametralladoras. Las verjas de las tiendas estaban bajadas, pero los comercios seguían funcionando, e incluso los cines, con las luces exteriores apagadas, proyectaban películas en sus salas abarrotadas. Los tranvías circulaban y los teléfonos seguían funcionando. Al llamar a la central, se escuchaba claramente el tiroteo. El Smolny tenía las líneas cortadas, pero la duma y el Comité de Salvación estaban en comunicación constante con todas las escuelas, así como con Kérensky y Tsárskoye.

A las siete de la mañana, la escuela *yunker* de Vladímir recibió la visita de una patrulla de soldados, marineros y guardias rojos, que dieron a los *yunkers*

veinte minutos para entregar las armas. Su ultimátum fue rechazado. Una hora después, los *yunkers* se disponían a salir, pero una fuerte descarga procedente de la esquina de la Grebetskaia y la avenida Bolshói los hizo retroceder. Las tropas soviéticas rodearon el edificio y abrieron fuego, mientras dos carros blindados circulaban de un lado a otro, ametrallándolo. Los *yunkers* telefonearon pidiendo ayuda. Los cosacos respondieron que no se atrevían a salir porque un gran contingente de marineros, armado con dos cañones, controlaba su cuartel. La Escuela de Pávlovsk estaba sitiada y casi todos los *yunkers* de Mijáilov luchaban ya en las calles.

A las siete y media llegaron tres piezas de artillería. Los *yunkers* respondieron a otra orden de rendirse abatiendo a dos de los delegados soviéticos que llevaban bandera blanca. Entonces empezó un verdadero bombardeo. Se abrieron grandes agujeros en los muros de la escuela. Los *yunkers* se defendieron desesperadamente y las oleadas de guardias rojos que se lanzaron al asalto cayeron desplomadas bajo la ráfaga devastadora. Kérensky telefoneó desde Tsárskoye para declinar cualquier negociación con el Comité Revolucionario Militar.

Enloquecidos por la derrota y por sus numerosas bajas, las tropas soviéticas lanzaron un torrente de fuego y balas contra el maltrecho edificio. Sus propios oficiales no pudieron detener el terrible bombardeo. Un comisario del Smolny, llamado Kirílov, intentó pararlo y fue amenazado con el linchamiento. Los guardias rojos estaban exasperados.

A las dos y media, los *yunkers* izaron una bandera blanca. Se rendirían si se les garantizaba la protección, y ésta les fue prometida. Miles de soldados y guardias rojos irrumpieron por las puertas, ventanas y agujeros abiertos en los muros. Antes de que nadie pudiera impedirlo, cinco *yunkers* fueron asesinados a golpes y puñaladas. El resto, unos doscientos, fueron conducidos escoltados a la fortaleza de Pedro y Pablo en pequeños grupos para no llamar la atención. En el trayecto, la multitud se abalanzó sobre ellos y otros ocho *yunkers* resultaron muertos. Habían caído más de cien guardias rojos y soldados.

Dos horas después, la duma recibió un mensaje telefónico, que informaba de que los vencedores avanzaban hacia la *Inzhenierni Zamok*, la Escuela de Ingenieros. Una docena de miembros salió inmediatamente a repartir fajos de las últimas proclamas del Comité de Salvación. Algunos no volvieron. El resto de escuelas se rindió sin oponer resistencia y los *yunkers* fueron enviados sanos y salvos a Pedro y Pablo y a Kronstadt.

La central telefónica resistió hasta la tarde. Entonces apareció un carro blindado bolchevique y los marineros asaltaron el edificio. Las operadoras corrían de un lado a otro, gritando. Los *yunkers* se arrancaban las insignias del uniforme, y uno de ellos le ofreció a Williams lo que fuera a cambio de que le dejase su abrigo para disfrazarse. «¡Van a matarnos! ¡Van a matarnos!», gritaban, porque muchos de ellos habían prometido en el Palacio de Invierno que no empuñarían las armas contra el pueblo. Williams se ofreció a mediar a condición de que liberasen a Antonov, lo que se hizo de inmediato. Antonov y Williams dijeron unas palabras a los marineros victoriosos, exasperados por sus muchas víctimas, y los *yunkers*, una vez más, salieron libres. No obstante, unos cuantos, presas del pánico, fueron encontrados y arrojados a la calle cuando intentaban escapar por el tejado o esconderse en el ático.

Cansados y cubiertos de sangre pero victoriosos, los marineros y obreros irrumpieron en la centralita y, al encontrarse con aquellas guapas jovencitas, retrocedieron azorados. Ni una sola muchacha fue insultada ni molestada. Asustadas, se refugiaron en las esquinas y, viendo que no corrían peligro, dieron rienda suelta a su desprecio: «¡Aj! ¡El pueblo sucio e ignorante! ¡Los muy idiotas!». Los marineros y los guardias rojos estaban desconcertados. «¡Brutos! ¡Cerdos!», chillaban las chicas, indignadas, mientras se ponían los abrigos y sombreros. Habían vivido una experiencia romántica pasando cartuchos o vendando las heridas de sus apuestos y jóvenes defensores, los *yunkers*, muchos de ellos pertenecientes a familias aristocráticas, que peleaban por devolver el trono a su amado zar. Éstos, en cambio, eran obreros y campesinos vulgares, «gente tosca».

El comisario del Comité Revolucionario Militar, Vishniak, un hombre menudo, con gran efusión y cortesía, trató de convencer a las jóvenes de que se quedaran.

—Os han tratado mal —dijo—. El sistema telefónico está controlado por la duma municipal. Os pagan sesenta rublos al mes y os hacen trabajar diez horas o más. Esto va a cambiar a partir de ahora. El Gobierno tiene previsto poner los teléfonos bajo el control del Ministerio de Correos y Telégrafos. Se os subirá inmediatamente el sueldo a ciento cincuenta rublos y se os reducirá la jornada laboral. Como miembros de la clase trabajadora, deberíais estar contentas.

¡Miembros de la clase trabajadora! ¿En serio? ¿Acaso estaba sugiriendo que ellas tenían algo en común con esos animales? ¿Quedarse? Ni aunque les ofrecieran mil rublos. Las jóvenes se marcharon, altivas y desdeñosas.

Se quedaron los empleados del edificio, los electricistas y peones. Pero había que hacer funcionar la centralita, porque el teléfono era vital. Como sólo había media docena de operadores con la formación necesaria, se pidieron voluntarios. Respondió un centenar: marineros, soldados y obreros. Las seis muchachas corrían de un lado a otro, dando instrucciones, ayudando y regañando. Y así, maltrechos pero operativos, los hilos empezaron a emitir su zumbido. Lo primero era conectar el Smolny con los cuarteles y las fábricas y, después, cortar la comunicación con la duma y con las escuelas de *yunkers*. A última hora de la tarde, cuando la noticia se extendió por toda la ciudad, cientos de burgueses gritaron: «¡Idiotas! ¡Canallas! ¿Cuánto creéis que va a durar esto? ¡Esperad a que vengan los cosacos!».

Anochecía. En la casi desierta avenida Nevski, azotada por un viento cortante, se había congregado una multitud delante de la catedral de Kazán para continuar el interminable debate. Unos cuantos trabajadores, algunos soldados y el resto, comerciantes, oficinistas y gente así.

—¡Pero Lenin no conseguirá que Alemania haga las paces! —gritó uno.

—¿Y quién tiene la culpa? —le increpó un soldado—. Vuestro maldito Kérensky, ese sucio burgués. ¡Que se vaya al diablo! Queremos a Lenin, no a él.

En el exterior de la duma, un oficial con brazalete blanco arrancaba los carteles de la pared, lanzando improperios. Uno de esos carteles decía:

¡A la población de Petrogrado!

> En este momento delicado, en el que la duma municipal debería tratar por todos los medios de calmar a la población y asegurarle el pan y otros productos básicos, los socialrevolucionarios de derecha y los kadetes, olvidando su deber, han convertido la duma en una asamblea contrarrevolucionaria e intentan enfrentar a una parte de la población contra la otra para facilitar la victoria de Kornílov y Kérensky. En vez de cumplir con su deber, los socialrevolucionarios de derecha han convertido la duma en un escenario para atacar políticamente a los sóviets de los diputados obreros, soldados y campesinos y minar el gobierno revolucionario de la paz, el pan y la libertad.
>
> Ciudadanos de Petrogrado, nosotros, los concejales municipales bolcheviques, elegidos por vosotros, queremos deciros que los socialrevolucionarios de derecha y los kadetes están implicados en una acción contrarrevolucionaria, han olvidado su deber y llevan a la

> población al hambre y a la guerra civil. Nosotros, elegidos por 183 000 votos, creemos que debemos advertir a nuestros electores de lo que está pasando en la duma, y declaramos que declinamos toda responsabilidad en las terribles e inevitables consecuencias que esto puede acarrear.

A lo lejos se oía todavía algún disparo ocasional, pero la ciudad estaba tranquila y serena, como agotada por los violentos espasmos que la habían desgarrado.

En la Sala Nicolás, la sesión de la duma tocaba a su fin. Hasta la truculenta duma parecía algo conmocionada. Uno tras otro, los comisarios informaban de la ocupación de la central telefónica, las batallas en las calles y la toma de la Escuela de Vladímir.

—La duma —dijo Trupp— apoya a la democracia en su lucha contra la violencia arbitraria. Pero en cualquier caso, sea cual sea el bando vencedor, la duma estará siempre contra los linchamientos y la tortura.

Konovski, kadete, un anciano alto y con expresión cruel, dijo:

—Cuando las tropas del Gobierno legal entren en Petrogrado, fusilarán a los insurgentes y no habrá linchamientos.

Se escucharon protestas por toda la sala, incluso de su propio partido.

Cundieron la duda y el desánimo. La contrarrevolución estaba siendo reprimida. El comité central del Partido Social-Revolucionario había emitido un voto de desconfianza contra sus propios oficiales. El ala izquierdista tenía el control y Avkséntiev había dimitido. Un correo anunció que habían arrestado al Comité de Bienvenida, enviado para recibir a Kérensky en la estación de trenes. En las calles retumbaba el sordo y lejano cañoneo al sur y al sudoeste. Pero Kérensky seguía sin llegar.

Sólo salieron tres periódicos: el *Pravda*, el *Dielo Naroda* y el *Novaya Zhizn*. Todos ellos dedicaron mucho espacio al nuevo Gobierno «de coalición». El periódico socialrevolucionario pedía un gabinete sin kadetes ni bolcheviques. Gorki se mostraba optimista, y el Smolny había hecho concesiones. Se estaba configurando un Gobierno puramente socialista, formado por todos los elementos, excepto la burguesía. El *Pravda* se burlaba:

> Nos parecen ridículas estas coaliciones con partidos políticos cuyos miembros más destacados son gacetilleros de dudosa reputación. Nuestra «coalición» es la del proletariado y el ejército revolucionario con los campesinos menesterosos.

En las paredes, un anuncio jactancioso del Vikzhel amenazaba con la huelga si los dos bandos no hacían concesiones:

> Los vencedores de estos disturbios, los que salven del hundimiento a nuestro país, no serán los bolcheviques, ni el Comité de Salvación, ni las tropas de Kérensky, sino nosotros, el Sindicato de Ferroviarios.
>
> Los guardias rojos no pueden gestionar una cuestión tan compleja como son los ferrocarriles, y el Gobierno provisional se ha mostrado incapaz de ejercer el poder.
>
> Nosotros no prestaremos nuestros servicios a ningún partido que no actúe por mandato de un Gobierno basado en la confianza otorgada por toda la democracia.

El Smolny bullía con la inagotable vitalidad de la actividad humana.

En la central sindical, Lozovski me presentó a un delegado de los ferroviarios de la línea Nicolás, que me dijo que sus compañeros estaban celebrando reuniones en las que condenaba la actuación de sus jefes.

—¡Todo el poder para los sóviets! —exclamó, dando un puñetazo en la mesa—. Los *oborontsi* del Comité Central le siguen el juego a Kornílov. Trataron de enviar una delegación a la Stavka, pero los cogimos en Minsk. Nuestra sección ha pedido una convención nacional, pero se niegan a convocarla.

La misma situación que en los sóviets se daba en los comités del Ejército. Una tras otra, las diversas organizaciones nacionales se resquebrajaban y cambiaban. Las cooperativas se desgarraban por las luchas internas. Las reuniones del Comité Ejecutivo de los Sóviets Campesinos se interrumpieron debido a las riñas encarnizadas. Incluso entre los cosacos había conflictos.

En la última planta, el Comité Revolucionario Militar funcionaba a pleno rendimiento, sin decaer ni un instante. Los hombres entraban frescos y vigorosos. Noche tras noche y día tras día, penetraban en aquella máquina terrible y salían cojos, ciegos por el cansancio, roncos y sucios, para tirarse al suelo y dormir. El Comité de Salvación había sido ilegalizado. Las nuevas proclamas**[am]** cubrían el suelo, amontonadas:

> […] Los conspiradores, que tienen apoyos entre la guarnición y la clase trabajadora, contaban con lanzar un ataque repentino. Su plan fue descubierto a tiempo por el subteniente Blagonravov, gracias a la vigilancia revolucionaria de un soldado de la Guardia Roja, cuyo

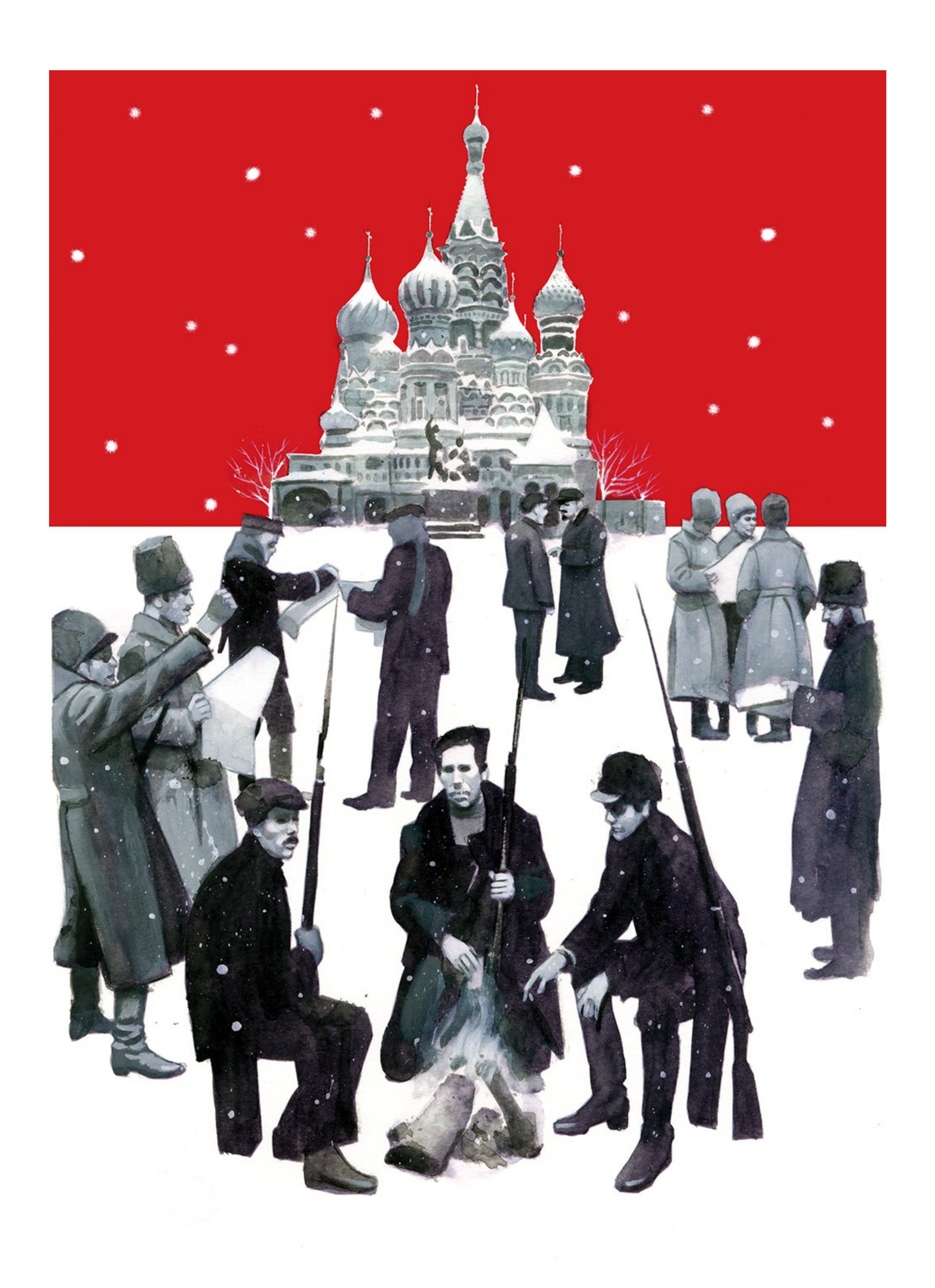
> nombre se hará público. En el centro de la conjura estaba el Comité de Salvación. El coronel Polkovnikov se hallaba al mando delas tropas, y las órdenes las firmaba Gotz, antiguo miembro del Gobierno provisional, que estaba en libertad bajo palabra.
> El Comité Revolucionario Militar advierte de estos hechos a la población de Petrogrado y ordena el arresto de todos los implicados en la conspiración, que serán juzgados en el Tribunal Revolucionario.

Desde Moscú llegó la noticia de que los *yunkers* y los cosacos habían sitiado el Kremlin y ordenado a las tropas soviéticas que entregaran las armas. Éstas obedecieron y, al abandonar el Kremlin, fueron atacadas y tiroteadas. Pequeñas tropas bolcheviques fueron expulsadas de las oficinas de teléfonos y telégrafos, y los *yunkers* controlaban el centro de la ciudad. Pero las tropas soviéticas se reagrupaban en torno a ellos. Los combates callejeros proliferaron, al fracasar todos los intentos de alcanzar un acuerdo. El bando del Sóviet contaba con diez mil soldados de la guarnición y con algunos guardias rojos. El del Gobierno, con seis mil *yunkers*, dos mil quinientos cosacos y dos mil guardias blancos.

El Sóviet de Petrogrado se hallaba reunido y, en la sala contigua, el nuevo Tsik actuaba conforme a los decretos y órdenes**[an]** llegados continuamente desde el Consejo de los Comisarios del Pueblo, que celebraba una sesión en el piso de arriba: decretos sobre el orden en que se han de ratificar y publicar las leyes, sobre el establecimiento de una jornada laboral de ocho horas y sobre las «Bases para un sistema de educación popular» de Lunacharsky. Sólo unos centenares de personas asistieron a las dos reuniones, muchas de ellas armadas. El Smolny estaba casi desierto, a excepción de los guardias, ocupados en instalar ametralladoras en las ventanas para controlar los flancos del edificio.

En el Tsik hablaba un delegado del Vikzhel:

—Nosotros nos negamos a transportar tropas de ningún partido. Hemos enviado una delegación a Kérensky para decirle que, si sigue avanzando hacia Petrogrado, le cortaremos las líneas de comunicación.



Luego hizo el habitual llamamiento a un congreso de todos los partidos socialistas para formar un nuevo Gobierno.

Kámenev respondió con prudencia. Los bolcheviques estarían encantados de asistir al congreso. No obstante, el centro de gravedad no estaba en la composición del Gobierno, sino en su aceptación del programa del congreso de los sóviets. El Tsik había deliberado sobre la declaración hecha por los socialrevolucionarios de izquierda y los internacionalistas socialdemócratas, y había aceptado la propuesta de representación proporcional en el congreso, incluyendo a los delegados de los comités del Ejército y de los sóviets campesinos.

En la inmensa sala, Trotski repasaba los hechos del día.

—Les hemos dado a los *yunkers* de Vladímir la oportunidad de rendirse —dijo—. Queríamos evitar un derramamiento de sangre. Pero, una vez derramada, sólo hay un camino: luchar sin piedad. Sería ingenuo pensar que podemos vencer por otros medios. Estamos en un momento decisivo. Todo el mundo debe colaborar con el Comité Revolucionario Militar y decir dónde hay reservas de alambre de espino, gasolina, armas… Ahora que hemos tomado el poder, debemos mantenerlo.

El menchevique Yoffe trató de leer la declaración de su partido, pero Trotski se negó a permitir un «debate de principios».

—Nuestro debate está ahora en las calles —exclamó—. Se ha dado el paso decisivo. Todos nosotros, y yo en particular, asumimos la responsabilidad de lo que está pasando.

Soldados del frente, procedentes de Gátchina, contaban sus historias. Uno del Batallón de la Muerte, 481.ª División de Artillería, dijo:

—Cuando en las trincheras se enteren de esto, gritarán: «¡Ése es nuestro Gobierno!».

Un *yunker* de Peterhof dijo que él y otros dos se habían negado a marchar contra los sóviets y que, cuando sus compañeros volvieron para defender el Palacio de Invierno, lo nombraron su representante para ir al Smolny y ofrecer sus servicios a la verdadera revolución.

Trotski, fogoso e infatigable, se puso de nuevo a dar órdenes y a responder preguntas.

—La pequeña burguesía se aliaría con el mismo diablo para derrotar a los obreros, soldados y campesinos —dijo.

Y, sobre los numerosos casos de embriaguez detectados en los dos días anteriores, añadió:

—¡Nada de beber, camaradas! No debe haber nadie en la calle después de las ocho de la tarde, excepto los guardias. Se registrarán todos los lugares sospechosos de almacenar alcohol, y se destruirá todo el licor que se encuentre[ao]. No habrá piedad para los que venden alcohol.

El Comité Revolucionario Militar mandó llamar a la delegación de la sección de Viborg, y luego a los miembros de Putilov, que llegaron rápidamente.

—¡Por cada revolucionario muerto —dijo Trotski— mataremos a cinco contrarrevolucionarios!

De nuevo en el centro. En la duma, completamente iluminada, entraba gente a raudales. En la sala de abajo se escuchaban lamentos y gritos de dolor. La muchedumbre se apiñaba frente al tablón de anuncios, donde había una lista de los *yunkers* muertos en combate durante el día, o de los que se suponía que habían muerto, porque muchos de ellos después aparecían sanos y salvos. Arriba, en el Salón Alejandro, el Comité de Salvación no paraba de deliberar. Era llamativo ver las hombreras doradas y rojas de los oficiales, los rostros conocidos de intelectuales mencheviques y socialrevolucionarios, la mirada dura y la ostentosa opulencia de los banqueros y diplomáticos, de los oficiales del antiguo régimen y las mujeres elegantes.

Las operadoras testificaron. Una tras otra, subieron a la tribuna: muchachas demasiado arregladas, a imitación de la moda, con el rostro contraído y los zapatos llenos de agujeros. Una tras otra, ruborizándose de placer ante el aplauso de la gente «bien» de Petrogrado, de los oficiales, los ricos y las grandes personalidades de la política, contaron los padecimientos que les había causado el proletariado y proclamaron su lealtad al orden establecido.

La duma volvió a reunirse en el Salón Alejandro. El alcalde dijo que esperaba que los regimientos de Petrogrado se avergonzaran de sus actos. La propaganda surtía efecto.

No paraban de ir y venir emisarios, que informaban de los actos terribles de los bolcheviques, intercedían para salvar a los *yunkers* e investigaban minuciosamente.

—Los bolcheviques —dijo Trupp— serán vencidos por la fuerza moral, no con bayonetas.

Entretanto, la situación en el frente revolucionario no era buena. El enemigo había llevado trenes blindados, provistos de cañones. Las tropas

soviéticas, compuestas en su mayor parte por guardias rojos inexpertos, carecían de oficiales y de un plan definido. En sus filas sólo se habían alistado cinco mil soldados regulares. El resto de la guarnición estaba ocupada reprimiendo la revuelta de los *yunkers*, o bien se mostraba indecisa. A las diez de la noche, Lenin hizo un discurso ante los delegados de los regimientos de la ciudad, que votaron a favor de la lucha por una abrumadora mayoría. Se eligió un comité de cinco soldados para servir al Estado Mayor y, a altas horas de la noche, los regimientos abandonaron sus cuarteles en formación de combate. De regreso a casa los vi pasar, desfilando con el paso regular de los veteranos, las bayonetas perfectamente alineadas, por las calles desiertas de la ciudad conquistada.

Simultáneamente, en el cuartel del Vikzhel de la calle Sadovaya se estaba celebrando el congreso de todos los partidos socialistas para formar un nuevo Gobierno. Abramóvich, en nombre de los mencheviques de centro, dijo que no habría ni vencedores ni vencidos, que lo pasado, pasado estaba. En esto coincidieron todos los partidos de izquierda. Dan, hablando en nombre de los mencheviques de derechas, propuso a los bolcheviques las siguientes condiciones para una tregua: que la Guardia Roja se desarmara y la guarnición de Petrogrado se pusiera a las órdenes de la duma; que las tropas de Kérensky no dispararan un solo tiro ni detuvieran a nadie; y que hubiera un gabinete de todos los partidos socialistas, excepto los bolcheviques. En representación del Smolny, Riazanov y Kámenev declararon que un gabinete de coalición era aceptable, pero criticaron las propuestas de Dan. Los socialrevolucionarios estaban divididos, pero el Comité Ejecutivo de los Sóviets Campesinos y los socialistas populares se negaron tajantemente a admitir a los bolcheviques. Tras una discusión encarnizada, se eligió una comisión para elaborar un plan factible.

La comisión estuvo discutiendo toda la noche, y el día y la noche siguientes. En una ocasión anterior, el 9 de noviembre, se había producido un intento parecido de conciliación, encabezado por Mártov y Gorki, pero, ante la proximidad de Kérensky y la actividad del Comité de Salvación, el ala derecha de los mencheviques y los socialrevolucionarios se retiró repentinamente. Ahora estaban sorprendidos por la aplastante derrota de la rebelión *yunker*.

El lunes 12 fue un día de incertidumbre. Los ojos de toda Rusia estaban puestos en la llanura gris, más allá de las puertas de Petrogrado, donde todas las tropas disponibles del antiguo régimen se enfrentaban al poder desorganizado de lo nuevo y lo desconocido. En Moscú se había declarado

una tregua. Los dos bandos parlamentaron, a la espera del resultado en la capital. Los delegados del Congreso de los Sóviets subían apresuradamente a los trenes que los llevarían de vuelta a casa, en cualquier rincón de Rusia, llevando consigo la cruz de fuego. La noticia del milagro se propagaba por todo el país como una ola y, a su estela, las ciudades y pueblos lejanos se agitaban y estallaban: los sóviets y los comités revolucionarios militares contra las dumas, *zemstvos* y los comisarios del Gobierno, los guardias rojos contra los blancos, combates callejeros y discursos apasionados… El resultado dependía de las noticias que llegaban de Petrogrado.

El Smolny estaba casi vacío, pero la duma se hallaba saturada de gente y de ruido. El viejo alcalde, muy digno, protestaba contra el llamamiento de los concejales bolcheviques.

—La duma no es el centro de la contrarrevolución —dijo en tono amistoso—. La duma no toma partido en esta lucha entre facciones. En este momento, al no haber un poder legal en el país, el único centro de orden es el Gobierno autónomo municipal. La población pacífica así lo reconoce, y las embajadas aceptan únicamente los documentos firmados por el alcalde de la ciudad. La mentalidad de los europeos no admite ninguna otra situación, porque el Gobierno autónomo municipal es el único órgano capaz de proteger los intereses de los ciudadanos. La ciudad debe mostrarse hospitalaria con todas las organizaciones que quieran aprovechar esa hospitalidad. Por consiguiente, la duma no puede impedir la distribución de ningún periódico dentro de su edificio. Nuestro campo de acción es cada vez mayor y se nos ha de conceder total libertad. Además, nuestros derechos deben ser respetados por los dos bandos.

»Somos completamente neutrales. Cuando la central telefónica fue ocupada por los *yunkers*, el coronel Polkovnikov ordenó desconectar los teléfonos del Smolny, pero yo protesté y los teléfonos siguieron funcionando.

Sus palabras suscitaron las risas irónicas de la bancada bolchevique e imprecaciones desde la derecha.

—No obstante —continuó Schreider—, nos consideran contrarrevolucionarios y nos denuncian ante la población. Se llevan nuestros últimos coches y nos dejan sin medios de transporte. Nosotros no tendremos la culpa si se declara una hambruna en la ciudad. Las protestas no sirven de nada.




Kobozev, miembro bolchevique de la junta municipal, mostró sus dudas respecto a la confiscación de los coches municipales por parte del Comité Revolucionario Militar. De ser cierto aquello, probablemente lo habría hecho alguien no autorizado, dada la situación de emergencia.

—El alcalde —continuó— nos pide que no convirtamos la duma en un mitin político. Pero los mencheviques y socialistas no hacen más que propaganda de partido, reparten sus periódicos ilegales en la puerta: el *Iskri* (La Chispa), el *Soldatski Golos* y la *Rabochaya Gazeta*, e incitan a la insurrección. ¿Qué pasaría si nosotros, los bolcheviques, empezáramos a repartir aquí nuestros periódicos? Pero no lo haremos porque respetamos a la duma. Nosotros no hemos atacado ni atacaremos al Gobierno autónomo municipal. Pero vosotros habéis hecho un llamamiento a la población, y nosotros nos creemos con derecho a hacer lo mismo.

Le siguió Shingariov, kadete, que dijo que no era posible entenderse con gente que debía comparecer ante el fiscal general y luego sería juzgada por traición. Volvió a proponer que se expulsara a todos los miembros bolcheviques de la duma, pero esto se aplazó, al no haber cargos personales contra ellos, que eran muy activos en el gobierno municipal.

Dos internacionalistas mencheviques dijeron que el llamamiento de los concejales bolcheviques era una incitación directa al derramamiento de

sangre.

—Si todo lo que está en contra de los bolcheviques es contrarrevolucionario —dijo Pinkévich—, entonces yo no sé la diferencia entre revolución y anarquía. Los bolcheviques se fundan en las pasiones de la multitud desenfrenada. Nosotros sólo contamos con la fuerza moral. Protestaremos contra las matanzas y la violencia de ambas partes, porque nuestro deber es buscar una salida pacífica.

—El cartel colgado en las calles bajo el título «A la picota», que incita al pueblo a acabar con los mencheviques y socialrevolucionarios —dijo Nazáriev—, es un crimen que vosotros, los bolcheviques, no podréis borrar. Los horrores de ayer no son más que el prefacio de lo que estáis propiciando con esa proclama. Yo siempre he intentado reconciliaros con otros partidos, pero ahora no siento por vosotros más que desprecio.

Los concejales bolcheviques, puestos en pie, gritaban furiosos, en medio de una lluvia de insultos roncos y gestos de rabia.

Al salir del salón, me encontré con el ingeniero municipal, el menchevique Gomberg, y con tres o cuatro reporteros. Todos estaban eufóricos.

—¿Ha visto? —dijeron—. Esos cobardes nos tienen miedo y no se atreven a arrestar a la duma. Su Comité Revolucionario Militar no quiere enviar a su delegado a este edificio. Hoy he visto en la esquina con la Sadovaya a un guardia rojo que intentaba impedir a un chaval que vendiera el *Soldatski Golos*. El chico se rio en su cara, y la gente quería linchar al bandido. Es sólo cuestión de horas. Aunque no llegara Kérensky, no tienen la gente necesaria para gobernar. ¡Es absurdo! He oído incluso que se pelean entre ellos en el Smolny.

Un socialrevolucionario, amigo mío, me llevó aparte.

—Sé dónde se esconde el Comité de Salvación —me dijo—. ¿Quieres ir a hablar con ellos?

Anochecía. La ciudad había vuelto a la normalidad: las persianas de las tiendas estaban cerradas, las farolas encendidas y una muchedumbre iba de un lado a otro, discutiendo.

Tras atravesar un pasaje en el número 86 de la Nevski, llegamos a un patio rodeado por grandes edificios de apartamentos. Mi amigo llamó de un modo extraño a la puerta del apartamento número 229. Se oyeron pasos apresurados y el golpe de una puerta al cerrarse. Luego se entreabrió la puerta principal y apareció el rostro de una mujer, que, tras observarnos durante un minuto, nos dejó entrar. La mujer, de mediana edad y apariencia tranquila,

gritó de repente: «¡No pasa nada, Kiríl!». En el comedor, donde humeaba un samovar en la mesa y había platos llenos de pan y pescado crudo, un hombre de uniforme salió de entre las cortinas y otro del baño, vestido de obrero. Estaban encantados de conocer a un periodista norteamericano. Un tanto complacidos, me dijeron que los bolcheviques los fusilarían sin dudarlo si los encontraban allí. No quisieron decirme sus nombres, pero los dos eran socialrevolucionarios.

—¿Por qué publican esas mentiras en sus periódicos? —les pregunté.

El oficial, sin sentirse ofendido, me respondió encogiéndose de hombros:

—Ya lo sé, pero ¿qué podemos hacer? Reconocerá usted que necesitamos crear un cierto estado de ánimo entre el pueblo.

El otro le interrumpió.

—Esto es una pura aventura por parte de los bolcheviques. No cuentan con intelectuales, los ministerios no funcionarán y Rusia no es una ciudad, sino un país entero. Conscientes de que sólo pueden durar unos días, hemos decidido ayudar a su opositor más fuerte, Kérensky, y contribuir a restablecer el orden.

—Todo eso está muy bien —dije yo—, pero ¿por qué se alían con los kadetes?

El falso obrero sonrió con franqueza.

—A decir verdad, en este momento las masas siguen a los bolcheviques. Nosotros no tenemos seguidores, al menos por ahora. No podemos movilizar ni a puñado de soldados y no disponemos de armas. Hasta cierto punto, los bolcheviques tienen razón. Actualmente sólo hay en Rusia dos partidos con alguna fuerza: los bolcheviques y los reaccionarios, que se esconden bajo el disfraz de los kadetes. Cuando destrocemos a los bolcheviques, iremos a por los kadetes.

—¿Los bolcheviques serán admitidos en el nuevo Gobierno?

—Eso es un problema —reconoció, rascándose la cabeza—. Naturalmente, si no los admiten, es probable que vuelvan a las andadas. De todas formas, tendrán la oportunidad de mantener el equilibrio de poder en la Asamblea Constituyente… Esto en el caso de que haya Asamblea Constituyente.

—Lo cual, por otra parte —dijo el oficial—, plantea la cuestión de admitir o no a los kadetes en el nuevo Gobierno, por las mismas razones. Usted sabe que en realidad los kadetes no quieren la Asamblea Constituyente. No, si se puede destrozar a los bolcheviques ahora.

Sacudió la cabeza.

—La política no es algo fácil para nosotros, los rusos. Ustedes, los norteamericanos, nacen siendo políticos. La política les ha acompañado toda la vida. En cambio, nosotros…

—¿Qué piensan ustedes de Kérensky? —pregunté.

—Oh, Kérensky es culpable de los pecados del Gobierno provisional —respondió el otro—. El propio Kérensky nos obligó a aceptar la coalición con la burguesía. Si hubiera dimitido, tal como amenazaba, se habría producido una nueva crisis ministerial a sólo dieciséis semanas del comienzo de la Asamblea Constituyente, y eso es algo que queríamos evitar.

—¿Y no ha ocurrido lo mismo de todas formas?

—Sí, pero ¿cómo íbamos a saberlo? Los Kérenskys y Avkséntievs nos engañaron. Gotz es un poco más radical. Yo apoyo a Chernov, que es un verdadero revolucionario. Hoy mismo, Lenin ha dicho que no se opondría a la entrada de Chernov en el Gobierno.

»También queríamos librarnos del gobierno de Kérensky, pero pensamos que era mejor esperar a la Constituyente. Al principio, yo estaba con los bolcheviques, pero el comité central de mi partido votó unánimemente en su contra. ¿Qué podía hacer yo? Era una cuestión de disciplina de partido.

»Dentro de una semana, el Gobierno bolchevique saltará por los aires. Si los socialrevolucionarios se quedaran a un lado, esperando, el gobierno les caería en las manos. Pero si esperamos una semana, el país estará tan desorganizado que los imperialistas alemanes saldrán vencedores. Por eso empezamos nuestra revuelta con sólo dos regimientos que prometían apoyarnos y que luego se volvieron contra nosotros. Solamente quedaban los *yunkers*.

—¿Y los cosacos?

El oficial suspiró.

—No se movieron. Al principio dijeron que saldrían si los apoyaba la infantería. También dijeron que tenían a sus hombres con Kérensky, y que ellos cumplían su parte. Luego, que siempre se les acusaba de ser los enemigos ancestrales de la democracia. Y acabaron diciendo: «Los bolcheviques prometen no quitarnos las tierras, así que no vemos ningún peligro para nosotros y permaneceremos neutrales».

Mientras hablábamos, no dejaba de entrar y salir gente, en su mayoría oficiales que se habían quitado las insignias. Los podíamos ver en el vestíbulo, y escuchábamos sus voces, quedas y vehementes. De vez en cuando, entre las cortinas medio abiertas, atisbábamos una puerta que daba a un baño, donde un oficial corpulento, con uniforme de coronel, estaba sentado

en el retrete, escribiendo algo en un cuaderno apoyado sobre su muslo. Reconocí al coronel Polkovnikov, antiguo comandante de Petrogrado, por cuya detención el Comité Revolucionario Militar habría pagado una fortuna.

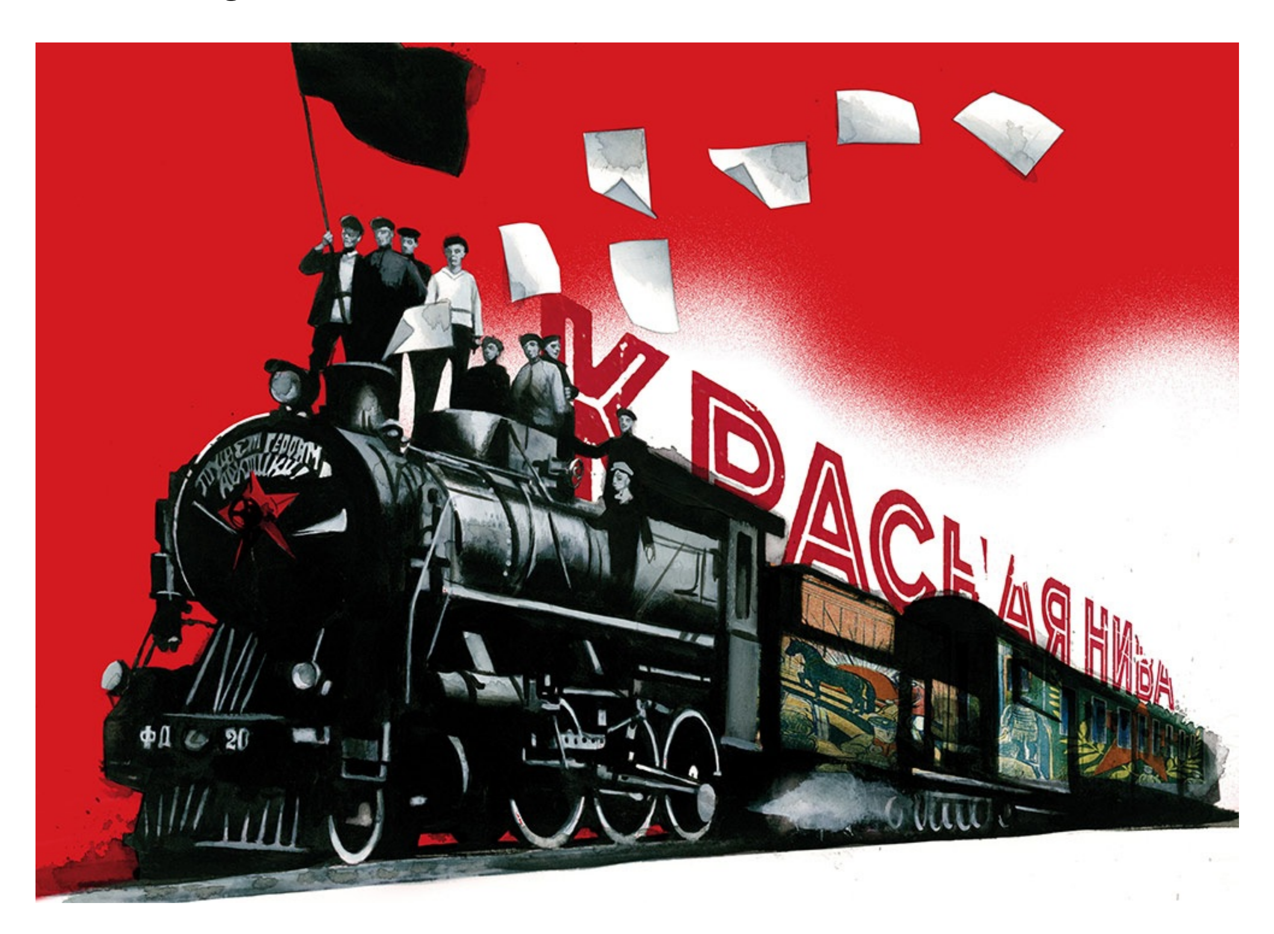
—¿Nuestro programa? —dijo el oficial—. Es el siguiente: entrega de la tierra a los comités agrarios, plena representación de los trabajadores en el control de la industria, un programa de paz enérgico, pero no un ultimátum al mundo como el que redactaron los bolcheviques. Ellos no pueden mantener sus promesas a la gente, ni siquiera dentro del país. No se lo permitiremos. Nos robaron el programa agrario para ganarse el apoyo de los campesinos, y eso es un fraude. Si hubieran esperado a la Asamblea Constituyente…

—¡No importa la Asamblea Constituyente! —interrumpió el otro—. Si los bolcheviques quieren implantar un Estado socialista, no colaboraremos con ellos de ninguna manera. Kérensky cometió un gran error. Dejó entrever a los bolcheviques lo que iba a hacer anunciando en el Consejo de la República que había ordenado su detención.

—¿Y qué piensan hacer ahora? —pregunté.

Los dos hombres se miraron.

—Lo verá usted dentro de unos días. Si hay suficientes tropas del frente en nuestro bando, no pactaremos con los bolcheviques. Si no, quizá nos veamos obligados a…



De nuevo en la Nevski, saltamos al estribo de un tranvía abarrotado de gente, cuya plataforma casi rozaba el suelo a causa del peso, y que cubría con agónica lentitud el trayecto de varios kilómetros hasta el Smolny.

Meshkovski, un hombre menudo, de aspecto frágil y aseado, cruzaba el vestíbulo con aire preocupado. Nos dijo que las huelgas en los ministerios estaban surtiendo efecto. Por ejemplo, el Consejo de los Comisarios del Pueblo había prometido publicar los tratados secretos, pero Neratov, el funcionario que estaba a cargo de dichos tratados, había desaparecido, llevándose consigo los documentos. Se suponía que estaban escondidos en la embajada británica.

Pero lo peor de todo era la huelga en los bancos.

—Sin dinero —dijo Menzhinski— no podemos hacer nada. Hay que pagar los sueldos de los ferroviarios y de los empleados de telégrafos. Los bancos están cerrados, incluido el Banco Estatal, que es clave en esta situación. Han sobornado a todos los trabajadores de banca rusos para que dejen de trabajar.

—Pero Lenin ha promulgado una orden para dinamitar las cámaras acorazadas del Banco Estatal, y acaba de salir un decreto que ordena a los bancos privados abrir mañana o, de lo contrario, los abriremos nosotros.

El Sóviet de Petrogrado estaba en plena ebullición, lleno de hombres armados. Trotski informaba de las últimas noticias.

—Los cosacos se están retirando de Krasnoye Selo. [*Hurras entusiastas*]. Pero la batalla no ha hecho más que empezar. En Púlkovo se libran violentos combates. Todas las tropas disponibles deben acudir allí rápidamente.

»Malas noticias desde Moscú. El Kremlin está en poder de los *yunkers*, y los obreros disponen de pocas armas. El resultado depende de Petrogrado.

»En el frente, los decretos sobre la paz y la tierra suscitan un gran entusiasmo. Kérensky inunda las trincheras con patrañas sobre un Petrogrado ensangrentado y en llamas, y cuentos sobre mujeres y niños asesinados por los bolcheviques, pero nadie le cree.

»Los acorazados *Oleg*, *Avrora* y *Respublika* están anclados en el Neva, con los cañones apuntando a los accesos de la ciudad.

—¿Por qué no estás con los guardias rojos? —gritó una voz ronca.

—Ahora mismo voy para allá —respondió Trotski, abandonando la tribuna.

Con el rostro algo más pálido de lo normal, cruzó la sala, rodeado de amigos solícitos, y se fue rápidamente hacia el coche que lo esperaba.

Luego habló Kámenev, que describió los procedimientos de la conferencia de reconciliación. Las condiciones del armisticio propuestas por los mencheviques, dijo, habían sido rechazadas con desdén. Hasta las secciones del Sindicato de Ferroviarios habían votado en contra de esa propuesta.

—Ahora que hemos tomado el poder y nos expandimos por toda Rusia —dijo— sólo nos piden tres cosas: entregar el poder, hacer que los soldados continúen la guerra y lograr que los campesinos se olviden de la tierra.

Lenin apareció un momento para responder a las acusaciones de los socialrevolucionarios:

—Nos acusan de robar su programa sobre la tierra. Si fuera cierta esta acusación, nos inclinamos ante ellos, porque ese programa nos parece muy válido.

La asamblea continuó con la misma intensidad. Uno tras otro, los líderes se explicaban, exhortaban, argumentaban. Uno tras otro, los soldados y obreros se levantaban para decir lo que pensaban y sentían. El auditorio, fluctuante, cambiaba y se renovaba continuamente. De vez en cuando entraba gente para avisar a los miembros de tal o cual destacamento que debían ir al frente. Otros, que habían sido relevados o heridos, o venían al Smolny a por armas o equipamiento, entraban en tropel.

Eran casi las tres de la madrugada cuando, al salir de la sala, nos topamos con Holtzman, del Comité Revolucionario Militar, que venía corriendo, con el rostro encendido.

—¡Esto marcha! —exclamó, estrechándome las manos—. Ha llegado un telegrama del frente. Kérensky ha sido derrotado. ¡Mira!

Me enseñó una hoja de papel, garabateada con lápiz, y, viendo que no entendíamos la letra, leyó en voz alta:

> Púlkovo. Estado Mayor. 2:10 a.m.
>
> La noche del 30 al 31 de octubre[22] pasará a la historia. El intento de Kérensky de movilizar nuevamente a las tropas contrarrevolucionarias contra la capital de la revolución ha sido claramente derrotado. Kérensky retrocede y nosotros avanzamos. Los soldados, marineros y obreros de Petrogrado han demostrado que pueden imponer e impondrán, con las armas y con las manos, la voluntad y la autoridad de la democracia. La burguesía ha tratado de aislar al ejército

revolucionario y Kérensky ha intentado aplastarlo con la fuerza de los cosacos, pero ambos planes han sufrido una derrota lastimosa.

La grandiosa idea del dominio de la democracia obrera y campesina ha unido al Ejército y fortalecido su voluntad. A partir de ahora el país entero se convencerá de que el poder de los sóviets no es algo efímero, sino un hecho irremediable. La derrota de Kérensky es la derrota de los terratenientes, la burguesía y los kornilovistas en general. La derrota de Kérensky es la confirmación del derecho de la gente a una vida libre y pacífica, a la tierra, al pan y al poder. El destacamento de Púlkovo, con su acción valerosa, ha reforzado la causa de la revolución obrera y campesina. No hay vuelta atrás. Nos esperan luchas, obstáculos y sacrificios, pero el camino está despejado y la victoria es segura.

La Rusia revolucionaria y el poder del sóviet pueden estar orgullosos del destacamento de Púlkovo, que actúa bajo el mando del coronel Walden. ¡Eterna memoria para los caídos! ¡Gloria a los guerreros de la revolución, y a los soldados y oficiales que fueron leales al pueblo!

¡Larga vida a la Rusia revolucionaria, popular y socialista!

En nombre del Consejo,

L. TROTSKI,
comisario del pueblo…

Al pasar por la plaza Znamenski, de camino a casa, vimos más gente de lo habitual delante de la Estación de trenes de Nicolás. Allí se habían congregado varios millares de marineros, armados con rifles.

En la escalera, un miembro del Vikzhel les daba explicaciones.

—Camaradas, no podemos llevaros a Moscú. Somos neutrales y no transportamos tropas de ningún bando. No podemos llevaros a Moscú, donde ya ha estallado una terrible guerra civil.

La plaza entera lanzó un rugido y los marineros empezaron a avanzar. De pronto, se abrió otra puerta y por ella aparecieron dos o tres guardafrenos y un bombero.

—¡Por aquí, camaradas! —gritó uno de ellos—. ¡Tomaremos Moscú, o Vladivostok si queréis! ¡Larga vida a la revolución!

# CAPÍTULO 9

## LA VICTORIA

Orden número 1
*A las tropas del*
*destacamento de Púlkovo*
13 de noviembre
de 1917, 9:38 a. m.

Tras un combate encarnizado, las tropas del destacamento de Púlkovo han expulsado por completo a las fuerzas contrarrevolucionarias, que abandonaron sus posiciones en desbandada y que, tras refugiarse en Tsárskoye Seló, se han replegado hacia Pávlovsk II y Gátchina.

Nuestras avanzadillas han ocupado el extremo noreste de Tsárskoye Seló y la Estación Aleksándrovskaya. A nuestra derecha teníamos al destacamento de Kolpino y, a la izquierda, el de Krasnoye Selo. He ordenado a las tropas que ocupen Pavlovskoye para reforzar los accesos, especialmente en la parte de Gátchina.

También les he ordenado ocupar Tsárskoye Seló, fortificar la parte sur y tomar las vías férreas hasta Dno.

Las tropas tomarán todas las medidas necesarias para reforzar las posiciones que ocupen, levantando trincheras u otras construcciones defensivas, y se mantendrán en estrecho contacto con los destacamentos de Kolpino y de Krasnoye Selo, así como con el Estado Mayor del comandante en jefe para la defensa de Petrogrado.

Firmado,

El comandante en jefe de las fuerzas enemigas de
las tropas contrarrevolucionarias de Kérensky.

Teniente coronel Muraviov

Martes por la mañana. ¿Cómo era posible? Apenas dos días antes, los campos de Petrogrado estaban llenos de bandas que vagaban sin jefes, sin víveres, sin munición, ni plan. ¿Qué había convertido a aquella multitud desorganizada de guardias rojos y soldados rasos en un ejército obediente al alto mando elegido por ellos mismos, templado para enfrentarse y vencer el ataque de la caballería cosaca[ap]?

Los pueblos sublevados saben cómo romper los precedentes militares. Recordemos los ejércitos andrajosos de la Revolución francesa: Valmy y las líneas de Weissembourg. Las tropas soviéticas se enfrentaban en bloque a los *yunkers*, a los cosacos, a los terratenientes, a la nobleza, a las Centurias Negras, al regreso del zar, a la Ojrana, a las cadenas siberianas y a la gran y terrible amenaza alemana. La victoria, en palabras de Carlyle, significaba «apoteosis y prosperidad sin fin».

La noche del domingo, mientras los comisarios del Comité Revolucionario Militar volvían desesperados del campo de batalla, la guarnición de Petrogrado eligió a su Comité de los Cinco, su Estado Mayor de combate, compuesto por tres soldados y dos oficiales, todos ellos libres de sospecha contrarrevolucionaria. Al mando estaba el coronel Muraviov, antiguo patriota, un hombre eficiente pero al que había que vigilar de cerca. En Kolpino, en Obujovo, en Púlkovo y en Krasnoye Selo se crearon destacamentos provisionales, que fueron creciendo a medida que llegaban los rezagados de los alrededores: soldados varios, marineros, guardias rojos, secciones de regimientos, infantería, caballería y artillería, todos mezclados, y algunos carros blindados.

Las avanzadillas cosacas de Kérensky se pusieron en contacto al amanecer. Se oyeron tiros dispersos y órdenes de rendirse. En la inhóspita llanura, a través del aire frío y sereno propagaba el ruido de batalla, que llegaba a oídos de las bandas errantes, reunidas en torno a sus pequeñas fogatas, esperando. ¡Así pues, aquello estaba empezando! Marcharon hacia el campo de batalla, y las hordas de obreros, apretando el paso, inundaron las rectas carreteras. Así, convergieron espontáneamente sobre todos los puntos de ataque grupos de hombres exasperados. Los comisarios los recibían y les asignaban sus puestos y tareas. Aquellos hombres luchaban por su mundo. Ellos mismos habían elegido a sus oficiales. En aquel momento, esa voluntad múltiple e inconexa era una sola voluntad.

Los que participaron en la lucha me contaron que los marineros lucharon hasta quedarse sin cartuchos, y luego se lanzaron al ataque; que los obreros sin instrucción militar atacaron a los cosacos que cargaban contra ellos, derribándolos de sus caballos; que la multitud anónima que se había reunido por la noche en torno al campo de la batalla, creció como una marea que ahogó al enemigo. El lunes, antes de la medianoche, los cosacos se dispersaron y huyeron, abandonando la artillería, y el ejército del proletariado se desplegó por todo el frente hasta Tsárskoye, antes de que el enemigo pudiera destruir la gran estación inalámbrica, desde la que los comisarios del Smolny empezaron a lanzar al mundo mensajes victoriosos.

A TODOS LOS SÓVIETS DE DIPUTADOS OBREROS Y SOLDADOS

> El 12 de noviembre, en un sangriento combate librado cerca de Tsárskoye Seló, el ejército revolucionario ha derrotado a las tropas contrarrevolucionarias de Kérensky y Kornílov. En nombre del Gobierno revolucionario, ordeno a todos los regimientos que actúen contra los enemigos de la democracia revolucionaria, tomen las medidas necesarias para arrestar a Kérensky, y combatan la aventura que amenaza las conquistas de la revolución y la victoria del proletariado.
>
> ¡Larga vida al ejército revolucionario!
>
> MURAVIOV

Llegaron novedades de las provincias.

En Sebastopol, el sóviet local había tomado el poder. Una multitudinaria asamblea de los marineros de los buques que estaban anclados en la bahía había obligado a sus oficiales a cerrar filas y jurar lealtad al nuevo Gobierno. El sóviet tenía el control de Nizhni Nóvgorod. Desde Kazán llegaban noticias de una batalla en las calles, que había enfrentado a los *yunkers* y a una brigada de artillería contra la guarnición bolchevique.

Había estallado de nuevo una lucha encarnizada en Moscú. Los *yunkers* y los guardias rojos controlaban el Kremlin y el centro de la ciudad, atacados por todas partes por las tropas del Comité Revolucionario Militar. La artillería del sóviet, desplegada en la plaza Skóbelev, bombardeaba la sede de la duma municipal, la prefectura y el Hotel Metropol. Se habían arrancado los adoquines de la Tverskaya y la Nikitskaya para construir trincheras y

barricadas. Una lluvia de metralla azotaba las sedes de los grandes bancos y empresas. No había luz ni teléfono, y la población burguesa vivía en los sótanos. El último boletín decía que el Comité Revolucionario Militar había lanzado un ultimátum al Comité de Salud Pública, exigiendo la rendición inmediata del Kremlin, o de lo contrario sería bombardeado.

«¡Bombardear el Kremlin! —gritaba la gente—. ¡No se atreverán!».

Desde Vólogda a Chitá, en la lejana Siberia, de Pskov a Sebastopol, en el mar Negro, en ciudades grandes y en pueblos pequeños, la guerra civil estalló con violencia. De millares de fábricas, comunas campesinas, regimientos, ejércitos y barcos en alta mar, llegaban a Petrogrado los mensajes de apoyo al Gobierno popular.

El Gobierno cosaco de Novocherkask telegrafió a Kérensky:

> El Gobierno de las tropas cosacas invita al Gobierno provisional y a los miembros del Consejo de la República a venir a Novocherkask, donde podemos organizar conjuntamente la lucha contra los bolcheviques.

También en Finlandia reinaba una gran agitación. El Sóviet de Helsingfors y el Tsentrobalt (Comité Central de la Flota Báltica) proclamaron conjuntamente el estado de sitio y declararon que cualquier intento de entorpecer a las tropas bolcheviques o de resistirse a sus órdenes con las armas sería duramente reprimido. Al mismo tiempo, el Sindicato de Ferroviarios finlandés convocó una huelga general en todo el país para que se aplicaran las leyes aprobadas por la Dieta socialista de junio de 1917, disuelta por Kérensky.

A primera hora de la mañana me fui para el Smolny. Cuando caminaba por la larga pasarela de madera, vi desde la puerta de entrada los primeros copos de nieve, finos e intermitentes, que caían del cielo gris.

—¡Nieve! —exclamó complacido el soldado que custodiaba la puerta—. Es buena para la salud.

Dentro del edificio, los largos pasillos sombríos y las lóbregas habitaciones parecían desiertos. Nada se movía en aquella inmensa mole. Un rumor sordo e intermitente llegó a mis oídos, y al mirar a mi alrededor, vi que todo el suelo estaba cubierto de hombres que dormían. Hombres toscos y mugrientos, obreros y soldados, salpicados de barro, tirados a un lado o amontonados, con la despreocupación de los muertos. Algunos llevaban

vendajes andrajosos y manchados de sangre. Había rifles y cartucheras esparcidos por el suelo. ¡Ése era el victorioso ejército proletario!

En el comedor de arriba, dormían tan hacinados que apenas se podía andar. El aire estaba viciado y por las ventanas empañadas entraba una pálida luz. Encima del mostrador, había un samovar abollado y un montón de vasos con posos de té. Al lado, una copia del último boletín del Comité Revolucionario Militar, puesta boca abajo y cubierta de torpes garabatos. Era un homenaje escrito por un soldado a sus compañeros caídos en la lucha contra Kérensky, tal como lo había dejado antes de echarse a dormir en el suelo. El papel estaba manchado de lo que parecían lágrimas.

| | | | |
|---|---|---|---|
| Alekséi Vinográdov | A. Voskresenski | S. Stólbikov | V. Laidanski |
| D. Maskvin | D. Leonski | D. Preobrazhenski | M. Bérchikov |

Estos hombres fueron reclutados el 15 de noviembre de 1916. Sólo tres de ellos siguen con vida.

Mijaíl Bérchikov
Alekséi Voskresenski
Dmitri Leonski

Dormid, águilas guerreras, y reposad en paz, porque os habéis ganado, hermanos, la dicha y el descanso eternos.
Unidos también bajo tierra, en la tumba, ¡dormid, ciudadanos!

Sólo el Comité Revolucionario Militar seguía funcionando sin descanso. Skripnik salió de la sala interior y dijo que Gotz había sido arrestado, pero que se había negado en redondo a firmar la proclama del Comité de Salvación, como sí había hecho Avkséntiev, y que el Comité de Salvación había rechazado el llamamiento a la guarnición. Skripnik añadió que aún había desafección entre los regimientos de la ciudad. El regimiento Volinski, por ejemplo, se había negado a luchar contra Kérensky.

Varios destacamentos de tropas «neutrales», con Chernov a la cabeza, se hallaban en Gátchina, intentando convencer a Kérensky de que suspendiera su ataque contra Petrogrado.

—Ahora no puede haber nadie «neutral» —dijo, riendo—. ¡Hemos ganado!

Su rostro afilado y barbudo se iluminó con una exaltación casi religiosa.

—Han llegado más de sesenta delegados del frente, con el apoyo garantizado de todos los ejércitos salvo las tropas del frente rumano, de las

que no tenemos noticia. Los comités del Ejército han censurado las noticias de Petrogrado, pero nosotros tenemos un sistema de correos que funciona con normalidad.

Kámenev acababa de entrar en el vestíbulo, agotado pero contento, tras la sesión nocturna de la conferencia para formar un nuevo Gobierno.

—Los socialrevolucionarios están dispuestos a admitirnos en el nuevo Gobierno —me dijo—. Los grupos del ala derecha tienen miedo a los tribunales revolucionarios y, presas del pánico, exigen que los disolvamos antes de cualquier otra cosa. Hemos aceptado la propuesta del Vikzhel de formar un ministerio de hegemonía socialista, y en eso trabajan ahora. Todo esto se debe a nuestra victoria. Cuando éramos débiles, no nos querían a ningún precio, y ahora todo el mundo es partidario de llegar a un acuerdo con los sóviets. Lo que necesitamos es una victoria realmente decisiva. Kérensky quiere un armisticio, pero tendrá que rendirse[aq].

Ése era el espíritu de los jefes bolcheviques. Trotski respondió a un periodista extranjero que le pedía una declaración ante el mundo:

—En este momento la única declaración posible es la que hacemos por boca de nuestros cañones.

Pero, bajo esa sensación de victoria, había un fondo de ansiedad por el problema de las finanzas. En vez de abrir los bancos, tal como había ordenado el Comité Revolucionario Militar, el Sindicato de Empleados de Banca se había reunido y se había declarado en huelga. El Smolny había pedido 35 millones de rublos al Banco Estatal, pero el encargado de la caja había cerrado las cámaras acorazadas y sólo entregaba dinero a los representantes del Gobierno provisional. Los reaccionarios usaban el Banco Estatal como un arma política. Así, cuando el Vikzhel pidió dinero para pagar los salarios de los ferroviarios, le dijeron que lo reclamara al Smolny.

Fui al Banco Estatal a ver al nuevo comisario, un bolchevique ucraniano y pelirrojo, llamado Petrovich, que intentaba poner orden en el caos derivado de la huelga. En las oficinas de aquel lugar inmenso, los voluntarios, obreros, soldados y marineros, sudando y con la lengua fuera, leían los libros de contabilidad con gesto concentrado y aturdido.

El edificio de la duma estaba abarrotado. Todavía se escuchaban algunos desafíos al Gobierno provisional, pero eran escasos. El Comité Agrario Central había hecho un llamamiento a los campesinos, ordenándoles que no reconocieran el Decreto sobre la Tierra aprobado por el Congreso de los Sóviets, porque dicho decreto causaría el desorden y la guerra civil. El alcalde

Schreider anunció que, debido a la insurrección bolchevique, la elección a la Asamblea Constituyente quedaba aplazada de forma indefinida.

Dos cuestiones parecían ocupar todas las mentes, conmocionadas por la brutalidad de la guerra civil: en primer lugar, una tregua de las matanzas[ar], y, en segundo lugar, la formación de un nuevo Gobierno. Ya nadie hablaba de «acabar con los bolcheviques», y casi nadie de excluirlos del Gobierno, excepto los socialistas populares y los sóviets campesinos. Hasta el Comité Central del Ejército de la Stavka, el enemigo más acérrimo del Smolny, telefoneó desde Maguilov: «Si para formar el nuevo ministerio es necesario entenderse con los bolcheviques, aceptamos que entren en minoría en el gabinete».

El *Pravda* llamó irónicamente la atención sobre los «sentimientos humanitarios» de Kérensky y publicó el mensaje de éste al Comité de Salvación:

> De acuerdo con las propuestas del Comité de Salvación y de todas las organizaciones democráticas reunidas en torno a él, he suspendido toda actuación militar contra los rebeldes. Se ha enviado un delegado para entablar negociaciones. Tomad las medidas necesarias para detener estas matanzas inútiles.

El Vikzhel envió un telegrama a todo el país:

> La Conferencia del Sindicato de Ferroviarios y los representantes de los dos bandos beligerantes, que admiten la necesidad de llegar a un acuerdo, protestan enérgicamente contra el uso del terrorismo político en la guerra civil, especialmente entre diferentes facciones de la democracia revolucionaria, y declaran que el terrorismo político, en cualquiera de sus formas, está en contradicción con la idea misma de las negociaciones para formar un nuevo Gobierno.

La conferencia envió delegaciones al frente de Gátchina. En la conferencia misma, el acuerdo final parecía inminente. Incluso se había decidido elegir un Consejo Provisional del Pueblo, compuesto por cuatrocientos miembros: setenta y cinco representando al Smolny, setenta y cinco al antiguo Tsik, y el resto, repartido entre las dumas municipales, los sindicatos, los comités agrarios y los partidos políticos. Se habló de Chernov

como el nuevo presidente, y se rumoreaba que Lenin y Trotski quedarían excluidos.

Hacia el mediodía me encontraba de nuevo delante del Smolny, hablando con el conductor de una ambulancia que salía para el frente revolucionario. ¿Podía ir con él? ¡Naturalmente! Él era un voluntario, estudiante de universidad, y mientras circulábamos por la calle, se giró y me soltó algunas frases en un alemán execrable: «*Also, gut! Wir mach die Kasernen zu essen gehen!*». Yo entendí que íbamos a comer en algún cuartel.

Tras girar en la Kirochnaya, entramos en un patio inmenso, rodeado de edificios militares, y subimos por una escalera oscura hasta un cuarto de techo bajo, iluminado por una sola ventana. En una larga mesa de madera estaban sentados unos veinte soldados, que comían *shchi* (sopa de repollo) con cucharas de madera de una gran tinaja, hablando y riendo ruidosamente.

—¡Bienvenido al Comité del 6.º Batallón de Reserva de Zapadores! —exclamó mi amigo, presentándome como un socialista norteamericano.

Al oír aquello, todos se levantaron a estrecharme la mano, y un viejo soldado me abrazó y me besó efusivamente. Luego me dieron una cuchara de madera y ocupé mi sitio en la mesa. Trajeron otra tinaja, llena de *kasha*, una enorme hogaza de pan negro y, naturalmente, las inevitables teteras. Enseguida se pusieron a hacerme preguntas sobre Estados Unidos. ¿Era cierto que en un país libre la gente vendía sus votos por dinero? De ser así, ¿cómo hacían para conseguir lo que querían? ¿Qué pasaba con lo del «Tammany[23]»? ¿Era cierto que en un país libre un pequeño grupo de gente podía controlar una ciudad entera y explotarla en su propio beneficio? ¿Por qué el pueblo aguantaba aquello? Esas cosas no podían ocurrir en Rusia, ni siquiera en época del zar. Es cierto que siempre hubo chanchullos, pero comprar y vender una ciudad entera, llena de gente… ¡Y en un país libre! ¿Es que el pueblo no tenía ningún sentimiento revolucionario? Yo traté de explicarles que, en mi país, la gente intentaba cambiar las cosas mediante la ley.

—Por supuesto —asintió un joven sargento, llamado Baklanov, que hablaba francés—. Pero ustedes tienen una clase capitalista altamente desarrollada, ¿no? Por consiguiente, la clase capitalista controlará las leyes y los tribunales. Así, ¿cómo puede el pueblo cambiar las cosas? Estoy dispuesto a dejarme convencer porque no conozco su país, pero eso me parece increíble.

Le dije que iba a Tsárskoye Seló.

—Yo también —dijo de pronto Baklanov.

—¡Y yo!

—¡Y yo!

Toda la sala decidió en el acto marchar a Tsárskoye Seló.

En ese momento llamaron a la puerta. Cuando se abrió, apareció la figura del coronel. Nadie se levantó, pero todos lo recibieron con gritos de júbilo.

—¿Puedo pasar? —preguntó el coronel.

—*Prosim! Prosim!* —le respondieron efusivamente.

El coronel, un hombre alto y distinguido, con una capa de piel de cabra bordada en oro, entró sonriendo.

—Me ha parecido oír que vais a Tsárskoye Seló, camaradas —dijo—. ¿Puedo ir con vosotros?

Baklanov se quedó pensando.

—Creo que hoy no hay nada que hacer por aquí —respondió—. Sí, camarada, estaremos encantados de que vengas con nosotros.

El coronel le dio las gracias y, tras sentarse, se sirvió un vaso de té.

Baklanov me explicó en voz baja, para no herir el orgullo del coronel:

—Verá, yo soy el presidente del comité. Nosotros tenemos el control absoluto del batallón, excepto en combate. Entonces delegamos el mando en el coronel. En combate se han de obedecer sus órdenes, pero él es responsable ante nosotros. En el cuartel, nos debe pedir permiso antes de emprender cualquier acción. Podría decirse que es un consejero delegado.

Nos repartieron armas, revólveres y rifles («Puede que nos encontremos con algunos cosacos») y nos apretujamos en una ambulancia, junto con tres grandes paquetes de periódicos para el frente. Bajamos por la Liteini y luego por la avenida Zagorodni. A mi lado estaba sentado un joven con las hombreras de teniente, que parecía hablar todas las lenguas europeas con la misma fluidez. Era miembro del comité del batallón.

—No soy bolchevique —me dijo muy tajante—. Mi familia es de la antigua nobleza. Yo, podría decirse que soy kadete.

—¿Pero cómo…? —dije, perplejo.

—Oh, sí, soy miembro del comité. No escondo mis opiniones políticas, pero a los otros no les importa, porque saben que yo creo que no hay que oponerse a la voluntad de la mayoría. Sin embargo, me he negado a tomar parte en esta guerra civil porque no soy partidario de empuñar las armas contra mis hermanos rusos.

—¡Provocador! ¡Kornilovista! —le gritaron los otros en broma, palmeándole el hombro.

Tras cruzar el arco gris de piedra de la Puerta de Moscú, cubierto de jeroglíficos dorados, macizas águilas imperiales y los nombres de los zares,

desembocamos rápidamente en la ancha y recta carretera, gris por la primera nevada. Estaba llena de guardias rojos, que, gritando y cantando, caminaban hacia el frente revolucionario, mientras otros volvían, pálidos y cubiertos de barro. La mayoría parecían niños. Mujeres con palas, algunas con rifles y bandoleras, otras con el brazalete de la Cruz Roja. Las mujeres de los suburbios, encorvadas y ajadas de tanto trabajar. Escuadrones de soldados que marchaban desacompasados, bromeando amistosamente con los guardias rojos; marineros de aspecto torvo; niños con paquetes de comida para sus padres; todos ellos iban o venían trabajosamente sobre el barro blanquecino que cubría los adoquines de la carretera con un espesor de varios centímetros. Dejamos atrás los cañones, que tintineaban hacia el sur en sus carros; camiones en ambas direcciones, repletos de hombres armados; ambulancias llenas de heridos procedentes del campo de batalla; y un carro campesino, que avanzaba lentamente, chirriando, y en el que iba sentado un muchacho de rostro pálido, doblado sobre su vientre herido, gimiendo de dolor. En los campos, a ambos lados, mujeres y ancianos cavaban trincheras y montaban alambradas de púas.

Las nubes se alejaron rápidamente hacia el norte y salió un sol mortecino. Petrogrado brilló en la llanura pantanosa. A la derecha, cúpulas abombadas y pináculos blancos, dorados y coloridos; a la izquierda, chimeneas altas, algunas de las cuales lanzaban un humo negro; y más allá, el cielo encapotado sobre Finlandia. A ambos lados, había iglesias y ministerios. De vez en cuando veíamos un monje, que miraba pasar en silencio al ejército proletario que llenaba el camino.

La carretera se bifurcaba en Púlkovo. Nos detuvimos en medio de una muchedumbre, a la que llegaban riadas humanas desde tres direcciones y donde los amigos, emocionados, se encontraban para felicitarse y comentar la batalla. La hilera de casas que daba al cruce de caminos tenía marcas de bala, y el suelo embarrado estaba pisoteado en un kilómetro a la redonda. Allí se había librado una lucha feroz. A poca distancia, caballos cosacos sin jinete corrían en círculo, presas del hambre, porque el pasto de la llanura hacía tiempo que se había marchitado. Justo delante de nosotros, un guardia rojo intentó montar uno, pero se cayó una y otra vez, lo que hizo las delicias de un millar de hombretones, que se reían como niños.

El camino de la izquierda, por el que se habían retirado los supervivientes cosacos, subía por una pequeña colina hasta una aldea, desde la que había una vista espectacular de la inmensa llanura, gris como un mar en calma, con las nubes borrascosas en lo alto y la ciudad imperial, que regurgitaba sus millares

de habitantes por todos los caminos. Más lejos, a la izquierda, se veía la pequeña colina de Krasnoye Selo, la plaza de armas del campamento de verano de la guardia imperial, y la granja imperial. A media distancia, nada rompía la monotonía de la llanura salvo unos pocos monasterios y conventos amurallados, algunas fábricas aisladas y varios edificios con parcelas abandonadas, que eran manicomios y orfanatos.

—Aquí —dijo el conductor mientras subíamos una colina yerma— es donde ha muerto Vera Slútskaya. Sí, la diputada bolchevique de la duma. Ocurrió esta mañana temprano. Iba en un coche con Zalking y otro hombre. Tras declararse una tregua, salieron para las trincheras del frente. Iban hablando y riendo cuando, de repente, alguien vio el coche y lanzó un mortero desde el tren blindado en el que viajaba el propio Kérensky. El proyectil alcanzó y mató a Vera Slútskaya.

Llegamos a Tsárskoye, muy animado por los héroes jactanciosos de las tropas revolucionarias. El palacio donde se había instalado el sóviet se había vuelto un lugar muy concurrido. El patio estaba lleno de guardias rojos y marineros, había centinelas en las puertas y un flujo de correos y comisarios que entraba y salía. En la sala del sóviet se había dispuesto un samovar, alrededor del cual cincuenta obreros, soldados, marineros y oficiales tomaban té y hablaban a gritos. En una esquina, dos operarios trataban torpemente de hacer funcionar una máquina multigráfica. En la mesa del centro, el gigantesco Dybenko, inclinado sobre un mapa, marcaba las posiciones de las tropas con lápices rojos y azules. Como siempre, en su mano libre llevaba una enorme pistola de acero azul. Luego se sentó delante de una máquina de escribir y se puso a teclear con un solo dedo. Cada poco tiempo paraba un instante, cogía la pistola y hacía girar el tambor amorosamente.

En un sofá pegado a la pared, estaba tumbado un joven obrero. Dos guardias rojos se inclinaban sobre él, pero los demás no le prestaban ninguna atención. Tenía un agujero en el pecho. A cada latido de su corazón, la sangre le salía a borbotones por la ropa. Tenía los ojos cerrados, y su rostro joven y barbudo estaba verdoso. Todavía respiraba, despacio y débilmente, y cada vez que tomaba aire, suspiraba: «*Mir boudit! Mir boudit!*» (¡Llega la paz! ¡Llega la paz!).

Dybenko me miró cuando entramos.

—¡Ah! —le dijo a Baklanov—. Camarada, ¿puedes ir a la oficina del comandante y tomar el mando? Espera, te haré una credencial.

Se fue a la máquina de escribir y tecleó lentamente las letras.

El nuevo comandante de Tsárskoye Seló y yo nos dirigimos al Palacio Ekaterina. Baklanov estaba muy emocionado y ufano. Varios guardias rojos registraban el mismo salón blanco y recargado, mientras mi viejo amigo, el coronel, permanecía de pie junto a la ventana, mordisqueándose el bigote. Me saludó como a un hermano largo tiempo desaparecido. En una mesa, cerca de la puerta, estaba sentado el besarabio francés. Los bolcheviques le habían ordenado quedarse y continuar su trabajo.

—¿Qué puedo hacer? —murmuró—. La gente como yo no puede luchar ni en un bando ni en otro en una guerra como ésta, por mucho que nos repugne de forma instintiva la dictadura de las masas. Lo único que lamento es estar lejos de mi madre y de Besarabia.

Baklanov se hizo cargo oficialmente de la oficina del comandante.

—Aquí tiene las llaves de mi escritorio —dijo el coronel, nervioso.

Un guardia rojo le interrumpió.

—¿Dónde está el dinero? —le preguntó bruscamente.

El coronel pareció sorprendido.

—¿Dinero? ¿Qué dinero? ¡Ah, se refiere al cofre! Está ahí —dijo el coronel—. Tal como lo encontré cuando tomé posesión del cargo hace tres días.

—¿Y las llaves?

—No tengo llaves —respondió el coronel, encogiéndose de hombros.

El guardia rojo le miró con desprecio.

—Muy oportuno —dijo.

—Vamos a abrirlo. Trae un hacha. El camarada norteamericano lo descerrajará y apuntará lo que hay dentro.

Empuñé el hacha. El cofre de madera estaba vacío.

—Que lo detengan —dijo el guardia rojo maliciosamente—. Es un hombre de Kérensky. Ha robado el dinero y se lo ha dado a él.

Baklanov no quería hacerlo.

—Oh, no —dijo—. Fue su antecesor kornilovista. Él no es culpable.

—¡Maldita sea! —dijo el guardia rojo—. Te digo que es un hombre de Kérensky. Si no lo detienes tú, lo haré yo. Lo llevaremos a Petrogrado y lo encerraremos en la fortaleza de Pedro y Pablo, el lugar que le corresponde.

Los otros guardias rojos asintieron con un gruñido y el coronel, lanzándonos una mirada lastimera, fue conducido allí.

Delante del palacio del sóviet, un camión salía para el frente. Media docena de guardias rojos, algunos marineros y uno o dos soldados, bajo el mando de un obrero gigantesco, treparon al vehículo y me gritaron que

subiera. Unos guardias rojos salieron del cuartel, tambaleándose bajo el peso de pequeñas bombas cargadas de *grubit* (que, por lo que dicen, es diez veces más fuerte y cinco veces más sensible que la dinamita), y las tiraron al camión. Cargaron un cañón de tres pulgadas y lo amarraron a la cola del camión con cuerdas y alambres. El camión rebotaba de un lado a otro y las bombas de *grubit* rodaban a nuestros pies, golpeándose contra las paredes del camión.

El gigantesco guardia rojo, que se llamaba Vladímir Nikoláyevich, me bombardeó con preguntas sobre Estados Unidos: ¿por qué Estados Unidos ha entrado en la guerra?, ¿están los trabajadores norteamericanos preparados para derrocar a los capitalistas?, ¿cómo va el caso Mooney?, ¿van a extraditar a Berkman a San Francisco? Y otras preguntas del estilo, muy difíciles de responder, formuladas a gritos en medio del estruendo del camión, mientras nos sujetábamos unos a otros y bailábamos entre las bombas que rebotaban.

De vez en cuando, una patrulla intentaba detenernos. Los soldados se lanzaban a nuestro paso, gritando «*Stoi!*» y empuñando el fusil, pero no les hacíamos caso.

—¡Al diablo! —gritaban los guardias rojos—. Nosotros no paramos por nadie. ¡Somos guardias rojos!

Y seguíamos avanzando tan campantes, mientras Vladímir Nikoláyevich me hablaba a voces sobre la internacionalización del canal de Panamá y otras cosas parecidas.

—¿Dónde está el frente, camaradas?

El marinero al mando se detuvo y se rascó la cabeza.

—Esta mañana estaba a medio kilómetro por esta carretera —dijo—, pero ahora el maldito frente no está en ninguna parte. Hemos andado sin parar y no lo hemos encontrado.

Se subieron al camión y reanudamos la marcha. Pasado un kilómetro y medio, Vladímir Nikoláyevich aguzó el oído y gritó al conductor que parara.

—¡Disparos! —dijo—. ¿Los oís?

Durante unos instantes se hizo un silencio sepulcral, y luego, un poco más adelante y a la izquierda, se oyeron tres disparos consecutivos. Ese lado de la carretera estaba rodeado por espesos bosques. Avanzamos lentamente, muy nerviosos y hablando en voz baja, hasta que el camión estuvo casi enfrente del lugar donde se habían escuchado los disparos. Una vez en tierra, nos dispersamos, cada uno con su rifle, y penetramos sigilosamente en el bosque.

Entretanto, dos camaradas soltaron el cañón y lo giraron hasta que apuntó lo más posible a nuestras espaldas.

El bosque estaba en silencio. Las hojas habían desaparecido y los troncos mostraban un color pálido y amarillento bajo el débil y oblicuo sol de otoño. No se movía nada, excepto el hielo de los pequeños charcos que crujían bajo nuestros pies. ¿Se trataría de una emboscada?

Avanzamos sin más sobresaltos hasta que los árboles empezaron a clarear, y entonces nos detuvimos. Más allá, en un pequeño claro, tres soldados estaban sentados en torno a una pequeña fogata, totalmente despreocupados.

Vladímir Nikoláyevich se adelantó.

—¡*Zra'zvuitye*, camaradas! —les gritó, respaldado por un cañón, veinte rifles y un cargamento de bombas de *grubit*. Los soldados se pusieron en pie de un salto.

—¿Qué eran esos disparos, hace un momento?

Uno de los soldados respondió, aliviado:

—Éramos nosotros, camarada. Estábamos disparando a un par de conejos.

El camión salió a toda velocidad para Romanov, en la mañana clara y desierta. En el primer cruce de caminos, dos soldados se plantaron delante de nosotros, agitando los rifles, así que frenamos y nos detuvimos.

—¡Los salvoconductos, camaradas!

Los guardias rojos gritaron, indignados:

—¡Somos guardias rojos! ¡No necesitamos salvoconductos! ¡Tú sigue, no les hagas caso!

Pero un marinero objetó:

—Esto no está bien, camaradas. Debemos respetar la disciplina revolucionaria. Imaginad que llegan contrarrevolucionarios en un camión y dicen: «¡No necesitamos salvoconductos!». Estos camaradas no os conocen.

Se produjo un debate. Uno tras otro, sin embargo, los marineros y soldados respaldaron al primero. A regañadientes, los guardias rojos sacaron sus mugrientos *bugama* (documentos). Todos eran parecidos, excepto el mío, que había sido expedido por el Estado Mayor revolucionario del Smolny. Los centinelas me pidieron que les acompañara. Los guardias rojos protestaron enérgicamente, pero el marinero que había hablado antes insistió:

—Nosotros sabemos que éste es un verdadero camarada —dijo—. Pero hay órdenes del comité, y esas órdenes han de obedecerse. Es la disciplina revolucionaria.

Para no causar problemas, me bajé del camión, que se alejó rápidamente por la carretera, mientras todo el grupo me decía adiós con la mano. Los soldados, tras deliberar un momento en voz baja, me llevaron hacia una pared

y me pusieron contra ella. De pronto, una idea cruzó por mi mente. ¡Iban a fusilarme!

No se veía un alma por ningún lado. El único signo de vida era el humo que salía de la chimenea de una dacha, una casa laberíntica que estaba a medio kilómetro de la carretera. Los dos soldados salieron a la carretera y yo corrí tras ellos.

—¡Pero, camaradas, mirad esto! ¡Es el sello del Comité Revolucionario Militar!

Se quedaron mirando mi salvoconducto como dos pasmarotes, y luego se miraron el uno al otro.

—Es distinto de los otros —dijo uno hoscamente—. Nosotros no sabemos leer, camarada.

Cogiéndole del brazo, le dije:

—¡Ven! Vamos a esa casa. Seguro que allí habrá alguien que sepa leer.

Se quedaron dudando.

—No —dijo uno de ellos.

El otro me miró de arriba abajo.

—¿Por qué no? —murmuró—. Al fin y al cabo, matar a un inocente es un delito grave.

Fuimos hasta la puerta de la casa y llamamos. Abrió una mujer bajita y rechoncha, que retrocedió alarmada.




—¡Yo no sé nada de ellos! ¡Yo no sé nada! —balbució.

Cuando uno de mis guardianes sacó el salvoconducto, la mujer se puso a gritar.

—Sólo queremos que lo lea, camarada.

La mujer cogió el papel, recelosa, y leyó rápidamente en voz alta:

> El portador de este salvoconducto, John Reed, es representante de la socialdemocracia estadounidense, internacionalista…

De nuevo en la carretera, los dos soldados volvieron a deliberar.

—Tenemos que llevarle al comité del regimiento.

En la oscuridad creciente del crepúsculo, echamos a andar por la carretera embarrada. De vez en cuando nos encontrábamos con algún grupo de soldados, que se paraban y me rodeaban, mirándome amenazantes, mientras se pasaban el salvoconducto y discutían acaloradamente si debían o no fusilarme.

Era de noche cuando llegamos al cuartel del 2.º Regimiento de Fusileros de Tsárskoye Seló, unos edificios bajos que bordeaban el camino. Los soldados que andaban por la entrada se pusieron a hacer preguntas, inquietos.

¿Es un espía? ¿Un provocador? Subimos por una escalera de caracol y salimos a una sala grande y vacía, con una enorme estufa en el centro y filas de catres en el suelo, donde un millar de soldados jugaba a las cartas, charlaba, cantaba y dormía. En el techo había un boquete irregular, abierto por los cañones de Kérensky.

Me quedé en la entrada. Se hizo un hosco silencio en todos los grupos, que se volvieron y me miraron fijamente. De pronto, empezaron a moverse, primero lenta y luego rápidamente, bramando, con el rostro lleno de odio.

—¡Camaradas! ¡Camaradas! —gritó uno de mis guardianes—. ¡El comité, por favor!

El grupo se cerró a mi alrededor, murmurando. Un joven esbelto, que llevaba un brazalete rojo, se abrió paso entre la multitud.

—¿Quién es éste? —preguntó bruscamente.

Los guardias se lo explicaron.

—¡A ver ese documento!

Lo leyó detenidamente, mirándome de soslayo. Luego sonrió y me dio el salvoconducto.

—Camaradas, es un compañero norteamericano. Yo soy el presidente del comité y te doy la bienvenida al regimiento.

De pronto se escuchó un murmullo que creció hasta convertirse en un saludo clamoroso, y los soldados se acercaron a estrecharme la mano.

—¿No has cenado? Nosotros sí. Irás al club de oficiales, donde hay algunos que hablan tu idioma.

Me condujo por un patio hasta la puerta de otro edificio. En ese momento entraba un joven de aspecto aristocrático, con las hombreras de teniente. El presidente me presentó y, tras estrecharme la mano, se fue.

—Soy Stepán Gueórguievich Morovski, para servirle —dijo el teniente en un perfecto francés.

Una imponente escalera, iluminada por candelabros resplandecientes, llevaba desde el recargado vestíbulo al segundo piso, donde había mesas de billar, salas de juego y una biblioteca que daba al rellano. Entramos en el comedor. En el centro, alrededor de una larga mesa estaban sentados cerca de una veintena de oficiales completamente uniformados, con sus espadas de empuñadura en oro y plata, las cintas y cruces de las condecoraciones imperiales. Todos se levantaron educadamente cuando entré, y me hicieron sitio junto al coronel, un hombre grande e imponente, de barba gris. Los ordenanzas servían diestramente la cena y el ambiente era el de cualquier comedor de oficiales de Europa. ¿Dónde estaba la revolución?

—¿Usted no es bolchevique? —le pregunté a Morovski.

Los comensales sonrieron, pero sorprendí a dos o tres mirando furtivamente a los ordenanzas.

—No —respondió mi amigo—. Sólo hay un oficial bolchevique en este regimiento y hoy está en Petrogrado. El coronel es menchevique. El capitán Jerlov, aquí presente, es kadete. Yo soy socialrevolucionario del ala derecha. He de decirle que la mayor parte de los oficiales del ejército no son bolcheviques y, como yo, creen en la democracia y en que deben seguir a la masa de los soldados.

Acabada la cena, trajeron los mapas y el coronel los desplegó sobre la mesa. El resto se amontonó alrededor para verlos.

—Éstas —dijo el coronel, señalando unas marcas de lápiz— eran nuestras posiciones esta mañana. Vladímir Kirílovich, ¿dónde está tu compañía?

El capitán Jerlov dijo:

—De acuerdo con las órdenes, ocupamos la posición a lo largo de esta carretera. Karsavin me relevó a las cinco en punto.

En ese momento se abrió la puerta de la sala y apareció el presidente del comité del regimiento, acompañado de otro soldado. Se unieron al grupo, detrás del coronel, y miraron atentamente el mapa.

—Bien —dijo el coronel—. Los cosacos han retrocedido diez kilómetros en nuestro sector. No creo que sea necesario tomar posiciones avanzadas. De momento, esta noche mantendréis la línea actual, reforzando las posiciones mediante…

—Con permiso —interrumpió el presidente del comité del regimiento—. Las órdenes son avanzar a toda velocidad y estar listos para enfrentarnos por la mañana con los cosacos al norte de Gátchina. Necesitamos una victoria aplastante, así que le ruego que tome las disposiciones necesarias.

Tras un breve silencio, el coronel volvió al mapa.

—Muy bien —dijo con otro tono—. Stepán Gueórguievich, preste atención…

Trazando las líneas con su lápiz azul, dio las órdenes, mientras un sargento tomaba notas taquigráficas. Luego el sargento se retiró y volvió al cabo de diez minutos con las órdenes mecanografiadas y un duplicado. El presidente del comité, con una copia de las órdenes delante de él, se puso a estudiar el mapa.

—De acuerdo —dijo, levantándose.

Dobló la copia y se la metió en el bolsillo. Luego firmó la otra, estampándola con un sello redondo que sacó de su bolsillo, y se la entregó al

coronel.

¡Ésa era la revolución!

Volví al palacio del sóviet de Tsárskoye en un coche del Estado Mayor del regimiento. La misma multitud de obreros, soldados y marineros que entraban y salían, la misma acumulación de camiones, carros blindados y cañones delante de la puerta, y los gritos y risas de una victoria insólita. Media docena de guardias rojos, en medio de los cuales iba un sacerdote, se abrió camino. Según dijeron, era el padre Iván, que había bendecido a los cosacos cuando entraron en la ciudad. Luego oí que lo habían fusilado[as].

Dybenko salió entonces a dar órdenes rápidas a diestro y siniestro, empuñando su gran revólver. Un coche esperaba junto al bordillo con el motor encendido. Dybenko se subió él solo al asiento de atrás y se fue a Gátchina a derrotar a Kérensky.

Hacia el anochecer, llegó a las afueras de la ciudad y siguió a pie. Nadie sabe qué les dijo Dybenko a los cosacos, pero lo cierto es que el general Krasnov, su Estado Mayor y varios miles de cosacos se rindieron y aconsejaron a Kérensky que hiciese lo mismo[at].

En lo que respecta a Kérensky, reproduzco aquí la declaración hecha por el general Krasnov la mañana del 14 de noviembre:

> Gátchina, 14 de noviembre de 1917. Hoy, alrededor de las tres (a.m.), fui citado por el comandante supremo (Kérensky). Lo encontré agitado y muy nervioso.
>
> —General —me dijo—, usted me ha traicionado. Sus cosacos dicen que van a detenerme y entregarme a los marineros.
>
> —Sí, se habla de eso —respondí—, y sé que no cuenta usted con simpatías en ninguna parte.
>
> —Pero los oficiales dicen lo mismo.
>
> —Sí, son sobre todo los oficiales los que están descontentos con usted.
>
> —¿Qué puedo hacer? ¡Debería suicidarme!
>
> —Si es usted un hombre cabal, debe ir inmediatamente a Petrogrado con una bandera blanca y presentarse ante el Comité Revolucionario Militar para negociar como jefe del Gobierno provisional.
>
> —De acuerdo. Eso haré, general.
>
> —Le pondré una escolta y pediré que le acompañe un marinero.
>
> —No, un marinero no. ¿Sabe si es verdad que Dybenko está aquí?
>
> —No sé quién es Dybenko.

> —Es mi enemigo.
> —No hay nada que hacer. Cuando se apuesta fuerte, hay que saber jugar.
> —Sí, saldré esta noche.
> —Eso sería huir. Márchese tranquila y abiertamente, para que todo el mundo vea que no huye.
> —Muy bien. Pero tiene que darme una escolta en la que pueda confiar.
> —De acuerdo.
> Salí y llamé al cosaco Ruskov, del 10.º Regimiento del Don, y le ordené que eligiera a diez cosacos para acompañar al comandante supremo. Al cabo de media hora, los cosacos volvieron para decirme que Kérensky no estaba en el cuartel y que había huido. Di la alarma y ordené que lo buscaran, suponiendo que no podía haber salido de Gátchina, pero no lo encontraron.

Así fue como huyó Kérensky, solo y «disfrazado de marinero», y ese acto le hizo perder toda la popularidad que aún pudiera tener entre el pueblo ruso.

Volví a Petrogrado en el asiento delantero de un camión, conducido por un obrero y lleno de guardias rojos. No teníamos queroseno, así que íbamos con las luces apagadas. La carretera estaba abarrotada por el ejército proletario que volvía a casa y por las nuevas reservas que ocupaban su lugar. Camiones enormes como el nuestro, columnas de artillería, carretas, apenas se atisbaban en la noche, pues iban sin luces, como nosotros. Seguimos avanzando a toda velocidad, dando volantazos a diestro y siniestro para evitar choques que parecían inevitables y haciendo chirriar las ruedas, bajo una lluvia de insultos de los peatones.

En el horizonte resplandecían las luces de la capital, incomparablemente más bella de noche que de día, como un montón de joyas en la árida llanura.

El viejo obrero sujetaba el volante con una mano, mientras con la otra señalaba exultante la ciudad que brillaba a lo lejos.

—¡Ya eres mía! —exclamó con el rostro iluminado—. ¡Mi Petrogrado!

# CAPÍTULO 10




El Comité Revolucionario Militar mantuvo una actividad febril tras su victoria:

> 14 de noviembre.
> A todos los cuerpos, comités de división y regimiento, y a todos los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos.
> Conforme al acuerdo entre los cosacos, *yunkers*, soldados, marineros y obreros, se ha decidido llevar a Aleksandr Fiódorovich Kérensky ante un tribunal del pueblo. Pedimos que se arreste a Kérensky y ordenamos, en nombre de la organización mencionada anteriormente, que vaya inmediatamente a Petrogrado a presentarse ante el tribunal.
> Firmado,
>
> Los cosacos de la Primera División de Caballería de Ussur;
> el comité de *yunkers* del Destacamento de Francotiradores
> de Petrogrado; el delegado del 5.º Ejército
> El comisario del pueblo, DYBENKO

El Comité de Salvación, la duma y el Comité Central del Partido Social-Revolucionario, que reivindicaban con orgullo a Kérensky como uno de los suyos, protestaron enérgicamente, alegando que sólo podía ser imputado ante la Asamblea Constituyente.

La noche del 16 de noviembre vi a dos mil guardias rojos desfilando por la avenida Zagorodni, detrás de una banda militar que tocaba *La Marsellesa*. ¡Qué apropiado resultaba ese himno, con las banderas rojas ondeando sobre las oscuras filas de obreros para dar la bienvenida a sus hermanos que volvían

tras defender el «Petrogrado rojo»! En el frío crepúsculo marchaban los hombres y mujeres, balanceando las bayonetas en lo alto, por calles débilmente iluminadas y resbaladizas a causa del barro, en medio de una multitud silenciosa de burgueses, a la vez desdeñosos y asustados.

Todos estaban en su contra: empresarios, especuladores, inversores, terratenientes, oficiales del ejército, políticos, profesores, estudiantes, profesionales liberales, comerciantes, administrativos, representantes. Los otros partidos socialistas sentían un odio implacable por los bolcheviques. En el bando de los sóviets estaban las bases obreras, los marineros, los soldados que aún no estaban desmoralizados, los campesinos sin tierras y pocos, muy pocos, intelectuales.

De los rincones más lejanos de la gran Rusia, donde estalló una oleada de combates callejeros, llegaban noticias de la derrota de Kérensky, que aumentaron el clamor de la victoria proletaria. De Kazán, Sarátov, Nóvgorod, Vinnitsa, donde corría la sangre en las calles. De Moscú, donde los bolcheviques habían dirigido su artillería contra el último bastión de la burguesía: el Kremlin.

«¡Están bombardeando el Kremlin!». La noticia corrió de boca en boca por las calles de Petrogrado, sembrando el terror. Viajeros llegados de Moscú («la madre blanca y reluciente») contaban historias espantosas. Millares de muertos, las calles Tverskaya y Kuznetski en llamas, la iglesia de Vasili Blazheni convertida en una ruina humeante; la catedral de Uspenski se desplomaba; la torre Spásskaya del Kremlin se tambaleaba; la duma había ardido completamente[au].

Nada de lo que habían hecho los bolcheviques podía compararse con ese espantoso sacrilegio en el corazón de la santa Rusia. En los oídos devotos resonaba el impacto de los cañonazos contra la fachada de la iglesia ortodoxa rusa, reduciendo a polvo el santuario de la nación.

El 15 de noviembre, Lunacharsky, comisario de Educación, rompió a llorar en el Consejo de los Comisarios del Pueblo y salió corriendo de la sala, gritando:

—¡No lo aguanto! ¡No soporto la destrucción monstruosa de la belleza y la tradición!

Esa misma tarde se publicó su carta de dimisión en los periódicos:

> Me acabo de enterar, por gente llegada de Moscú, de lo que ha ocurrido allí.

> La catedral de San Basilio Bendito y la de la Asunción están siendo bombardeadas. El Kremlin, que alberga actualmente los principales tesoros artísticos de Petrogrado y Moscú, es blanco de la artillería, y hay millares de víctimas.
>
> Allí, la lucha terrible ha alcanzado tintes de feroz salvajismo.
>
> ¿Qué queda por ver? ¿Qué más puede ocurrir?
>
> No puedo soportarlo, han colmado mi paciencia. No aguanto estos horrores y me resulta imposible trabajar abrumado por pensamientos que me enloquecen.
>
> Por eso, abandono el Consejo de los Comisarios del Pueblo.
>
> Soy plenamente consciente de la gravedad de esta decisión, pero no aguanto más[av].

Ese mismo día se rindieron los guardias rojos y los *yunkers* del Kremlin, y se les dejó marchar sanos y salvos. El tratado de paz decía lo siguiente:

1. El Comité de Sanidad Pública ha dejado de existir.
2. La Guardia Roja entrega las armas y se disuelve. Los oficiales conservarán la espada y las armas de mano reglamentarias. Las escuelas militares tendrán únicamente las armas necesarias para la instrucción. El resto serán devueltas por los *yunkers*. El Comité Revolucionario Militar garantiza la libertad e inviolabilidad de todas las personas.
3. Para resolver la cuestión del desarme, tal como se expone en la sección 2, se nombrará una comisión especial, compuesta por representantes de todas las organizaciones que han participado en las negociaciones de paz.
4. A partir de la firma de este tratado de paz, ambas partes ordenarán inmediatamente el alto el fuego y el cese de todas las operaciones militares, y tomarán medidas para asegurar el estricto cumplimiento de esta orden.
5. Tras la firma del tratado, se liberará a todos los prisioneros capturados por ambas partes.

Hacía dos días que los bolcheviques controlaban la ciudad. Los ciudadanos, aterrados, salían lentamente de los sótanos para ver a sus muertos, y se estaban quitando las barricadas. Sin embargo, en vez de disminuir, las historias de destrucción en Moscú seguían multiplicándose. Inducidos por esos espantosos relatos, decidimos ir allí.

Después de todo, Petrogrado, a pesar de ser durante un siglo la sede del Gobierno, sigue siendo una ciudad artificial. Moscú es la Rusia real, la Rusia que fue y será. En Moscú íbamos a conocer los verdaderos sentimientos del pueblo ruso hacia la revolución. La vida allí era más intensa.

Durante la semana anterior, el Comité Revolucionario Militar de Petrogrado, con la ayuda de las bases ferroviarias, se había hecho con el control de la línea Nicolás y enviado al sudoeste montones de trenes, cargados de guardias rojos. Nos dieron salvoconductos del Smolny, sin los cuales nadie podía salir de la capital. Cuando el tren entró en la estación, una multitud de soldados harapientos, cargados con enormes sacos de víveres, asaltaron las puertas, rompieron las ventanas y se colaron en los compartimentos, ocupando los pasillos e incluso trepando al techo. Tres de nosotros logramos meternos en un compartimento, pero veinte soldados entraron casi al momento. Sólo había sitio para cuatro personas. Discutimos, protestamos, y el revisor nos apoyó, pero los soldados se echaron a reír. ¿Tenían que preocuparse por la comodidad de un montón de *boorzhui* (burgueses)? Cuando sacamos nuestros salvoconductos del Smolny, cambiaron de actitud al instante.

—¡Vamos, camaradas! —exclamó uno—. Son *tovarishchi* norteamericanos. Han recorrido treinta mil kilómetros para ver nuestra revolución y están cansados, como es natural.

Disculpándose cortés y amistosamente, los soldados empezaron a salir. Poco después los oímos invadir otro compartimento ocupado por dos rusos rollizos y bien vestidos, que habían sobornado al revisor y se habían cerrado con llave.

Hacia las siete de la tarde salimos de la estación. El inmenso tren, arrastrado por una pequeña locomotora de leña, traqueteaba lentamente y hacía muchas paradas. Los soldados que viajaban encima del techo taconeaban y cantaban melancólicas canciones campesinas. El pasillo, tan abarrotado que era imposible pasar, fue el escenario de encendidos debates políticos durante toda la noche. De vez en cuando venía el revisor a pedir los billetes por pura rutina. Encontró muy pocos, aparte de los nuestros y, después de media hora de discusiones inútiles, levantó los brazos, desesperado, y se marchó. El ambiente era sofocante, lleno de humo y olor a humanidad. Si no hubiera sido porque las ventanas estaban rotas, seguro que nos habríamos asfixiado durante la noche.

Por la mañana, con un retraso de varias horas, miramos al mundo nevado. Hacía un frío atroz. Hacia el mediodía, subió una campesina con una cesta

llena de mendrugos de pan y un gran termo de achicoria tibia. Desde ese momento hasta el anochecer, no hubo nada más que el tren abarrotado y traqueteante, que de vez en cuando paraba en estaciones donde una multitud famélica se lanzaba en picado sobre el escaso bufé y lo dejaba limpio. En una de esas paradas me encontré con Nogin y Rykov, los comisarios disidentes, que volvían a Moscú a quejarse ante su sóviet[24]. Un poco más lejos vi a Bujarin, un hombrecillo de barba roja y ojos de fanático, «más izquierdista que Lenin», según decían.

Cuando sonaron los tres toques de campana volvimos corriendo al tren, abriéndonos paso a través del pasillo abarrotado y ruidoso. Una multitud pacífica soportaba las incomodidades con humor y paciencia, mientras debatía acerca de todo, desde la situación en Petrogrado al sistema sindical británico, y discutía ruidosamente con los pocos *boorzhui* que iban en el tren. Antes de llegar a Moscú, casi todos los vagones habían organizado un comité para asegurar y distribuir alimentos, y estos comités se dividieron por grupos políticos, que reñían por los principios fundamentales.

La estación de Moscú estaba desierta. Fuimos a la oficina del comisario para asegurarnos los billetes de vuelta. Era un joven hosco con las insignias de teniente. Cuando le enseñamos nuestros documentos del Smolny, se puso hecho una furia y dijo que él no era bolchevique y que representaba al Comité de Salud Pública. Era típico: en el torbellino general que acompañaba a la conquista de la ciudad, los vencedores se habían olvidado de la principal estación de trenes.

No había un taxi a la vista. Sin embargo, unas pocas manzanas más abajo despertamos a un *izvozchik*, forrado con un grotesco capote, que dormía en la cabina de su pequeño trineo.

—¿Cuánto por ir al centro de la ciudad?

—Los señores no encontrarán habitación en ningún hotel —dijo, rascándose la cabeza—. Pero los llevaré por cien rublos.

¡Antes de la revolución, el viaje costaba dos rublos! Ante nuestras protestas, el *izvozchik* se limitó a encogerse de hombros.

—Hace falta mucho valor para conducir un trineo hoy en día —dijo.

No logramos que bajara de los cincuenta rublos. Mientras nos deslizábamos a toda velocidad por las calles nevadas y mal iluminadas, nos contó sus andanzas durante los seis días de combates.

—Mientras circulaba o esperaba para coger a alguno en la esquina —dijo —, de repente, ¡bum!, una bala de cañón explotando por aquí, otra por allá, ¡ratatatá!, una ametralladora… Salía corriendo mientras esos granujas

disparaban por todas partes. Llego a una calle tranquila, me paro a echar una cabezadita y, ¡bum!, otro cañonazo, ¡ratatatá! ¡Malditos granujas! ¡Brrrr!

En el centro de la ciudad, las calles, cubiertas de nieve, iban recuperando la calma. Sólo había algunas farolas encendidas y los escasos transeúntes cruzaban la calle a toda prisa. De la enorme llanura llegaba un viento helado y cortante. En el primer hotel en el que entramos, la oficina estaba iluminada por dos velas.

—Sí, tenemos habitaciones muy cómodas, pero todas las ventanas están rotas por los disparos. Si al señor no le importa un poco de aire fresco…

A lo largo de la Tverskaya, los escaparates estaban rotos y había agujeros de bala y adoquines arrancados en la calle. Todos los hoteles estaban llenos, o los dueños tan asustados que no sabían decir más que: «¡No hay habitaciones! ¡No hay habitaciones!». En las calles principales, donde se encontraban los grandes bancos y las casas comerciales, la artillería bolchevique había disparado de forma indiscriminada. Como me dijo un oficial soviético: «Cuando no sabíamos dónde estaban los *yunkers* y los guardias rojos, bombardeábamos sus huchas».

Finalmente nos alojaron en el gran Hotel Nacional, porque éramos extranjeros y el Comité Revolucionario Militar había prometido proteger las viviendas de éstos. El director nos enseñó varias ventanas destrozadas por la metralla en la última planta.

—¡Qué animales! —dijo, agitando el puño ante bolcheviques imaginarios —. Pero espere, que ya les llegará su hora. Dentro de pocos días caerá su ridículo Gobierno y entonces los haremos sufrir.

Tras cenar en un restaurante vegetariano, con el sugerente nombre de «No me como a nadie» y la imagen de Tolstói bien visible en las paredes, nos aventuramos a la calle.

La sede del Sóviet de Moscú estaba en el palacio del antiguo gobernador general, un imponente edificio blanco que daba a la plaza Skóbelev. Guardias rojos custodiaban la puerta. Al final de la ancha y elegante escalera, cuyas paredes estaban cubiertas con anuncios de reuniones de comités y manifiestos de partidos políticos, atravesamos una serie de salas de techos altos, decoradas con cuadros de marcos dorados, cubiertos con telas rojas, y llegamos al salón oficial, con sus magníficas arañas de cristal y sus cornisas doradas. Un murmullo de voces, complementado con el sordo zumbido de multitud de máquinas de coser, llenaba la sala. Enormes rollos de tela de algodón roja y negra se desplegaban como serpientes por el suelo entarimado y encima de las mesas, donde un centenar de mujeres cortaba y cosía

banderines y estandartes para el funeral de los muertos por la revolución. Los rostros de aquellas mujeres estaban ajados y endurecidos por las penalidades. Trabajaban muy serias, muchas de ellas con los ojos rojos por el llanto. Las bajas del ejército rojo habían sido numerosas.

En una esquina, sentado en una mesa, estaba Rogov, un hombre con rostro inteligente, barba y gafas, vestido con la camisa negra de obrero, que nos invitó a marchar con el Comité Ejecutivo Central en el cortejo fúnebre a la mañana siguiente.

—¡Es imposible enseñar nada a los socialrevolucionarios y mencheviques! —exclamó—. Se han acostumbrado a pactar. ¡Figúrese! No han propuesto celebrar un funeral juntamente con los *yunkers*.

Un hombre con una casaca andrajosa y un *shapka*, cuyo rostro me resultaba familiar, vino hacia nosotros, cruzando la sala. Era Melnichanski, a quien yo había conocido como el George Melcher en Bayonne, Nueva Jersey, durante la gran huelga de la Standard Oil. Me dijo que ahora era secretario del Sindicato de los Trabajadores del Metal de Moscú, y comisario del Comité Revolucionario Militar durante el combate.

—¡Mírame! —exclamó, señalando sus ropas ajadas—. Yo estaba con los muchachos en el Kremlin la primera vez que llegaron los *yunkers*. Me encerraron en el sótano y me quitaron el abrigo, el dinero, el reloj y hasta el anillo que llevaba en el dedo. ¡Ésta es la única ropa que me queda!

Me contó muchos detalles de la sangrienta batalla de seis días que había dividido en dos a Moscú. A diferencia de Petrogrado, en Moscú la duma municipal había asumido el mando de los *yunkers* y los guardias rojos. Rúdnev, el alcalde, y Minor, presidente de la duma, habían dirigido las actividades del Comité de Seguridad Pública y de las tropas. Riabtsev, comandante de la ciudad y hombre de talante democrático, había vacilado en enfrentarse al Comité Revolucionario Militar, pero la duma le había obligado. Fue el alcalde quien incitó a ocupar el Kremlin.

—Nunca se atreverán a dispararos allí dentro —dijo.

Un regimiento de la guarnición, muy desmoralizado tras la larga inactividad, había sido tentado por los dos bandos. Tras reunirse, decidió permanecer neutral y continuar con lo que estaba haciendo, que consistía en vender caucho y pipas.

—Lo peor de todo —dijo Melnichanski— es que tuvimos que organizarnos mientras luchábamos. El otro bando sabía exactamente lo que quería, pero, en el nuestro, los soldados y los obreros tenían cada uno su propio sóviet. Hubo una riña espantosa sobre quién debía ser el comandante

en jefe. Algunos regimientos estuvieron discutiendo durante días antes de tomar una decisión y, cuando al final nos abandonaron los oficiales, no teníamos Estado Mayor que diera las órdenes.

Me describió escenas muy gráficas. Un día, se encontraba él en la esquina de la Nikitskaya, azotada por ráfagas de ametralladora. Se había reunido allí un grupo de chiquillos, niños de la calle que solían vender periódicos. Chillando excitados, como si se tratara de un nuevo juego, esperaban a que el tiroteo amainara y después intentaban cruzar la calle corriendo. Muchos murieron, pero los otros seguían corriendo adelante y atrás, riendo y retándose unos a otros.

A última hora de la tarde fui al Dvorianskoye Sobranie, el club de los nobles, donde se iban a reunir los bolcheviques para analizar el informe de Nogin, Rykov y los otros diputados que habían abandonado el Consejo de los Comisarios del Pueblo.

La reunión se celebró en un teatro, donde, durante el antiguo régimen, grupos aficionados representaban las últimas obras francesas ante un público de oficiales y damas rutilantes.

Al principio, la sala estaba llena de intelectuales, que eran los que vivían cerca del centro. Habló Nogin, y muchos de los oyentes lo secundaron plenamente. Los trabajadores no llegaron hasta muy tarde, porque los barrios obreros estaban en las afueras y los tranvías se encontraban fuera de servicio. Pero hacia la medianoche, empezaron a amontonarse en las escaleras, en grupos de diez o veinte, aquellos rudos hombretones, vestidos con ropas toscas, recién llegados de la línea de combate, donde habían luchado ferozmente durante una semana, viendo morir a sus compañeros.

En cuanto se abrió oficialmente la reunión, Nogin recibió una tormenta de abucheos y gritos airados. En vano, trató de argumentar y explicarse, pero no quisieron escucharle. Había abandonado el Consejo de los Comisarios del Pueblo y dejado su puesto en pleno fragor de la batalla. En cuanto a la prensa burguesa, en Moscú ya no quedaba ni rastro de ella. Hasta la duma municipal se había disuelto[ax]. Bujarin se levantó, colérico, lógico, con una voz profunda y contundente. Los presentes le escucharon con los ojos brillantes. Se redactó una resolución para apoyar la actuación del Consejo de los Comisarios del Pueblo, que fue aprobada por una abrumadora mayoría. Así hablaba Moscú…

Bien entrada la noche, recorrimos las calles desiertas y, atravesando la Puerta de Iberia, llegamos a la gran Plaza Roja, delante del Kremlin. La iglesia de Vasili Blazheni se perfilaba fantasmagórica, con sus cúpulas

retorcidas, ostentosas y brillantes, envueltas en la penumbra. No mostraba daños aparentes. En un lado de la plaza, se alzaban sombrías las torres y paredes del Kremlin. En los altos muros titilaba la luz rojiza de fuegos ocultos, y a través de la inmensa plaza nos llegaban voces y el ruido de picos y palas. Cruzamos.

Al pie de la muralla había montículos hechos de tierra y piedras. Subimos por ellos y desde arriba vimos dos enormes zanjas, de tres o cuatro metros de profundidad y cuarenta y cinco metros de longitud, donde cientos de soldados y obreros cavaban a la luz de grandes fogatas.

Un joven soldado nos habló en alemán:

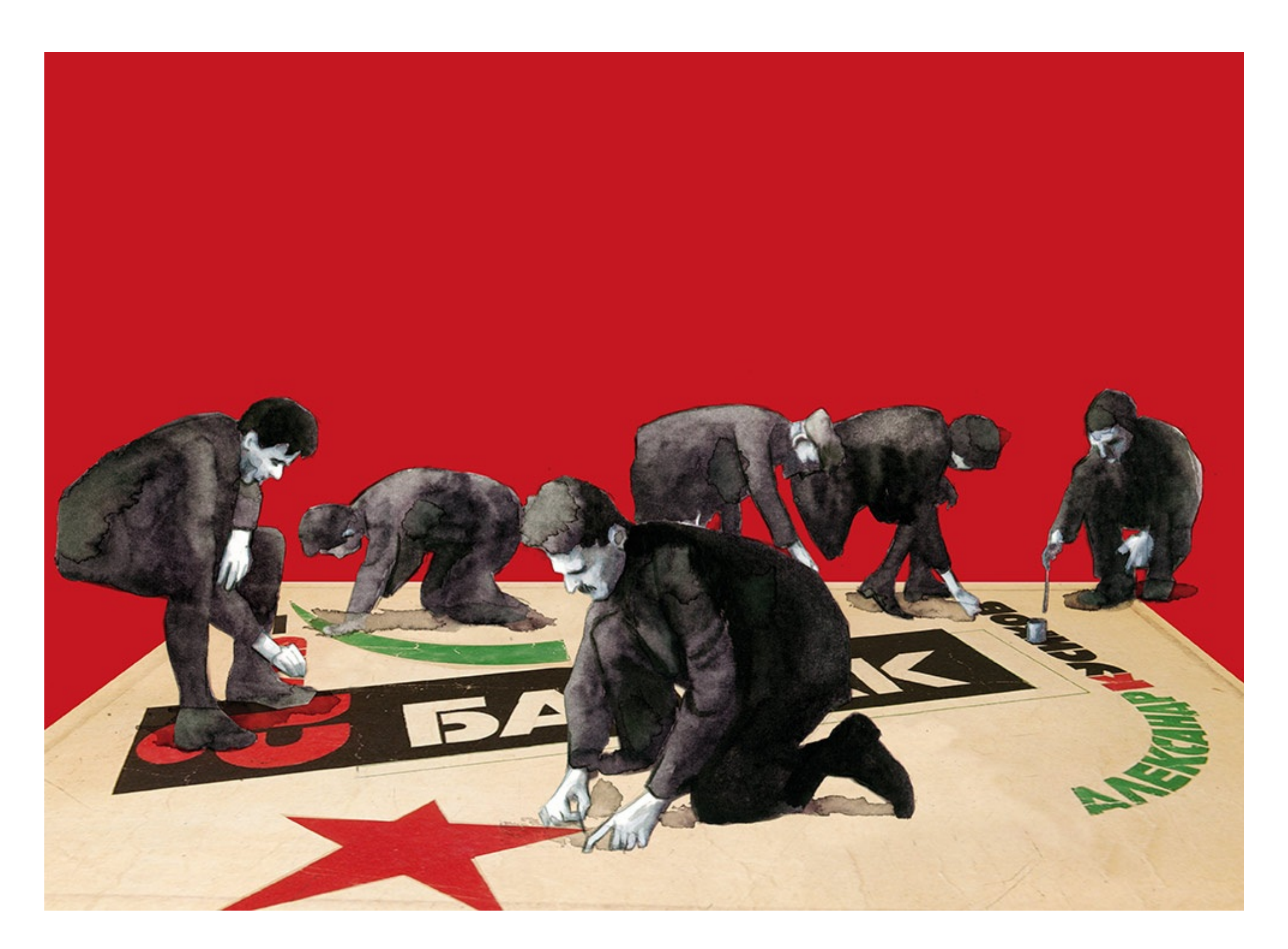
—Es la fosa común —explicó—. Mañana enterraremos aquí a quinientos proletarios que han muerto por la revolución.

Nos condujo a la fosa. Los picos y palas trabajaban frenéticamente y las montañas de tierra no paraban de crecer. Nadie hablaba. En lo alto, el cielo estaba cubierto de estrellas y la muralla del antiguo Kremlin imperial se alzaba inconmensurable.

—En este lugar sagrado —dijo el estudiante—, el más sagrado de toda Rusia, enterraremos lo que más veneramos. Aquí, donde están las tumbas de los zares, reposará nuestro zar, el pueblo.

Tenía el brazo en cabestrillo por una herida de bala recibida durante los combates. Mirándolo, dijo:

—Ustedes, los extranjeros, nos miran con desprecio porque hemos tolerado durante demasiado tiempo una monarquía medieval. Pero luego se ha visto que el zar no era el único tirano del mundo. El capitalismo es peor, e impera en todos los países. Las tácticas revolucionarias rusas son las mejores.



Al marcharnos, los trabajadores que cavaban la fosa, agotados y empapados en sudor a pesar del frío, comenzaban a salir de ella trabajosamente. Un grupo de hombres cruzó rápidamente la Plaza Roja. Se metieron en la fosa, cogieron las herramientas y se pusieron a cavar en silencio.

Así, durante toda la noche, los voluntarios del pueblo se fueron relevando sin bajar el ritmo, hasta que la fría luz de la madrugada cubrió la gran plaza cubierta de nieve y las negras fosas comunes estuvieron casi terminadas.

Nos levantamos antes del amanecer y atravesamos las calles oscuras hacia la plaza Skóbelev. En toda la ciudad no se veía un alma, pero se percibía un rumor agitado, cercano y distante, como de un incipiente vendaval. En la pálida penumbra, un pequeño grupo de hombres y mujeres se había congregado ante la sede del sóviet con un montón de banderas con letras doradas: era el Comité Ejecutivo Central de los Sóviets de Moscú. Amanecía. A lo lejos, el sordo murmullo fue creciendo hasta convertirse en un ruido grave y apoteósico. La ciudad se rebelaba. Bajamos por la Tverskaya, con las banderas ondeando sobre nuestras cabezas. Las pequeñas capillas que encontrábamos a nuestro paso estaban cerradas y a oscuras, como la capilla de la Virgen Ibérica, que los nuevos zares visitaban antes de coronarse en el Kremlin y que estaba siempre abierta y abarrotada de gente, tanto de noche

como de día, iluminada por los cirios de los fieles, que refulgían en el oro, la plata y la pedrería de los iconos. Según dijeron, era la primera vez desde la invasión napoleónica que los cirios estaban apagados.

La Iglesia ortodoxa rusa había retirado su apoyo a Moscú, aquel nido de víboras impías que habían bombardeado el Kremlin. Las iglesias estaban a oscuras, silenciosas y frías, y los curas habían desaparecido. No había popes para oficiar el entierro rojo, ni sacramentos para los muertos, ni se rezaron oraciones sobre la tumba de los blasfemos. Tijon, el arzobispo de Moscú, no tardaría en excomulgar a los sóviets.

También las tiendas estaban cerradas, y las clases pudientes permanecían en sus casas, pero por otras razones. Era el día del pueblo, y el rumor de su llegada era estruendoso como el mar agitado.

Una riada humana cruzaba la Puerta de Iberia y miles de personas cubrieron la inmensa Plaza Roja. Noté que, al pasar por la capilla de Iberia, donde antes los transeúntes siempre se santiguaban, ahora ni siquiera parecían reparar en ella.

Tras abrirnos paso entre la compacta multitud congregada junto a la muralla del Kremlin, subimos a uno de los montículos de tierra. Varias personas ya se encontraban allí, entre ellos Muranov, el soldado que había sido elegido comandante de Moscú, un hombre alto, barbudo, de aspecto sencillo y rostro amigable.

De todas las calles llegaban a la Plaza Roja millares de personas con aspecto pobre y sufrido. Llegó una banda militar tocando *La Internacional*, y la canción se propagó de forma espontánea como las olas del mar, lenta y solemne. De la alta muralla del Kremlin colgaban gigantescas banderas rojas con grandes inscripciones en letras doradas y blancas: «Mártires de la primera revolución social del mundo» y «Larga vida a la hermandad de los obreros del mundo».

Un viento frío azotaba la plaza, haciendo ondear las banderas. De los barrios más distantes de la ciudad empezaban a llegar los obreros de las diferentes fábricas, acompañando a sus muertos. Los vimos atravesar la puerta, con sus banderas llamativas y sus féretros rojos como la sangre. Los ataúdes eran cajas toscas, hechas de madera sin desbastar y embadurnadas de rojo, llevadas a hombros por hombres rudos que marchaban con el rostro bañado en lágrimas, seguidos de mujeres que sollozaban y gemían, o bien caminaban muy erguidas, con el rostro pálido y marchito. Algunos ataúdes estaban abiertos, y la tapa iba detrás. Otros estaban cubiertos con una tela

dorada o plateada, o llevaban encima un gorro militar. Se veían muchas coronas espantosas, de flores artificiales.

El cortejo avanzó lentamente hacia nosotros por un carril que se abría y se cerraba a su paso. Bajo la puerta, pasaba un flujo incesante de estandartes en todas las tonalidades de rojo y plata, con letras doradas y crespones negros en lo alto. También se veían algunas banderas anarquistas negras con letras blancas. La banda tocaba la marcha fúnebre revolucionaria y, elevándose sobre el canto de la muchedumbre, de pie y con la cabeza descubierta, los miembros del cortejo cantaban con voz ronca y entrecortada por los sollozos.

Entre los obreros de las fábricas iban compañías de soldados, también con sus ataúdes, y escuadrones de caballería, montando con paso marcial, y baterías de artillería con los cañones cubiertos para siempre —o eso parecía— con telas rojas y negras. Sus estandartes decían: «¡Larga vida a la Tercera Internacional!» o «¡Queremos una paz justa, universal y democrática!».

La comitiva llegó con paso lento a la entrada de la tumba y los portadores de los féretros, tras subir el montículo con su carga al hombro, bajaron a la fosa. Entre ellos había muchas mujeres, proletarias bajitas y robustas. Detrás de los muertos iban otras mujeres, jóvenes y rotas, o viejas y arrugadas, que, gimiendo como animales heridos, querían seguir a sus hijos y maridos a la fosa común y lanzaban alaridos mientras unas manos piadosas las frenaban. ¡Así es el amor de los pobres!

Durante todo el día, llegando por la Puerta de Iberia y abandonando la plaza por la Nikolskaya, siguió desfilando el cortejo fúnebre, como una riada de estandartes rojos que llevaban palabras de esperanza, hermandad y fabulosas profecías ante una muchedumbre de cincuenta mil personas, bajo la mirada de los obreros del mundo y de sus futuros descendientes.

Uno a uno, fueron depositados quinientos ataúdes en las fosas. Cayó el crepúsculo y los estandartes seguían ondeando, la banda tocaba la *Marcha fúnebre* y la muchedumbre cantaba. Se colgaron las coronas en las ramas desnudas de los árboles, como extrañas flores multicolores. Doscientos hombres empezaron a cavar. Por encima del canto, se oía el ruido sordo de la tierra cayendo sobre los ataúdes.

Se encendieron las luces. Pasaron los últimos estandartes y las últimas mujeres llorosas, lanzando una última mirada angustiosa. Lentamente, la marea proletaria desapareció de la Plaza Roja.

De pronto, comprendí que el devoto pueblo ruso ya no necesitaba curas para llegar al cielo, porque estaba construyendo en la tierra un reino más esplendoroso que cualquier cielo, un reino por el cual era glorioso morir.

# CAPÍTULO 11[ay]

## LA CONQUISTA DEL PODER[1]

DECLARACIÓN
DE LOS DERECHOS
DE LOS PUEBLOS
DE RUSIA[az]

El Primer Congreso de los Sóviets, en junio de este año, proclamó el derecho de autodeterminación de los pueblos de Rusia.

El Segundo Congreso de los Sóviets, en noviembre, confirmó este derecho inalienable de los pueblos de Rusia de forma más concreta y definitiva.

Ejecutando la voluntad de dichos congresos, el Consejo de los Comisarios del Pueblo ha decidido establecer como base de su actuación en la cuestión de las nacionalidades los siguientes principios:

1. La igualdad y soberanía de los pueblos de Rusia.
2. El derecho de los pueblos de Rusia a la libre autodeterminación, incluido el derecho a separarse y formar un Estado independiente.
3. La abolición de todos los privilegios y restricciones nacionales y religiosas.
4. El libre desarrollo de las minorías nacionales y de los grupos etnográficos que habitan en territorio ruso.

Se redactarán los decretos correspondientes una vez constituida la Comisión de Nacionalidades.

En nombre de la República Rusa,

El comisario del pueblo para las Nacionalidades,
IÓSIF DZHUGASHVILI-STALIN
El presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo
V. ULIÁNOV (LENIN)

La Rada Central de Kiev proclamó inmediatamente a Ucrania república independiente, y lo mismo hizo el Gobierno de Finlandia, a través del Senado de Helsingfors. Surgieron «Gobiernos» independientes en Siberia y en el Cáucaso. Las tropas polacas del ejército ruso abolieron sus comités y establecieron una férrea disciplina.

En aquel caos de cambios impactantes, el Consejo de los Comisarios del Pueblo trabajaba firmemente para ensamblar el orden socialista. Se promulgaron decretos sobre la seguridad social, sobre el control obrero, normativas sobre los comités agrarios cantonales, la abolición de rangos y títulos, la abolición de los órganos jurisdiccionales y la creación de tribunales populares[ba].

Uno tras otro, los ejércitos y flotas mandaron delegaciones «para saludar con entusiasmo al nuevo Gobierno del pueblo».

Un día, delante del Smolny, vi un regimiento andrajoso recién llegado de las trincheras. Los soldados, flacos y pálidos, desplegados ante las enormes puertas, miraban el edificio como si Dios mismo estuviera dentro. Algunos, riendo, señalaban a las águilas imperiales que coronaban la puerta. Llegaron unos guardias rojos para el cambio de turno. Todos los soldados se volvieron a mirar, curiosos, como si hubieran oído hablar de ellos, pero nunca los hubieran visto. Se rieron amistosamente y rompieron filas para palmear a los guardias rojos en el hombro y hacerles comentarios, mitad burlones, mitad admirados.

El Gobierno provisional ya no existía. El 15 de noviembre, en todas las iglesias de la capital, los curas dejaron de rezar por él. Pero, como el propio Lenin dijo al Tsik, eso sólo «era el principio de la conquista del poder». Desarmada, la oposición, que todavía controlaba la vida económica del país, se preparó para organizar el caos y, con ese talento típicamente ruso para la acción colaborativa, saboteó, golpeó y desacreditó a los sóviets.



La huelga de funcionarios estaba bien organizada y fue financiada por los bancos y casas comerciales. Todas las iniciativas de los bolcheviques por hacerse con el aparato gubernamental encontraban una gran resistencia.

Trotski fue al Ministerio de Asuntos Exteriores. Los funcionarios se negaron a reconocer su autoridad, se encerraron y, cuando se forzaron las puertas, dimitieron. Trotski pidió las llaves de los archivos, que sólo le fueron entregadas cuando trajo obreros para forzar las cerraduras. Luego se descubrió que Neratov, antiguo asistente del ministro de Exteriores, había desaparecido con los tratados secretos.

Shliápnikov intentó tomar posesión del Ministerio de Trabajo. Hacía un frío tremendo y no había nadie para encender las chimeneas. Ninguno de los cientos de empleados quería indicarle dónde estaba el despacho del ministro.

Aleksandra Kolontái, nombrada el 13 de noviembre comisaria de Bienestar Público, el departamento de las organizaciones filantrópicas e instituciones públicas, fue recibida con una huelga de todos los funcionarios del ministerio. Sólo cuarenta trabajadores permanecieron en sus puestos. Rápidamente, los pobres de las grandes ciudades y los internos de las instituciones se vieron sumidos en una indigencia lastimosa. Delegaciones de tullidos hambrientos y huérfanos con el rostro famélico y amoratado asediaban el edificio. Con el rostro bañado en lágrimas, Kolontái arrestó a los huelguistas hasta que entregaron las llaves del despacho y de la caja fuerte. No obstante, cuando consiguió las llaves, se descubrió que la anterior ministra, la condesa Panina, se había llevado los fondos y se negaba a entregarlos si no era por orden de la Asamblea Constituyente[bb].

Incidentes parecidos ocurrieron en el Ministerio de Agricultura, en el Ministerio de Abastos y en el de Finanzas. Los empleados, amenazados con perder sus puestos y pensiones si no volvían al trabajo, seguían fuera o retomaban el sabotaje. Como casi toda la *intelligentsia* era antibolchevique, el Gobierno del sóviet no tenía dónde reclutar nuevos trabajadores.

Los bancos privados se empeñaban en seguir cerrados y sólo abrían la puerta de atrás a los especuladores. Cuando entraban los comisarios bolcheviques, los contables se marchaban, escondiendo los libros de contabilidad y llevándose los fondos. Todos los empleados del Banco Estatal hicieron huelga, excepto los encargados de las cajas fuertes y la impresión de moneda, que se negaban a satisfacer las demandas del Smolny, pero pagaban enormes sumas en secreto al Comité de Salvación y a la duma municipal.

Un comisario, con una compañía de guardias rojos, se presentó en dos ocasiones para reclamar formalmente el pago de grandes sumas destinadas a

cubrir los gastos del Gobierno. La primera vez, eran tantos los miembros de la duma municipal y los jefes mencheviques y socialrevolucionarios allí presentes, y hablaron tan gravemente de las consecuencias, que el comisario se asustó. La segunda, llegó con una orden de registro, que leyó en voz alta como marcaba la ley, pero alguien le hizo notar que no llevaba fecha ni sello, y el tradicional respeto ruso por los «documentos» le obligó nuevamente a marcharse.

Los oficiales de la Cancillería de Crédito destruyeron sus libros de contabilidad, con lo que se perdieron todos los registros de las relaciones económicas de Rusia con los países extranjeros.

Los comités de suministros y las administraciones de los servicios municipales no funcionaban o se dedicaban al sabotaje. Cuando los bolcheviques, obligados por las necesidades apremiantes de la población, intentaron paliar la situación o controlar los servicios públicos, todos los empleados se declararon en huelga inmediatamente y la duma inundó Rusia con telegramas sobre la «violación bolchevique de la autonomía municipal».

En el Estado Mayor y en las oficinas de los Ministerios de la Guerra y la Marina, donde los viejos oficiales habían accedido a trabajar, los comités del Ejército y el alto mando obstaculizaron la acción de los sóviets de todas las formas posibles, hasta el punto de descuidar a las tropas en el frente. El Vikzhel era hostil y se negaba a transportar tropas soviéticas. Los trenes de tropas que salían de Petrogrado eran ocupados a la fuerza y había que detener en cada ocasión a los funcionarios ferroviarios, lo que provocaba la inmediata amenaza de una huelga general por parte del Vikzhel si no se les ponía en libertad.

El Smolny se veía impotente. Los periódicos decían que todas las fábricas de Petrogrado tendrían que cerrar en el plazo de tres semanas por falta de combustible. El Vikzhel anunció que los trenes dejarían de circular hacia el 1 de diciembre, que sólo había víveres para tres días en Petrogrado y que no llegaban más. El ejército se moría de hambre en el frente. El Comité de Salvación y los diversos comités centrales mandaron un mensaje a todo el país, exhortando a la población a que hiciera caso omiso de los decretos del Gobierno. Las embajadas aliadas mostraban una fría indiferencia o una abierta hostilidad.

Los periódicos de la oposición, que volvían a aparecer con otro nombre al día siguiente de ser prohibidos, prodigaron los comentarios sarcásticos sobre el nuevo régimen[bc]. El *Novaya Zhizn* lo definía como «una combinación de demagogia e impotencia», y añadió lo siguiente:

> Día tras día, el Gobierno de los comisarios del pueblo se hunde cada vez más en el fango de las urgencias triviales. Tras conquistar fácilmente el poder, los bolcheviques no saben administrarlo.
>
> Se ven impotentes para dirigir la maquinaria gubernamental existente, y a la vez son incapaces de crear una nueva, que funcione fácil y libremente según las teorías de los expertos.
>
> Hace muy poco, los bolcheviques no tenían suficiente gente para dirigir su partido en crecimiento, una labor destinada especialmente a oradores y escritores, conque ¿dónde van a encontrar gente cualificada para realizar las funciones tan diversas y complejas de un Gobierno?
>
> El nuevo Gobierno actúa, amenaza e inunda el país con decretos, cada uno de ellos más radical y «socialista» que el anterior. Pero en esta exhibición de presunto socialismo, destinada más bien a causar el asombro de nuestros descendientes, no se percibe ni el deseo ni la capacidad de resolver los problemas urgentes.

Entretanto, la conferencia del Vikzhel seguía reunida día y noche para formar un nuevo Gobierno. En principio, los dos bandos habían llegado a un acuerdo de base. Se discutía la composición del Consejo del Pueblo y se había elegido un gabinete provisional, con Chernov como primer ministro. Se aceptó una minoría considerable de bolcheviques, pero se vetó a Lenin y a Trotski. Los comités centrales de los partidos bolchevique y socialrevolucionario y el Comité Ejecutivo de los Sóviets Campesinos decidieron que, aunque eran absolutamente contrarios a las «políticas criminales» de los bolcheviques, no se opondrían a su entrada en el Consejo del Pueblo «para poner fin a la matanza fratricida».

Tras un receso para analizar este ultimátum, los bolcheviques volvieron con una resolución, que fue leída por Kámenev:

> El Tsik considera necesario que entren en el Gobierno los representantes de todos los partidos socialistas, incluidos los diputados de los sóviets de obreros, soldados y campesinos que reconocen los logros de la revolución del 7 de noviembre, es decir, la creación de un Gobierno soviético, los decretos sobre la paz y la tierra, el control obrero de la industria y la necesidad de armar a la clase trabajadora. Por consiguiente, el Tsik propone a todos los

partidos del sóviet una negociación para formar Gobierno, e insiste en las siguientes condiciones básicas:

El Gobierno es responsable ante el Tsik, que será ampliado a 150 miembros. A estos 150 delegados de los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos se añadirán 75 delegados de los sóviets provinciales de diputados campesinos, 80 de los sindicatos (25 de los diversos sindicatos nacionales, en proporción a su importancia, 10 del Vikzhel y 5 de los trabajadores de correos y telégrafos) y 50 delegados de los grupos socialistas de la duma municipal de Petrogrado. Al menos la mitad de las carteras ministeriales queda reservada a los bolcheviques. Se asignarán a los bolcheviques los Ministerios de Trabajo, Interior y Asuntos Exteriores. El mando de las guarniciones de Petrogrado y Moscú seguirá en manos de los delegados de los Sóviets de Moscú y Petrogrado.

El Gobierno se encargará de planificar el suministro de armas para los obreros de toda Rusia.

A estos efectos, creemos conveniente insistir en la candidatura de los camaradas Lenin y Trotski.

Kámenev puntualizó:

—El llamado «Consejo del Pueblo», propuesto por la conferencia, tendría unos 420 miembros, de los cuales cerca de 150 serían bolcheviques. Además, habría delegados del antiguo Tsik contrarrevolucionario, 100 miembros elegidos por las dumas municipales, todos ellos kornilovistas, 100 delegados de los sóviets campesinos, nombrados por Avkséntiev, y 80 de los antiguos comités del Ejército, que ya no representan a la masa de los soldados.

»Nos negamos a admitir al antiguo Tsik y a los representantes de las dumas municipales. Los delegados de los sóviets campesinos serán elegidos por el Congreso de los Campesinos, convocado por nosotros, que al mismo tiempo elegirá un nuevo comité ejecutivo. La propuesta de excluir a Lenin y Trotski pretende decapitar a nuestro partido y no la aceptamos. Por último, no vemos la necesidad de un “Consejo del Pueblo”. Los sóviets están abiertos a todos los partidos socialistas, y el Tsik los representa en la proporción real que tienen entre las masas.

Karelin, en nombre de los socialrevolucionarios de izquierda, dijo que su partido votaría a favor de la resolución bolchevique, reservándose el derecho a modificar ciertos detalles, tales como la representación de los campesinos, y

pidió que el Ministerio de Agricultura se asignara a su grupo. Su propuesta fue aceptada.

Más tarde, en una reunión del Sóviet de Petrogrado, Trotski respondió a una pregunta sobre la formación del nuevo Gobierno:

—Yo no sé nada de eso porque no participo en las negociaciones. De todas formas, no creo que tengan mucha importancia.

Esa noche reinó un gran malestar en la conferencia. Los delegados de la duma municipal se retiraron.

Sin embargo, en el mismo Smolny, crecía una fuerte oposición a la política de Lenin entre las filas del partido bolchevique. La noche del 17 de noviembre, la gran sala estaba repleta antes de la reunión del Tsik. Se palpaba la tensión.

Larin, bolchevique, dijo que se acercaba la fecha de las elecciones a la Asamblea Constituyente y que había llegado el momento de acabar con el «terrorismo político».

—Se deben cambiar las medidas tomadas contra la libertad de prensa. Tuvieron su sentido durante la lucha, pero ya no pueden justificarse. La prensa debe ser libre, salvo que incite a los disturbios y a la rebelión.

En medio de una tempestad de silbidos y abucheos de su propio partido, Larin leyó la siguiente resolución:

> Con esto queda derogado el decreto del Consejo de los Comisarios del Pueblo relativo a la prensa.
>
> Sólo se podrán tomar medidas de represión política sujetas a la decisión de un tribunal especial, elegido por el Tsik en proporción a la importancia de los diferentes partidos representados. Este tribunal también tendrá derecho a revisar las medidas represivas ya tomadas.

Sus palabras recibieron una ovación, no sólo por parte de los socialrevolucionarios de izquierda, sino también de los bolcheviques.

Avanésov, en nombre de los leninistas, se apresuró a proponer que se aplazara la cuestión de la prensa hasta que los partidos socialistas llegaran a un acuerdo. Su propuesta fue rechazada por una abrumadora mayoría.

—La revolución que se está llevando a cabo —continuó Avanésov— no ha dudado en atacar a la propiedad privada, y debemos analizar la cuestión de la prensa como un tipo de propiedad privada.

A continuación leyó la resolución oficial de los bolcheviques:

> La prohibición de la prensa burguesa vino dictada no sólo por necesidades puramente militares durante la insurrección y para controlar la actuación contrarrevolucionaria. También es necesaria como medida provisional para el establecimiento de un nuevo régimen en lo que respecta a la prensa, un régimen en el que los capitalistas, dueños de las imprentas y del papel, no serán los únicos y todopoderosos creadores de opinión.
>
> Debemos ir más lejos en este sentido y confiscar las imprentas y reservas de papel privadas, que se convertirán en propiedad de los sóviets, tanto en la capital como en las provincias, para que los partidos y grupos políticos puedan usar dichas instalaciones en proporción al poder real de las ideas que representan o, dicho de otra forma, en proporción a su número de electores.
>
> El restablecimiento de la supuesta «libertad de prensa», la mera devolución de las imprentas y el papel a los capitalistas, esos envenenadores de la mente del pueblo, sería una rendición inadmisible a la voluntad del capital y una renuncia a uno de los logros más importantes de la revolución. Dicho de otro modo, sería una medida de carácter indudablemente contrarrevolucionario.
>
> Por consiguiente, el Tsik rechaza categóricamente cualquier proposición orientada al restablecimiento del antiguo régimen en el ámbito de la prensa, y apoya decididamente el punto de vista del Consejo de los Comisarios del Pueblo sobre esta cuestión, en contra de las pretensiones y ultimátums dictados por los prejuicios pequeñoburgueses, o por la evidente rendición a los intereses de la burguesía contrarrevolucionaria.

La lectura de esta resolución fue interrumpida por gritos irónicos de los socialrevolucionarios de izquierda y por arrebatos de indignación de los bolcheviques insurgentes. Karelin se levantó a protestar:

—Hace tres semanas, los bolcheviques eran los más ardientes defensores de la libertad de prensa. Los argumentos de esta resolución recuerdan curiosamente al punto de vista de las antiguas Centurias Negras y de los censores del régimen zarista, que también hablaban de los «envenenadores de la mente del pueblo».

Trotski se explayó a favor de la resolución. Hizo una distinción entre la prensa durante la guerra civil y la prensa después de la victoria.

—Durante la guerra civil, el derecho a usar la violencia corresponde únicamente a los oprimidos.

Gritos de: «¿Quiénes son los oprimidos ahora? ¡Caníbal!».

—La victoria sobre nuestros adversarios aún no es completa, y los periódicos son armas en sus manos. En estas condiciones, el cierre de los periódicos es una medida legítima de defensa.

Luego, pasando a la cuestión de la prensa después de la victoria, continuó:

—La posición de los socialistas sobre la libertad de prensa debería ser la misma que su posición sobre la libertad de comercio. El Gobierno democrático que se está implantando en Rusia exige la supresión del control privado de la prensa, igual que el control privado de la industria. El Gobierno soviético confiscará todas las imprentas.

Gritos de: «¡Confiscad la imprenta del *Pravda*!».

—No nos interesa tomar el poder si no se acaba con el monopolio burgués de la prensa. Cualquier grupo de ciudadanos debería tener acceso a las imprentas y al papel. La propiedad de éstos corresponde en primer lugar a los obreros y campesinos, y sólo en segundo lugar a los partidos burgueses, que están en minoría. La entrega del poder a los sóviets traerá una transformación radical en las condiciones de vida esenciales, y esta transformación será necesariamente visible en la prensa. Si vamos a nacionalizar los bancos, ¿cómo podemos tolerar los periódicos financieros? El antiguo régimen debe morir. Esto ha de entenderse de una vez y para siempre.

Aplausos y gritos airados.

Karelin dijo que el Tsik no tenía derecho a decidir esta importante cuestión, que debía asignarse a un comité especial, y volvió a reclamar enérgicamente la libertad de prensa.

Lenin, tranquilo e imperturbable, con la frente arrugada, empezó a hablar lentamente, eligiendo sus palabras. Cada frase caía como un mazazo.

—La guerra civil no ha terminado. El enemigo sigue ahí, así que es imposible abolir las medidas represivas contra la prensa.

»Nosotros, los bolcheviques, siempre hemos dicho que cuando llegáramos a una posición de poder, cerraríamos la prensa burguesa. Tolerar los periódicos burgueses significaría dejar de ser socialistas. Cuando se hace la revolución no se puede perder el tiempo. O se avanza o se retrocede. Quienes hablan ahora de la "libertad de prensa" retroceden y retrasan nuestra marcha inexorable hacia el socialismo.

»Nos hemos sacudido el yugo del capitalismo, igual que la primera revolución se sacudió el yugo del zarismo. Si la primera revolución tuvo el

derecho de prohibir los periódicos monárquicos, nosotros tenemos el derecho de prohibir la prensa burguesa. Es imposible separar la cuestión de la libertad de prensa de las otras cuestiones relativas a la lucha de clases. Hemos prometido cerrar esos periódicos y lo haremos. La inmensa mayoría del pueblo está con nosotros.

»Ahora que la insurrección ha terminado, no tenemos ninguna intención de prohibir los periódicos de los otros partidos socialistas, mientras no inciten a la insurrección armada o a desobedecer al Gobierno soviético. Pero no permitiremos que, bajo el pretexto de la libertad de prensa socialista, obtengan el monopolio de las imprentas, la tinta y el papel con la ayuda secreta de la burguesía. Estos servicios básicos pasarán a ser propiedad del Gobierno soviético y serán distribuidos en primer lugar entre todos los partidos socialistas, en estricta proporción a su fuerza electoral.

Se llevó a cabo la votación. La resolución de Larin y los socialrevolucionarios salió derrotada por 31 votos contra 22, y la propuesta de Lenin fue aprobada por 34 votos contra 24. Entre la minoría se encontraban los bolcheviques Riazanov y Lozovski, que dijeron que no podían votar a favor de ninguna restricción de la libertad de prensa.

Los socialrevolucionarios de izquierda declararon que no podían hacerse responsables de esas medidas, y se retiraron del Comité Revolucionario Militar y de todos los otros puestos de responsabilidad ejecutiva.

Cinco miembros —Nogin, Rykov, Miliutin, Teodoróvich y Shliápnikov— dimitieron del Consejo de los Comisarios del Pueblo, con la siguiente declaración:

> Estamos a favor de un Gobierno socialista compuesto por todos los partidos de los sóviets, porque creemos que sólo la formación de ese Gobierno puede garantizar los resultados de la lucha heroica de la clase obrera y del ejército revolucionario. Fuera de esto, sólo hay un camino: la formación de un Gobierno puramente bolchevique mediante el terrorismo político. Ésta es la vía que ha tomado el Consejo de los Comisarios del Pueblo. Nosotros no podemos seguirla, y no lo haremos, porque entendemos que lleva directamente a la eliminación de la vida política de muchas organizaciones proletarias, al establecimiento de un régimen irresponsable y a la destrucción de la revolución y del país. No podemos hacernos responsables de una política semejante, y presentamos ante el Tsik nuestra renuncia como comisarios del pueblo.

Otros comisarios firmaron la declaración sin dimitir de su puesto: Riazanov; Derbychev, del departamento de Prensa; Arbúzov, de la Imprenta Estatal; Yureniev, de la Guardia Roja; Fiódorov, del Comisariado de Trabajo; y Larin, secretario de la sección de Elaboración de Decretos.

Al mismo tiempo, Kámenev, Rykov, Miliutin, Zinóviev y Nogin dimitieron del Comité Central del Partido Bolchevique, haciendo públicos sus motivos:

> La formación de un Gobierno semejante (compuesto por todos los partidos del sóviet) es indispensable para evitar un nuevo derramamiento de sangre, el hambre inminente, el desbaratamiento de la revolución a cargo de los kaledinistas, y para asegurar la convocatoria de una Asamblea Constituyente en la fecha correspondiente y aplicar eficazmente el programa aprobado por el Congreso de los Sóviets.
>
> No podemos hacernos responsables de la política desastrosa del Comité Central, ejecutada contra la voluntad de la inmensa mayoría del proletariado y de los soldados, que ansían un rápido final de las matanzas entre los diferentes partidos políticos de la democracia. Renunciamos a nuestro cargo como miembros del Comité Central para poder expresar nuestra opinión libremente ante las masas de obreros y soldados.
>
> Abandonamos el Comité Central en el momento de la victoria. No podemos quedarnos mirando tranquilamente mientras la política de los jefes del Comité Central nos lleva a perder lo ganado y a la derrota del proletariado.

Las masas de los trabajadores y los soldados de la guarnición, impacientes y agitadas, enviaron delegaciones al Smolny y a la conferencia para la formación del nuevo Gobierno, donde la brecha abierta en las filas bolcheviques causó gran alborozo.

Pero la respuesta de los leninistas fue rápida e implacable. Shliápnikov y Teodoróvich se sometieron a la disciplina del partido y volvieron a sus puestos. Kámenev fue privado de sus competencias como presidente del Tsik y sustituido por Sverdlov. Zinóviev fue destituido como presidente del Sóviet de Petrogrado. El día 20, por la mañana, se publicó en el *Pravda* una encendida proclama al pueblo ruso, escrita por Lenin, de la que se hicieron

cientos de miles de copias, que se colgaron en todas las paredes y se distribuyeron por toda Rusia.

> El Segundo Congreso Nacional de los Sóviets ha dado la mayoría al partido bolchevique. Por lo tanto, sólo un Gobierno formado por este partido puede ser un Gobierno soviético. Como todo el mundo sabe, el Comité Central del Partido Bolchevique, unas horas antes de la formación del nuevo Gobierno y antes de proponer la lista de sus miembros al Congreso Nacional de los Sóviets, invitó a tres de los miembros más ilustres de la Izquierda Social-Revolucionaria, los camaradas Kamkov, Spiro y Karelin, y les pidió que participaran en el nuevo Gobierno. Lamentamos profundamente que estos camaradas declinaran la invitación y consideramos su negativa inaceptable para unos revolucionarios y defensores de la clase obrera. Estamos dispuestos a incluir en cualquier momento a los socialrevolucionarios de izquierda en el Gobierno, pero creemos que, como el partido mayoritario en el Segundo Congreso Nacional de los Sóviets, tenemos el derecho y la obligación ante el pueblo de formar Gobierno.
>
> ¡Camaradas! Varios miembros del Comité Central de nuestro partido y del Consejo de los Comisarios del Pueblo: Kámenev, Zinóviev, Nogin, Rykov, Miliutin y algunos más, abandonaron ayer, 17 de noviembre, el Comité Central de nuestro partido, y los tres últimos, el Consejo de los Comisarios del Pueblo.
>
> Los camaradas que nos han dejado actúan como desertores, no sólo por abandonar los puestos que les fueron encomendados, sino también por desobedecer las instrucciones directas del Comité Central de nuestro partido, según las cuales, antes de retirarse, debían esperar las decisiones de las organizaciones del partido de Petrogrado y Moscú. Condenamos rotundamente esta deserción y estamos firmemente convencidos de que todos los trabajadores, soldados y campesinos concienciados, ya sean miembros o simpatizantes de nuestro partido, también desaprobarán el comportamiento de los desertores.
>
> Recordad, camaradas, que dos de estos desertores, Kámenev y Zinóviev, se revelaron como traidores y esquiroles al votar contra la insurrección en la reunión decisiva del Comité Central, celebrada el 23 de octubre de 1917. Incluso después de la resolución aprobada por el Comité Central, continuaron con su campaña en una asamblea de los obreros del partido. Pero el impulso incontenible de las masas, el

> heroísmo de millones de obreros, soldados y campesinos en Moscú, en Petrogrado, en el frente, en las trincheras y en los pueblos, barrió a los desertores, igual que un tren barre el serrín de las vías.
>
> Aquellos que tienen poca fe, vacilan, dudan, se dejan atemorizar por la burguesía o sucumben ante los gritos de los cómplices directos o indirectos de ésta, deberían avergonzarse. No hay la menor sombra de duda entre las masas de Petrogrado, Moscú y el resto de Rusia.
>
> No aceptaremos ningún ultimátum de los pequeños grupos de intelectuales que no representan a las masas y que sólo cuentan con el apoyo de los kornilovistas, los savinkovistas, los *yunkers* y otros grupos semejantes.

La respuesta de todo el país fue como el estallido de una tormenta. Los insurgentes no tuvieron ocasión de «decir abiertamente lo que pensaban a las masas de obreros y soldados». La furiosa condena popular a los desertores estalló contra el Tsik como una ola gigantesca. Durante días, el Smolny estuvo abarrotado de delegaciones y comités del frente, del Volga y de las fábricas de Petrogrado. «¿Por qué se han atrevido a abandonar el Gobierno? ¿Les pagaba la burguesía para destruir la revolución? ¡Tienen que volver y someterse a las decisiones del Comité Central!».

Sólo la guarnición de Petrogrado seguía indecisa[bd]. Se celebró una gran asamblea de soldados el 24 de noviembre, en la que hablaron representantes de todos los partidos. La política de Lenin fue apoyada por una gran mayoría, y se pidió a los socialrevolucionarios de izquierda que entraran en el Gobierno.

Los mencheviques lanzaron un ultimátum, exigiendo la liberación de todos los ministros y *yunkers*, la libertad de prensa, el desarme de la Guardia Roja y el sometimiento de la guarnición a las órdenes de la duma. El Smolny respondió que ya se había puesto en libertad a todos los ministros y a casi todos los *yunkers*, que todos los periódicos, excepto los burgueses, eran libres y que el sóviet continuaría al mando de las fuerzas armadas. El día 19, la conferencia para formar un nuevo Gobierno se disolvió, y, uno tras otro, los miembros de la oposición huyeron a Maguilov, donde, amparados por el Estado Mayor, siguieron formando Gobierno tras Gobierno, hasta el final.

Mientras tanto, los bolcheviques habían minado el poder del Vikzhel. Un llamamiento del Sóviet de Petrogrado a los ferroviarios los animaba a obligar al Vikzhel a entregar el poder. El día 15, el Tsik, siguiendo el procedimiento que había empleado con los campesinos, convocó un Congreso Nacional de

Trabajadores del Ferrocarril para el 1 de diciembre. Inmediatamente, el Vikzhel convocó su propio congreso para dos semanas más tarde. El 16 de noviembre, los miembros del Vikzhel ocuparon sus asientos en el Tsik. La noche del 2 de diciembre, en la sesión inaugural del Congreso Nacional de Trabajadores del Ferrocarril, el Tsik ofreció formalmente el puesto de comisario de Caminos y Comunicaciones al Vikzhel, que aceptó.

Una vez resuelta la cuestión del poder, los bolcheviques centraron su atención en los problemas prácticos de la administración. Lo más urgente era alimentar al país, a la ciudad y al ejército. Bandas de marineros y guardias rojos registraron los almacenes, las estaciones de trenes y hasta las gabarras en los canales, donde encontraron y confiscaron toneladas de víveres acaparadas por los estraperlistas. Se enviaron emisarios a las provincias, donde, con la ayuda de los comités agrarios, confiscaron los almacenes de los grandes comerciantes de grano. Se mandaron expediciones de marineros fuertemente armados, en grupos de 5000, al sur y a Siberia, con la misión de tomar las ciudades que aún estaban controladas por los guardias rojos, restablecer el orden y conseguir alimento. Se suspendió el tráfico de pasajeros en la línea del Transiberiano durante dos semanas, y se enviaron al este trece trenes, cada uno supervisado por un comisario, cargados con rollos de tela y barras de hierro, reunidos por los comités de fábrica, para canjeárselos a los campesinos siberianos por grano y patatas.

Al estar las minas de carbón del Don en manos de Kaledín, la cuestión del combustible se volvió acuciante. El Smolny cortó el alumbrado eléctrico en los teatros, tiendas y restaurantes, restringió el número de tranvías y confiscó las reservas privadas de leña acumuladas por los traficantes de combustible. Cuando las fábricas de Petrogrado estaban a punto de cerrar por falta de carbón, los marineros de la Flota báltica entregaron a los obreros tres millones de kilos, procedentes de las carboneras de los barcos.

A finales de noviembre se produjo el saqueo de las bodegas[be], empezando por las del Palacio de Invierno. Durante varios días, se vieron soldados borrachos por las calles. En todo esto se veía la mano de los contrarrevolucionarios, que repartían entre los regimientos planos con la localización de las reservas de licor. Los ruegos y argumentos de los comisarios del Smolny no frenaron el caos creciente, que derivó en batallas campales entre los soldados y los guardias rojos. Finalmente, el Comité Revolucionario Militar mandó compañías de marineros con ametralladoras, que dispararon sin piedad sobre los alborotadores, matando a muchos de ellos.

Por orden ejecutiva, los comités irrumpieron en las bodegas armados con hachas y rompieron las botellas, o volaron aquéllas con dinamita[bf].

Compañías de guardias rojos, disciplinados y bien pagados, estaban de servicio día y noche en las sedes de los sóviets del distrito, sustituyendo a la antigua milicia. En todos los barrios de la ciudad, los trabajadores y soldados eligieron tribunales revolucionarios para juzgar los delitos menores.

Los grandes hoteles, donde los especuladores seguían haciendo su agosto, fueron cercados por los guardias rojos y los especuladores fueron arrestados[bg].

La clase obrera, vigilante y desconfiada, constituía en sí misma un gran sistema de espionaje por medio de los criados, que indagaban en los hogares burgueses e informaban de todo al Comité Revolucionario Militar, que golpeaba sin cesar con mano de hierro. Así fue como se descubrió la conjura monárquica encabezada por un antiguo miembro de la duma, Purishkévich, y un grupo de nobles y oficiales, que planeaban un alzamiento de los oficiales y habían escrito una carta invitando a Kaledín a Petrogrado[bh]. Así fue también como se desveló la conspiración de los kadetes de Petrogrado, que enviaban dinero y reclutas a Kaledín.

Neratov, asustado por el estallido de ira popular que había provocado su huida, volvió y entregó los tratados secretos a Trotski, que empezó a publicarlos en el *Pravda*, para escándalo del mundo entero.

Se aumentaron las restricciones a la prensa por medio de un decreto[bi], que convirtió la publicidad en un monopolio del periódico oficial del Gobierno. En señal de protesta, los demás periódicos suspendieron su publicación, o desobedecieron la ley y fueron cerrados. Sólo al cabo de tres semanas acabaron sometiéndose.

Continuaban la huelga en los ministerios, el sabotaje de los antiguos oficiales y la interrupción de la vida económica normal. El Smolny estaba respaldado únicamente por la voluntad de las masas populares, ingentes y desorganizadas. En colaboración con ellas, el Consejo de los Comisarios del Pueblo pudo dirigir la acción revolucionaria popular contra sus enemigos. En elocuentes proclamas[bj], formuladas con palabras sencillas y esparcidas por toda Rusia, Lenin explicaba la revolución y urgía al pueblo a tomar el poder en sus manos, a romper por la fuerza la resistencia de las clases pudientes y a ocupar las instituciones del Gobierno. Orden revolucionario. ¡Disciplina revolucionaria! ¡Contabilidad y control estricto! ¡Nada de huelgas! ¡Nada de holgazanería[bk]!

El 12 de noviembre, el Comité Revolucionario Militar publicó el siguiente aviso:

> Las clases pudientes combaten el poder de los sóviets y el Gobierno de los obreros, soldados y campesinos. Sus simpatizantes entorpecen el trabajo de los empleados del Gobierno y de la duma, incitan a la huelga en los bancos y tratan de interrumpir las comunicaciones de los ferrocarriles, correos y telégrafos.
>
> Les avisamos de que están jugando con fuego. El país y el ejército están amenazados por el hambre. Para combatirla es indispensable que todos los servicios funcionen con normalidad. El Gobierno obrero y campesino está tomando las medidas necesarias para garantizar todos los productos básicos al país y al ejército. Oponerse a estas medidas es un crimen contra el pueblo. Avisamos a las clases pudientes y a sus adeptos que si no dejan de sabotear, provocar e interrumpir el transporte de víveres, serán los primeros que sufran. Se les privará del derecho a recibir alimentos, se requisarán las reservas que estén en su poder y se confiscarán las propiedades de los principales criminales.
>
> Nosotros hemos cumplido nuestro deber de advertir a los que juegan con fuego.
>
> Estamos convencidos de que, en caso de que sea necesario tomar medidas contundentes, tendremos el firme respaldo de los obreros, soldados y campesinos.




El 22 de noviembre, se colgó un cartel en las paredes de la ciudad con la rúbrica de «COMUNICADO URGENTE»:

> El Consejo de los Comisarios del Pueblo ha recibido un telegrama urgente del Estado Mayor del frente norte.
>
> «No puede haber más retrasos. No dejéis morir de hambre al ejército. Las tropas del frente norte llevan varios días sin recibir ni una migaja de pan, y dentro de dos o tres días se acabarán las galletas que se les están repartiendo actualmente de las reservas que hasta ahora no se habían tocado. Los delegados de todo el frente hablan ya de la necesidad de retirar a una parte del ejército a la retaguardia, previendo que, en el plazo de pocos días, habrá una fuga masiva de soldados que se mueren de hambre, devastados por tres años de lucha en las trincheras, enfermos, mal vestidos, descalzos y enloquecidos por una miseria sobrehumana».
>
> El Comité Revolucionario Militar informa de esta situación a la guarnición y a los obreros de Petrogrado. La situación del frente requiere de medidas enérgicas y urgentes. Mientras tanto, los altos funcionarios de las instituciones gubernamentales, de los bancos, los

> ferrocarriles, correos y telégrafos, hacen huelga para entorpecer el suministro de provisiones al frente por parte del Gobierno. Cada hora de retraso puede costar la vida de miles de soldados. Los funcionarios contrarrevolucionarios son los criminales más deshonestos para con sus hermanos, que mueren de hambre en el frente.
>
> El Comité Revolucionario Militar lanza a estos criminales un último aviso. En caso de la menor resistencia u oposición por su parte, la dureza de las medidas que se tomarán contra ellos será proporcional a la gravedad de sus crímenes.

Las masas de obreros y soldados respondieron con un estallido de rabia que sacudió a toda Rusia. En la capital, los funcionarios y los empleados de banca lanzaron cientos de proclamas y llamamientos[bl] para protestar y defenderse. Aquí va un ejemplo:

> Se comunica a todos los ciudadanos que el Banco Estatal está cerrado.
>
> ¿Por qué?
>
> Porque la violencia ejercida por los bolcheviques contra el Banco Estatal ha hecho imposible que sigamos trabajando. La primera actuación de los comisarios del pueblo fue pedir diez millones de rublos, y el 27 de noviembre pidieron veinticinco millones, sin especificar a qué se iba a destinar ese dinero.
>
> Los funcionarios hemos dejado de trabajar porque no podemos participar en el saqueo de los bienes públicos.
>
> ¡Ciudadanos! El dinero del Banco Estatal es vuestro, es el dinero del pueblo, ganado a costa de vuestro trabajo, vuestro sudor y vuestra sangre. ¡Ciudadanos! Proteged del saqueo a los bienes públicos y a nosotros de la violencia, y volveremos al trabajo inmediatamente.
>
> LOS EMPLEADOS DEL BANCO ESTATAL

El Ministerio de Abastos, el Ministerio de Finanzas y el Comité Especial de Suministros declararon que el Comité Revolucionario Militar había impedido que los empleados siguieran trabajando e instaron a la población a que los apoyara contra el Smolny. Pero la mayoría de los obreros y soldados no les creyó. El pueblo tenía muy claro que los empleados se dedicaban al sabotaje y hacían pasar hambre al ejército y a la población. En las largas colas

del pan, que se formaban como antes en las frías calles invernales, ya no se culpaba al Gobierno, como en época de Kérensky, sino a los *chinovniki*, los saboteadores. Porque ahora el Gobierno era su Gobierno, y eran sus sóviets, y los funcionarios de los ministerios estaban contra ellos.

El centro de la oposición era la duma, y su órgano militante, el Comité de Salvación, protestaba contra los decretos del Consejo de los Comisarios del Pueblo, votaba una y otra vez en contra de reconocer al Gobierno soviético y colaboraba abiertamente con los nuevos «Gobiernos» contrarrevolucionarios constituidos en Maguilov. El 17 de noviembre, por ejemplo, el Comité de Salvación dirigió este mensaje a «todos los Gobiernos municipales, *zemstvos*, a las organizaciones de campesinos, obreros, soldados y demás ciudadanos»:

> No reconozcáis el Gobierno de los bolcheviques y luchad contra él.
> Formad Comités Locales para la Salvación del País y de la Revolución, que aglutinen a las fuerzas democráticas para ayudar al Comité Nacional de Salvación en las tareas que se ha impuesto.

Entretanto, en Petrogrado[bm], las elecciones a la Asamblea Constituyente dieron una enorme mayoría a los bolcheviques, hasta el punto de que los internacionalistas mencheviques señalaron que había que elegir de nuevo a la duma, porque ya no representaba la composición política de la población de Petrogrado. Al mismo tiempo, las organizaciones obreras, las unidades militares e incluso los campesinos de los alrededores inundaban la duma con resoluciones, tachándola de «contrarrevolucionaria y kornilovista» y pidiendo su dimisión. Los últimos días de la duma fueron tormentosos por las fuertes demandas de sueldos decentes y las amenazas de huelga por parte de los funcionarios[bn].

El día 23 un decreto del Comité Revolucionario Militar disolvió oficialmente el Comité de Salvación. El día 29, el Consejo de los Comisarios del Pueblo ordenó la disolución y reelección de la duma municipal de Petrogrado:

> En vista de que la duma central de Petrogrado, elegida el 2 de septiembre, ha perdido definitivamente el derecho a representar a la población de Petrogrado, por hallarse en completo desacuerdo con su espíritu y sus aspiraciones; y en vista de que la facción mayoritaria de la duma, pese a no contar con ningún respaldo político, sigue haciendo uso de sus prerrogativas para entorpecer la voluntad de los

obreros, soldados y campesinos, con el fin de sabotear y obstruir la labor del Gobierno, el Gobierno se ve obligado a invitar a la población de la capital a pronunciarse sobre la política del órgano autonómico municipal.
Con este fin, el Consejo de los Comisarios del Pueblo resuelve:

1. Disolver la duma municipal: dicha disolución se hará efectiva el 30 de noviembre de 1917.
2. Los funcionarios elegidos o designados por la actual duma permanecerán en sus puestos y cumplirán las tareas que les han sido encomendadas hasta que sus cargos sean cubiertos por representantes de la nueva duma.
3. Los empleados municipales seguirán cumpliendo con su cometido. Aquellos que abandonen su puesto por decisión propia serán despedidos.
4. Las elecciones a la nueva duma municipal de Petrogrado se celebrarán el 9 de diciembre de 1917.
5. La duma municipal de Petrogrado se reunirá el 11 de diciembre, a las dos en punto.
6. Aquellos que desobedezcan este decreto, así como quienes causen daños o destruyan deliberadamente las propiedades municipales, serán arrestados inmediatamente y llevados ante los tribunales revolucionarios.

La duma se reunió, desafiante, aprobó resoluciones en las que afirmaba que «defendería su posición hasta la última gota de su sangre» e hizo un llamamiento desesperado a la población para que salvara «el Gobierno municipal que ella misma había elegido». Pero la población se mantuvo indiferente u hostil. El día 31, el alcalde Schreider y varios concejales fueron detenidos, interrogados y finalmente puestos en libertad. Ese día y al día siguiente, la duma siguió reuniéndose, interrumpida frecuentemente por guardias rojos y marineros, que pedían educadamente a la asamblea que se dispersara. En la sesión del 2 de diciembre, mientras hablaba un concejal, entraron en el Salón Nicolás un oficial y algunos marineros y ordenaron a los presentes que se marcharan, porque de lo contrario tendrían que usar la fuerza. Los miembros de la duma obedecieron, protestando hasta el final, pero acabaron «cediendo ante el uso de la violencia».

La nueva duma, que fue elegida diez días después, y en cuya elección los socialistas «moderados» se negaron a votar, era casi enteramente bolchevique.

Persistían varios núcleos de peligrosa oposición, como las «repúblicas» de Ucrania y Finlandia, que mostraban tendencias claramente antisoviéticas. Tanto en Helsingfors como en Kiev, los Gobiernos reunieron tropas leales y entraron en campaña para derrotar a los bolcheviques y expulsar a las tropas rusas. La Rada ucraniana se había hecho con el control de todo el sur de Rusia, y suministraba refuerzos y provisiones a Kaledín. Finlandia y Ucrania se pusieron a negociar en secreto con los alemanes y fueron reconocidas rápidamente por los Gobiernos aliados, que les prestaron enormes sumas de dinero, aliándose con las clases pudientes para crear centros contrarrevolucionarios con el fin de atacar a la Rusia soviética. Al final, cuando el bolchevismo venció en ambos países, la burguesía derrotada llamó a los alemanes para que la ayudaran a conquistar nuevamente el poder.

Pero la mayor amenaza para el Gobierno soviético era interna y tenía dos frentes: el movimiento kaledinista y el Estado Mayor de Maguilov, donde el general Dujonin había asumido el mando.

El ubicuo Muraviov fue nombrado comandante de la guerra contra los cosacos, y se reclutó un ejército rojo entre los obreros de las fábricas. Se mandaron cientos de propagandistas al Don. El Consejo de los Comisarios del Pueblo lanzó una proclama a los cosacos[bo], donde explicaba lo que era el gobierno soviético, que las clases adineradas, los *chinovniki*, los terratenientes, banqueros y sus aliados, los príncipes cosacos, los latifundistas y los generales, trataban de aplastar la revolución e impedir que el pueblo confiscara sus riquezas.

El 27 de noviembre, un comité de cosacos fue al Smolny a hablar con Trotski y con Lenin. Preguntaron si era verdad que el Gobierno soviético no tenía intención de dividir las tierras de los cosacos entre los campesinos de la gran Rusia.

—No —respondió Trotski.

Los cosacos deliberaron durante un rato.

—Bien. ¿Y el Gobierno soviético pretende confiscar las fincas de los grandes terratenientes cosacos y repartirlas entre nuestro pueblo? —preguntaron.

—Eso depende de vosotros —respondió Lenin—. Nosotros apoyaremos a los trabajadores cosacos en todo lo que hagan. La mejor manera de empezar es formar sóviets cosacos. Estaréis representados en el Tsik, y entonces el Gobierno será también vuestro Gobierno.

Los cosacos se marcharon, dándole vueltas a aquello. Dos semanas más tarde, el general Kaledín recibió a una delegación de sus tropas.

—¿Promete usted repartir las grandes fincas de los terratenientes cosacos entre los cosacos proletarios?

—Sólo por encima de mi cadáver —respondió Kaledín.

Un mes después, Kaledín se voló la tapa de los sesos, al ver que su ejército huía en desbandada delante de sus ojos.

Mientras tanto, en Maguilov, estaban reunidos el antiguo Tsik, los jefes socialistas «moderados», desde Avkséntiev a Chernov, los jefes en activo de los antiguos comités del Ejército y los oficiales reaccionarios. El Estado Mayor se negaba una y otra vez a reconocer el Consejo de los Comisarios del Pueblo. Había agrupado en torno suyo a los Batallones de la Muerte, a los caballeros de San Jorge y a los cosacos del frente, y estaba en estrecho contacto con los agregados militares aliados, con el movimiento kaledinista y con la Rada ucraniana.

El Gobierno aliado no había respondido al Decreto de Paz del 8 de noviembre, en el que el Congreso de los Sóviets había pedido un armisticio general.

El 20 de noviembre, Trotski envió una carta a los embajadores aliados[bp]:

> Sr. Embajador, tengo el honor de informarle de que el Congreso Nacional de los Sóviets constituyó el 8 de noviembre un nuevo Gobierno de la República Rusa, encarnado en el Consejo de los Comisarios del Pueblo. El presidente del Gobierno es Vladímir Ilich Lenin. A mí, con el cargo de comisario del pueblo para Asuntos Exteriores, me ha sido encomendada la dirección de la política exterior.
>
> Al llamar su atención sobre el texto, aprobado por el Congreso Nacional, de nuestra propuesta de armisticio y de una paz democrática sin anexiones ni indemnizaciones, basada en el derecho de autodeterminación de los pueblos, tengo el honor de pedirle que considere dicho documento una propuesta formal de armisticio inmediato en todos los frentes y del comienzo urgente de las negociaciones de paz. El Gobierno de la República Rusa dirige esta propuesta de forma simultánea a todos los pueblos contendientes y a sus Gobiernos.
>
> Aprovecho para reiterarle la profunda estima que el Gobierno soviético siente por su pueblo, que no puede desear otra cosa que la paz, al igual que el resto de pueblos agotados y consumidos por esta carnicería sin precedentes.

Esa misma noche, el Consejo de los Comisarios del Pueblo telegrafió al general Dujonin:

> El Consejo de los Comisarios del Pueblo considera indispensable proponer un armisticio inmediato a todas las potencias, ya sean enemigas o aliadas. Conforme a esta decisión, el comisario de Asuntos Exteriores ha enviado una declaración a los representantes de las potencias aliadas en Petrogrado.
>
> El Consejo de los Comisarios del Pueblo le ordena, ciudadano comandante, que proponga a las autoridades militares enemigas el cese inmediato de las hostilidades y el comienzo de las negociaciones de paz. Al tiempo que le encarga dirigir las conversaciones preliminares, el Consejo de los Comisarios del Pueblo le ordena:
>
> 1. Informar al Consejo, inmediatamente y por línea directa, de todos y cada uno de los pasos que se den en las negociaciones con los representantes de los ejércitos enemigos.
> 2. No firmar el acta de armisticio hasta que haya sido aprobada por el Consejo de los Comisarios del Pueblo.

Los embajadores extranjeros recibieron la carta de Trotski con un silencio desdeñoso, acompañado de declaraciones anónimas en los periódicos, cargadas de punzante ironía. La orden de Dujonin fue calificada directamente como un acto de traición.

Dujonin, por su parte, no daba señales de vida. La noche del 22 de noviembre se le preguntó por teléfono si tenía intención de obedecer la orden. Dujonin contestó que no podía hacerlo, a menos que emanara de «un Gobierno apoyado por el Ejército y el país».

Inmediatamente recibió un telegrama con su cese como comandante supremo, y se nombró a Krylenko en su lugar. Siguiendo su táctica de apelar a las masas, Lenin mandó un mensaje por radio a todos los comités de regimientos, divisiones y cuerpos, comunicándoles la negativa de Dujonin y ordenando que «los regimientos del frente eligieran delegados para iniciar las negociaciones con los destacamentos que tuvieran enfrente».

El día 23, los agregados militares de las naciones aliadas, siguiendo instrucciones de sus Gobiernos, presentaron una carta a Dujonin, conminándole solemnemente a «no violar las condiciones de los tratados firmados entre los países de la Entente». La carta añadía que, si se firmaba un armisticio por separado con Alemania, este acto «tendría las más graves

consecuencias» para Rusia. Dujonin reenvió rápidamente esta carta a todos los comités de soldados.

A la mañana siguiente, Trotski hizo otro llamamiento a las tropas, calificando la carta de los representantes aliados como una injerencia flagrante en los asuntos internos de Rusia y un intento descarado de «obligar mediante amenazas al Ejército y al pueblo ruso a continuar la guerra en ejecución de los tratados firmados por el zar».

El Smolny lanzaba una proclama tras otra[bq], denunciando a Dujonin y a los oficiales contrarrevolucionarios próximos a él, acusando a los políticos reaccionarios reunidos en Maguilov, y sublevando a millones de soldados irritados y recelosos a lo largo de mil quinientos kilómetros de frente. Al mismo tiempo, Krylenko salió con tres destacamentos de marineros fanáticos hacia el cuartel general, amenazando con vengarse[br], y fue recibido en todas partes con grandes ovaciones, como en una marcha triunfal. El Comité Central del Ejército hizo una declaración en favor de Dujonin y diez mil hombres marcharon hacia Maguilov.

El 2 de diciembre, la guarnición de Maguilov se sublevó, tomó la ciudad, arrestó a Dujonin y al comité del Ejército y salió triunfante con sus estandartes rojos a recibir al nuevo comandante supremo. Al entrar en Maguilov a la mañana siguiente, Krylenko encontró una multitud vociferante que rodeaba el vagón de tren donde habían encerrado a Dujonin. Krylenko hizo un discurso rogando a los soldados que no hicieran daño a Dujonin, quien sería conducido a Petrogrado y juzgado por el Tribunal Revolucionario.

Cuando Krylenko terminó de hablar, el propio Dujonin se asomó a la ventana, como si quisiera dirigirse a la multitud. Pero la gente, lanzando feroces alaridos, asaltó el vagón, se lanzó sobre el general, lo arrastró fuera y lo mató a golpes en el andén.

Así terminó la revuelta del cuartel general.

Enormemente fortalecido por el hundimiento del último bastión del poder militar hostil en Rusia, el Gobierno soviético acometió con más confianza la organización del Estado. Muchos de los antiguos funcionarios se alinearon rápidamente bajo su bandera y muchos miembros de otros partidos entraron al servicio del Gobierno. Sin embargo, los que buscaban enriquecerse se vieron frenados por el decreto sobre el salario de los funcionarios, que fijaba un sueldo máximo de quinientos rublos mensuales (unos cincuenta dólares) para los comisarios del pueblo. La huelga de funcionarios, liderada por la Unión de Sindicatos, fracasó, abandonada a su suerte por los poderes financieros y

comerciales que la habían apoyado. Los empleados de banca volvieron a sus puestos.

Con el decreto sobre la nacionalización de los bancos, la creación del Consejo Supremo de la Economía Popular, la ejecución práctica en los pueblos de los decretos sobre la tierra, la reorganización democrática del Ejército y los cambios drásticos en todas las ramas del gobierno y de la vida: con todo esto, que se hizo efectivo únicamente por medio de la voluntad de las masas de los obreros, soldados y campesinos, comenzó a perfilarse lentamente, con muchos errores y tropiezos, la Rusia proletaria.

Los bolcheviques no llegaron al poder pactando con las clases pudientes o con otros líderes políticos, ni reconciliándose con el viejo aparato gubernamental. Tampoco mediante la violencia organizada de una camarilla. Si las masas de toda Rusia no hubieran estado preparadas para la insurrección, ésta habría fracasado. La única razón del triunfo de los bolcheviques es que llevaron a término los grandes y sencillos deseos de los estratos más profundos del pueblo, llamándolo a la tarea de derribar lo antiguo y colaborar con ellos para, a partir de esas ruinas, erigir el armazón de lo nuevo.

# CAPÍTULO 12




El 18 de noviembre llegó la nieve. Amanecimos con los alféizares de las ventanas cubiertos de una gruesa capa de nieve, y la nevada era tan densa que no se veía a tres metros de distancia. El barro había desaparecido. En un abrir y cerrar de ojos la ciudad oscura se volvió blanca y resplandeciente. Los *droshki*, con sus cocheros forrados de ropa, se habían convertido en trineos que saltaban por las calles irregulares a toda velocidad, mientras las barbas de sus conductores se endurecían y se congelaban por el frío. A pesar de la revolución, y de que Rusia se lanzaba de cabeza a un futuro terrible e incierto, la llegada de la nieve inundó la ciudad de alegría. Todo el mundo sonreía. La gente corría en las calles, elevando los brazos para intentar coger los blandos copos que caían del cielo. El color gris había desaparecido. Sólo las cúpulas y pináculos dorados y coloridos brillaban en medio de la nieve, que intensificaba su tosco esplendor.

Incluso salió el sol a mediodía, pálido y acuoso. Se acabaron los catarros y reúmas de los meses de lluvias. La vida de la ciudad se volvió más alegre y la propia revolución avanzó más ligera.

Una tarde me senté en un *traktir*, una especie de humilde taberna, enfrente del Smolny. El local, ruidoso y de techos bajos, se llamaba «La cabaña del tío Tom» y era muy frecuentado por los guardias rojos. Apiñados en torno a las pequeñas mesas con manteles sucios y enormes teteras de porcelana, llenaban el lugar con el humo fétido de sus cigarrillos, mientras los camareros corrían de un lado a otro, gritando: «*Seichass! Seichass!*» (¡Enseguida! ¡Ahora mismo!).

Sentado en un rincón, un hombre con el uniforme de capitán se dirigía a los presentes, que le interrumpían continuamente.

—¡No sois más que asesinos! —exclamó—. ¡Disparar a vuestros hermanos rusos en las calles!

—¿Cuándo hemos hecho eso? —preguntó un obrero.

—El domingo pasado, cuando los *yunkers*…

—¿Y acaso ellos no nos dispararon? —dijo uno, enseñando su brazo en cabestrillo—. ¿Es que esos granujas no me dejaron esto de recuerdo?

El capitán gritó a voz en cuello:

—¡Debéis permanecer neutrales! ¿Quiénes sois vosotros para derrocar el Gobierno legítimo? ¿Quién es ese Lenin? Un alemán…

—¿Y tú quién eres? ¡Un contrarrevolucionario! ¡Un provocador! —le gritaron.

Cuando pudo hacerse oír, el capitán se levantó.

—Está bien —dijo—. Decís que vosotros sois el pueblo ruso, pero no es verdad. Los campesinos son el pueblo ruso. Esperad a que ellos…

—¡Eso! —exclamaron—. Espera a que hablen los campesinos. Nosotros sabemos lo que dirán. ¿Acaso no son trabajadores como nosotros?

Al final, todo dependía de los campesinos. Aunque estaban atrasados políticamente, tenían ideas propias y representaban el 80 por ciento del pueblo ruso. Los bolcheviques contaban con un apoyo relativamente pequeño entre los campesinos, y una dictadura permanente de los obreros de la industria era algo imposible en Rusia. El tradicional partido campesino era el Partido Social-Revolucionario. De todos los partidos que apoyaban al Gobierno soviético, los socialrevolucionarios de izquierda eran los llamados históricamente a liderar a los campesinos, y los que, estando a merced del proletariado urbano organizado, necesitaban desesperadamente el apoyo de aquéllos.

Mientras tanto, el Smolny no había descuidado a los campesinos. Tras el Decreto sobre la Tierra, una de las primeras medidas del Tsik fue convocar un congreso de campesinos, sin contar con el Comité Ejecutivo de los Sóviets Campesinos. Unos días después se promulgaron regulaciones detalladas para los comités agrarios municipales, seguidas de las *Instrucciones a los campesinos*[bs] de Lenin, que explicaban de forma sencilla la revolución bolchevique y el nuevo gobierno. El 16 de noviembre, Lenin y Miliutin publicaron las *Instrucciones a los emisarios provisionales*, de las que el Gobierno soviético envió millares de copias a los pueblos.

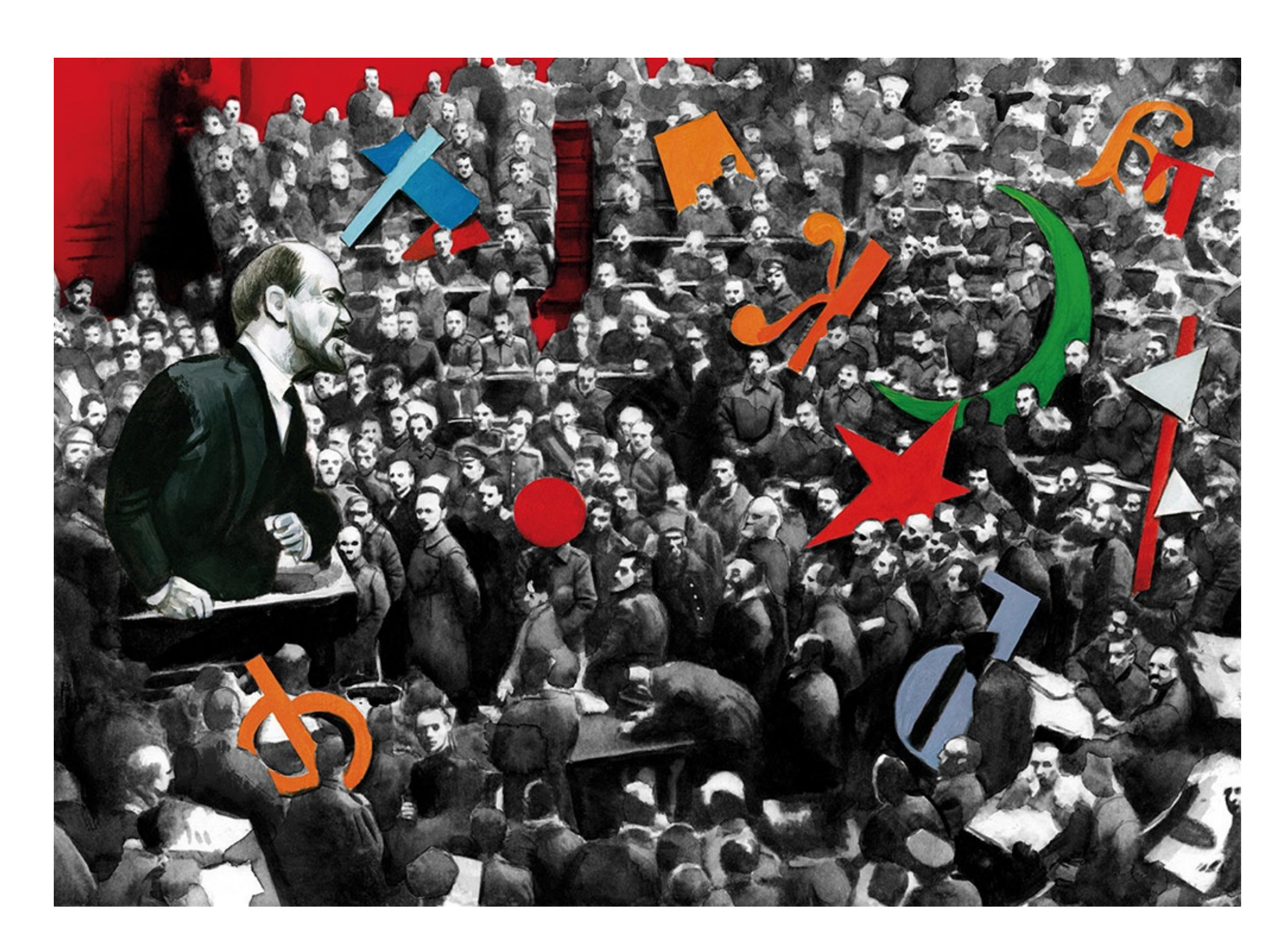
1. Al llegar a su provincia de destino, el emisario convocará una reunión de los comités ejecutivos centrales de los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos, en la que informará de las leyes agrarias, y a

continuación pedirá que se convoque una sesión plenaria conjunta de los sóviets.

2. Estudiará los siguientes aspectos del problema agrario en la provincia:
   a) ¿Se han confiscado las propiedades de los terratenientes? Y de ser así, ¿en qué distritos?
   b) ¿Quién gestiona las tierras confiscadas: los antiguos propietarios o los comités agrarios?
   c) ¿Qué se ha hecho con la maquinaria agrícola y el ganado?
3. ¿Ha aumentado la cantidad de terreno cultivado por los campesinos?
4. ¿Cuánto y en qué difiere la cantidad de tierra cultivada de la cantidad fijada por el Gobierno como el promedio mínimo?
5. El emisario insistirá en que, una vez que los campesinos hayan recibido la tierra, tienen la obligación de ampliar los cultivos lo más rápidamente posible y acelerar el envío de grano a las ciudades, como la única manera de combatir el hambre.
6. ¿Cuáles son las medidas proyectadas o puestas en práctica para entregar la tierra de los terratenientes a los comités agrarios u otros organismos similares designados por los sóviets?
7. Es aconsejable que las propiedades agrícolas bien equipadas y organizadas sean administradas por sóviets compuestos por los empleados habituales de dichas propiedades, bajo la dirección de técnicos agrícolas competentes.

En todos los pueblos se veía un cambio incipiente, no sólo por el efecto prodigioso del Decreto sobre la Tierra, sino también por los millares de soldados-campesinos de mentalidad revolucionaria que volvían del frente. Fueron ellos quienes recibieron con especial entusiasmo la convocatoria de un congreso de campesinos.

Al igual que había hecho el antiguo Tsik con relación al Segundo Congreso de Sóviets Obreros y Soldados, el Comité Ejecutivo trató de impedir el congreso campesino convocado por el Smolny. Y al igual que el antiguo Tsik, al comprender que su oposición era inútil, envió telegramas desesperados ordenando la elección de delegados conservadores. Incluso se propagó el rumor entre los campesinos de que el congreso se celebraría en Maguilov, y algunos delegados marcharon para allá. A pesar de todo, el 23 de noviembre se congregaron unos cuatrocientos en Petrogrado y comenzaron las reuniones de los diversos partidos.



La primera sesión se celebró en el Salón Alejandro del edificio de la duma, y la primera votación reveló que más de la mitad de los delegados eran socialrevolucionarios de izquierda, mientras que los bolcheviques controlaban apenas una quinta parte, los socialrevolucionarios conservadores una cuarta parte, y el resto estaba unido únicamente en su oposición al antiguo Comité Ejecutivo, dominado por Avkséntiev, Chaikovski y Peshejanov.

La enorme sala estaba abarrotada y sacudida por un clamor constante. Un encono profundo y obstinado dividía a los delegados en grupos hostiles. A la derecha se veían unos cuantos oficiales uniformados y los rostros patriarcales y barbudos de los campesinos más ancianos e importantes; en el centro había algunos campesinos, suboficiales y soldados; y a la izquierda, casi todos los delegados llevaban el uniforme de soldados rasos. Estos últimos eran la generación joven, que había servido en el Ejército. Los pasillos estaban repletos de obreros, que en Rusia aún recuerdan su origen campesino.

A diferencia del antiguo Tsik, al abrir la sesión, el Comité Ejecutivo no reconoció el congreso como oficial. El congreso oficial se convocó para el 13 de diciembre. Entre una tormenta de aplausos y gritos airados, el portavoz declaró que aquella reunión era una mera «asamblea extraordinaria». Pero la «asamblea extraordinaria» pronto dejó clara su posición hacia el Comité

Ejecutivo eligiendo presidenta a Mariya Spiridónova, jefa de los socialrevolucionarios de izquierda.

El primer día fue acaparado en su mayor parte por un violento debate sobre si debían estar presentes los representantes de los sóviets municipales, o sólo los delegados de organismos provinciales. Como ocurriera en el Congreso de Obreros y Soldados, una aplastante mayoría se declaró a favor de la representación más amplia posible. En vista de aquello, el antiguo Comité Ejecutivo abandonó la sala.

Enseguida se vio que la mayoría de los delegados eran hostiles al Gobierno de los comisarios del pueblo. Zinóviev fue abucheado cuando intentó hablar en nombre de los bolcheviques y, al bajar de la tribuna en medio de las risas, se oyeron gritos de: «¡Ahí tenéis a un comisario del pueblo que se ha metido en un charco!».

—Los socialrevolucionarios de izquierda nos negamos a reconocer este supuesto Gobierno obrero y campesino hasta que los campesinos se encuentren representados en él —exclamó Nazáriev, un delegado de las provincias—. Ahora mismo no es más que una dictadura de los obreros. ¡Exigimos la formación de un nuevo Gobierno que represente a toda la democracia!

Los delegados reaccionarios avivaron astutamente este sentimiento al afirmar, en medio de las protestas de la bancada bolchevique, que el Consejo de los Comisarios del Pueblo quería controlar el congreso o disolverlo por la fuerza. Esta afirmación fue recibida por los campesinos con un estallido de furia.

Al tercer día, Lenin subió de repente a la tribuna. Durante diez minutos, la locura se apoderó de la sala. «¡Que se baje!» —chillaban—. «¡No escucharemos a ninguno de tus comisarios del pueblo! ¡No reconocemos a tu Gobierno!».

Lenin permanecía de pie, bastante tranquilo, agarrando la mesa con ambas manos y observando aquel tumulto con sus ojillos penetrantes. Por fin se calmaron un poco las protestas, salvo en la parte derecha de la sala.

—No vengo aquí como miembro del Consejo de los Comisarios del Pueblo —dijo Lenin, esperando de nuevo a que el ruido menguara—, sino como miembro del grupo bolchevique, elegido de forma legal para este congreso.

Entonces mostró sus credenciales para que todos pudieran verlas.

—Sin embargo —prosiguió con tono firme—, nadie negará que el actual Gobierno ruso lo ha formado el partido bolchevique.

De nuevo tuvo que esperar un instante.

—De manera que, a todos los efectos, es lo mismo.

Las bancadas de la derecha estallaron en un clamor ensordecedor, pero las del centro y la izquierda sentían curiosidad y pidieron silencio.

La argumentación de Lenin fue sencilla.

—Vosotros, campesinos, a quienes hemos dado las tierras de los *pomieshchik*, decidme sinceramente si queréis impedir que los obreros se hagan con el control de la industria. Esto es una lucha de clases. Los *pomieshchiki* lógicamente se oponen a los campesinos, y los industriales se oponen a los obreros. ¿Vais a dejar que se dividan las filas del proletariado? ¿De qué lado estáis?

»Los bolcheviques somos el partido del proletariado, tanto del proletariado campesino como del industrial. Nosotros, los bolcheviques, somos los protectores de los sóviets, tanto de los sóviets campesinos como de los sóviets obreros y soldados. El Gobierno actual es un Gobierno de sóviets. Nosotros no sólo hemos invitado a los sóviets campesinos a participar en dicho Gobierno. También hemos invitado a los representantes de los socialrevolucionarios de izquierda a entrar en el Consejo de los Comisarios del Pueblo.

»Los sóviets son los mejores representantes del pueblo, de los trabajadores de las fábricas y de las minas, y de los trabajadores del campo. Quien intente destruir a los sóviets es culpable de un acto antidemocrático y contrarrevolucionario. Yo os aviso, camaradas socialrevolucionarios de derecha, y a vosotros, señores kadetes, que si la Asamblea Constituyente intenta acabar con los sóviets, nosotros no se lo permitiremos.

La tarde del 25 de noviembre, Chernov llegó a toda prisa de Maguilov, citado por el Comité Ejecutivo. Considerado un revolucionario radical apenas dos meses antes y muy popular entre los campesinos, ahora se le llamaba para controlar la peligrosa deriva izquierdista del congreso. A su llegada, Chernov fue detenido y llevado al Smolny, donde, tras una breve conversación, se le dejó en libertad.

Su primera actuación fue reprender duramente al Comité Ejecutivo por abandonar el congreso. El comité aceptó volver y, cuando Chernov entró en la sala, fue recibido con un gran aplauso de la mayoría y con abucheos y burlas de los bolcheviques.

—¡Camaradas! He estado fuera, participando en la Conferencia del 12.º Ejército para la convocatoria de un congreso de delegados campesinos del

frente oeste. Por lo tanto, sé muy poco de la insurrección que se ha producido aquí.

Zinóviev, levantándose de su asiento, le gritó:

—¡Sí, has estado fuera… unos minutos!

Se produjo un terrible tumulto. Gritos de: «¡Abajo los bolcheviques!».

Chernov continuó:

—La acusación de que yo ayudé a conducir un ejército a Petrogrado no tiene ningún fundamento y es completamente falsa. ¿De dónde sale esa acusación? ¡Decidme la fuente!

Zinóviev dijo:

—¡Del *Izvestia* y del *Dielo Naroda*, tu propio periódico! ¡De ahí sale!

El ancho rostro de Chernov, con sus pequeños ojillos, el pelo ondulado y la barba gris, se puso rojo de ira, pero se controló y prosiguió:

—Repito que no sé prácticamente nada de lo que ha pasado aquí y que no he conducido más ejército que éste —dijo, señalando a los delegados campesinos—, de cuya presencia aquí soy en buena parte responsable.

Risas y gritos de: «¡Bravo!».

—A mi regreso visité el Smolny y no se me acusó de nada semejante. Tras una breve conversación, me fui y eso fue todo. ¡Que alguno de los presentes me acuse de ello!

Siguió un alboroto. Los bolcheviques y algunos socialrevolucionarios de izquierda se pusieron en pie de un salto, agitando los puños y gritando, mientras el resto de la asamblea intentaba acallarlos chillando más alto.

—¡Esto es un ultraje, no una sesión! —gritó Chernov, abandonando la sala.

Se aplazó la reunión por el ruido y el desorden.

Mientras tanto, la cuestión de la condición legal del Comité Ejecutivo encendía los ánimos de todos. Al declarar la asamblea como «conferencia extraordinaria», se pretendía bloquear la reelección del Comité Ejecutivo. Pero esto funcionaba en los dos sentidos: los socialrevolucionarios de izquierda decidieron que si el congreso ya no tenía ningún poder sobre el Comité Ejecutivo, entonces el Comité Ejecutivo tampoco tenía ningún poder sobre el congreso. El 25 de noviembre, la asamblea resolvió que las competencias del Comité Ejecutivo fueran asumidas por la conferencia extraordinaria, en la que sólo votarían los miembros del ejecutivo que hubieran sido elegidos como delegados.

Al día siguiente, pese a la fuerte oposición de los bolcheviques, se enmendó la resolución para dar a todos los miembros, delegados o no, voz y

voto en la asamblea.

El 27 se celebró el debate sobre la tierra, que puso de manifiesto las diferencias entre el programa de los bolcheviques y los socialrevolucionarios de izquierda.

Kolchinski, en nombre de la Izquierda Social-Revolucionaria, resumió la historia de la cuestión agraria durante la revolución. El Primer Congreso de Sóviets Campesinos, dijo, había votado una resolución formal específica en favor de poner inmediatamente las tierras en manos de los comités agrarios. Pero los directores de la revolución y los burgueses del Gobierno habían reiterado que la cuestión no podía resolverse hasta que se reuniera la Asamblea Constituyente. El segundo periodo de la revolución, el periodo de las «componendas», se inició con la entrada de Chernov en el gabinete. Los campesinos estaban convencidos de que llegaría la solución práctica de la cuestión agraria. Sin embargo, pese a la decisión imperativa del Primer Congreso Campesino, los reaccionarios y conciliadores del Comité Ejecutivo impidieron toda actuación. Esta política provocó una serie de disturbios en el campo, que parecían la expresión natural de la impaciencia y las ilusiones frustradas de los campesinos. Éstos, entendiendo el sentido exacto de la revolución, intentaron pasar de las palabras a la acción.



—Los acontecimientos recientes —dijo Kolchinski— no son un simple disturbio, ni una «aventura bolchevique», sino un verdadero alzamiento popular que ha recibido el apoyo de todo el país.

»En general, los bolcheviques han adoptado la actitud correcta sobre la cuestión agraria, pero han cometido un grave error al recomendar a los campesinos que tomen la tierra por la fuerza. Desde los primeros días, los bolcheviques han dicho que los campesinos debían apoderarse de las tierras “mediante la acción masiva revolucionaria”. Eso no es más que anarquía. La tierra se puede tomar de manera organizada. Para los bolcheviques, lo importante era que los problemas de la revolución se resolvieran lo antes posible, pero no les importaba el cómo.

»El Decreto sobre la Tierra del Congreso de los Sóviets es idéntico en sus líneas maestras a las decisiones del Primer Congreso de Campesinos. Entonces, ¿por qué el nuevo Gobierno no ha seguido las tácticas trazadas por ese congreso? Porque el Consejo de los Comisarios del Pueblo quería zanjar rápidamente la cuestión agraria para que la Asamblea Constituyente no pudiese hacer nada.

»Pero el Gobierno también comprendió que había que adoptar medidas prácticas. Así que, sin darle más vueltas, adoptó los reglamentos de los comités agrarios, creando así una situación extraña, porque el Consejo de los Comisarios del Pueblo abolió la propiedad privada de la tierra, al tiempo que los reglamentos elaborados por los comités agrarios estaban basados precisamente en la propiedad privada. Sin embargo, esto no ha causado daño alguno, porque los comités agrarios no hacen ningún caso de los decretos soviéticos y aplican sus propias decisiones, basadas en la voluntad de la inmensa mayoría de los campesinos.

»Estos comités agrarios no tratan de dar una solución legislativa a la cuestión agraria. Eso corresponde únicamente a la Asamblea Constituyente. Ahora bien, ¿la Asamblea Constituyente querrá cumplir la voluntad de los campesinos rusos? No podemos asegurarlo. Lo único que podemos asegurar es que se ha despertado la determinación revolucionaria de los campesinos, y que la Asamblea Constituyente se verá obligada a resolver la cuestión agraria como quieran aquéllos. La Asamblea Constituyente no se atreverá a contravenir la voluntad del pueblo.

Le siguió Lenin, al que ahora escucharon con la máxima atención.

—En este momento no sólo estamos tratando de resolver la cuestión de la tierra, sino la cuestión de la revolución social, y no sólo en Rusia, sino en todo el mundo. La cuestión agraria no puede arreglarse sin abordar los otros

problemas de la revolución social. Por ejemplo, la confiscación de los latifundios provocará la resistencia no sólo de los terratenientes rusos, sino también del capital extranjero, con el que las grandes fincas están conectadas por medio de los bancos.

»La propiedad de la tierra en Rusia es la base de una inmensa opresión, y su confiscación por parte de los campesinos es el paso más importante de nuestra revolución. Pero no puede desligarse de otros pasos, como se ha puesto claramente de manifiesto en las diferentes fases por las que ha atravesado la revolución. La primera fase fue la derrota de la autocracia y del poder de los capitalistas industriales y los terratenientes, cuyos intereses están estrechamente relacionados. La segunda fase fue el fortalecimiento de los sóviets y el acuerdo político con la burguesía. El error de la Izquierda Social-Revolucionaria fue no oponerse entonces a la política de acuerdos, porque creían que la conciencia de las masas aún no estaba lo bastante desarrollada.

»Si el socialismo sólo puede implantarse cuando el desarrollo intelectual de todo el pueblo lo permita, entonces no veremos el socialismo hasta dentro de quinientos años, por lo menos. El partido político socialista es la vanguardia de la clase obrera. No debe verse frenado por la falta de educación de la mayoría, sino que debe liderar a las masas, usando a los sóviets como órganos de la iniciativa revolucionaria. Pero, para liderar a los indecisos, los camaradas de la Izquierda Social-Revolucionaria deben dejar de dudar ellos mismos.

»El pasado julio se abrió una brecha entre las masas populares y los “pactistas”, pero ahora, en noviembre, la Izquierda Social-Revolucionaria sigue tendiendo la mano a Avkséntiev, que está manipulando al pueblo. Si siguen las componendas, se acabará la revolución. No se puede pactar con la burguesía, cuyo poder ha de ser derrotado completamente.

»Los bolcheviques no hemos cambiado nuestro programa agrario. No hemos renunciado a la abolición de la propiedad privada de la tierra, ni tenemos intención de hacerlo. Hemos adoptado los reglamentos de los comités agrarios, que no están en absoluto basados en la propiedad privada, porque queremos cumplir la voluntad popular tal como la expresó el pueblo mismo, con el fin de ensamblar la coalición de todos los elementos que luchan por la revolución social.

»Invitamos a la Izquierda Social-Revolucionaria a entrar en dicha coalición, reiterándole, no obstante, que deje de mirar atrás y rompa con los “pactistas” de su partido.

»Por lo que respecta a la Asamblea Constituyente, es cierto, como ha dicho el anterior interviniente, que su trabajo dependerá de la determinación revolucionaria de las masas. Y yo digo: ¡contad con la determinación revolucionaria, pero no olvidéis vuestro fusil!

A continuación, Lenin leyó la resolución de los bolcheviques:

> El Congreso Campesino apoya plenamente el Decreto sobre la Tierra del 8 de noviembre y aprueba el Gobierno provisional obrero y campesino de la República Rusa, establecido por el Segundo Congreso Soviético de Diputados Obreros y Soldados de Toda Rusia.
>
> Dicho congreso invita a todos los campesinos a respaldar unánimemente esta ley y a aplicarla de inmediato. Asimismo, les invita a nombrar para los puestos de responsabilidad únicamente a personas que hayan demostrado con los hechos, y no sólo de palabra, su entrega absoluta a los intereses de los trabajadores campesinos explotados, y su deseo y capacidad para defender dichos intereses contra la resistencia de los grandes terratenientes, los capitalistas, sus partidarios y cómplices.
>
> El Congreso Campesino expresa igualmente su convicción de que el total cumplimiento de las medidas que integran el Decreto sobre la Tierra sólo será posible mediante el triunfo de la revolución social obrera, iniciada el 7 de noviembre de 1917. Sólo la revolución social puede hacer realidad la entrega definitiva de la tierra a los trabajadores campesinos, sin posibilidad de dar marcha atrás; la confiscación de las granjas modelo y su entrega a las comunas campesinas; la confiscación de la maquinaria agrícola perteneciente a los grandes terratenientes; la salvaguarda de los intereses de los trabajadores campesinos mediante la abolición total de la esclavitud asalariada; el reparto regular y sistemático entre todas las regiones de Rusia de los productos agrícolas e industriales; la expropiación de los bancos (sin la cual sería imposible la posesión de la tierra por parte del pueblo entero, una vez abolida la propiedad privada); y toda clase de ayuda por parte del Estado a los trabajadores.
>
> Por estas razones, el Congreso de Campesinos respalda enteramente la revolución del 7 de noviembre como una revolución social y expresa su voluntad inquebrantable de poner en marcha, con las modificaciones que sean necesarias pero sin ningún titubeo, la transformación social de la República Rusa.

> Las condiciones indispensables de la victoria de la revolución socialista, la única que puede asegurar el éxito duradero y el total cumplimiento del Decreto sobre la Tierra, es la estrecha unión de los trabajadores campesinos con los obreros industriales y el proletariado de los países avanzados. De ahora en adelante, en la República Rusa, toda la organización y administración del Estado, de arriba abajo, debe reposar en esta unión. Sólo ella, aplastando cualquier intento directo o indirecto, abierto o disimulado, de volver a la política de conciliación con la burguesía —conciliación condenada por las experiencias de pactos con los jefes de la política burguesa—, puede garantizar el triunfo del socialismo en el mundo entero.

Los reaccionarios del Comité Ejecutivo ya no se atrevían a mostrarse abiertamente. No obstante, Chernov, que habló en varias ocasiones con una imparcialidad modesta y seductora, fue invitado a sentarse en el estrado. La segunda noche del congreso, el presidente recibió una nota anónima, pidiendo que se nombrara presidente honorario a Chernov. Cuando Ustinov leyó la nota en voz alta, Zinóviev se levantó inmediatamente y gritó que aquello era un truco del antiguo Comité Ejecutivo para hacerse con la convención. En un instante la sala se convirtió en una masa vociferante de aspavientos y rostros airados por ambos lados. Sin embargo, Chernov mantuvo su popularidad.

En los debates encarnizados en torno a la cuestión agraria y a la resolución de Lenin, los bolcheviques estuvieron dos veces a punto de abandonar la asamblea, y en ambas ocasiones fueron contenidos por sus jefes. Me parecía que el congreso había llegado a un punto muerto.

Pero ninguno de nosotros sabía que ya se estaba celebrando en el Smolny una serie de encuentros secretos entre los socialrevolucionarios de izquierda y los bolcheviques. En un primer momento, la Izquierda Social-Revolucionaria pedía que hubiera un Gobierno compuesto por todos los partidos socialistas, integrados o no en los sóviets, y responsable de un Consejo del Pueblo, formado en igual número por delegados de la organización de obreros y soldados y por delegados de los campesinos, y completado con representantes de las dumas municipales y los *zemstvos*. Lenin y Trotski serían eliminados, y se disolvería el Comité Revolucionario Militar y otros órganos represivos.

La mañana del miércoles, 28 de noviembre, tras una lucha terrible que duró toda la noche, se alcanzó un acuerdo. El Tsik, compuesto por 108 miembros, se vería aumentado con 108 miembros elegidos proporcionalmente por el Congreso de Campesinos, más 100 delegados elegidos directamente

por el Ejército y la Flota y con 50 representantes de los sindicatos (35 de los sindicatos generales, 10 de los ferroviarios y 5 de los trabajadores de correos y telégrafos). Se prescindía de las dumas y los *zemstvos*. Lenin y Trotski seguían en el Gobierno, y el Comité Revolucionario Militar continuó funcionando.

Las sesiones del congreso se trasladaron al edificio de la Escuela de Derecho Imperial, situada en Fontanka, número 6, la sede de los sóviets campesinos. Los delegados se reunieron en el gran salón de juntas el miércoles por la tarde. El antiguo Comité Ejecutivo se había retirado y celebraba una convención propia en otra sala del mismo edificio, formada por delegados disidentes y representantes de los comités del Ejército.

Chernov iba de una reunión a la otra, supervisando atentamente los procedimientos. Sabía que se estaba negociando un acuerdo con los bolcheviques, pero no que se había alcanzado.

Habló a los participantes en la reunión alternativa.

—Ahora que todo el mundo es partidario de formar un Gobierno de coalición socialista, muchos olvidan el primer ministerio, que no fue un Gobierno de coalición y en el que sólo había un socialista, Kérensky. Un Gobierno que fue muy popular en su tiempo. Ahora la gente acusa a Kérensky, olvidando que llegó al poder no sólo gracias a los sóviets, sino también a las masas populares.

»¿Por qué ha cambiado la opinión pública con respecto a Kérensky? Los salvajes crean dioses a los que rezan, y a los que castigan si sus oraciones no obtienen respuesta. Eso es lo que está pasando en este momento. Ayer fue Kérensky, hoy, Lenin y Trotski, y mañana será otro.

»Nosotros hemos propuesto a Kérensky y a los bolcheviques que abandonen el poder. Kérensky ha aceptado y ha anunciado hoy desde su escondite que dimite como primer ministro, pero los bolcheviques quieren mantener el poder y no saben usarlo.

»Tanto si los bolcheviques triunfan como si fracasan, el destino de Rusia no cambiará. Las aldeas rusas saben perfectamente lo que quieren y están ejecutando sus propias medidas. Los pueblos, al final, nos salvarán.

Mientras tanto, Ustinov anunció en el gran salón el acuerdo entre el Congreso de Campesinos y el Smolny, recibido con júbilo por los delegados. De repente, apareció Chernov y pidió la palabra.

—Tengo entendido —dijo— que el Congreso de Campesinos y el Smolny han alcanzado un acuerdo. Dicho acuerdo sería ilegal, puesto que el verdadero Congreso de Sóviets Campesinos no se reunirá hasta la semana que viene.

»Además, quiero advertiros que los bolcheviques nunca aceptarán vuestras peticiones.

Fue interrumpido por una sonora carcajada. Comprendiendo la situación, abandonó la tribuna y la sala, llevándose consigo su popularidad.

A última hora del martes, 29 de noviembre, el congreso se reunió en sesión extraordinaria. Reinaba un ambiente festivo, y en todos los rostros se dibujaba una sonrisa. El resto de asuntos se revisó rápidamente y el viejo Nathanson, el decano de barba blanca del ala izquierda de los socialrevolucionarios, con la voz temblorosa y lágrimas en los ojos, leyó la noticia del «matrimonio» entre los sóviets campesinos y los sóviets de obreros y soldados. Cada vez que se mencionaba la palabra *unión* estallaba un aplauso entusiasta. Al final, Ustinov anunció la llegada de una delegación del Smolny, acompañada por representantes del Ejército Rojo, que fue recibida con una sonora ovación. Uno tras otro, tomaron la palabra un obrero, un soldado y un marinero, que les dieron su aprobación.

A continuación, Boris Reinstein, delegado del Partido Socialista Obrero Estadounidense, dijo:

—El día de la unión del Congreso de Campesinos y los sóviets de los diputados obreros y campesinos es uno de los días más grandes de la revolución. Sus ecos resonarán en el mundo entero: en París, en Londres y, al otro lado del océano, en Nueva York. Esta unión llenará de felicidad los corazones de todos los trabajadores.

»Ha triunfado una idea grandiosa. Occidente y Norteamérica esperaban algo grande de Rusia y del proletariado ruso. El proletariado del mundo espera ilusionado a la revolución rusa y los grandes logros que está consiguiendo.

Sverdlov, presidente del Tsik, saludó a los asistentes. Luego, al grito de: «¡Viva el final de la guerra civil! ¡Larga vida a la democracia unida!», los campesinos abandonaron el edificio.

Ya era de noche, y en la nieve congelada resplandecía la pálida luz de la luna y las estrellas. A la orilla del canal se alineaban en formación los soldados del regimiento Pavlovski, con su banda, que se puso a tocar *La Marsellesa*. Entre los gritos estruendosos de los soldados, los campesinos formaron en línea recta y desplegaron el gran estandarte rojo del Comité Ejecutivo de los Sóviets Campesinos de Toda Rusia, con la siguiente inscripción, recién bordada en oro: «¡Viva la unión de las masas revolucionarias y trabajadoras!». Le seguían otros estandartes, entre ellos, los

de los sóviets del distrito y de la fábrica Putilov, que decían: «¡Nos inclinamos ante esta bandera para crear la hermandad de todos los pueblos!».

Por algún lugar aparecieron antorchas, que lanzaban su resplandor anaranjado en la noche, multiplicado a millares en la superficie helada, y humeaban sobre el grupo que avanzaba cantando por la orilla de la Fontanka, entre multitudes que los miraban con mudo asombro.

—¡Viva el ejército revolucionario! ¡Viva la Guardia Roja! ¡Vivan los campesinos!

La gran procesión, cada vez más numerosa, atravesó la ciudad, desplegando nuevos estandartes con letras doradas. Dos viejos campesinos, encorvados por el duro trabajo, caminaban abrazados, con el rostro iluminado por una felicidad infantil.

—Bueno —dijo uno de ellos—. ¡Me gustaría ver si nos quitan la tierra ahora!

Cerca del Smolny, la guardia roja estaba alineada a ambos lados de la calle, loca de alegría. El otro viejo campesino le dijo a su compañero:

—No estoy cansado. ¡He caminado todo el rato sobre las nubes!

En la escalera del Smolny se agolpaba un centenar de diputados obreros y soldados con sus banderas, cuyas negras siluetas se recortaban en el resplandor que salía de las arcadas. Como una marea, bajaron rápidamente para abrazar y besar a los campesinos. La comitiva atravesó la gran puerta y subió las escaleras con un ruido estruendoso.

En la inmensa sala blanca esperaban el Tsik, el Sóviet de Petrogrado en pleno y un millar de espectadores, con esa solemnidad que acompaña a los grandes momentos de la historia.

Zinóviev anunció el acuerdo con el Congreso de Campesinos, recibido con un vibrante clamor que se convirtió en una tormenta cuando el sonido de la música retumbó en el pasillo y la cabeza de la comitiva entró en la sala. El presídium se levantó para dejar sitio en el estrado al presídium de los campesinos, y ambos se abrazaron. Detrás de ellos, las dos banderas se entrelazaron en la pared blanca, encima del marco vacío del que se había arrancado el retrato del zar.

A continuación, se abrió la «sesión victoriosa». Tras unas palabras de bienvenida de Sverdlov, Mariya Spiridónova, delgada, pálida, con gafas, el pelo liso y su aspecto de maestra bostoniana, subió a la tribuna. Era la mujer más querida y poderosa de toda Rusia.

—Ante los obreros de Rusia se abren nuevos horizontes que nunca antes se han visto en la historia. Todos los movimientos obreros del pasado

acabaron derrotados. Pero el movimiento actual es internacional y por eso es invencible. ¡No hay fuerza en el mundo capaz de apagar la llama de la revolución! El viejo mundo se desmorona y comienza uno nuevo.

Después habló Lenin, encendido:

—¡Os doy la bienvenida, camaradas campesinos! No estáis aquí como invitados, sino como dueños de esta casa que alberga el corazón de la revolución rusa. La voluntad de millones de trabajadores está concentrada en esta sala. Ahora sólo hay un amo de la tierra rusa: la unión de los obreros, soldados y campesinos.

Continuó hablando con sarcasmo de los diplomáticos aliados, que hasta entonces habían desdeñado la invitación a firmar un armisticio, aceptada por las potencias centrales.

—Una nueva humanidad nacerá de esta guerra. En esta sala, juramos a los obreros de todos los países que permaneceremos en nuestro puesto revolucionario. Si caemos, será defendiendo nuestra bandera.

Le siguió Krylenko, que explicó la situación en el frente, donde Dujonin se preparaba para resistir al Consejo de los Comisarios del Pueblo.

—Dujonin y sus compinches han de saber que no seremos indulgentes con quienes obstaculicen el camino a la paz.

Dybenko saludó a la asamblea en nombre de la Flota, y Krushinky, miembro del Vikzhel, dijo:

—Ahora que se ha erigido la unión entre todos los verdaderos socialistas, todo el ejército de los ferroviarios se pone a la entera disposición de la democracia revolucionaria.

Luego hablaron Lunacharsky, casi llorando, Proshian, en nombre de la Izquierda Social-Revolucionaria, y por último, Saharashvili, en nombre de los internacionalistas socialdemócratas unificados, compuestos por miembros de los grupos de Mártov y de Gorki, que dijo:

—Abandonamos el Tsik por la política inflexible de los bolcheviques y para obligarles a hacer concesiones orientadas a conseguir la unión de toda la democracia revolucionaria. Ahora que esta reunión se ha hecho efectiva, consideramos un deber sagrado ocupar de nuevo nuestros puestos en el Tsik y declaramos que todos aquellos que se han retirado del Tsik deberían volver.

Stachkov, un campesino anciano y solemne, miembro del presídium del Congreso de Campesinos, inclinándose hacia los cuatro lados de la sala, dijo:

—¡Os saludo, con ocasión del bautismo de una nueva vida y de la libertad en Rusia!

Gronski, en nombre de la Socialdemocracia de Polonia, Skripnik, de los comités de fábrica, Tifonov, de los soldados rusos de Salónica, y otros, hasta formar una lista interminable, hablaron de corazón, con la feliz elocuencia de las esperanzas cumplidas.

Ya avanzada la noche, se presentó y se aprobó por unanimidad la siguiente resolución:

> El Tsik, reunido en sesión extraordinaria con el Sóviet de Petrogrado y el Congreso de Campesinos, confirma los decretos adoptados por el Segundo Congreso de los Sóviets de los Diputados Obreros y Soldados, así como el decreto sobre el control obrero adoptado por el Tsik.
>
> La sesión conjunta del Tsik y el Congreso de Campesinos expresa su firme convicción de que la alianza de los obreros, soldados y campesinos, esta unión fraternal de todos los trabajadores y todos los explotados, consolidará el poder conquistado por ellos, tomará todas las medidas revolucionarias para acelerar el traspaso de poder a la clase obrera en otros países, asegurando así el cumplimiento perdurable de una paz justa y la victoria del socialismo[bt].

# APÉNDICES

# CAPÍTULO 1

## 1

*Oborontsi* – «Defensores». Todos los grupos socialistas «moderados» adoptaron o recibieron este nombre porque accedieron a continuar la guerra bajo el liderazgo aliado, con el argumento de que era una guerra de defensa nacional. Los bolcheviques, la Izquierda Social-Revolucionaria, los internacionalistas mencheviques (el grupo de Mártov) y los internacionalistas socialdemócratas (el grupo de Gorki) estaban a favor de obligar a los aliados a declarar unos objetivos bélicos democráticos y a ofrecer la paz a Alemania en dichos términos.

## 2

## LOS SUELDOS Y EL COSTE DE LA VIDA ANTES Y DURANTE LA REVOLUCIÓN

La siguiente tabla de sueldos y costes fue compilada en octubre de 1917 por una comisión conjunta de la Cámara de Comercio de Moscú y la sección moscovita del Ministerio de Trabajo, y fue publicada el 26 de octubre de 1917 en el *Novaya Zhizn*.

| **Sueldos por día (en rublos y kopeks)** | | | |
|---|---|---|---|
| **Oficio** | **Julio de 1914** | **Julio de 1916** | **Agosto de 1917** |
| Carpintero | 1,60 – 2 | 4 – 6 | 8,50 |
| Albañil | 1,30 – 1,50 | 3 – 3,50 | - |
| Cantero, yesero | 1,70 – 2,35 | 3 – 3,50 | 8 |
| Pintor, tapicero | 1,80 – 2,20 | 3 – 5,50 | 8 |
| Herrero | 1 – 2,25 | 4 – 5 | 8,50 |
| Deshollinador | 1,50 – 2 | 4 – 5,50 | 7,50 |
| Cerrajero | 0,90 – 2 | 3,50 – 6 | 9 |
| Jornalero | 1 – 1,50 | 2,50 – 4,50 | 8 |

Pese a las numerosas historias de enormes aumentos en los sueldos inmediatamente después de la revolución de marzo de 1917, estas cifras, que fueron publicadas por el Ministerio de Trabajo como representativas de las condiciones en toda Rusia, muestran que los sueldos no subieron inmediatamente después de la revolución, sino poco a poco. Como promedio, los salarios aumentaron algo más del 500%.

Pero, simultáneamente, el valor del rublo cayó a menos de un tercio de su anterior valor adquisitivo, y el coste de la vida aumentó enormemente.

La siguiente tabla fue compilada por la duma municipal de Moscú, donde la comida era más barata y abundante que en Petrogrado.

| | **Agosto de 1914** | **Agosto de 1917** | **Aumento porcentual** |
|---|---|---|---|
| Pan negro (400 gramos) | 0,02 | 0,12 | 330 |
| Pan blanco (400 gramos) | 0,05 | 0,20 | 300 |
| Carne de vaca (400 gramos) | 0,22 | 1,10 | 400 |
| Ternera (400 gramos) | 0,26 | 2,15 | 727 |
| Cerdo (400 gramos) | 0,23 | 2 | 770 |
| Arenque (400 gramos) | 0,06 | 0,52 | 767 |
| Queso (400 gramos) | 0,40 | 3,50 | 754 |
| Mantequilla (400 gramos) | 0,48 | 3,20 | 557 |
| Huevos (400 gramos) | 0,30 | 1,60 | 443 |
| Leche (1,3 litros) | 0,07 | 0,40 | 471 |

Por término medio, el precio de la comida aumentó un 556% o, lo que es lo mismo, un 51% más que los salarios.

El precio de los otros productos básicos aumentó enormemente.

La siguiente tabla fue compilada por las secciones económicas del Sóviet de los Diputados Obreros de Moscú, y ratificada por el Ministerio de Suministros del Gobierno provisional.

| Coste de otros productos básicos (en rublos y kopeks) | | | |
|---|---|---|---|
| | **Agosto de 1914** | **Agosto de 1917** | **Aumento porcentual** |
| Percal (0,70 m) | 0,11 | 1,40 | 1173 |
| Algodón (0,70 m) | 0,15 | 2 | 1233 |
| Telas para vestido (0,70 m) | 2 | 40 | 1900 |
| Paño (0,70 m) | 6 | 80 | 1233 |
| Calzado de hombre (par) | 12 | 144 | 1097 |
| Suelas de goma (par) | 2,50 | 15 | 500 |
| Ropa de hombre (traje) | 40 | 400-455 | 900-1109 |
| Té (400 gramos) | 4,50 | 18 | 300 |
| Suelas de cuero | 20 | 400 | 1900 |
| Cerillas (cartones) | 0,10 | 0,50 | 400 |
| Jabón (16 kilos) | 4,50 | 40 | 780 |
| Gasolina (12 litros) | 1,70 | 11 | 547 |
| Velas (16 kilos) | 8,50 | 100 | 1076 |
| Caramelo (400 gramos) | 0,30 | 4,50 | 1406 |
| Leña (la carga) | 10 | 120 | 1100 |
| Carbón vegetal | 0,80 | 13 | 1900 |
| Diversos productos metálicos | 1 | 20 | 1900 |

Por término medio, el precio de estos productos aumentó alrededor de un 1109%, más del doble que los salarios. La diferencia, naturalmente, fue a parar a los bolsillos de los especuladores y comerciantes.

Cuando llegué a Petrogrado, en septiembre de 1917, el salario medio diario de un obrero industrial cualificado —por ejemplo, un trabajador del acero de la fábrica Putilov— era de 8 rublos aproximadamente. En esa época, los beneficios eran enormes. Uno de los dueños de la fábrica de lanas Thornton, una empresa situada en las afueras de Petrogrado, me contó que los sueldos habían subido en torno al 300% en su fábrica, mientras que sus beneficios habían aumentado un 900%.

# 3

# LOS MINISTROS SOCIALISTAS

La historia de los esfuerzos realizados por los socialistas del Gobierno provisional de julio por llevar a cabo su programa en coalición con los ministros burgueses es un ejemplo ilustrativo de la lucha de clases en la política. Lenin explicó este fenómeno del modo siguiente:

> Los capitalistas […], viendo que la situación del Gobierno era insostenible, recurrieron a un método que, desde 1848, los capitalistas han empleado durante décadas con el fin de enturbiar, dividir y acabar dominando a la clase obrera. Este método es el llamado «ministerio de coalición», compuesto por burgueses y renegados del bando socialista.
>
> En los países donde la libertad política y la democracia han coexistido con el movimiento obrero revolucionario —por ejemplo, en Inglaterra y Francia—, los capitalistas emplean este subterfugio, también con mucho éxito. Los líderes «socialistas», al entrar en los ministerios, resultaron ser todos meros hombres de paja, marionetas, simples escudos para los capitalistas y una herramienta con la que engañar a los obreros. Los capitalistas «democráticos» y «republicanos» de Rusia pusieron en marcha el mismo plan. Los socialrevolucionarios y mencheviques fueron víctimas de ello y el 1 de junio se consumó un Gobierno de «coalición», con la participación de Chernov, Tseretely, Skóbelev, Avkséntiev, Sávinkov, Zarudni y Nikitin.

# 4

# ELECCIONES MUNICIPALES DE SEPTIEMBRE EN MOSCÚ

En la primera semana de octubre de 1917, el *Novaya Zhizn* publicó la siguiente tabla comparativa de los resultados electorales, señalando que significaban la quiebra de la política de coalición con las clases pudientes. «Si aún se puede evitar la guerra civil, ello sólo será posible mediante un frente único de toda la democracia revolucionaria».

| Elecciones a las dumas centrales y de los distritos de Moscú (número de miembros) | | |
|---|---|---|
| | **Junio de 1917** | **Septiembre de 1917** |
| Socialrevolucionarios | 58 | 14 |
| Kadetes | 17 | 30 |
| Mencheviques | 12 | 4 |
| Bolcheviques | 11 | 47 |

# 5

# LA CRECIENTE ARROGANCIA DE LOS REACCIONARIOS

18 de septiembre. El kadete Shulgin escribe en un periódico de Kiev que el Gobierno provisional, declarando que Rusia era una república, incurría en un grave abuso de sus competencias: «Nosotros no aceptaremos una república, ni el actual Gobierno republicano. Además, no estamos seguros de que eso es lo que quiere Rusia».

23 de octubre. En una reunión del partido kadete celebrada en Riazán, Dujonin declaró: «El 1 de marzo implantamos una monarquía constitucional. No debemos rechazar al heredero legítimo al trono, Mijaíl Aleksándrovich».

27 de octubre. Resolución aprobada por la conferencia de empresarios de Moscú:

La conferencia insiste al Gobierno provisional para que tome de inmediato las siguientes medidas en el Ejército:

1. Prohibición de cualquier tipo de propaganda política. El Ejército debe permanecer al margen de la política.
2. Se debe prohibir la propaganda de las ideas antinacionales, así como las ideas y teorías internacionales que niegan la necesidad de los ejércitos y minan la disciplina, y los propagandistas han de ser castigados.
3. La función de los comités militares debe limitarse exclusivamente a las cuestiones económicas. Todas sus decisiones han de ser confirmadas por sus superiores, que tienen el derecho de disolver los comités en cualquier momento.
4. Restablecimiento del saludo militar obligatorio. Restablecimiento completo del poder disciplinario en manos de los oficiales, con el derecho a revisar la sentencia.

5. Expulsión del Cuerpo de Oficiales de todos aquellos que los deshonren participando en el movimiento de las masas de soldados, el cual fomenta la desobediencia. Con este fin, restablecerán los tribunales de honor.
6. El Gobierno provisional debería tomar las medidas necesarias para hacer posible la vuelta al ejército de los generales y otros oficiales injustamente relevados por la influencia de los comités y otras organizaciones irresponsables.

# CAPÍTULO 2

## 1

La revuelta kornilovista se trata en detalle en mi siguiente obra, *De Kornílov a Brest-Litovsk*. La responsabilidad de Kérensky en la situación que dio lugar a la intentona de Kornílov ha quedado claramente demostrada. Muchos defensores de Kérensky dicen que conocía los planes de Kornílov, y que mediante un ardid le obligó a actuar antes de tiempo y luego lo destruyó. A. J. Sack, en su libro *El nacimiento de la democracia rusa*, llega a decir:

> Varios hechos son casi seguros. El primero es que Kérensky conocía los avances de varios destacamentos del frente hacia Petrogrado, y es posible que, como primer ministro y ministro de la Guerra, advirtiendo el creciente peligro bolchevique, los llamara.

El único fallo de este argumento es que no había por entonces ningún «peligro bolchevique», ya que los bolcheviques todavía eran una minoría sin poder en los sóviets, y sus jefes estaban encarcelados o escondidos.

## 2

# LA CONFERENCIA DEMOCRÁTICA

Cuando se propuso por primera vez la conferencia democrática a Kérensky, éste planteó una asamblea de todos los elementos de la nación —las «fuerzas vivas», como él decía—, incluidos los banqueros, industriales, terratenientes y los representantes del partido kadete. El Sóviet se negó y redactó la siguiente tabla de representación (en número de delegados), que fue aceptada por Kérensky:

| | |
|---|---|
| 100 | Diputados obreros y soldados de toda Rusia |
| 100 | Diputados campesinos de toda Rusia |
| 50 | Sóviets provinciales de Diputados Obreros y Soldados |
| 50 | Comités agrarios |
| 100 | Sindicatos |
| 84 | Comités del Ejército en el frente |
| 150 | Cooperativas obreras y campesinas |
| 20 | Sindicato de Ferroviarios |
| 10 | Sindicato de Correos, Telégrafos y Teléfonos |
| 20 | Empleados de comercio |
| 15 | Profesiones liberales: médicos, abogados, periodistas, etc. |
| 50 | Zemstvos provinciales |
| 50 | Organizaciones nacionalistas: polacos, ucranianos, etc. |

Esta proposición se modificó dos o tres veces. El reparto final de los delegados fue el siguiente:

| | |
|---|---|
| 300 | Diputados obreros, soldados y campesinos de toda Rusia |
| 300 | Cooperativas |
| 300 | Municipalidades |
| 150 | Comités del Ejército en el frente |
| 150 | Zemstvos provinciales |
| 100 | Organizaciones nacionalistas |
| 200 | Diversos grupos minoritarios |

# 3

# LA FUNCIÓN DE LOS SÓVIETS HA CONCLUIDO

El 28 de septiembre de 1917, el *Izvestia*, órgano del Tsik, publicó un artículo sobre el último Gobierno provincial, que decía lo siguiente:

> Por fin se ha formado un Gobierno verdaderamente democrático, nacido de la voluntad de todas las clases del pueblo ruso, el primer bosquejo del futuro régimen parlamentario. Tenemos por delante una Asamblea Constituyente, que resolverá todas las cuestiones jurídicas fundamentales y cuya composición será esencialmente democrática. La función de los sóviets toca a su fin. Se acerca el momento en que deberán retirarse, junto con el resto de la maquinaria estatal, y dejar el escenario a un pueblo libre y victorioso, cuyas armas serán en adelante las armas pacíficas de la acción política.

El editorial del *Izvestia* del 23 de octubre llevaba por título «La crisis de las organizaciones soviéticas». Comenzaba diciendo que los viajeros notaban en todas partes una disminución en la actividad de los sóviets locales.

> Esto es lógico [decía el autor] porque a la gente le interesan cada vez más los órganos legislativos de carácter más permanente: las dumas municipales y los *zemstvos*.
>
> En los grandes centros de Petrogrado y Moscú, donde están mejor organizados, los sóviets no han captado a todos los elementos democráticos […]. La mayoría de los intelectuales no formaban parte de ellos, y muchos obreros tampoco. Algunos obreros, por estar atrasados políticamente, otros porque consideraban que el centro de su actividad eran sus sindicatos […]. No podemos negar que estas organizaciones están estrechamente unidas a las masas, cuyas necesidades diarias satisfacen mejor que nadie.
>
> Es extremadamente importante que las administraciones locales democráticas se organicen enérgicamente. Las dumas municipales son elegidas por sufragio universal y, en los asuntos puramente locales, tienen más autoridad que los sóviets. Ningún demócrata verá nada malo en ello.
>
> Las elecciones municipales se gestionan mejor y más democráticamente que las de los sóviets […]. Todas las clases están representadas en los municipios. En cuanto los Gobiernos locales empiecen a organizar la vida de éstos, el papel de los sóviets locales tocará a su fin de un modo natural.
>
> Hay dos factores que explican la caída del interés en los sóviets. El primero se puede atribuir a que las masas han perdido interés en la política. El segundo, al creciente esfuerzo de los órganos gubernativos

provinciales y municipales por organizar la construcción de la nueva Rusia […]. Cuanto más se tienda a ir en esta dirección, antes desaparecerá la importancia de los sóviets.

Se nos llama los «enterradores» de nuestra organización, cuando en realidad somos los que trabajamos con más ahínco en la construcción de la nueva Rusia […].

Cuando la autocracia y el régimen burocrático cayeron, creamos los sóviets como una especie de barracones donde la democracia pudo refugiarse temporalmente. Ahora, en vez de barracones, estamos construyendo el edificio que albergará de forma permanente a un nuevo sistema y, lógicamente, el pueblo irá abandonando poco a poco los barracones por otro lugar más cómodo.

# 4

# DISCURSO DE TROTSKI EN EL CONGRESO DE LA REPÚBLICA RUSA

El propósito de la Conferencia Democrática convocada por el Tsik era acabar con el régimen personal e irresponsable que dio paso a Kornílov, crear un Gobierno responsable capaz de poner fin a la guerra y garantizar la convocatoria de la Asamblea Constituyente en la fecha fijada. Entretanto, a espaldas de la Conferencia Democrática, por medio de trampas o acuerdos entre el ciudadano Kérensky, los kadetes y los jefes de los partidos menchevique y socialrevolucionario, se ha producido un resultado contrario al propósito anunciado oficialmente. Se ha creado un poder en el cual, y alrededor del cual, los kornilovistas, declarados o secretos, desempeñan un papel principal. La irresponsabilidad del Gobierno ha sido proclamada oficialmente, al anunciarse que el Consejo de la República va a ser un órgano consultivo y no legislativo. En el octavo mes de la revolución, el poder irresponsable se encubre a sí mismo en esta nueva edición de la duma de Bieligen.

Las clases pudientes han entrado en el Consejo provisional en una proporción que muestra claramente, como se ha visto en las elecciones celebradas en todo el país, que muchos consejeros no

tienen derecho a su escaño. El partido kadete, que hasta ayer quería que el Gobierno provisional fuera responsable ante la duma estatal, es el mismo partido que ha garantizado la independencia del Gobierno ante el Consejo de la República. Si las clases pudientes se estuvieran preparando realmente para la Asamblea Constituyente, que se celebrará dentro de seis semanas, no habría ningún motivo para declarar la irresponsabilidad del Gobierno en este momento. La verdad de todo esto es que la burguesía, que dirige la política del Gobierno provisional, se ha fijado como objetivo sabotear la Asamblea Constituyente. Éste es, ahora mismo, el propósito principal de las clases pudientes, que controlan toda la política nacional, tanto la interna como la exterior. En la industria, la agricultura y los suministros, la política de las clases adineradas, en connivencia con el Gobierno, fomenta el caos natural causado por la guerra. Esas clases, que están propiciando una guerra civil, se valen abiertamente del hambre, con la que pretenden derrocar la revolución y acabar con la Asamblea Constituyente.

No menos criminal es la política exterior de la burguesía y su Gobierno.

Tras cuarenta meses de guerra, la capital se ve amenazada por un peligro mortal. En respuesta a este peligro, se elabora un plan para trasladar el Gobierno a Moscú. La idea de abandonar la capital no provoca la indignación de la burguesía. Por el contrario, la aceptan como parte natural de la política general diseñada para promover la conspiración contrarrevolucionaria. En lugar de reconocer que la salvación del país depende de que se firme la paz, en lugar de lanzar abiertamente, por encima de los diplomáticos e imperialistas, una propuesta de paz inmediata a todos los pueblos agotados por la guerra y hacer imposible que ésta se prolongue, el Gobierno provisional, por orden de los kadetes, los contrarrevolucionarios y los aliados imperialistas, sin ningún sentido, propósito ni plan definido, se empeña en continuar una guerra asesina, condenando a una muerte inútil a cientos de miles de soldados y marineros y preparándose paraentregar Petrogrado y hundir la revolución. Mientras los soldados y marineros bolcheviques mueren con el resto de soldados y marineros como resultado de los errores y crímenes de otros, el llamado comandante supremo (Kérensky) sigue prohibiendo la prensa

bolchevique. Los principales partidos del Consejo actúan como encubridores voluntarios de estas políticas.

Nosotros, el grupo de socialdemócratas bolcheviques, declaramos que no tenemos nada en común con este Gobierno traidor al pueblo, ni con la actuación solapada de esos asesinos del pueblo. Nos negamos a encubrir estos actos ni un solo día más, ya sea directa o indirectamente. Mientras las tropas de Guillermo amenazan Petrogrado, el Gobierno de Kérensky y Kornílov se prepara para huir a Petrogrado y convertir Moscú en la base de la contrarrevolución.

¡Avisamos a los obreros y soldados de Moscú para que estén en guardia!

Al abandonar este Consejo, apelamos al valor y a la inteligencia de los obreros, campesinos y soldados de toda Rusia. ¡Petrogrado está en peligro! ¡La revolución está en peligro!

El Gobierno ha aumentado este peligro, y las clases dirigentes lo intensifican.

Solamente el pueblo puede salvarse a sí mismo y al país.

Apelamos al pueblo. ¡Viva la paz inmediata, justa y democrática! ¡Todo el poder para los sóviets! ¡Toda la tierra para el pueblo! ¡Viva la Asamblea Constituyente!

# 5

# EL NAKAZ A SKÓBELEV (RESUMEN)

Aprobado por el Tsik y entregado a Skóbelev como las instrucciones para el representante de la democracia revolucionaria rusa en la Conferencia de París.

El tratado de paz debe estar basado en el siguiente principio: «Ni anexiones, ni indemnizaciones, y derecho de autodeterminación de los pueblos».

*Problemas territoriales*

1. Evacuación de la Rusia invadida por parte de las tropas alemanas. Pleno derecho de autodeterminación para Polonia, Lituania y Livonia.
2. Autonomía para la Armenia turca, y, en cuanto se instauren los Gobiernos locales, pleno derecho de autodeterminación.
3. La cuestión de Alsacia-Lorena se resolverá mediante un plebiscito, tras la retirada de todas las tropas extranjeras.
4. Restauración de Bélgica. Compensación por los daños a cargo de un fondo internacional.
5. Restauración de Serbia y Montenegro, con la ayuda de un fondo internacional. Serbia deberá tener una salida al Adriático. Bosnia y Herzegovina se convertirán en países autónomos.
6. Las provincias en litigio en los Balcanes tendrán una autonomía provisional, seguida de un plebiscito.
7. Restauración de Rumanía, que deberá conceder el derecho de autodeterminación a Dobrudja… Rumanía tendrá que aplicar las cláusulas del Tratado de Berlín concernientes a los judíos y reconocerlos como ciudadanos rumanos.
8. Autonomía provisional para la Italia Irredenta, seguida de un plebiscito para determinar la dependencia estatal.
9. Devolución de las colonias alemanas.
10. Restauración de Grecia y Persia.

*Libertad de los mares*

Todos los estrechos que den a mares interiores, así como los canales de Suez y Panamá, serán neutralizados. La navegación comercial será libre. Abolición del derecho a piratear. Prohibición de torpedear los barcos mercantes.

*Indemnizaciones*

Los contendientes renunciarán a toda indemnización, directa o indirecta, como, por ejemplo, los gastos por el mantenimiento de prisioneros. Las indemnizaciones y contribuciones recaudadas durante la guerra serán devueltas.

*Cláusulas económicas*

Los tratados económicos no formarán parte de las condiciones de paz. Cada país debe mantenerse independiente en sus relaciones

comerciales y no verse obligado o excluido de firmar un tratado económico por el tratado de paz. Sin embargo, todos los países se comprometerán a no poner en práctica bloqueos económicos después de la guerra, y a no concertar acuerdos tarifarios especiales. El derecho de la nación más favorecida deberá concederse a todos los países sin distinción.

*Garantías de paz*

La paz será concertada en la Conferencia de Paz por delegados elegidos por la institución representativa nacional de cada país. Las condiciones de paz serán ratificadas por dichos parlamentos.

Se abolirá la diplomacia secreta. Todas las partes deben comprometerse a no firmar tratados secretos. Dichos tratados se declararán contrarios al derecho internacional y, por lo tanto, nulos.

Todos los tratados se considerarán nulos hasta que sean ratificados por los parlamentos de las diferentes naciones. Desarme progresivo en tierra y mar, y creación de un sistema de milicias. La «Liga de las Naciones» propuesta por el presidente Wilson puede convertirse en una ayuda valiosa para el derecho internacional, siempre que: a) se obligue a todas las naciones a formar parte de ella con los mismos derechos, y b) se democratice la política internacional.

*Caminos para la paz*

Los Aliados anunciarán de forma inmediata su disposición a entablar negociaciones de paz tan pronto como las potencias enemigas declaren que aceptan renunciar a cualquier anexión por la fuerza.

Los Aliados se comprometerán a no entablar negociaciones secretas de paz, y a concertarla únicamente en una Conferencia general con la participación de los delegados de todos los países neutrales.

Se eliminarán todos los obstáculos para la Conferencia de Estocolmo y se entregarán pasaportes inmediatamente a todos los delegados de los partidos y organizaciones que deseen participar.

El Comité Ejecutivo de los Sóviets Campesinos publicó también un *nakaz*, que difería poco del anterior.

# 6

# LA PAZ A COSTA DE RUSIA

Informe oficial del Gobierno provisional

Nada más llegar a París la noticia de la revolución rusa, empezaron a aparecer periódicos rusos de corte extremista. Estos periódicos, al igual que ciertos individuos, circulaban libremente entre las masas de soldados y comenzaron a lanzar propaganda bolchevique, difundiendo a menudo noticias falsas que aparecían en los periódicos franceses. En ausencia de noticias oficiales y detalles precisos, esta campaña sembró el descontento entre los soldados. El resultado fue el deseo de volver a Rusia y el odio a los oficiales.

Todo ello derivó en una rebelión. En una de las asambleas, los soldados aprobaron un llamamiento a no ejercitarse, puesto que habían decidido no luchar más. Se decidió aislar a los rebeldes, y el general Zankievich ordenó a todos los soldados leales al Gobierno provisional que abandonasen el campamento de Courtine, llevándose todas las municiones. La orden se ejecutó el 25 de junio y solamente se quedaron en el campamento los soldados que dijeron que se someterían «con condiciones» al Gobierno provisional. Los soldados del campamento de Courtine recibieron varias veces la visita del comandante en jefe de los ejércitos armenios en el extranjero, de Rapp, el comisario del Ministerio de la Guerra, y de varios antiguos exiliados que intentaban influir sobre ellos. Sin embargo, esos intentos fueron inútiles y el comisario Rapp acabó pidiendo a los rebeldes que dejaran las armas y que, en señal de obediencia, marcharan de forma ordenada a un lugar llamado Clairvaux. La orden fue obedecida sólo en parte. Primero salieron 500 hombres, de los cuales 22 fueron arrestados. 24 horas después, les siguieron alrededor de 6000. Unos 2000 se quedaron.

Se decidió aumentar la presión. Se redujeron las raciones, se suprimieron las soldadas y soldados franceses vigilaban los caminos que conducían al pueblo de Courtine. El general Zankievich, al enterarse de que una brigada de artillería rusa estaba atravesando Francia, decidió formar un destacamento mixto de infantería y artillería para reducir a los rebeldes. Se envío una delegación para

> hablar con ellos, que volvió al cabo de unas horas convencida de la inutilidad de las negociaciones. El 1 de septiembre, el general Zankievich mandó un ultimátum a los rebeldes para que dejaran las armas y les amenazó con abrir fuego de artillería si la orden no se ejecutaba el 1 de septiembre a las 10 en punto.
>
> Al no ejecutarse la orden, se abrió un fuego ligero de artillería sobre el campamento a la hora fijada. Se dispararon 18 proyectiles y se avisó a los rebeldes de que el bombardeo se haría más intenso. La noche del 3 de septiembre se rindieron 160 hombres. El 4 de septiembre se reanudó el bombardeo y a las 11, tras dispararse 36 granadas, los rebeldes izaron dos banderas blancas y comenzaron a salir desarmados del campamento. Por la tarde se habían rendido 8300 hombres. Esa noche, los 150 hombres que se habían quedado en el campamento abrieron fuego con sus ametralladoras. El 5 de septiembre, para poner fin a la situación, se lanzó una fuerte descarga sobre el campamento y nuestros soldados lo ocuparon poco a poco. Los rebeldes mantuvieron un intenso fuego de metralla. El 6 de septiembre, a las 9, el campamento estaba ocupado por completo. Tras desarmar a los rebeldes, se efectuaron 81 detenciones.

Hasta aquí el informe. No obstante, sabemos por documentos hallados en el Ministerio de Asuntos Exteriores que ese relato no es del todo exacto. El primer problema surgió cuando los soldados intentaron crear un comité, como hacían sus camaradas en Rusia. Pidieron que se les mandara de vuelta a Rusia y les fue denegado. Entonces, al ser considerados una influencia peligrosa en Francia, se les mandó a Salónica. Los soldados se negaron a ir, y a continuación tuvo lugar el combate. Resultó que se les había dejado sin oficiales durante dos meses en el campamento y que se les había maltratado antes de rebelarse. Todos los intentos de averiguar el nombre de la «brigada rusa de artillería» que disparó sobre ellos fueron inútiles. Los telegramas descubiertos en el ministerio dejan entrever que se usó artillería francesa.

Después de rendirse, se disparó a sangre fría a más de doscientos amotinados.

## 7

# DISCURSO DE TERÉSHCHENKO (RESUMEN)

> […] Las cuestiones de política exterior están estrechamente ligadas a la defensa nacional. Por lo tanto, si creéis necesario para la defensa nacional celebrar reuniones secretas, igual que, en nuestra política exterior, a veces nos vemos obligados a mantener también el secretismo […].
>
> La diplomacia alemana trata de influir en la opinión pública. Por eso son peligrosas las declaraciones de los jefes de las grandes organizaciones democráticas, que hablan de un congreso revolucionario y de la imposibilidad de otra campaña de invierno. Todas estas declaraciones cuestan vidas humanas […].
>
> Yo quiero hablar solamente de la lógica gubernamental, sin tocar las cuestiones del honor y la dignidad del Estado. Desde el punto de vista lógico, la política exterior de Rusia debería basarse en una comprensión real de los intereses de Rusia. Estos intereses dicen que es imposible que nuestro país permanezca aislado, y que nuestras alianzas actuales son satisfactorias […]. La humanidad entera desea la paz, pero en Rusia nadie permitirá una paz humillante que viole los intereses de nuestra patria.

Teréshchenko señaló que una paz semejante retrasaría por años, quizá por siglos, el triunfo de los principios democráticos en el mundo y causaría inevitablemente nuevas guerras.

> Todo el mundo recuerda las jornadas de mayo, cuando el hermanamiento en nuestro frente amenazó con terminar la guerra por el simple cese de las operaciones militares y llevar al país a una vergonzosa paz especial […] y los esfuerzos que fueron necesarios para hacer comprender a los soldados que no era así como el Estado ruso debía poner fin a la guerra y garantizar sus intereses.

Luego habló del milagroso efecto de la ofensiva de julio, del peso que dio a las palabras de los embajadores rusos en el extranjero, de la desesperación causada en Alemania por las victorias rusas y de la desilusión que cundió en los países aliados después de la derrota rusa.

> El Gobierno ruso se ha adherido estrictamente a la fórmula de mayo: «Ni anexiones, ni indemnizaciones». Consideramos esencial no sólo proclamar la autodeterminación de los pueblos, sino también renunciar a los fines imperialistas […].

Alemania trata continuamente de concertar la paz. Allí sólo se habla de paz porque saben que no pueden ganar.

> Rechazo los reproches dirigidos al Gobierno, que alegan que la política exterior rusa no se expresa con suficiente claridad sobre los fines de la guerra.
>
> Si se plantea la cuestión de los fines que persiguen los Aliados, es indispensable preguntar, en primer lugar, qué objetivos han acordado las potencias centrales.

Es evidente, dijo Teréshchenko, que Alemania quiere separar a Rusia de Occidente interponiendo una serie de países débiles a modo de tapón.

> Esta tendencia a atacar los intereses de Rusia debe ser controlada.
>
> Y la democracia rusa, que ha inscrito en su bandera el derecho de las naciones a gobernarse a sí mismas, ¿permitirá sin protestar que continúe la opresión de los pueblos más civilizados (en Austria-Hungría)?
>
> Los que temen que los Aliados intenten aprovecharse de nuestra difícil situación para aumentar nuestra cuota en las cargas de la guerra y resolver las cuestiones de la paz a nuestra costa, están completamente equivocados. Nuestro enemigo ve en Rusia un mercado para sus productos. El final de la guerra nos dejará en una situación de debilidad y, con la frontera abierta, el aluvión de productos alemanes retrasaría durante años nuestro desarrollo industrial. Se han de tomar medidas para evitarlo.
>
> Lo digo abierta y sinceramente: la combinación de fuerzas que nos une a los aliados es favorable a los intereses de Rusia. Por lo tanto, es importante que nuestros puntos de vista sobre la cuestión de la paz y la guerra concuerdende la forma más clara y precisa posible con los de nuestros aliados. Para evitar malentendidos, yo digo que Rusia debe presentar en la Conferencia de París un único punto de vista.

Teréshchenko no quiso comentar el *nakaz* a Skóbelev, pero citó el manifiesto del comité holandés-escandinavo, que se acababa de publicar en Estocolmo. Este manifiesto se pronunciaba a favor de la autonomía de Lituania y Livonia.

> Pero eso es claramente imposible —dijo Teréshchenko—, porque Rusia debe tener puertos libres en el Báltico durante todo el año.
> En esta cuestión, los problemas de la política exterior también están estrechamente relacionados con la política interior porque, si existiera un fuerte sentimiento de unidad de la gran Rusia, no seríamos testigos en todas partes de las reiteradas manifestaciones populares a favor de separarse del Gobierno central. Dichas separaciones son contrarias a los intereses de Rusia, y los delegados rusos no pueden plantear esta cuestión […].

## 8

## LA FLOTA BRITÁNICA (etc.)

En la época de la batalla naval en el golfo de Riga, no sólo los bolcheviques, sino también los ministros del Gobierno provisional, creían que la Flota británica había abandonado deliberadamente el Báltico, en consonancia con la posición expresada públicamente tan a menudo por la prensa británica, y no tan públicamente por los representantes británicos en Rusia: «Rusia está acabada. No merece la pena preocuparse por ella».

Ver la entrevista a Kérensky (nota n.º 12 de este capítulo).

El general Gurko era un exjefe del Estado Mayor de los ejércitos rusos en época del zar. Fue una figura prominente en la corte corrupta del emperador. Después de la revolución, fue una de las pocas personas exiliadas por su pasado público y privado. La derrota naval rusa en el golfo de Riga coincidió con la recepción oficial en Londres del rey Jorge al general Gurko, un hombre a quien el Gobierno provisional ruso consideraba peligrosamente proalemán y reaccionario.

## 9

# LLAMAMIENTOS CONTRA LA INSURRECCIÓN

A los obreros y soldados

¡Camaradas! Las fuerzas oscuras redoblan sus esfuerzos con el fin de provocar disturbios y pogromos en Petrogrado y en otras ciudades. Necesitan el caos porque les dará la oportunidad de aplastar el movimiento revolucionario con un baño de sangre. Con el pretexto de restablecer el orden y proteger a la población, esperan instaurar el dominio de Kornílov, al que el pueblo revolucionario logró derrocar no hace mucho. ¡Ay del pueblo si estas esperanzas se cumplen! La contrarrevolución triunfante destruiría los sóviets y los comités del Ejército, disolvería la Asamblea Constituyente, detendría la entrega de tierras a los comités agrarios, pondría fin a todas las esperanzas de una paz rápida y llenaría las cárceles de soldados y obreros revolucionarios. En sus cálculos, los contrarrevolucionarios y las Centurias Negras cuentan con el gran descontento que existe en el sector poco instruido del pueblo debido al caos en el suministro de víveres, a la continuación de la guerra y a las dificultades generales de la vida. Esperan convertir las manifestaciones de los soldados y obreros en un pogromo, que sembrará el terror entre la población pacífica y la arrojará en brazos de los restauradores de la ley y el orden.

En estas circunstancias, todo intento de organizar una manifestación, aunque sea por una causa loable, sería un crimen. Todos los obreros y soldados concienciados que no estén satisfechos con la política del Gobierno sólo se causarían daño a sí mismos y a la revolución si se dejan arrastrar a las manifestaciones.

Por lo tanto, el Tsik pide a todos los trabajadores que no obedezcan ningún llamamiento para manifestarse. ¡Obreros y soldados, no caigáis en la provocación! ¡Recordad vuestro deber para con el país y la revolución! ¡No rompáis la unidad del frente revolucionario con manifestaciones abocadas al fracaso!

El Comité Central Ejecutivo de los Sóviets de
Diputados Obreros y Campesinos (Tsik)

Partido Obrero Socialdemócrata Ruso
¡El peligro está cerca!
A todos los obreros y soldados

(Para su lectura y difusión)

¡Camaradas obreros y soldados!

Nuestro país está en peligro. Por esta causa, el país y la revolución están atravesando momentos difíciles. El enemigo se encuentra a las puertas de Petrogrado. El caos crece cada hora que pasa. Cada vez es más difícil conseguir pan para Petrogrado. Todos, grandes y pequeños, deben redoblar sus esfuerzos y trabajar paraque las cosas funcionen como es debido […]. Tenemos que salvar a nuestro país y nuestra libertad. ¡Más armas y víveres para el Ejército! ¡Pan para las grandes ciudades! ¡Orden y organización en el campo!

En estos momentos críticos empiezan a circular rumores de que en alguna parte se está preparando una manifestación y de que alguien incita a los soldados y obreros a destruir la paz y el orden revolucionario […]. El *Rabochi Put*, el periódico bolchevique, echa leña al fuego: halaga, intenta complacer al pueblo poco instruido, tienta a los obreros y soldados, incitándolos contra el Gobierno y prometiéndoles el oro y el moro […]. Los hombres confiados e ignorantes creen, no razonan […]. Y del otro lado llegan rumores: rumores de que las fuerzas oscuras, los amigos del zar y los espías alemanes se frotan las manos, complacidos. Están dispuestos a unirse a los bolcheviques y a avivar los disturbios para provocar una guerra civil.

Los bolcheviques y los soldados y obreros ignorantes que se han dejado seducir, gritan estúpidamente: «¡Abajo el Gobierno! ¡Todo el poder para los sóviets!». Y los servidores secretos del zar y los espías de Guillermo les azuzan: «¡Golpead a los judíos y a los comerciantes, asaltad los mercados, arrasad las tiendas, saquead las reservas de vino! ¡Matad, incendiad, robad!».

Entonces sobrevendrá un terrible caos, una guerra de una parte del pueblo contra la otra. Todo se volverá aún más caótico, y acaso volverá a correr la sangre por las calles de la capital. ¿Y después? ¿Qué pasará después?

Después, el camino a Petrogrado quedará abierto para Guillermo. Después, no llegará el pan a Petrogrado. Después, el ejército en el frente se quedará sin apoyos y nuestros hermanos en las trincheras se verán a merced del fuego enemigo. Después, Rusia perderá todo su prestigio en los demás países y nuestra moneda se depreciará. Todo se

encarecerá tanto que la vida se hará imposible. Después, se aplazará la tan esperada Asamblea Constituyente porque será imposible convocarla a tiempo. Y después… la muerte de la revolución y la libertad […].

¿Es eso lo que queréis, obreros y soldados? ¡No! Entonces, si no queréis eso, id con el pueblo ignorante que se ha dejado seducir y contadle toda la verdad, tal como nosotros os la hemos contado.

Debéis saber que cualquier persona que, en estos días aciagos, os incite a manifestaros en la calle contra el Gobierno, o bien es un servidor secreto del zar, un provocador o un cómplice ingenuo de los enemigos del pueblo o un espía pagado por Guillermo.

Todos los obreros y soldados revolucionarios, todos los campesinos concienciados y todos aquellos que comprenden el daño que causaría al pueblo una manifestación o una revuelta contra el Gobierno, deben unirse para impedir que los enemigos del pueblo destruyan nuestra libertad.

*El Comité Electoral de los*
*mencheviques*-oborontsi *de Petrogrado*.

# 10

# «CARTA A LOS CAMARADAS» DE LENIN

Esta serie de artículos se publicó en el *Rabochi Put* en varios días consecutivos, a finales de octubre y principios de noviembre de 1917. Reproduciré sólo algunos extractos de dos artículos:

1. Kámenev y Riazanov dicen que no contamos con la mayoría del pueblo y que, sin una mayoría, la insurrección es inútil.
   Respuesta: Los que dicen esas cosas son falsarios, pedantes o simplemente no quieren ver la realidad. En las últimas elecciones obtuvimos en todo el país más del 50 por ciento de los votos.
   Lo más importante en Rusia a día de hoy es la revolución campesina. En la provincia de Tambov se ha producido una verdadera sublevación campesina con magníficos resultados políticos. Hasta el *Dielo Naroda*, asustado por el levantamiento, proclama que se ha de entregar la tierra a

los campesinos. No sólo los socialrevolucionarios del Consejo de la República, sino también el propio Gobierno, se han visto afectados de forma parecida. Otro resultado positivo es la llegada del pan, que había sido acaparado por los *pomieshchiki*, a las estaciones de aquella provincia. El *Russkaya Volia* tuvo que admitir que las estaciones rebosaban de pan tras el alzamiento campesino.

2. No somos lo bastante fuertes para ocupar el Gobierno, y la burguesía no es lo bastante fuerte para impedir la Asamblea Constituyente.

   Respuesta: Esto no es más que cobardía, manifestada en el pesimismo con respecto a los obreros y soldados, y en el optimismo con respecto al fracaso de la burguesía. Si los *yunkers* y los cosacos dicen que combatirán, hay que creerles, pero si lo dicen los obreros y soldados, se pone en duda. ¿Qué distingue esas dudas del apoyo político a la burguesía?

   Kornílov ha demostrado que los sóviets eran una auténtica fuerza. De creer a Kérensky y al Consejo de la República, si la burguesía no es lo bastante fuerte para derrocar a los sóviets, tampoco lo es para desbaratar la Asamblea Constituyente. Pero todo eso es falso. La burguesía hundirá la Constituyente con sabotajes, cierres patronales, abandonando Petrogrado y abriendo el frente a los alemanes. Esto ya se ha hecho en Riga.

3. Los sóviets deben ser un revólver en la cabeza del Gobierno para obligarle a convocar la Asamblea Constituyente y desbaratar cualquier otro intento de Kornílov.

   Respuesta: Renunciar a la insurrección es renunciar a la consigna de «Todo el poder para los sóviets». El partido bolchevique lleva discutiendo la cuestión del alzamiento desde septiembre. Renunciar a la sublevación significa poner nuestras esperanzas en manos de la buena burguesía, que ha «prometido» convocar la Asamblea Constituyente. Cuando los sóviets tengan todo el poder, la celebración de la Constituyente estará garantizada y su éxito asegurado.

   Renunciar a la insurrección es rendirse al Lieber-Dans. O abandonamos la consigna de «Todo el poder para los sóviets» o nos sublevamos. No hay una solución intermedia.

4. La burguesía no puede entregar Petrogrado, aunque lo quiera Rodzianko, porque no es la burguesía la que combate, sino nuestros heroicos soldados y marineros.

   Respuesta: Esto no impidió que dos almirantes huyeran en la batalla de

Moonsund. El Estado Mayor no ha cambiado y está compuesto por kornilovistas. Si el Estado Mayor, con Kérensky a la cabeza, quiere entregar Petrogrado, puede hacerlo de dos o tres maneras distintas. Puede entenderse con los alemanes o los británicos, abrir los frentes o sabotear el suministro de víveres a la Armada. Los kornilovistas ya han llamado a estas tres puertas.

No tenemos derecho a esperar a que la burguesía ahogue la revolución. Rodzianko es un hombre de acción, que ha servido fielmente a la burguesía durante años. La mitad de los Lieber-Dans son cobardes y pactistas, y la otra mitad meros fatalistas.

5. Vamos ganando fuerza día a día y podríamos entrar en la Asamblea Constituyente como una oposición fuerte. ¿Por qué arriesgarlo todo a una carta?

   Respuesta: Éste es el argumento de un novato inexperto, que lee que se ha convocado la Asamblea Constituyente y acepta confiado la vía legal y constitucional. ¡Pero la votación de la Asamblea Constituyente no acabará con el hambre ni derrotará a Guillermo! El problema del hambre y la entrega de Petrogrado no pueden decidirse esperando a que se reúna la Asamblea Constituyente. El hambre no espera. La revolución campesina no espera. Los almirantes huidos no esperaron.

   Los ciegos se sorprenden de que el pueblo hambriento, traicionado por los generales y almirantes, no tenga interés en votar.

6. Si los kornilovistas hacen una intentona, les demostraremos nuestra fuerza. Pero ¿por qué arriesgarlo todo atacando nosotros primero?

   Respuesta: La historia no se repite. «¡Quizá Kornílov vuelva a intentarlo!». ¡Qué base tan sólida para la acción proletaria! Pero ¿y si los kornilovistas esperasen a que llegara el hambre y se abrieran los frentes? Esta postura supone basar la táctica de un partido revolucionario en uno de los viejos errores de la burguesía.

   Olvidémoslo todo, excepto que no hay otra salida que la dictadura del proletariado. O eso o la dictadura de Kornílov.

   ¡Camaradas, esperemos a que se produzca un milagro!

# 11

# DISCURSO DE MILIUKOV (RESUMEN)

> Todo el mundo parece reconocer que la defensa del país es nuestra principal tarea y que, para asegurarla, tiene que haber disciplina en el Ejército y orden en la retaguardia. Para lograrlo, hace falta un poder que sea capaz de actuar, no sólo mediante la persuasión, sino también por la fuerza […]. El germen de todos nuestros males está en el punto de vista, original y muy ruso, sobre la política exterior, que pasa por ser el punto de vista internacional.
>
> El noble Lenin sólo imita al noble Keroyevsky cuando sostiene que en Rusia nacerá el nuevo mundo que resucitará al viejo Occidente, sustituyendo la antigua bandera del socialismo doctrinario por la nueva acción directa de las masas hambrientas, y que esto hará avanzar a la humanidad y le abrirá las puertas del paraíso social […].
>
> Estos hombres creen sinceramente que la descomposición de Rusia traerá la descomposición de todo el régimen capitalista. Partiendo de este punto de vista, pudieron cometer una traición inconsciente en tiempos de guerra, al pedir tranquilamente a los soldados que abandonaran las trincheras y, en vez de combatir al enemigo exterior, desencadenaran una guerra civil y atacaran a los propietarios y capitalistas.

En este punto, Miliukov fue interrumpido con furia desde la izquierda, que le preguntó qué socialista había aconsejado una actuación semejante.

> Mártov dice que sólo la presión revolucionaria del proletariado puede condenar y vencer la mala voluntad de las camarillas imperialistas y hundir sus dictaduras […]. Esto no se logrará con un acuerdo entre los Gobiernos para limitar los arsenales, sino por el desarme de dichos Gobiernos y la democratización radical del sistema militar.

Miliukov atacó maliciosamente a Mártov, y luego se volvió contra los mencheviques y socialrevolucionarios, a los que acusó de entrar en el Gobierno como ministros con el propósito declarado de promover la lucha de clases.

> Los socialistas de Alemania y los países aliados miraban a estos señores con desprecio apenas disimulado, pero decidieron que erapor Rusia y nos enviaron algunos apóstoles de la conflagración universal […].

> La fórmula de nuestra democracia es muy simple: nada de política exterior, nada de diplomacia, una paz inmediata y democrática y la siguiente declaración a los Aliados: «¡No queremos nada, no tenemos nada con lo que combatir!». Luego, nuestros adversarios harán la misma declaración y se logrará la hermandad de los pueblos.

Miliukov criticó el manifiesto de Zimmerwald y declaró que el propio Kérensky no había podido escapar a la influencia de «ese desafortunado documento que será por siempre vuestra condena». Luego, atacó a Skóbelev, cuya posición en las asambleas extranjeras, en las que aparecía como delegado ruso, opuesto a la política de su Gobierno, era tan extraña que la gente decía: «¿Qué pretende este hombre, y de qué podemos hablar con él?». En cuanto al *nakaz*, Miliukov declaró que él era pacifista, que creía en la creación de un tribunal internacional de arbitraje, en la necesidad de limitar los arsenales y en el control parlamentario de la diplomacia secreta, lo que no implicaba su abolición.

En cuanto a las ideas socialistas del *nakaz* —las «ideas de Estocolmo», como él las llamaba—, la paz sin victoria, el derecho de autodeterminación de los pueblos y la renuncia a la guerra económica, dijo lo siguiente:

> Los éxitos alemanes son directamente proporcionales a los éxitos de aquellos que se autodenominan la «democracia revolucionaria». No quiero decir «a los éxitos de la revolución», porque creo que las derrotas de la democracia revolucionaria son victorias para la revolución […].
>
> La influencia de los jefes soviéticos no deja de tener importancia en el extranjero. Basta escuchar el discurso del ministro de Asuntos Extranjeros para convencerse de que, en esta sala, la influencia de la democracia revolucionaria sobre la política extranjera es tan fuerte que el ministro no se atreve a hablar, cara a cara, del honor y la dignidad de Rusia.
>
> Podemos ver en el *nakaz* de los sóviets que las ideas del manifiesto de Estocolmo han sido elaboradas en dos direcciones: la de la utopía y la de los intereses alemanes […].

Miliukov, interrumpido por los gritos airados de la izquierda y amonestado por el presidente, reiteró que la propuesta de paz concertada por las asambleas populares, y no por los diplomáticos, y la propuesta de entablar

negociaciones en cuanto el enemigo renunciara a las anexiones eran proalemanas. Kuhlman ha dicho recientemente que una declaración personal compromete sólo a quien la hace.

> En cualquier caso, nosotros imitaremos a los alemanes antes que a los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados […].

Las partes relativas a la independencia de Lituania y Livonia eran síntomas de la agitación nacionalista en diferentes zonas de Rusia, apoyada, dijo Miliukov, con dinero alemán. En medio de un gran alboroto en la izquierda, contrastó las cláusulas del *nakaz* concernientes a Alsacia-Lorena, Rumanía y Serbia, con las relativas a las nacionalidades de Alemania y Austria. El *nakaz* adoptaba el punto de vista austroalemán, dijo Miliukov, por miedoa decir lo que pensaba e incluso a pensar con la perspectiva de una Rusia grande.

> No paráis de repetir que los soldados no saben por qué luchan, y que cuando lo sepan lucharán… Es cierto que no saben por qué combaten, pero ahora les habéis dicho que no tienen motivos para hacerlo, que no tenemos intereses nacionales y que estamos luchando por los fines de otros…

Rindiendo homenaje a los aliados, que, dijo, «salvarán pese a todo la causa de la humanidad» con la ayuda de los Estados Unidos, concluyó:

> ¡Viva la luz de la humanidad, las democracias avanzadas de Occidente, que llevan mucho tiempo recorriendo el camino que nosotros acabamos de emprender con paso vacilante e inseguro! ¡Vivan nuestros valientes aliados!

## 12

## ENTREVISTA A KÉRENSKY

El corresponsal de la Asociación de la Prensa probó suerte.

—Señor Kérensky —empezó diciendo—, en Inglaterra y Francia la gente está decepcionada con la revolución.

—Sí, lo sé —le interrumpió Kérensky, socarrón—. En el extranjero la revolución ya no está de moda.

—¿Cómo explica usted que los rusos hayan dejado de combatir?

—Ésa es una pregunta estúpida —dijo Kérensky, visiblemente molesto—. De todos los aliados, Rusia fue la primera que entró en la guerra y durante mucho tiempo llevó la peor parte. Sus pérdidas han sido incomparablemente más cuantiosas que las de los otros países juntos. Ahora tiene derecho a reclamar a los aliados que traigan más tropas para soportar esa carga.

Se detuvo un instante, mirando fijamente a su interlocutor.

—Me pregunta por qué han dejado de combatir los rusos, y los rusos se preguntan dónde está la flota británica. ¿Con los buques alemanes en el golfo de Riga?

Tras hacer otra pausa, estalló repentinamente.

—La revolución no ha fracasado, el ejército revolucionario no ha fracasado. No es la revolución la que ha causado el caos en el ejército. Ese caos se produjo hace años, durante el antiguo régimen. ¿Que por qué no combaten los rusos? Se lo diré. Porque las masas populares están económicamente agotadas y se sienten desilusionadas con los aliados.

La entrevista, de la que lo anterior es sólo un extracto, fue telegrafiada a Estados Unidos y devuelta unos días más tarde por el Departamento de Estado, con la petición de que se «modificara». Kérensky se negó, pero lo hizo su secretario, el doctor David Soskice, y así, purgada de toda referencia ofensiva a los aliados, se entregó a la prensa internacional.

# CAPÍTULO 3

## 1

## LA RESOLUCIÓN DE LOS COMITÉS DE FÁBRICA

*El control obrero*

1. (Ver primera nota del capítulo 3).

2. La organización del control obrero es la manifestación de la misma actividad saludable en la esfera de la producción industrial, como lo son las organizaciones de partido en la esfera política, los sindicatos en el empleo, las cooperativas en el consumo y los clubes literarios en la esfera cultural.
3. La clase trabajadora tiene mucho más interés en el funcionamiento correcto e ininterrumpido de las fábricas que los propios capitalistas. El control obrero, en este sentido, constituye, para los intereses de la sociedad moderna y de todo el pueblo, una garantía mejor que la voluntad arbitraria de los propietarios, guiados únicamente por el afán egoísta de beneficios materiales o privilegios políticos. Por lo tanto, el proletariado reclama el control obrero no sólo en su propio interés, sino en el de todo el país, y debería tener el respaldo de los campesinos, así como del ejército revolucionario.
4. En vista de la actitud hostil de la mayoría de la clase capitalista hacia la revolución, la experiencia demuestra que sin el control obrero no es posible una correcta distribución de las materias primas y del combustible, ni una gestión eficiente de las fábricas.
5. Sólo el control obrero sobre las empresas capitalistas, al fomentar en el trabajador la concienciación hacia el trabajo y dejar claro su función social, puede crear las condiciones favorables para el desarrollo de una firme autodisciplina en el trabajo y de la máxima productividad.
6. La inminente transformación de la industria militar en una industria de paz y la redistribución del trabajo en las fábricas por todo el país, así como entre las diferentes fábricas, sólo puede llevarse a cabo sin grandes trastornos mediante el autogobierno democrático de los propios trabajadores. Por lo tanto, la implantación del control obrero es un requisito indispensable para la desmovilización de la industria.
7. De acuerdo con la consigna proclamada por el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (bolchevique), el control obrero a escala nacional, para ser eficaz, debe extenderse a todas las empresas capitalistas y no organizarse sin orden ni concierto. Debe estar bien planificado y no separado de la vida industrial de todo el país.
8. La vida económica del país —agricultura, industria, comercio y transporte— debe someterse a un plan unificado, elaborado de manera que satisfaga las necesidades individuales y sociales de las grandes masas del pueblo. Este plan debe ser aprobado por los representantes

elegidos por el pueblo y ejecutado bajo la dirección de estos representantes y mediante las organizaciones nacionales y locales.

9. La parte del plan relativa al trabajo agrícola debe llevarse a cabo bajo la supervisión de las organizaciones de los campesinos y trabajadores agrícolas; la relativa a la industria, el comercio y el transporte, bajo la dirección de los obreros. Los órganos naturales del control obrero en las propias fábricas y talleres serán los comités de fábrica y otros similares y, en el mercado laboral, los sindicatos.
10. Los convenios colectivos acordados por los sindicatos para la mayoría de los obreros de cualquier rama, deben ser vinculantes para todos los dueños de las fábricas que emplean a ese tipo de trabajadores en un distrito determinado.
11. Las bolsas de empleo deben ponerse bajo el control y la dirección de los sindicatos, como organizaciones de clase que actúan en el marco del plan económico general y de acuerdo con él.
12. Los sindicatos tendrán derecho a entablar por iniciativa propia acciones legales contra aquellos empresarios que violen los contratos o la legislación laboral y en defensa de un trabajador de cualquier rama.
13. Para los asuntos relativos al control obrero sobre la producción, la distribución de la mano de obra y el mercado de trabajo, los sindicatos deberán consultar a los obreros de las diferentes empresas a través de los comités de fábrica.
14. Los asuntos relativos a los despidos, vacaciones, escalas salariales, resistencia al trabajo, grado de productividad y capacidad, motivos para derogar acuerdos, disputas con la administración y otros problemas en la vida interna de una fábrica, deberán resolverse exclusivamente de acuerdo a las conclusiones del comité de fábrica, que tiene el derecho de no dejar participar en la discusión a ningún miembro de la dirección de empresa.
15. El comité de fábrica formará una comisión para controlar el abastecimiento a la fábrica de materias primas, combustible, pedidos, mano de obra y material técnico (incluido el equipamiento), y de todos los suministros y disposiciones, con el fin de asegurar la adhesión de la fábrica al plan industrial general. La administración de la fábrica está obligada a suministrar a los órganos del control obrero, para su información, todos los datos concernientes a la empresa, facilitar la verificación de estos datos y enseñar los libros de contabilidad a petición del comité de fábrica.

16. Cualquier acto ilegal que fuera descubierto por los comités de fábrica, o cualquier sospecha de tales actos, que no puedan ser investigados o resueltos por los propios trabajadores, serán notificados a la organización central regional de los comités de fábrica encargada de la rama implicada, que discutirá el asunto con las instituciones encargadas de ejecutar el plan industrial general y encontrará el medio de tratar la cuestión, llegando incluso al punto de confiscar la fábrica.
17. La unión de los comités de fábrica de diferentes empresas debe realizarse en función de los diferentes oficios, con el fin de facilitar el control de todas las ramas industriales, ceñirse al plan industrial general, crear un plan efectivo de distribución entre las diferentes fábricas de los pedidos, las materias primas, el combustible, el equipamiento y la mano de obra, y facilitar la colaboración con los sindicatos, que están organizados por oficios.
18. Los consejos centrales de sindicatos y los comités de fábrica representan al proletariado en las instituciones provinciales y regionales correspondientes, creadas para elaborar y ejecutar el plan industrial general y organizar las relaciones económicas entra las ciudades y los pueblos (obreros y campesinos). Dichas organizaciones serán también la autoridad suprema en la gestión de los comités de fábrica y los sindicatos en lo que concierne al control obrero en su distrito, y promulgarán reglamentos relativos a la disciplina de los obreros en la rutina de trabajo, las cuales, no obstante, deberán ser aprobados por los propios obreros.

## 2

## OPINIONES DE LA PRENSA BURGUESA SOBRE LOS BOLCHEVIQUES

*Russkaya Volia*, 28 de octubre:

> Se acerca el momento decisivo…, decisivo para los bolcheviques. O nos ofrecen […] una repetición de los acontecimientos de 16-18 de julio, o tendrán que reconocer que sus planes e intenciones, su política

impertinente de querer desligarse de todo lo que sea deliberadamente nacional, han sido derrotados definitivamente […].

¿Qué posibilidades de éxito tienen los bolcheviques?

Es difícil responder a esta pregunta, ya que su principal apoyo es […] la ignorancia de las masas populares. Especulan y operan sobre ella con una demagogia que no se detiene ante nada…

El Gobierno debe jugar su papel en este asunto. Con el apoyo moral del Consejo de la República, el Gobierno debe asumir una postura clara frente a los bolcheviques […].

Y si los bolcheviques provocan una insurrección contra el poder legal, facilitando así la invasión alemana, habrá que tratarlos como a rebeldes y traidores […].

*Birzhevya Viedomonsti*, 28 de octubre:

Ahora que los bolcheviques se han desmarcado del resto de la democracia, la lucha contra ellos es mucho más fácil y no sería razonable, para combatir el bolchevismo, esperar a que se manifieste. El Gobierno no debería permitirle siquiera que se muestre.

Los llamamientos bolcheviques a la insurrección y la anarquía son actos punibles por los tribunales, y en los países más libres, sus autores recibirían penas severas. Lo que están haciendo los bolcheviques no es una lucha política contra el Gobierno, ni tampoco por el poder. Es propaganda a favor de la anarquía, las matanzas y la guerra civil. Esta propaganda debe extirparse de raíz. Sería extraño que para actuar contra la incitación a los pogromos se espere a que éstos ocurran […].

*Novoye Vremya*, 1 de noviembre:

[…] ¿Por qué al Gobierno sólo le preocupa el 2 de noviembre (fecha de la convocatoria del Congreso de los Sóviets), y no el 12 de septiembre o el 3 de octubre?

No es la primera vez que Rusia arde y se derrumba y que el humo del terrible incendio irrita los ojos de nuestros aliados […].

Desde que llegó al poder, ¿ha dictado el Gobierno alguna orden para detener la anarquía? ¿Ha intentado alguien apagar el incendio ruso?

Pero había otras cosas que hacer […].

El Gobierno centró su atención en un problema más inmediato: aplastar una insurrección (la intentona de Kornílov), acerca de la cual todo el mundo se pregunta hoy si realmente existió.

## 3

## LA PRENSA MODERADA HABLA SOBRE LOS BOLCHEVIQUES

*Dielo Naroda*, 28 de octubre (socialrevolucionario):

> El crimen más espantoso de los bolcheviques contra la revolución es que achacan todas las calamidades que están sufriendo las masas exclusivamente a las malas intenciones del Gobierno revolucionario, cuando en realidad estas calamidades se deben a causas objetivas.
> Prometen a las masas el oro y el moro, sabiendo de antemano que no pueden cumplirlo. Llevan a las masas por un camino falso, engañándolas acerca de la fuente de todos sus males […].
> Los bolcheviques son los enemigos más peligrosos de la revolución […].

*Dien*, 30 de octubre (menchevique):

> ¿Es esto realmente la libertad de prensa? Cada día el *Novaya Rus* y el *Rabochi Put* incitan abiertamente a la insurrección. Cada día estos periódicos cometen en sus columnas verdaderos crímenes. Cada día urgen a los pogromos […]. ¿Es eso la «libertad de prensa»?
> El Gobierno debería defenderse y defendernos. Tenemos derecho a exigir que el aparato del Gobierno no permanezca de brazos cruzados mientras la amenaza de sangrientos disturbios pone en riesgo la vida de sus ciudadanos […].

## 4

## YEDINSTVO

El periódico de Plejánov, *Yedinstvo*, suspendió su publicación unas semanas después de que los bolcheviques tomaran el poder. Contrariamente al rumor popular, el *Yedinstvo* no fue cerrado por el Gobierno bolchevique. Una nota, publicada en el último número, reconocía que no podía continuar porque tenía muy pocos suscriptores…

# 5

# ¿ERAN CONSPIRADORES LOS BOLCHEVIQUES?

*Entente*, el periódico francés de Petrogrado, publicó un artículo del que reproducimos un extracto:

> El Gobierno de Kérensky debate y vacila. El Gobierno de Lenin y Trotski ataca y actúa.
> Se llama a este último un Gobierno de conspiradores, pero eso es falso. Un Gobierno de usurpadores, sí, como todos los Gobiernos revolucionarios que triunfan sobre sus adversarios. Conspiradores, ¡no!
> ¡No! No han conspirado. Al contrario, abierta y audazmente, sin medir las palabras ni disimular sus intenciones, han multiplicado su propaganda en las fábricas, en los cuarteles, en el frente, en el campo, en todas partes, fijando incluso de antemano la fecha de su alzamiento armado, el día en que tomarían el poder […].
> ¿Ellos conspiradores? ¡Jamás!

# 6

# LLAMAMIENTO DEL COMITÉ CENTRAL CONTRA LA INSURRECCIÓN

[…] Por encima de todo, exigimos la ejecución inflexible de la voluntad organizada de la mayoría del pueblo, expresada por el Gobierno provisional de acuerdo con el Consejo de la República y el Tsik, como órgano del poder popular.

Cualquier intento de derrocar este poder por la violencia, en un momento en que una crisis gubernamental acarrearía inevitablemente el caos, la ruina del país y la guerra civil, será considerada por el ejército como un acto contrarrevolucionario y reprimida con las armas […].

Los intereses de los grupos y clases particulares deberían someterse a un único interés, el de aumentar la producción industrial y distribuir los productos de primera necesidad de forma justa […].

Todos los saboteadores, instigadores al caos y al desorden, los desertores, holgazanes y saqueadores deberían ser obligados a prestar servicios auxiliares en la retaguardia […].

Invitamos al Gobierno a formar, al margen de estos violadores de la voluntad popular, de estos enemigos de la revolución, destacamentos de trabajo para emplearse en la retaguardia, en el frente, en las trincheras bajo el fuego enemigo […].

## 7

## LOS ACONTECIMIENTOS DE LA NOCHE DEL 6 DE NOVIEMBRE

Al anochecer, bandas de guardias rojos ocuparon las imprentas de la prensa burguesa e imprimieron cientos de miles de ejemplares del *Rabochi Put*, el *Soldat* y diversas proclamas. La milicia ciudadana recibió la orden de despejar esos locales, pero se encontró con barricadas levantadas y defendidas por hombres armados. Los soldados que recibieron la orden de atacar las imprentas se negaron a obedecer.

A medianoche, llegó al club Mente Libre un coronel, al mando de una compañía de *yunkers*, con la orden de detener al director del *Rabochi Put*. Inmediatamente se congregó en la calle una multitud enorme, que amenazó con linchar a los *yunkers*. En visto de lo cual, el coronel rogó que le

arrestaran, a él y a los *yunkers*, y los llevaran a la prisión de Pedro y Pablo por razones de seguridad, petición que fue aceptada.

A la 1 a.m. un destacamento de soldados y marineros del Smolny ocupó la central de telégrafos. A la 1:35 se ocupó el edificio de Correos. De madrugada se tomó el Hotel Militar, y a las 5, la central telefónica. Al amanecer se cercó el Banco Estatal y a las 10 a.m., se tendió un cordón de tropas alrededor del Palacio de Invierno.

# CAPÍTULO 4

## 1

## LOS ACONTECIMIENTOS DEL 7 DE NOVIEMBRE

Desde las 4 a.m. hasta el amanecer, Kérensky permaneció en el cuartel del Estado Mayor de Petrogrado, enviando órdenes a los cosacos y a los *yunkers* de las escuelas de oficiales dentro y en los alrededores de Petrogrado. Todos respondieron que no podían movilizarse.

El coronel Polkovnikov, comandante de la ciudad, iba y venía del Estado Mayor al Palacio de Invierno, sin ningún plan definido. Kérensky dio orden de abrir los puentes. Transcurrieron tres horas sin que nada se moviera. Luego, un oficial y cinco hombres salieron por propia iniciativa y, tras poner en fuga a un piquete de guardias rojos, abrieron el puente Nicolás. Pero, en cuanto se marcharon, unos marineros lo volvieron a cerrar.

Kérensky ordenó ocupar las imprentas del *Rabochi Put*. Al oficial encargado de esta misión se le prometió una compañía de soldados. Dos horas después, la promesa era de unos pocos *yunkers*. Finalmente, la orden cayó en el olvido.

Se hizo un intento de recuperar el edificio de Correos y la central telegráfica. Se dispararon algunos tiros y las tropas del Gobierno anunciaron que no combatirían contra los sóviets.

Kérensky dijo a una delegación de *yunkers*: «Como jefe del Gobierno provisional y comandante supremo, no sé nada y no puedo aconsejaros. Pero

como veterano revolucionario os pido, jóvenes revolucionarios, que permanezcáis en vuestros puestos y defendáis los logros de la revolución».

Órdenes de Kishkin del 7 de noviembre:

> Por decreto del Gobierno provisional […]. Me han sido otorgados poderes extraordinarios para restablecer el orden en Petrogrado, con pleno mando sobre todas las autoridades civiles y militares […].
>
> De acuerdo con los poderes que me han sido conferidos por el Gobierno provisional, relevo de sus funciones como comandante del distrito militar de Petrogrado al coronel Gueorgui Polkovnikov…

*Llamamiento a la población* del 7 de noviembre, firmado por el vicepresidente Konoválov:

> ¡Ciudadanos! Salvad la patria, la república y vuestra libertad. Unos fanáticos han organizado una revuelta contra el único Gobierno elegido por el pueblo, el Gobierno provisional […].
>
> Los miembros del Gobierno provisional cumplen con su deber, permanecen en sus puestos y siguen trabajando por el bien de la patria, el restablecimiento del orden y la convocatoria de la Asamblea Constituyente, futura soberana de Rusia y de todos sus pueblos […].
>
> ¡Ciudadanos! Debéis apoyar al Gobierno provisional y reforzar su autoridad. Debéis oponeros a esos fanáticos, a quienes se han unido todos los enemigos de la libertad y los partidarios del régimen zarista para sabotear la Asamblea Constituyente, destruir las conquistas de la revolución y el futuro de nuestra querida patria […].
>
> ¡Ciudadanos! Organizaos en torno al Gobierno provisional para la defensa de su autoridad temporal, en nombre del orden y la felicidad de todos los pueblos […].

*Proclama del Gobierno provisional*

> El Sóviet de Petrogrado […] ha declarado derrocado al Gobierno provisional y exigido que se le entregue el poder ejecutivo, bajo amenaza de bombardear el Palacio de Invierno con el cañón de la fortaleza de Pedro y Pablo y del acorazado *Avrora*, anclado en el Neva.

> El Gobierno sólo puede entregar su autoridad a la Asamblea Constituyente. Por ello, ha decidido no someterse y pedir ayuda a la población y al Ejército. Se ha enviado un telegrama al Stavka y, en respuesta, se ha recibido el anuncio de que se va a enviar un fuerte destacamento de tropas […].
>
> ¡El Ejército y el pueblo deben rechazar los intentos irresponsables de los bolcheviques por crear una revuelta en la retaguardia! […].

Hacia las 9 a.m., Kérensky marchó al frente.

Al atardecer, dos soldados en bicicleta se presentaron en el cuartel del Estado Mayor como delegados de la guarnición de la fortaleza de Pedro y Pablo. Al entrar en la sala de reuniones del Estado Mayor, donde se encontraban Kishkin, Rutenburg, Palchinsky, el general Bagratouni, el coronel Paradielov y el conde Tolstói, exigieron la inmediata rendición del Estado Mayor, bajo amenaza de bombardearlo […]. Después de dos reuniones dominadas por el pánico, el Estado Mayor se retiró al Palacio de Invierno y el cuartel general fue ocupado por los guardias rojos.

A última hora de la tarde, varios carros blindados bolcheviques patrullaron alrededor del Palacio de Invierno y los soldados soviéticos trataron infructuosamente de parlamentar con los *yunkers* […].

Hacia las siete de la tarde comenzó el tiroteo sobre el Palacio de Invierno.

A las 10 p.m., se inició un bombardeo de artillería desde tres direcciones. La mayoría de los disparos eran de fogueo y sólo tres pequeñas granadas impactaron en la fachada del Palacio […].

## 2

## LA FUGA DE KÉRENSKY

Tras abandonar Petrogrado la mañana del 7 de noviembre, Kérensky llegó en automóvil a Gátchina, donde pidió un tren especial. Al atardecer, estaba en Ostrov, provincia de Pskov. A la mañana siguiente se celebró una sesión extraordinaria del sóviet local de diputados obreros y soldados, con la participación de delegados cosacos, puesto que había 6000 cosacos en Ostrov.

Kérensky habló ante la asamblea, pidiendo ayuda contra los bolcheviques y dirigiéndose casi exclusivamente a los cosacos. Los representantes de los soldados protestaron.

—¿A qué has venido? —le gritaron.

Kérensky respondió:

—A pedir la ayuda de los cosacos para aplastar la insurrección bolchevique.

Esto levantó violentas protestas, que aumentaron cuando Kérensky añadió:

—¡Acabé con la intentona de Kornílov y acabaré con los bolcheviques!

Se formó tal alboroto que Kérensky tuvo que abandonar la tribuna.

Los representantes de los soldados y los cosacos del Ussuri decidieron detener a Kérensky, pero los cosacos del Don se lo impidieron y lo sacaron de allí en tren… Un comité revolucionario militar, creado ese mismo día, trató de informar a la guarnición de Petrogrado, pero los cables telefónicos y telegráficos estaban cortados…

Kérensky no llegó a Pskov. Los soldados revolucionarios habían cortado las líneas férreas para impedir el envío de tropas contra la capital. La noche del 8 de noviembre, llegó en automóvil a Luga, donde fue bien recibido por los Batallones de la Muerte acampados allí.

Al día siguiente tomó un tren para el frente sudoeste y visitó la sede del comité del Ejército. Pero el 5.º Ejército estaba entusiasmado con la noticia del triunfo bolchevique y el comité del Ejército no pudo prometerle ningún apoyo a Kérensky.

De ahí fue al Stavka, en Maguilov, donde ordenó a diez regimientos de diferentes sectores del frente que se movilizaran contra Petrogrado. Los soldados se negaron casi unánimemente y los regimientos que salieron se detuvieron en el camino. Al final siguieron a Kérensky unos cinco mil cosacos…

## 3

## EL SAQUEO DEL PALACIO DE INVIERNO

No pretendo sostener que no hubo un saqueo en el Palacio de Invierno. Antes y después de que éste cayera hubo numerosos robos. Pero la afirmación del periódico socialrevolucionario *Narod* y de varios miembros de la duma municipal de que se robaron objetos por valor de 500 millones de rublos es una burda exageración.

Los principales tesoros artísticos del palacio —cuadros, estatuas, tapices, porcelanas y armería— habían sido trasladados en septiembre a Moscú y yo puedo dar fe de que se conservaban en perfecto estado en el sótano del Palacio Imperial, diez días después de la toma del Kremlin por las tropas bolcheviques…

Sin embargo, algunos individuos, sobre todo del gran público, autorizados a circular libremente por el Palacio de Invierno durante varios días después de su caída, se llevaron objetos de plata, relojes, ropa de cama, espejos y algunos jarrones de porcelana y piedras semipreciosas, por valor de unos 50 000 dólares.

El Gobierno soviético creó inmediatamente una comisión especial, compuesta por artistas y arqueólogos, para recuperar los objetos perdidos. El 1 de noviembre se publicaron dos proclamas:

> ¡Ciudadanos de Petrogrado!
>
> Pedimos urgentemente a todos los ciudadanos que pongan todo su empeño en encontrar cualquier posible objeto sustraído del Palacio de Invierno la noche del 7 al 8 de noviembre y los reenvíen al comandante del Palacio de Invierno.
>
> Los receptores de estos bienes, los anticuarios y los que escondan dichos objetos serán considerados legalmente responsables y castigados con la mayor severidad.
>
> Los comisarios para la protección de los museos y las colecciones de arte,
>
> G. Yatmanov, B. Mandelbaum

> *A los comités del Ejército y la Flota*
>
> En la noche del 7 al 8 de noviembre, se robaron valiosos objetos de arte en el Palacio de Invierno, propiedad inalienable del pueblo ruso.
>
> Pedimos urgentemente que se haga todo lo posible para que los objetos robados sean devueltos al Palacio de Invierno.
>
> Los comisarios,
>
> G. Yatmanov, B. Mandelbaum

Se recuperó cerca de la mitad de los objetos robados, algunos en las maletas de extranjeros que abandonaban Rusia.

Un congreso de artistas y arqueólogos, celebrado por sugerencia del Smolny, nombró una comisión para hacer un inventario de los tesoros del

Palacio de Invierno y encargarse del palacio y de todas las colecciones artísticas y los museos estatales de Petrogrado. El 16 de noviembre el Palacio de Invierno se cerró al público mientras se hacía el inventario.

En la última semana de noviembre, el Consejo de los Comisarios del Pueblo promulgó un decreto que cambiaba el nombre del Palacio de Invierno por el de Museo del Pueblo, lo encomendaba enteramente a las comisiones artísticas y arqueológicas y prohibía cualquier actividad gubernamental en su interior.

## 4

## LA VIOLACIÓN DEL BATALLÓN DE MUJERES

Inmediatamente después de la toma del Palacio de Invierno, se publicaron en la prensa antibolchevique y se contaron en la duma municipal todo tipo de historias sensacionalistas sobre la suerte del batallón femenino que defendía el palacio. Se dijo que varias jóvenes soldados habían sido arrojadas a la calle por las ventanas, que la mayoría habían sido violadas y que muchas se habían suicidado como resultado de los horrores que habían sufrido.

La duma municipal nombró una comisión para investigar aquello. El 16 de noviembre, la comisión regresó de Levashovo, cuartel general del batallón femenino. Tyrkova informó de que las chicas fueron conducidas primeramente al cuartel del regimiento Pavlovski, donde algunas de ellas fueron maltratadas, pero que ahora estaban casi todas en Levashovo, y el resto repartidas por la ciudad, en casas de algunos particulares. El doctor Mandelbaum, otro miembro de la comisión, declaró secamente que ninguna mujer había sido arrojada por las ventanas del Palacio de Invierno, que ninguna fue herida, que tres habían sido violadas y que una se había suicidado, dejando una nota que decía que había «visto defraudados sus ideales».

El 21 de noviembre, el Comité Revolucionario Militar disolvió oficialmente el batallón femenino a petición de las propias mujeres, que desde aquel día volvieron a vestirse de civiles.

El libro de Louise Bryant, *Seis meses rojos en Rusia*, contiene una interesante descripción de las mujeres soldados en este periodo.

# CAPÍTULO 5

## 1

## LLAMAMIENTOS Y PROCLAMAS DEL COMITÉ REVOLUCIONARIO MILITAR, 8 DE NOVIEMBRE

A todos los comités del Ejército y a todos los Sóviets de Diputados Soldados

La guarnición de Petrogrado ha derrocado al Gobierno de Kérensky, que se había alzado contra la revolución y el pueblo. Al tiempo que informa de ello al frente y al país, el Comité Revolucionario Militar pide a todos los soldados que vigilen atentamente la conducta de los oficiales. Los oficiales que no se declaren franca y abiertamente a favor de la revolución serán arrestados inmediatamente como enemigos.

El Sóviet de Petrogrado interpreta el programa del nuevo Gobierno del modo siguiente: proposición inmediata de una paz general y democrática, y entrega inmediata de la Asamblea Constituyente. El Ejército revolucionario del pueblo no debe permitir que se envíen a Petrogrado tropas con espíritu dudoso. Argumentad y persuadid, pero si esto no funciona, detened por la fuerza la movilización de las tropas.

La presente orden será leída inmediatamente a todas las unidades militares de cualquier rama de las Fuerzas Armadas. Quien impida que esta orden llegue a conocimiento de los soldados comete un grave delito contra la revolución y será castigado con todo el rigor de la ley revolucionaria.

¡Soldados! ¡Por la paz, el pan, la tierra y un gobierno del pueblo!

A todo el frente y la retaguardia, a todos los comités de los cuerpos, divisiones, regimientos y compañías, y a todos los Sóviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos.

¡Soldados y oficiales militares!

El Comité Revolucionario Militar, de acuerdo con la mayoría de los obreros, soldados y campesinos, ha decretado que el general Kornílov

y todos los cómplices de su conspiración serán conducidos inmediatamente a Petrogrado para ser encarcelados en la fortaleza de Pedro y Pablo y acusados ante el tribunal militar revolucionario.
Quienes se opongan a la ejecución de este decreto serán declarados traidores a la revolución por el comité y, en consecuencia, sus órdenes serán consideradas nulas y carentes de validez.

El Comité Revolucionario Militar adjunto
al Sóviet de los Diputados Obreros y Soldados

A todos los Sóviets provinciales y regionales de los Diputados Obreros, Soldados y Campesinos.
De acuerdo con la resolución del Congreso Nacional de los Sóviets, se procede a la liberación inmediata de todos los miembros de los comités agrarios que se encuentran detenidos. Los comisarios que los detuvieron serán arrestados.
Desde este momento todo el poder pertenece a los sóviets, y los comisarios del Gobierno provisional quedan relevados. Se invita a los presidentes de los diversos sóviets locales a entablar relaciones directamente con el Gobierno provisional.

# 2

# LA PROTESTA DE LA DUMA MUNICIPAL

La Duma municipal central, elegida de acuerdo con los principios más democráticos, ha asumido la carga de gestionar los asuntos municipales y el suministro de víveres en la época de máximo caos. En este momento, el partido bolchevique, a tres semanas de las elecciones a la Asamblea Constituyente, y a pesar de la amenaza del enemigo exterior, al haber eliminado mediante las armas la única autoridad legal revolucionaria, atenta contra los derechos y la independencia del autogobierno municipal exigiéndole que se someta a sus comisarios y a su autoridad ilegal.
En estos momentos trágicos y terribles, la Duma municipal de Petrogrado, delante de sus miembros y de toda Rusia, declara enérgicamente que no se someterá a ninguna violación de sus derechos y su independencia, y permanecerá en el puesto de

responsabilidad que le ha sido asignado por voluntad de la población de la capital.

La Duma municipal central de Petrogrado invita a todas las dumas y *zemstvos* de la República Rusa a unirse para defender uno de los mayores logros de la revolución rusa: la independencia e inviolabilidad del autogobierno popular.

# 3

# EL DECRETO SOBRE LA TIERRA Y EL NAKAZ CAMPESINO

La cuestión de la tierra sólo puede ser resuelta de forma permanente por la Asamblea Constituyente general.

La solución más justa de la cuestión agraria debe ser la siguiente:

1. El derecho de la propiedad privada queda abolido para siempre. La tierra no puede venderse, comprarse, arrendarse, hipotecarse ni enajenarse de ninguna forma. Todas las tierras señoriales, asociadas a títulos, las pertenecientes al gobierno del emperador, a los monasterios y a la Iglesia, las posesiones, los mayorazgos, fincas privadas, tierras comunales, las propiedades campesinas, etc., serán confiscadas sin compensación, pasarán a ser de propiedad pública y se pondrán a disposición de los campesinos que las cultivan.

   Los perjudicados por esta transformación social de los derechos de propiedad tendrán derecho a una ayuda pública durante el tiempo necesario para adaptarse a las nuevas condiciones de vida.
2. Todos los recursos del subsuelo —minerales, petróleo, carbón, sal, etc.—, así como las aguas y bosques que tengan importancia para la nación, se convertirán en propiedad exclusiva del Estado. Todos los ríos, bosques y lagos menores se pondrán en manos de las comunidades, a condición de que sean gestionados por los órganos locales de gobierno.

3. Las parcelas cultivadas con métodos científicos —jardines, plantaciones, viveros, sementeras, invernaderos, etc.— no serán divididas, sino transformadas en granjas modelo, y pasarán a manos del Estado o de la comunidad, según su tamaño o importancia.

   Los edificios, tierras comunales y pueblos, con sus jardines y huertos privados, seguirán en manos de sus actuales propietarios. Las dimensiones de estas parcelas y la tasa fiscal para su uso se fijarán por ley.

4. Las cuadras, los establecimientos privados y públicos de cría de ganado y de aves, etc., serán confiscados, convertidos en propiedad pública y entregados al Estado o a la comunidad, según su tamaño e importancia.

   Todo lo relativo a las compensaciones por lo anterior entra dentro de las competencias de la Asamblea Constituyente.

5. Toda la propiedad agrícola inventariada de las tierras confiscadas, la maquinaria y el ganado pasarán sin indemnización alguna al Estado o a la comunidad, según su calidad e importancia.

   La confiscación de dicha maquinaria no afectará a las pequeñas propiedades de los campesinos.

6. Se garantizará el derecho a usar la tierra a todos los ciudadanos, sin distinción de sexo, que quieran trabajarla con sus manos, con la ayuda de sus familias o en asociaciones, y sólo mientras puedan trabajarla. No se permite contratar mano de obra.

   En caso de incapacidad laboral de un miembro de la comunidad por un periodo de dos años, la comunidad tendrá que prestarle ayuda durante ese tiempo, trabajando la tierra en común.

   Los granjeros que, por la edad o una enfermedad, hayan perdido definitivamente la capacidad de trabajar la tierra ellos mismos, entregarán sus tierras y a cambio recibirán una pensión del Gobierno.

7. Se equilibrará el uso de la tierra, es decir, se dividirá la tierra entre los trabajadores según las condiciones locales, la unidad de trabajo y las necesidades individuales.

   El modo en que se usará la tierra podrá determinarse individualmente en función de que sean granjas, haciendas, comunas o asociaciones, y lo decidirán las aldeas y poblaciones.

8. Las tierras confiscadas pasarán al fondo agrario general del pueblo. El reparto de éstas entre los trabajadores correrá a cargo de los órganos administrativos locales y centrales, empezando por las organizaciones democráticas rurales y terminando por las instituciones centrales provinciales, con la excepción de las sociedades urbanas y rurales.

   El fondo agrario está sujeto a una redistribución periódica en función del incremento de la población y el desarrollo de la productividad y la economía rural.

   En caso de modificación de las lindes de los huertos, el centro original del huerto quedará intacto.

   Las tierras de las personas que abandonen la comunidad volverán al fondo agrario, si bien los familiares cercanos de dichas personas, o los amigos designados por ellos, tendrán preferencia en el reparto de esas tierras.

   Cuando las tierras vuelven al fondo agrario, el dinero invertido en abonar o mejorar la tierra que no se haya gastado será reembolsado.

   Si en algunas localidades el fondo agrario es insuficiente para satisfacer las necesidades de la población local, el excedente de población tendrá que emigrar.

   La organización de la emigración, así como los costos subsiguientes, y el suministro a los emigrantes de la maquinaria y el ganado necesarios, será competencia del Estado.

   La emigración se realizará en el siguiente orden: primero, los campesinos sin tierras que expresen su deseo de emigrar, luego los miembros indeseables de la comunidad, desertores, etc., y por último, mediante sorteo.

   Todo lo contenido en este *nakaz*, al ser la expresión de la indiscutible voluntad de los campesinos concienciados de Rusia, se declara comoley temporal, y hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente, entrará en vigor inmediatamente siempre que sea posible, y en algunos apartados de forma gradual, según lo determinen los Sóviets provinciales de los Diputados Campesinos.

**4**

## LA TIERRA Y LOS DESERTORES

El Gobierno no se vio obligado a tomar ninguna decisión sobre los derechos de los desertores a la tierra. El final de la guerra y la desmovilización del Ejército eliminaron el problema de los desertores.

## 5

## EL CONSEJO DE LOS COMISARIOS DEL PUEBLO

El Consejo de los Comisarios del Pueblo estuvo compuesto en un primer momento enteramente por bolcheviques. Pero esto no fue del todo culpa suya. El 8 de noviembre ofrecieron carteras a los socialrevolucionarios de izquierda, que las rechazaron.

# CAPÍTULO 6

## 1

## LLAMAMIENTOS Y DENUNCIAS

Llamamiento a todos los ciudadanos de las organizaciones militares del Partido Social-Revolucionario.

> La intentona insensata de los bolcheviques está a punto de fracasar. La guarnición no los apoya […]. Los ministerios están inactivos, el pan escasea. Todos los grupos, salvo un puñado de bolcheviques, han abandonado el Congreso de los Sóviets. ¡Los bolcheviques están solos! Abusos de todo tipo, actos de vandalismo y pillaje, el bombardeo del Palacio de Invierno, detenciones arbitrarias… Todos estos crímenes cometidos por los bolcheviques han avivado contra

ellos el resentimiento de la mayoría de los marineros y los soldados.
La Tsentroflot se niega a someterse a las órdenes de los bolcheviques.
Pedimos a todos los elementos sensatos que se unan en torno al Comité para la Salvación del País y de la Revolución; que tomen serias medidas con el fin de estar preparados para, al primer llamamiento del Comité Central, actuar contra los contrarrevolucionarios, que sin duda intentarán aprovecharse de los disturbios provocados por la aventura bolchevique, y vigilar de cerca al enemigo exterior, que también quiere aprovechar esta oportunidad, ahora que el frente está débil.
La Sección Militar del Comité Central
del Partido Social-Revolucionario

Del *Pravda*:

¿Qué es Kérensky?
Un usurpador, cuyo lugar es la prisión de Pedro y Pablo, con Kornílov y Kishkin.
Un criminal y un traidor a los obreros, soldados y campesinos, que creían en él.
¡Un asesino de soldados!
¡Un verdugo público de campesinos!
¡Un estrangulador de obreros!
Y así es el segundo Kornílov, que ahora quiere asesinar la libertad.

# CAPÍTULO 7

## 1

## DOS DECRETOS

*En la prensa*

En la hora decisiva de la revolución y en los días subsiguientes, el Comité Provisional Revolucionario se ve obligado a adoptar una serie

de medidas en relación con la prensa contrarrevolucionaria de cualquier tipo.
Inmediatamente se escuchan gritos por todas partes de que el nuevo poder socialista viola los principios esenciales de su programa al atacar la libertad de prensa.
El Gobierno obrero y campesino advierte a la población de que, en nuestro país, tras esta fachada liberal, se esconde la oportunidad de las clases adineradas de llevarse la mejor parte de toda la prensa y envenenar así la mentalidad popular y confundir la conciencia de las masas.
Todo el mundo sabe que la prensa burguesa es una de las armas más poderosas de la burguesía. Especialmente en este momento crítico, en que el nuevo poder de los obreros y campesinos está consolidándose, es imposible dejarlo en manos del enemigo, porque ahora mismo es tan peligroso como las bombas y las ametralladoras. Por ello, se han adoptado medidas temporales y extraordinarias para detener el torrente de inmundicias y calumnias en el que la prensa amarilla y verdequería ahogar la joven victoria del pueblo.
En cuanto se consolide el nuevo orden, se suspenderán todas las medidas administrativas contra la prensa y se le concederá total libertad dentro de los límites de la responsabilidad legal, de acuerdo con los reglamentos más amplios y progresistas.
Teniendo en cuenta, no obstante, que las restricciones a la libertad de prensa, aun en los momentos más críticos, son admisibles únicamente por razones de extrema necesidad, el Consejo de los Comisarios del Pueblo decreta lo siguiente:

1. Las siguientes clases de periódicos serán susceptibles de cierre:
    a. Los que inciten a una abierta resistencia o a la desobediencia al Gobierno obrero y campesino.
    b. Los que siembren la confusión, pervirtiendo manifiesta y deliberadamente las noticias.
    c. Los que inciten a actos de carácter criminal, castigados por la ley.
2. El cierre permanente o temporal de los órganos de la prensa se ejecutará sólo en virtud de una resolución del Consejo de los Comisarios del Pueblo.
3. El presente decreto es de naturaleza temporal y será revocado por una orden especial cuando se restablezcan las condiciones

normales de la vida pública.

El presidente del Consejo de los
Comisarios del Pueblo,

Vladímir Uliánov (Lenin)

*Sobre la milicia obrera*

1. Todos los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados formarán una milicia obrera.
2. Dicha milicia está enteramente bajo las órdenes de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados.
3. Las autoridades militares y civiles prestarán toda su ayuda para armar a los trabajadores y proveerles de equipamiento, hasta el punto de requisar armas pertenecientes al Departamento de Guerra.
4. Este decreto será promulgado por vía telegráfica.

Petrogrado, 10 de noviembre de 1917.
El comisario del pueblo de Interior.

A. I. RYKOV

Este decreto fomentó la creación en toda Rusia de compañías de guardias rojos, que se convirtieron en el arma más valiosa del Gobierno soviético en la guerra civil subsiguiente.

## 2

## EL FONDO DE HUELGA

El fondo para funcionarios y empleados de banca fue suscrito por los bancos y las casas comerciales de Petrogrado y de otras ciudades, y también por las corporaciones extranjeras que hacían negocios en Rusia. Quienes accedieron a hacer huelga contra los bolcheviques recibían su sueldo íntegro, y en algunos incluso aumentado. Cuando los contribuyentes al fondo de huelga comprendieron que los bolcheviques estaban afianzados en el poder, se negaron a pagar subsidios de huelga, lo que supuso el fin de ésta.

# CAPÍTULO 8

## 1

## EL AVANCE DE KÉRENSKY

El 9 de noviembre, Kérensky y sus cosacos llegan a Gátchina, donde la guarnición, dividida irremediablemente en dos facciones, se rindió enseguida. Los miembros del sóviet de Gátchina fueron detenidos y, en un primer momento, amenazados de muerte, aunque luego se les liberó por buena conducta.

La avanzadilla cosaca, sin encontrar apenas resistencia, ocupó Pavlovsk, Alexandrovsk y otros enclaves, y llegó a las afueras de Tsárskoye Seló a la mañana siguiente, el 10 de noviembre. La guarnición se dividió inmediatamente en tres grupos: los oficiales, leales a Kérensky; parte de los soldados y suboficiales, que se declararon «neutrales»; y la mayoría de los soldados rasos, que apoyaban a los bolcheviques. Los soldados bolcheviques, que no tenían jefes o no estaban organizados, regresaron a la capital. El sóviet local también se retiró al pueblo de Púlkovo.

Seis miembros del sóviet de Tsárskoye Seló fueron con un automóvil cargado de proclamas desde Púlkovo a Gátchina para hacer propaganda entre los cosacos. Pasaron casi todo el día en Gátchina, recorriendo los barracones, dando alegaciones, argumentos y explicaciones. Al anochecer, unos oficiales descubrieron su presencia y fueron arrestados y llevados ante el general Krasnov, que dijo: «Habéis luchado contra Kornílov y ahora combatís a Kérensky. ¡Voy a fusilaros a todos!».

Krasnov, tras leer la orden que le nombraba comandante en jefe del distrito de Petrogrado, les preguntó si eran bolcheviques. Ellos respondieron que sí y Krasnov se marchó. Al cabo de un rato un oficial llegó y los liberó, diciendo que era por orden del general Krasnov.

Mientras tanto, seguían llegando delegaciones a Petrogrado: de la duma, del Comité de Salvación y, por último, del Vikzhel. El Sindicato de Ferroviarios exigió que se alcanzara un acuerdo para detener la guerra civil, y pidió que Kérensky negociara con los bolcheviques e interrumpiera su avance sobre Petrogrado. En caso contrario, el Vikzhel amenazaba con convocar una huelga general para la medianoche del 11 de noviembre.

Kérensky pidió que le dejaran discutirlo con los ministros socialistas y con el Comité de Salvación. Simplemente, no sabía qué hacer.

El día 11, las avanzadillas cosacas llegaron a Krasnoye Selo, de donde huyeron precipitadamente el sóviet local y las fuerzas heterogéneas del Comité Revolucionario Militar, algunas de las cuales se rindieron. Esa misma noche también llegaron a Púlkovo, donde encontraron la primera resistencia seria.

Los desertores cosacos empezaron a colarse en Petrogrado, afirmando que Kérensky les había mentido, que había difundido por el frente proclamas que decían que Petrogrado estaba en llamas, que los bolcheviques habían invitado a entrar a los alemanes, y que amenazaban a mujeres y niños y saqueaban indiscriminadamente.

## 2

## PROCLAMAS DEL COMITÉ REVOLUCIONARIO MILITAR

A todos los Sóviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos.

El Congreso Nacional de los Sóviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos encarga a los sóviets locales que tomen las medidas más enérgicas para combatir los disturbios antisemitas y los pogromos de cualquier tipo. El honor de la revolución obrera, campesina y militar no puede tolerar ningún desorden.

La Guardia Roja de Petrogrado, la guarnición revolucionaria y los marineros han mantenido el orden absoluto en la capital.

¡Obreros, soldados y cosacos, sobre nosotros recae el deber de mantener el verdadero orden revolucionario!

La Rusia revolucionaria y el mundo entero tienen los ojos puestos en vosotros.

El Congreso Nacional de los Sóviets decreta:

—Abolir la pena capital en el frente, restaurada por Kérensky.

—Restablecer completamente la libertad de propaganda en el país. Todos los soldados y oficiales revolucionarios detenidos por supuestos «delitos» políticos serán liberados de inmediato.

El exprimer ministro Kérensky, derrocado por el pueblo, se niega a someterse al Congreso de los Sóviets e intenta luchar contra el Gobierno legal elegido por el Congreso Nacional, el Consejo de los Comisarios del Pueblo. El frente se ha negado a ayudar a Kérensky. Moscú se ha adherido al nuevo Gobierno. En muchas ciudades (Minsk, Maguilov, Járkov) el poder está en manos de los sóviets. Ningún destacamento de infantería acepta marchar contra el Gobierno de los obreros y campesinos, que, de acuerdo con la firme voluntad del Ejército y el pueblo, ha iniciado las negociaciones de paz y entregado la tierra a los campesinos.
Advertimos públicamente que si los cosacos no detienen a Kérensky, que los ha engañado y los dirige contra Petrogrado, las fuerzas revolucionarias se alzarán con todas sus fuerzas para defender las valiosas conquistas de la revolución: la paz y la tierra.
¡Ciudadanos de Petrogrado! Kérensky ha huido de la capital, dejando el poder en manos de Kishkin, que quería entregar la capital a los alemanes; de Rutenburg, de las Centurias Negras, que saboteó el suministro municipal de víveres; y de Palchinsky, odiado por toda la democracia. Kérensky ha huido, dejándoos a merced del hambre, de los alemanes y de matanzas sangrientas. El pueblo sublevado ha detenido a los ministros de Kérensky, y ya habéis visto que el orden y el abastecimiento de Petrogrado han mejorado inmediatamente. Kérensky, a petición de los propietarios aristócratas, los capitalistas y los especuladores, marcha contra vosotros con el propósito de devolver la tierra a los terratenientes y continuar la odiada y ruinosa guerra.
¡Ciudadanos de Petrogrado! Sabemos que la gran mayoría de vosotros estáis con el Gobierno revolucionario del pueblo y en contra de los kornilovistas liderados por Kérensky. Que no os engañen las declaraciones de los impotentes conspiradores burgueses, que serán aplastados sin piedad.
¡Obreros, soldados y campesinos! ¡Apelamos a vuestra fe y disciplina revolucionaria!
Millones de campesinos y soldados están con nosotros.
¡La victoria de la revolución del pueblo está asegurada!

**3**

# ACTAS DEL CONSEJO DE LOS COMISARIOS DEL PUEBLO

En este libro sólo recojo los decretos que, en mi opinión, son pertinentes para la conquista del poder por los bolcheviques. El resto corresponde a un informe detallado de la estructura del Estado soviético, para el que no hay suficiente espacio en este libro. Esto se tratará por extenso en el segundo volumen, actualmente en preparación, *De Kornílov a Brest-Litovsk*.

*Sobre las viviendas*

1. Los autogobiernos municipales tendrán derecho a requisar todas las viviendas desocupadas o deshabitadas.
2. Las municipalidades pueden, de acuerdo con las leyes y acuerdos establecidos por ellas, instalar en todos los alojamientos disponibles a los ciudadanos que no tengan un lugar donde vivir o que vivan en casas congestionadas o insalubres.
3. Las municipalidades establecerán un servicio de inspección de viviendas y definirán sus competencias.
4. Las municipalidades dictarán órdenes sobre la institución de los comités de vivienda, definirán su organización y sus competencias y les otorgarán autoridad jurídica.
5. Las municipalidades crearán tribunales de vivienda y definirán sus competencias y autoridad.
6. Este decreto se promulgará por vía telegráfica.

El comisario del pueblo de Interior,

A. I. RYKOV

*Sobre la Seguridad Social*

El proletariado ruso ha inscrito en sus banderas la promesa de un sistema completo de seguros sociales para los asalariados y para los pobres de las ciudades y del campo. El Gobierno del zar, los propietarios y capitalistas, así como el Gobierno de coalición y conciliación, han defraudado las aspiraciones de los obreros en lo relativo a la Seguridad Social.

El Gobierno de los obreros y campesinos, contando con el apoyo de los Sóviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, anuncia a la clase trabajadora de Rusia y a los pobres de las ciudades y del campo que elaborará inmediatamente leyes sobre la garantía social basadas en las fórmulas propuestas por las organizaciones obreras:

1. Seguros para todos los asalariados sin excepción, así como para los pobres urbanos y rurales.
2. Seguros para todos los tipos de incapacitación laboral, tales como enfermedades, discapacidades, vejez, parto, viudedad, orfandad y desempleo.
3. Todos los gastos del seguro correrán a cargo de los empresarios.
4. Compensación de, al menos, el salario completo en toda incapacidad laboral y desempleo.
5. Pleno autogobierno obrero de las instituciones aseguradoras.

En nombre del Gobierno de la República Rusa.
El comisario del pueblo de Trabajo.

Aleksandr Shliápnikov

*Sobre la educación popular*

¡Ciudadanos de Rusia! Con la insurrección del 7 de noviembre, las masas trabajadoras han conquistado realmente el poder por primera vez.
El Congreso Nacional de los Sóviets ha transferido temporalmente este poder a su Comité Ejecutivo y al Consejo de los Comisarios del Pueblo.
Por voluntad del pueblo revolucionario, he sido nombrado comisario del pueblo de Educación.
La tarea de dirigir la instrucción pública en general, en la medida en que corresponde al Gobierno central, hasta que se reúna la Asamblea Constituyente, se encomendará a la Comisión de Estado para la Instrucción Pública, cuyo presidente ejecutivo es el comisario del pueblo.
¿En qué principio fundamental se basará esta comisión estatal?
¿Cómo se determinará su ámbito de competencia?
Orientación general de la actividad educativa: en materia educativa, todo poder verdaderamente democrático, en un país donde reinan el

analfabetismo y la ignorancia, tendrá como objetivo primordial luchar contra este oscurantismo. Deberá conseguir, en el menor tiempo posible, la alfabetización universal, organizando una red de escuelas que respondan a las demandas de la pedagogía moderna. Implantará la enseñanza universal, obligatoria y gratuita para todos, y creará una serie de institutos y seminarios docentes de tal forma que proporcionen, en el menor tiempo posible, un poderoso ejército de maestros populares, tan necesarios para instruir a la población de la inmensa Rusia.

Descentralización: La Comisión Estatal para la Educación Pública no es en modo alguno un órgano central para gobernar las instituciones educativas. Al contrario, toda la actividad escolar debería transferirse a los órganos de autogobierno local. El trabajo independiente de los obreros, soldados y campesinos, creando organizacionesculturales por iniciativa propia, tendrá plena autonomía con respecto al Estado y a los centros municipales.

El trabajo de la Comisión Estatal sirve de enlace y apoyo para organizar los recursos de ayuda material y moral a las instituciones privadas y municipales, en especial a las creadas con carácter de clase por los trabajadores.

El Comité Estatal para la Educación Pública: Toda una serie de valiosos proyectos de ley han sido elaborados desde el comienzo de la revolución por el Comité Estatal para la Educación Pública, un órgano razonablemente democrático en su composición y dotado de numerosos especialistas. La Comisión Estatal desea sinceramente la colaboración de este Comité.

La Comisión se ha dirigido al Buró del Comité, pidiéndole que convoque de inmediato una sesión extraordinaria del Comité para el cumplimiento del siguiente programa:

1. Revisión de las reglas de representación en el Comité con vistas a una mayor democratización.
2. Revisión de los derechos del Comité con el fin de ampliarlos y convertir al Comité en una institución fundamental del Estado para la elaboración de proyectos de ley diseñados para acreditar la educación pública en Rusia según principios democráticos.
3. Revisión, en colaboración con la nueva Comisión Estatal, de las leyes ya creadas por el Comité, una revisión necesaria, puesto que, al corregir dichas leyes, el Comité debió tener en cuenta el

carácter burgués de los ministerios anteriores, que las obstaculizaron incluso en su forma limitada.

Después de esta revisión, las leyes entrarán en vigor sin ningún trámite burocrático, dentro del orden revolucionario.

Los pedagogos y sociólogos: La Comisión Estatal invita a los pedagogos a la noble y brillante tarea de educar al pueblo, como maestros de la comunidad.

Ningún órgano tomará medidas en el ámbito de la educación popular sin la atenta deliberación de los representantes pedagógicos.

Por otra parte, no se podrá tomar ningunadecisión exclusivamente a través de la cooperación de los especialistas. Esto también es aplicable a las reformas de las instituciones de educación general.

La colaboración de los pedagogos con las fuerzas sociales: Así es como trabajará la Comisión, tanto en su propia constitución como en el Comité Estatal y en todas sus actividades.

La Comisión considera su tarea primordial la mejora de la situación de los profesores, sobre todo los que, siendo muy pobres, son casi los que más contribuyen en la labor cultural: los maestros de las escuelas primarias. Sus justas reivindicaciones se verán cumplidas de inmediato y a toda costa. El proletariado escolar ha pedido en vano un aumento salarial de cien rublos al mes. Sería una vergüenza mantener por más tiempo en la miseria a los maestros de la abrumadora mayoría del pueblo ruso.

Pero una verdadera democracia no puede conformarse con la mera alfabetización y la educación elemental y universal, sino que debe esforzarse por organizar una escuela uniforme y secular de varios cursos. El ideal es una educación igual y, si es posible, superior para todos los ciudadanos. Mientras esta idea no se haya cumplido plenamente, el tránsito natural por todos los cursos hasta la universidad —la transición a un nivel superior— dependerá enteramente de las aptitudes del alumno y no de los recursos de su familia.

El problema de una organización educativa genuinamente democrática es especialmente difícil en un país empobrecido por una guerra larga, criminal e imperialista. Sin embargo, los obreros que han tomado el poder deben recordar que la educación les servirá como el mayor instrumento en su lucha por un destino mejor y por un crecimiento espiritual. Por muy necesario que sea recortar otros

artículos del presupuesto popular, los gastos en educación se mantendrán elevados. Un presupuesto educativo alto es el orgullo y la gloria de una nación. Los pueblos libres y soberanos de Rusia no lo olvidarán.

La lucha contra el analfabetismo y la ignorancia no puede limitarse a las escuelas de niños y jóvenes. También los adultos están deseando escapar de la degradante situación de quien no sabe leer ni escribir. La escuela para adultos ocupará un lugar destacado en el plan general de la educación popular.

Instrucción y educación: Hay que dejar bien claras las diferencias entre instrucción y educación.

La instrucción es la transmisión de conocimiento efectivo del profesor a su alumno. La educación es un proceso creativo. La personalidad del individuo se «educa» a lo largo de toda la vida, enriquece sus contenidos y se fortalece y perfecciona.

Las masas proletarias —obreros, campesinos, soldados— están sedientas de una instrucción primaria y avanzada, pero también de educación. Ni el Gobierno, ni los intelectuales, ni ningún poder aparte de ellos mismos pueden dársela. La escuela, los libros, el teatro, los museos, etc., pueden servir sólo como ayuda. Las masas proletarias tienen sus propias ideas, conformadas por su posición social, muy diferente a las de los gobernantes e intelectuales que hasta ahora han creado la cultura. Tienen sus propias ideas y emociones, sus formas de abordar los problemas personales y sociales. El trabajador urbano, a su manera, y el campesino, a la suya, construirán cada uno su particular concepción del mundo, impregnada de la conciencia de clase obrera. No hay fenómeno más hermoso ni extraordinario que el que verán y vivirán nuestros descendientes: la construcción de su propia libertad, general y libre, mediante el trabajo colectivo.

La instrucción será sin duda un elemento importante, pero no decisivo. Lo más importante es el espíritu crítico y la creatividad de las masas, porque la ciencia y el arte sólo en parte tienen importancia general para la humanidad y sufren cambios radicales con cada gran revolución de clase.

En toda Rusia, especialmente entre los obreros urbanos, ha surgido un poderoso movimiento cultural y educativo, y las organizaciones obreras y militares de este tipo se han multiplicado rápidamente. Conocerlas, apoyarlas y allanarles el camino es la tarea primordial de

un Gobierno revolucionario y popular en el ámbito de la educación democrática.
La Asamblea Constituyente comenzará a trabajar en breve. Sólo ella permitirá establecer de forma permanente el orden en la vida nacional y social en el país, así como el carácter general de la organización de la educación popular.
No obstante, ahora que el poder ha pasado a manos de los sóviets, el carácter verdaderamente democrático de la Asamblea Constituyente está asegurado. La línea que seguirá la Comisión Estatal, dependiente del Comité de Estado, apenas sufrirá ninguna modificación por influencia de la Asamblea Constituyente. Sin predeterminarlo, el nuevo Gobierno popular se considera con derecho a aplicar en este ámbito una serie de medidas orientadas a abarcar e iluminar tanto como sea posible la vida espiritual del país.
El Ministerio: la presente tarea seguirá realizándose a través del Ministerio de Instrucción Pública. La Comisión Estatal, elegida por el Comité Ejecutivo de los Sóviets y el Comité de Estado, tomará a su cargo las necesarias modificaciones en su composición y estructura. Por descontado, el mandato de la autoridad estatal en el ámbito de la educación popular será establecido por la Asamblea Constituyente. Hasta entonces, el Ministerio cumplirá las funciones del aparato ejecutivo tanto para el Comité de Estado como para la Comisión Estatal de Instrucción Pública.
La promesa del esfuerzo de los obreros y de los intelectuales honrados y progresistas sacará al país de su crisis dolorosa y lo conducirá, mediante la democracia total, al reinado del socialismo y de la hermandad entre naciones.
El comisario del pueblo de Educación,
A. V. Lunacharsky

*Directiva sobre el modo de ratificar y publicar las leyes*

1. Hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente, la promulgación y publicación de las leyes se llevará a cabo en el orden decretado por el actual Gobierno provisional obrero y campesino, elegido por el Congreso Nacional de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos.
2. Los proyectos de ley serán sometidos a la consideración del Gobierno por el ministerio respectivo y firmados por el

comisario del pueblo debidamente autorizado, o bien serán presentados por la sección legislativa agregada al Gobierno y firmados por el jefe de dicha sección.

3. Una vez ratificado por el Gobierno, el decreto en su versión final será firmado, en nombre de la República Rusa, por el presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo, o, en su nombre, por el comisario del pueblo que lo haya sometido a la consideración del Gobierno, y entonces será publicado.
4. La fecha de su publicación en el Diario Oficial del Gobierno provisional obrero y campesino es la fecha de su entrada en vigor.
5. En el decreto se podrá designar una fecha distinta a la de su publicación para su entrada en vigor o su promulgación por vía telegráfica, en cuyo caso tendrá validez legal en todas las localidades desde el momento en que el telegrama se haga público.
6. Queda abolida la promulgación de los actos legislativos del Gobierno por parte del Senado. La sección legislativa adjunta al Consejo de los Comisarios del Pueblo publicará periódicamente una colección de reglamentos y órdenes del Gobierno que tendrá fuerza de ley.
7. El Comité Ejecutivo Central de los Sóviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos (Tsik) se arrogará en todo momento el derecho a cancelar, alterar o anular cualquier decreto del Gobierno.

En nombre de la República Rusa, el presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo,

V. ULIÁNOV (LENIN)

# 4

# EL PROBLEMA DEL ALCOHOL

Orden promulgada por el Comité Revolucionario Militar

1. Se prohíbe hasta nueva orden la producción de alcohol y de bebidas alcohólicas.

2. Se ordena a todos los productores de alcohol y de bebidas alcohólicas que informen, antes del 27 del presente mes, del lugar exacto de sus almacenes.
3. Los que incumplan esta orden serán juzgados ante el Tribunal Revolucionario Militar.

EL COMITÉ REVOLUCIONARIO MILITAR

Orden n.º 2

Del Comité del Regimiento de Reserva de la Guardia Finlandesa a todos los comités de vivienda y a los ciudadanos de Vasili Ostrov.

La burguesía ha elegido un método siniestro para luchar contra el proletariado. Ha instalado en diversas partes de la ciudad enormes depósitos de vino y distribuye licor entre los soldados, con la intención de sembrar la desafección en las filas del ejército revolucionario.

Se ordena por la presente a todos los comités de vivienda que a las 3, en la hora fijada para publicar esta orden, declaren de forma personal y secreta al presidente del Comité del Regimiento de la Guardia Finlandesa la cantidad de vino que tienen en sus edificios.

Los que violen esta orden serán detenidos y juzgados ante unos tribunales implacables. Sus bienes serán confiscados y la provisión de vino descubierta será volada con dinamita dos horas después de este aviso, ya que la experiencia ha demostrado que las medidas más suaves no han dado los resultados deseados.

Recordad, no habrá más avisos antes de la explosiones.

El Comité del Regimiento de la Guardia Finlandesa

# CAPÍTULO 9

## 1

## EL COMITÉ REVOLUCIONARIO MILITAR

BOLETÍN N.º 2

Al atardecer del 12 de noviembre, Kérensky envió una propuesta a las tropas revolucionarias para que «entregaran las armas». Los hombres de Kérensky abrieron fuego y nuestra artillería respondió, haciendo callar al enemigo. Los cosacos tomaron la ofensiva. El fuego mortal de los marineros, los guardias rojos y los soldados obligó a los cosacos a retirarse. Nuestros carros blindados penetraron rápidamente en las filas enemigas. El enemigo está huyendo y nuestras tropas lo persiguen. Se ha dado orden de detener a Kérensky, y Tsárskoye Seló ha sido tomado por las tropas revolucionarias.
Los fusileros letones: El Comité Revolucionario Militar ha sido informado de que los valientes fusileros letones han llegado del frente y ocupado posiciones en la retaguardia de las bandas de Kérensky.

*Del Estado Mayor del Comité Revolucionario Militar*

La toma de Gátchina y Tsárskoye Seló por los destacamentos de Kérensky se explica por la completa ausencia de artillería y ametralladoras en dichos lugares, mientras que la caballería de Kérensky contó con artillería desde el principio. Los últimos dos días nuestro Estado Mayor ha trabajado a destajo para suministrar la cantidad necesaria de armas, ametralladoras, teléfonos de campaña, etc., a las tropas revolucionarias. Cuando se culminó esta tarea, con la ayuda entusiasta de los sóviets de distritos y fábricas (Putilov, Obújov y otros), la cuestión del esperado choque no dejaba lugar a dudas. En el lado de las tropas revolucionarias había no sólo un excedente en la cantidad y una base tan poderosa como Petrogrado, sino una enorme ventaja moral. Todos los regimientos se movilizaron con tremendo entusiasmo. La asamblea de la guarnición ha elegido una comisión de control de cinco soldados, asegurando así la completa unidad entre el comandante en jefe y la guarnición. La asamblea decidió por unanimidad emprender la acción decisiva.
Hacia las 3 p.m. del 12 de noviembre, comenzó el fuego de artillería con una fuerza extraordinaria. Los cosacos estaban completamente desmoralizados. Enviaron al Estado Mayor del destacamento de Krasnoye Selo a un representante que amenazó con tomar medidas «drásticas» si no cesaba el tiroteo. Se le respondió que el tiroteo cesaría cuando Kérensky entregara las armas.
En el posterior enfrentamiento, todas las secciones de las tropas —los marineros, soldados y la Guardia Roja— mostraron un valor sin

> límites. Los soldados prosiguieron su avance hasta que se quedaron sin cartuchos. Todavía no se ha determinado el número de muertos, pero es mayor en el lado de las tropas contrarrevolucionarias, en las que uno de nuestros carros blindados causó numerosas bajas.
> El Estado Mayor de Kérensky, temiendo verse cercado, dio la orden de retirada, que rápidamente se convirtió en una desbandada. Hacia las 11-12 p.m. Tsárskoye Seló, incluida la estación inalámbrica, fue ocupada enteramente por las tropas de los sóviets. Los cosacos se retiraron hacia Gátchina y Kolpino.
> El espíritu de las tropas excedetoda alabanza. Se ha dado orden de perseguir a los cosacos huidos. Se ha enviado inmediatamente un telegrama desde la estación de Tsárskoye Seló al frente y a todos los sóviets locales de Rusia. Pronto se darán más detalles.

## 2

## ACONTECIMIENTOS DEL DÍA 13 EN PETROGRADO

Tres regimientos de la guarnición de Petrogrado se negaron a tomar parte en la batalla contra Kérensky. La mañana del día 13, convocaron a una conferencia conjunta a sesenta delegados del frente para encontrar una forma de detener la guerra civil. Esta conferencia nombró un comité para convencer a las tropas de Kérensky de que entregaran las armas. Propusieron hacer las siguientes preguntas a los soldados del Gobierno: ¿reconocerán los soldados y cosacos de Kérensky al Tsik como el depositario del poder ejecutivo, responsable ante el Congreso de los Sóviets?, ¿aceptarán los soldados y cosacos los decretos sobre la tierra y la paz?, ¿accederán al cese de las hostilidades y a regresar a sus unidades?, ¿aceptarán el arresto de Kérensky, Krasnov y Sávinkov?

En la reunión del Sóviet de Petrogrado, Zinóviev dijo:

> Sería estúpido pensar que este comité podría acabar con este asunto. El enemigo sólo puede ser aplastado por la fuerza. Sin embargo, sería un crimen que no intentáramos todos los medios pacíficos para atraer a los cosacos […]. Lo que necesitamos es una victoria militar […]. La

> noticia de un armisticio es prematura. Nuestro Estado Mayor estará dispuesto a firmar un armisticio cuando el enemigo ya no pueda hacer ningún daño […].
> Actualmente, la influencia de nuestra victoria está creando nuevas condiciones políticas […]. Ahora, los socialrevolucionarios están dispuestos a aceptar a los bolcheviques en el nuevo Gobierno […]. Es imprescindible una victoria decisiva, para que los que dudan dejen de hacerlo.

En la duma municipal, toda la atención estaba centrada en la formación del nuevo Gobierno. En muchas fábricas y cuarteles ya funcionaban tribunales revolucionarios, y los bolcheviques amenazaban con organizar más y llevar ante ellos a Gotz y a Avkséntiev. Dan propuso que se enviara un ultimátum exigiendo la abolición de los tribunales revolucionarios, o los otros miembros de la conferencia romperían de inmediato las negociaciones con los bolcheviques.

Shingariov, kadete, dijo que la municipalidad no debería tomar parte en ningún acuerdo con los bolcheviques…

> Es imposible cualquier acuerdo con esos fanáticos hasta que entreguen las armas y reconozcan la autoridad de los tribunales independientes […].

Yartsev, en nombre del grupo Yedinstvo, dijo que un acuerdo con los bolcheviques equivaldría a una victoria bolchevique.

El mayor Schreider, en nombre de los socialrevolucionarios, se declaró contrario a cualquier acuerdo con los bolcheviques.

En cuanto a la formación de un Gobierno, eso debería salir de la voluntad popular, y, puesto que ésta se ha expresado en las elecciones municipales, la voluntad popular que puede formar Gobierno está de hecho concentrada en la duma.

Tras escuchar a otros oradores, de los que sólo el representante de los internacionalistas mencheviques estaba a favor de aceptar a los bolcheviques en el nuevo Gobierno, la duma votó por mantener a sus representantes en la conferencia del Vikzhel, pero insistiendo por encima de todo en el restablecimiento del Gobierno provisional y en excluir a los bolcheviques del nuevo poder.

# 3

# LA TREGUA. RESPUESTA DE KRASNOV AL COMITÉ DE SALVACIÓN

En respuesta a vuestro telegrama proponiendo un armisticio inmediato, el comandante supremo, que no quiere más matanzas inútiles, accede a entablar negociaciones y a establecer relaciones entre los ejércitos del Gobierno y los insurrectos. Propone al Estado Mayor de los insurrectos que retire a sus regimientos a Petrogrado, declare neutral la línea Ligovo-Púlkovo-Kolpino, y permita a las avanzadillas de la caballería del Gobierno entrar en Tsárskoye Seló para poner orden. La respuesta a esta propuesta debe entregarse en mano a nuestros enviados antes de las 8:00 de mañana.

# 4

# ACONTECIMIENTOS EN TSÁRSKOYE SELÓ

La tarde en que las tropas de Kérensky se retiraron de Tsárskoye Seló, algunos sacerdotes organizaron una procesión religiosa por las calles de la ciudad y lanzaron discursos a los ciudadanos, pidiéndoles que apoyaran a la autoridad legítima, el Gobierno provisional. Según cuentan unos testigos, cuando los cosacos se retiraron y los primeros guardias rojos entraron en la ciudad, los sacerdotes incitaron al pueblo contra los sóviets y rezaron oraciones en la tumba de Rasputín, que reposa detrás del Palacio Imperial. Uno de los sacerdotes, el padre Iván Kuchurov, fue detenido y fusilado por los guardias rojos enfurecidos.

En cuanto los guardias rojos entraron en la ciudad, se apagaron las farolas, quedando las calles completamente a oscuras. El director de la planta de alumbrado eléctrico, Lubovich, fue detenido por las tropas del sóviet y preguntado que por qué había cortado la luz. Lo encontraron más tarde en el cuarto donde estaba encerrado, con un revólver en la mano y un agujero de bala en la sien.

Los periódicos antibolcheviques de Petrogrado salieron al día siguiente con el siguiente titular: «¡Plejánov tiene 39 grados de fiebre!». Plejánov vivía

en Tsárskoye Seló, donde fue hallado enfermo en su cama. Los guardias rojos fueron a su casa, la registraron en busca de armas e interrogaron al anciano.

—¿A qué clase de sociedad perteneces? —le preguntaron.

—Yo soy un revolucionario que ha dedicado cuarenta años de su vida a luchar por la libertad —contestó Plejánov.

—En cualquier caso —dijo un obrero—, ahora te has vendido a la burguesía.

Los trabajadores no reconocían a Plejánov, pionero de la socialdemocracia rusa.

## 5

## LLAMAMIENTO DEL GOBIERNO SOVIÉTICO

Los destacamentos de Gátchina, engañados por Kérensky, han entregado las armas y decidido arrestarle. El jefe de la campaña contrarrevolucionaria ha huido. El Ejército se ha pronunciado por inmensa mayoría a favor del segundo Congreso Nacional de los Sóviets y del Gobierno que lo creó. Cientos de delegados del frente han marchado rápidamente a Petrogrado para asegurar la lealtad del ejército al Gobierno soviético. Ni las tergiversaciones, ni las calumnias contra los obreros, soldados y campesinos revolucionarios han podido derrotar al pueblo. La revolución de los obreros y soldados ha triunfado.

El Tsik apela a las tropas que marchan bajo la bandera contrarrevolucionaria y les invita a entregar inmediatamente las armas y a no seguir derramando la sangre de sus hermanos en beneficio de un puñado de terratenientes y capitalistas. La revolución de los obreros, soldados y campesinos maldice a quienes se sitúan siquiera por un momento bajo la bandera de los enemigos del pueblo.

¡Cosacos! ¡Uníos a las filas del pueblo victorioso! ¡Ferroviarios, carteros, telegrafistas, apoyad al nuevo Gobierno popular!

# CAPÍTULO 10

# 1
# LOS DAÑOS AL KREMLIN

Yo comprobé en persona los daños causados al Kremlin, que visité justo después del bombardeo. El Pequeño Palacio Nicolás, un edificio sin especial importancia, que de vez en cuando albergaba las recepciones de una de las grandes duquesas, había servido como cuartel para los *yunkers*. No sólo fue bombardeado, sino saqueado a fondo. Afortunadamente, no contenía nada de especial valor histórico.

La catedral Uspenski tenía un agujero de granada en una de las cúpulas, pero, aparte de unos cuantos metros de mosaico en el techo, estaba intacto. Una granada había dañado gravemente los frescos del pórtico de la catedral Blagoveschenski. Otra granada impactó en la esquina de Iván el Grande. El monasterio Chudovski fue alcanzado unas treinta veces, pero solamente un proyectil entró por una ventana. Los otros rompieron las molduras de ladrillo y las cornisas del techo.

El reloj situado encima de la Puerta Spasskaya quedó destrozado y la Puerta Troitsky maltrecha, pero fácilmente reparable. Una de las torres inferiores perdió su espira de ladrillos.

La iglesia de San Basilio quedó intacta, al igual que el gran Palacio Imperial, que guardaba en sus sótanos todos los tesoros de Moscú y Petrogrado, y en su cámara, las joyas de la corona. En estos lugares ni siquiera se llegó a entrar.

# 2
# LA DECLARACIÓN DE LUNACHARSKY

¡Camaradas! Vosotros sois los nuevos amos del país, y aunque ahora tenéis muchas tareas y preocupaciones, debéis saber defender vuestros tesoros artísticos y científicos.

¡Camaradas! Lo que está ocurriendo en Moscú es una desgracia espantosa e irreparable. El pueblo, en su lucha por poder, ha mutilado nuestra gloriosa capital.

Resulta especialmente terrible ser comisario de Educación Pública en estos días de violentas luchas. Sólo me consuela la esperanza en la victoria del socialismo, la fuente de una cultura nueva y superior. En mí recae la responsabilidad de proteger la riqueza artística del pueblo. No pudiendo seguir en mi puesto, donde no tenía ninguna influencia, presento mi dimisión. Mis camaradas, los otros comisarios, han considerado inaceptable esta dimisión, por lo que seguiré en mi puesto. Entiendo, asimismo, que el daño causado al Kremlin no ha sido tan grave como se ha dicho.

Pero os ruego, camaradas, que me deis vuestro apoyo. Preservad para vosotros y para vuestros descendientes la belleza de nuestra tierra, y sed los guardianes de la propiedad del pueblo.

Pronto, muy pronto, hasta los más ignorantes, que han vivido presos de la ignorancia durante mucho tiempo, despertarán y comprenderán la gran fuente de alegría, fuerza y sabiduría que es el arte.

3

# MEDIDAS FINANCIERAS REVOLUCIONARIAS

*Orden*

En virtud de los poderes que me han sido investidos por el Comité Revolucionario Militar adjunto al Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Moscú, decreto lo siguiente:

1. Hasta nueva orden, todas las sucursales bancarias, las sucursales de la Caja Central de Ahorros del Estado y las cajas de ahorros de las oficinas de correos y telégrafos, abrirán a partir del 22 de noviembre, de 11 a.m. a 1 p.m.
2. Las instituciones mencionadas anteriormente harán pagos no superiores a 150 rublos en las cuentas corrientes y en las libretas de las cajas de ahorro en el transcurso de la próxima semana.
3. Se permitirán los pagos superiores a 150 rublos semanales en las cuentas corrientes y en las libretas, así como los pagos en cuentas de cualquier otro tipo, en los próximos tres días, 22, 23 y 24 de noviembre, sólo en los siguientes casos:
   a. En las cuentas de las organizaciones militares, para satisfacer sus necesidades.
   b. Para pagar los salarios de los empleados y trabajadores de acuerdo con las tablas y listas certificadas por los comités de fábrica de los sóviets obreros y firmados por los comisarios o

por los representantes del Comité Revolucionario Militar y por el Comité Revolucionario Militar del distrito.

4. No se pagarán más de 150 rublos sobregiro. Las sumas excedentes se ingresarán en una cuenta corriente, en la que sólo se podrán cargar pagos de la forma establecida por el presente decreto.
5. Quedan prohibidas las demás operaciones bancarias en estos tres días.
6. Se autorizan los ingresos de cualquier cantidad en todas las cuentas.
7. Los representantes del Consejo de Finanzas encargados de certificar las autorizaciones indicadas en la cláusula 1 estarán de servicio en la Bolsa, calle Ilynka, desde las 10 a.m. a las 2 p.m.
8. Los bancos y las cajas de ahorro enviarán diariamente, alrededor de las 5, el total de sus operaciones en efectivo a la sede del sóviet, en la plaza Skóbelev, al Comité Revolucionario Militar y al Consejo de Finanzas.
9. Los empleados y jefes de las instituciones crediticias de cualquier tipo que se nieguen a cumplir este decreto serán juzgados como enemigos de la revolución y de los ciudadanos ante los tribunales revolucionarios, y sus nombres, publicados para conocimiento público.
10. Para el control de las operaciones de las sucursales de las cajas de ahorro y de los bancos dentro de los límites de este decreto, los Comités Revolucionarios Militares elegirán a tres representantes y les asignarán una sede.

El comisario plenipotenciario
del Comité Revolucionario Militar,

S. SHEVERDIN-MAKSIMENKO

# CAPÍTULO 11

## 1

## LIMITACIONES DE ESTE CAPÍTULO

Este capítulo abarca un periodo aproximado de dos meses. Cubre el tiempo de las negociaciones con los aliados, las negociaciones y el armisticio con los alemanes y el comienzo de las negociaciones de paz en Brest-Litovsk, así como el periodo en el que se pusieron las bases para el Estado soviético.

Pero este libro no pretende describir o interpretar los acontecimientos históricos fundamentales, que requieren más espacio. Quedan, pues, reservados para otro volumen, *De Kornílov a Brest-Litovsk*.

Así pues, en este capítulo me he limitado a los intentos del Gobierno soviético por consolidar su poder político dentro del país, y he esbozado sus sucesivas victorias contra los elementos hostiles en Rusia, un proceso que se vio interrumpido temporalmente por la desastrosa paz de Brest-Litovsk.

## 2

## PREÁMBULO-DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS DE LOS PUEBLOS DE RUSIA

> La revolución obrera y campesina de octubre comenzó bajo la bandera común de la emancipación.
>
> Los campesinos se están emancipando del poder de los terratenientes, porque se ha abolido el derecho de propiedad de éstos sobre la tierra.
>
> Los soldados y marinos se están emancipando del poder de los generales autócratas, porque a partir de ahora los generales serán elegidos y estarán sujetos a renovación. Los obreros se están emancipando de los caprichos y la voluntad arbitraria de los capitalistas, porque de ahora en adelante se establecerá el control de los trabajadores sobre las fábricas. Todo lo que vive y respira se está emancipando de esas cadenas odiosas.
>
> Sólo quedan los pueblos de Rusia, que han sufrido y sufren la opresión y arbitrariedad, y cuya emancipación comenzará de inmediato y se llevará a cabo firme y definitivamente.
>
> Durante el zarismo, se incitó sistemáticamente a los pueblos de Rusia entre sí. Los resultados de esta política son de sobra conocidos: matanzas y pogromos por un lado, esclavitud de los pueblos por el otro.

No se puede ni se debe retornar a esta política vergonzosa. A partir de ahora, hay que sustituirla por una política de unión voluntaria y honesta de los pueblos rusos.

En la época del imperialismo, tras la Revolución de Marzo, cuando el poder pasó a manos de la burguesía kadete, la política de incitación descarada dejó paso a otra de cobarde desconfianza hacia los pueblos de Rusia, una política quisquillosa, de «libertad» sin sentido e «igualdad» de los pueblos. Los resultados de esta política son de sobra conocidos: aumento de la enemistad nacional y menoscabo de la confianza mutua.

Se debe poner fin a esta política indigna de falsedad y recelo, quisquillosa y provocadora. A partir de ahora se sustituirá por una política franca y honesta que lleve a la mutua y completa confianza de los pueblos de Rusia. Sólo como resultado de esta confianza podrá cimentarse la unión de los obreros y campesinos de los pueblos de Rusia en una fuerza revolucionaria capaz de resistir todos los ataques de la burguesía imperialista y anexionadora.

# 3

# DECRETOS

*Sobre la nacionalización de los bancos*

En interés de la organización regular de la economía nacional, de la exhaustiva erradicación de la especulación bancaria y de la completa emancipación de los obreros, campesinos y de toda la población trabajadora de la explotación del capital bancario, y con vistas a la creación de un único banco nacional de la República Rusa, que servirá a los intereses reales del pueblo y de las clases más pobres, el Comité Ejecutivo Central (Tsik) decreta lo siguiente:

1. El negocio bancario se declara monopolio del Estado.
2. Todas las sociedades anónimas y las oficinas bancarias existentes se unirán al Banco Estatal.
3. Los activos y pasivos de los establecimientos liquidados quedan a cargo del Banco Estatal.

4. La orden de fusionar los bancos privados con el Banco Estatal se determinará mediante un decreto especial.
5. La gestión temporal de los asuntos de los bancos privados se encomendará a la junta del Banco Estatal.
6. Se garantizarán los intereses de los pequeños depositarios.

*Sobre la igualdad de rango de todos los militares*

En cumplimiento de la voluntad del pueblo revolucionario en lo relativo a la abolición inmediata y definitiva de todos los restos de la antigua desigualdad en el Ejército, el Consejo de los Comisarios del Pueblo decreta lo siguiente:

1. Quedan abolidos todos los rangos y grados del Ejército, empezando por el de cabo y terminando por el de general. El Ejército de la República Rusa se compondrá de ciudadanos libres e iguales, que llevarán el honroso título de soldados del Ejército revolucionario.
2. Quedan abolidos todos los privilegios ligados a los anteriores rangos y grados, así como sus marcas distintivas.
3. Queda abolido todo tratamiento por rangos.
4. Quedan abolidos todos los adornos, insignias y otras marcas distintivas.
5. Junto con el grado de oficial, quedan abolidas todas las organizaciones de oficiales.

Nota.— Los ordenanzas se mantendrán únicamente en los cuarteles generales, cancillerías, comités y otras organizaciones del Ejército.

El presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo, V. ULIÁNOV (LENIN)
El comisario del pueblo de Guerra y Marina,
N. KRYLENKO
El comisario del pueblo de Asuntos Militares,
N. PODVOISKI,
El secretario del Consejo,
N. GORBUNOV

*Sobre el principio electivo y la organización de la autoridad en el Ejército*

1. El Ejército, al servicio de la voluntad de las masas trabajadoras, está sometido a su representante supremo: el Consejo de los Comisarios del Pueblo.
2. Dentro de cada unidad se otorgará plena autoridad a los comités de los sóviets respectivos.
3. Los aspectos de la vida y actividad de las tropas que yaestaban sometidos a la jurisdicción de los comités se pondrán desde ahora bajo su control directo. Para aquellas actividades que los comités no puedan asumir, se establecerá el control de los sóviets de soldados.
4. Se establece la elección de los cuadros de mando y la capitanía general. Todos los comandantes, incluidos los de regimiento, serán elegidos mediante sufragio universal por sus unidades, escuadrones, compañías, baterías, divisiones y regimientos. Los comandantes con rango superior al de comandante de regimiento, incluido el de comandante supremo, serán elegidos por las reuniones o asambleas de los comités.

   Nota.— Por «asamblea» ha de entenderse una reunión de los comités respectivos con los delegados de los comités de un escalón inferior [como la «asamblea» de los comités de regimiento con los delegados de los comités de compañías — El autor].
5. Los comandantes elegidos con un rango superior al de comandante de regimiento deben ser ratificados por el comité supremo más cercano.

   Nota.— En caso de que un comité supremo se niegue a ratificar la elección de un comandante, especificando los motivos, se ratificará al comandante elegido por segunda vez por el comité inferior.
6. Los comandantes del ejército serán elegidos por los congresos del Ejército. Los comandantes del frente serán elegidos por los frentes respectivos.
7. Para los puestos de carácter técnico que requieran de conocimientos especiales o de otras formaciones prácticas, a saber: médicos, ingenieros, técnicos, telegrafistas, transmisores, aviadores, automovilistas, etc., sólo se elegirán a personas con los conocimientos necesarios por parte de los comités de las respectivas unidades.

8. Los jefes del Estado Mayor serán elegidos entre las personas con una formación militar especial para ese puesto.
9. Los jefes del Estado Mayor serán designados por el jefe del Estado Mayor y ratificados por los congresos respectivos.
   Nota.— Las personas con una formación especial serán incluidas en una lista aparte.
10. Se podrá retirar del servicio a los comandantes en activo que no hayan sido elegidos por los soldados para ningún puesto, y que, por lo tanto, serán considerados como soldados rasos.
11. Todas las ocupaciones que no sean las concernientes al mando, con la excepción de los puestos en los departamentos económicos, serán cubiertas por designación de los comandantes elegidos.
12. Se publicarán por separado instrucciones detalladas referentes a la elección de los cuadros de mando.

El presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo,
V. ULIÁNOV (LENIN)
El comisario del pueblo de Guerra y Marina,
N. KRYLENKO
El comisario del pueblo de Asuntos Militares,
N. PODVOISKI
El secretario del Consejo,
N. GORBUNOV

*Sobre la abolición de las clases y títulos*

1. Quedan abolidas todas las clases, así como las divisiones, privilegios, organizaciones e instituciones de clase y todos los rangos civiles.
2. Quedan abolidos todos los estamentos sociales (nobles, comerciantes, pequeñoburgueses, etc.), los títulos (príncipe, conde, etc.) y todas las denominaciones del rango civil (consejeros privados, entre otros), estableciéndose la denominación general de ciudadano de la República Rusa.
3. Las propiedades e instituciones de las clases nobles serán transferidas a los correspondientes *zemstvos* autónomos.
4. Las propiedades de las organizaciones de comerciantes y burgueses serán transferidas inmediatamente al autogobierno municipal.

5. Las instituciones clasistas de cualquier tipo, junto con sus propiedades, reglamentos y archivos, pasarán a ser gestionadas por las municipalidades y los *zemstvos*.
6 Quedan derogados todos los artículos de las leyes anteriores relativas a estas cuestiones.
7. El presente decreto se hará efectivo el día de su publicación y será aplicado por los Sóviets locales de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos.

El presente decreto ha sido ratificado por el Tsik en la reunión del 23 de noviembre de 1917 y firmado por:

El presidente del Tsik,
SVERDLOV
El presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo,
V. ULIÁNOV (LENIN)
El administrador del Consejo de los Comisarios del Pueblo,
V. BONCH-BRUYÉVICH
El secretario del Consejo,
N. GORBUNOV

El 3 de diciembre, el Consejo de los Comisarios del Pueblo decretó «reducir los salarios de los funcionarios y empleados de todas las instituciones y organismos gubernamentales, generales o especiales, sin excepción».

Para empezar, el consejo fijó un salario de 500 rublos mensuales para los comisarios del pueblo, con un suplemento de 100 por cada miembro adulto de su familia no apto para el trabajo.

Ése era el salario más alto para un funcionario.

## 4

La condesa Panina fue detenida y juzgada por el primer tribunal supremo revolucionario. El juicio se describe en el capítulo sobre la justicia revolucionaria de mi próxima obra, *De Kornílov a Brest-Litovsk*. La

prisionera fue sentenciada a «devolver el dinero y luego entregada al desprecio público». Es decir, se la puso en libertad.

## 5

## EL RIDÍCULO DEL NUEVO RÉGIMEN

Del *Drug Naroda* (menchevique), 18 de noviembre:

> La historia de la «paz inmediata» de los bolcheviques nos recuerda a una película cómica. Neratov sale corriendo, Trotski le sigue. Neratov escala un muro, Trotski también. Neratov se zambulle en el agua, Trotski le imita. Neratov trepa a un tejado, Trotski sube tras él. Neratov se esconde debajo de la cama y Trotski lo encuentra. ¡Ya lo tiene! Naturalmente, se firma la paz de inmediato.
>
> Sólo hay vacío y silencio en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Los correos son respetuosos, pero en sus rostros se dibuja una expresión cáustica…
>
> ¿Qué tal si se arrestara a un embajador y se firmara con él un armisticio o un tratado de paz? Pero estos embajadores son unos tipos raros. Guardan silencio como si no hubieran oído nada. ¡Hola, hola, Inglaterra, Francia, Alemania! ¡Hemos firmado un armisticio con vosotros! ¿Es posible que no sepáis nada? Pues se ha publicado en todos los periódicos y en carteles pegados en todos los muros. Palabra de honor bolchevique que se ha firmado la paz. No os pedimos mucho, sólo tenéis que escribir un par de palabras…
>
> Los embajadores guardan silencio. Las potencias guardan silencio. Sólo hay vacío y silencio en la oficina del Ministerio de Asuntos Exteriores.
>
> —Escucha —le dice Robespierre-Trotski a su asistente, Marat-Uritski—. Vete corriendo a ver al embajador británico y dile que proponemos la paz.
>
> —Ve tú —responde Marat-Uritski—. No recibe a nadie.
>
> —Entonces, llámale por teléfono.
>
> —Ya lo he intentado, pero lo tiene descolgado.
>
> —Mándale un telegrama.
>
> —Ya lo he hecho.

—¿Y bien? ¿Cuál fue el resultado?

Marat-Uritski suspira, sin responder. Robespierre-Trotski escupe con furia en un rincón.

—Escucha, Marat —prosigue Trotski, al cabo de un momento—. Hay que demostrar como sea que mantenemos una política exterior activa. ¿Cómo podemos hacerlo?

—Lanza otro decreto para arrestar a Neratov —responde Uritski, con aire absorto.

—Marat, ¡eres un tarugo! —le grita Trotski, levantándose de repente, terrible y majestuoso, la viva imagen de Robespierre.

—¡Escribe, Uritski! —ordena, severo—. Escribe una carta al embajador británico, una carta certificada con acuse de recibo. ¡Escribe! ¡Yo también escribiré! ¡Los pueblos del mundo esperan una paz inmediata!

En el enorme y vacío Ministerio de Asuntos Exteriores se oía únicamente el ruido de dos máquinas de escribir. Con sus propias manos, Trotski está dictando una política exterior activa…

# 6

# SOBRE LA CUESTIÓN DEL ACUERDO

[Anuncio, colgado en las paredes de Petrogrado, con el resultado de una reunión de representantes de los regimientos de la guarnición, convocados para analizar la formación de un nuevo Gobierno].

A la atención de todos los obreros y soldados.

El 11 de noviembre, se celebró en el club del regimiento Preobrazhenski una reunión extraordinaria de representantes de todas las unidades de la guarnición de Petrogrado.

La reunión fue convocada a iniciativa de los regimientos Preobrazhenski y Semenovski para debatir la cuestión de qué partidos socialistas están a favor del poder soviético y cuáles en contra, cuáles están a favor del pueblo y cuáles en contra, y si es posible un acuerdo entre ellos.

A la reunión fueron invitados los representantes del Tsik, de la duma municipal, de los sóviets campesinos de Avkséntiev y de todos los

> partidos políticos, desde los bolcheviques a los socialistas populares. Después de mucho deliberar y de haber escuchado las declaraciones de todos los partidos y organizaciones, la asamblea decidió por inmensa mayoría que sólo los bolcheviques y los socialrevolucionarios de izquierda están a favor del pueblo, y que el resto de partidos, con el pretexto de buscar un acuerdo, sólo intenta privar al pueblo de los logros conquistados en los días de la gran revolución obrera y campesina de noviembre.

He aquí el texto de la resolución aprobada en la asamblea de la guarnición de Petrogrado, por 61 votos a favor, 1 en contra y 12 abstenciones:

> La asamblea de la guarnición, convocada a iniciativa de los regimientos Preobrazhenski y Semenovski, tras escuchar a los representantes de todos los partidos socialistas y de las organizaciones populares sobre la cuestión de un acuerdo entre los diferentes partidos políticos, considera lo siguiente:
>
> 1. Los representantes del Tsik, del partido bolchevique y de los socialrevolucionarios de izquierda han declarado que están decididamente a favor de un Gobierno de los sóviets, de los decretos sobre la tierra, la paz y el control obrero de la industria, y que, sobre esta base, están dispuestos a negociar con todos los partidos socialistas.
> 2. Al mismo tiempo, los representantes de los otros partidos (mencheviques, socialrevolucionarios), o no han contestado o simplemente se han declarado contrarios al poder de los sóviets, los decretos sobre la tierra, la paz y el control obrero de la industria.

En vista de lo cual, la asamblea decide:

> 1. Censurar a los partidos que, con la coartada de un acuerdo, en realidad pretenden anular las conquistas populares de la revolución de noviembre.
> 2. Expresar su plena confianza en el Tsik y en el Consejo de los Comisarios del Pueblo, y prometerles su apoyo total.

Asimismo, la asamblea considera necesario que los camaradas socialrevolucionarios de izquierda entren a formar parte del Gobierno del pueblo.

## 7

## LOS POGROMOS DE VINO

Luego se descubrió que existía una verdadera organización, mantenida por los kadetes, para provocar disturbios entre los soldados. Se enviaban mensajes telefónicos a los diferentes cuarteles, anunciando que se vendía vino en tal o cual dirección, y cuando los soldados llegaban al lugar, un individuo les indicaba dónde estaba la bodega.

El Consejo de los Comisarios del Pueblo nombró un comisario para luchar contra la embriaguez, el cual, después de erradicar los saqueos de vino, destruyó cientos de miles de botellas de licor. Se inundaron las bodegas del Palacio de Invierno, que contenían vinos raros, valorados en más de cinco millones de dólares, y después se llevó el licor a Kronstadt, donde fue destruido.

Los marinos de Kronstadt, «la flor y nata de las fuerzas revolucionarias» como los llamó Trotski, cumplieron esta tarea con férrea autodisciplina.

## 8

## ORDENANZAS OBLIGATORIAS

1. La ciudad de Petrogrado se declara en estado de sitio.
2. Quedan prohibidas las asambleas, reuniones y concentraciones en las calles y plazas.
3. Los intentos de saquear bodegas, almacenes, fábricas, tiendas, comercios, domicilios privados, etc., serán frenados con fuego de ametralladora y sin previo aviso.
4. Se encomienda a los comités de vivienda, porteros, conserjes y milicianos el deber de mantener el orden estricto en todas las casas, patios y calles. Los portales y cocheras se cerrarán a las 9

de la noche y se abrirán a las 7 de la mañana. Después de las 9 de la noche, sólo podrán salir de casa los inquilinos, bajo el estricto control de los comités de vivienda.

5. Los culpables de distribuir, vender o comprar cualquier tipo de bebida alcohólica, así como los culpables de infringir los artículos 2 y 3, serán arrestados inmediatamente y sometidos al más severo castigo.

Petrogrado, 6 de diciembre, 3 de la madrugada.
El comité para luchar contra los pogromos, adjunto al Comité Ejecutivo de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados

# 9

# LOS ESPECULADORES

Dos órdenes concernientes a ellos:

El Consejo de los Comisarios del Pueblo al Comité Revolucionario Militar:

El caos en el suministro de víveres a causa de la guerra, y la falta de un sistema, se están agudizando debido a los especuladores, acaparadores y a sus compinches en los ferrocarriles, barcos y en las oficinas de envío.

Aprovechándose de la desgracia de la nación, estos expoliadores criminales están jugando con la salud y la vida de millones de soldados y obreros para su propio beneficio.

Esta situación no puede tolerarse ni un día más.

El Consejo de los Comisarios del Pueblo invita al Comité Revolucionario Militar a tomar las medidas más enérgicas para extirpar de raíz la especulación, el sabotaje, la ocultación de víveres, la retención fraudulenta de cargamentos, etc.

Las personas culpables de dichas acciones serán detenidas inmediatamente por orden especial del Comité Revolucionario Militar y encarceladas en las prisiones de Kronstadt, en espera de comparecer ante el tribunal revolucionario.

Se invita a todas las organizaciones populares a cooperar en la lucha contra los expoliadores de víveres.

El presidente del Consejo de
los Comisarios del Pueblo,
V. ULIÁNOV (LENIN)
Aceptado para su ejecución,
El Comité Revolucionario Militar
adjunto al CEC de los Sóviets de
Diputados Obreros y Soldados
Petrogrado, 23 de noviembre de 1917

A todos los ciudadanos honrados
El Comité Revolucionario Militar decreta lo siguiente:
Los expoliadores, acaparadores y especuladores son declarados enemigos del pueblo.
El Comité Revolucionario Militar invita a todas las organizaciones públicas y a los ciudadanos honrados a informar inmediatamente al Comité de todos los casos de expolio, acaparamiento y especulación que lleguen a su conocimiento.
La lucha contra esta lacra corresponde a todas las personas honradas.
El Comité Revolucionario Militar espera contar con el apoyo de todos aquellos que velan por los intereses del pueblo.
El Comité Revolucionario Militar será implacable en su persecución de los especuladores y acaparadores.

El Comité Revolucionario Militar
Petrogrado, 2 de diciembre de 1917

## 10

# CARTA DE PURISHKÉVICH A KALEDÍN

La situación en Petrogrado es desesperada. La ciudad se encuentra aislada del mundo exterior y está en poder absoluto delos bolcheviques. Detienen a la gente en las calles, la arrojan al Neva, ahogándola, y la encarcelan sin cargo alguno. El propio Burtzev está encerrado bajo estricta vigilancia en la fortaleza de Pedro y Pablo.

La organización que dirijo trabaja sin descanso para unir y armar a todos los oficiales y a lo que queda de las escuelas de *yunkers*. La situación sólo podrá salvarse con la creación de regimientos de oficiales y *yunkers*. Atacando con estos regimientos, y una vez obtenida la primera victoria, contaríamos con el apoyo de las tropas de la guarnición. Pero sin esa victoria inicial es imposible contar con un solo soldado, porque miles de ellos están divididos y aterrorizados por la escoria existente en cada regimiento. La mayoría de los cosacos se ven tentados por la propaganda bolchevique, gracias a la extraña política del general Dútov, que dejó pasar el momento en que podría haberse conseguido algo con una acción decidida. La política de negociaciones y concesiones ha dado sus frutos. Se persigue a la gente respetable, y son la plebe y los criminales los que dominan. Sólo se podrá hacer algo si éstos son fusilados y colgados.

Le estamos esperando, general, y cuando llegue nos lanzaremos con todas las tropas de que disponemos. Pero para ello debemos establecer algún tipo de comunicación con usted y, antes que nada, aclarar los siguientes puntos:

1. ¿Sabe usted que, en su nombre, se invita a los oficiales que podrían participar en la lucha a abandonar Petrogrado bajo el pretexto de unirse a usted?
2. ¿Para cuándo aproximadamente podemos contar con su llegada a Petrogrado? Nos gustaría saberlo con el fin de coordinar nuestras acciones.

A pesar de la pasividad criminal de la gente consciente, que ha permitido que caiga sobre nosotros el yugo del bolchevismo; a pesar de la increíble cabezonería de la mayoría de oficiales, tan difíciles de organizar; a pesar de todo ello, creemos que la verdad está de nuestro lado y que venceremos a las fuerzas malignas y criminales que dicen actuar por amor a la patria y para salvarla. Pase lo que pase, no nos permitiremos caer en el desánimo y nos mantendremos firmes hasta el final.

Purishkévich, juzgado por el tribunal revolucionario, fue condenado a pasar un breve periodo en la cárcel.

# 11

# EL DECRETO SOBRE EL MONOPOLIO DE LA PUBLICIDAD

1. La impresión de anuncios en periódicos, libros, carteles, quioscos, oficinas y otros establecimientos, se declara monopolio del Estado.
2. Sólo podrán publicarse anuncios en los órganos del Gobierno provisional obrero y campesino de Petrogrado, y en los órganos de los sóviets locales.
3. Los propietarios de periódicos y agencias de publicidad, así como los empleados de dichos establecimientos, seguirán en sus puestos hasta que sus servicios publicitarios pasen a manos del Gobierno. Supervisarán el funcionamiento ininterrumpido de sus empresas y transferirán a los sóviets toda la publicidad privada y las sumas recibidas por ella, así como todas las cuentas y copias.
4. Los directores de las publicaciones y negocios relacionados con la publicidad pagada, así como sus empleados y trabajadores, deberán ponerse de acuerdo para celebrar un congreso y unirse, primero, a los sindicatos municipales, y luego a los nacionales, con el fin de organizar de forma más detallada y justa la cuestión publicitaria en las publicaciones soviéticas y diseñar reglas para mejorar la utilidad pública de la publicidad.
5. Todas las personas culpables de haber ocultado documentos o dinero, o saboteado los reglamentos indicados en los párrafos 3 y 4, serán castigadas con una pena no superior a 3 años de prisión, y todas sus propiedades serán confiscadas.
6. Se castigará severamente la inserción pagada o enmascarada de anuncios en publicaciones privadas.
7. Las agencias de publicidad serán confiscadas por el Gobierno y los propietarios tendrán derecho a una compensación en caso de que sea necesario. A los pequeños propietarios, depositarios y accionistas de las empresas confiscadas les será reembolsado todo el dinero que tengan invertido en la empresa.
8. Todos los edificios, oficinas, imprentas y, en general, cualquier establecimiento dedicado al negocio de la publicidad deberá informar inmediatamente al Sóviet de Diputados Obreros y Soldados y proceder al traspaso de su negocio, bajo la pena de castigo indicada en el párrafo 5.

El presidente del Consejo de
los Comisarios del Pueblo
V. ULIÁNOV (LENIN)
El comisario de Instrucción Pública,
A. V. LUNACHARSKY
El secretario del Consejo,
N. GORBUNOV

# 12

# DOS PROCLAMAS

Lenin, *Al pueblo de Rusia*:

> ¡Camaradas, obreros, soldados, campesinos, proletariados todos!
>
> La revolución obrera y campesina ha vencido en Petrogrado, en Moscú […]. Del frente y del campo llegan cada día, cada hora, adhesiones al nuevo Gobierno […]. La victoria de la revolución […] está asegurada, en vista de que cuenta con el apoyo de la mayoría de la población.
>
> Es perfectamente entendible que los propietarios, capitalistas, empleados y funcionarios estrechamente ligados a la burguesía, en una palabra, los ricos y los que unieron fuerzas con ellos, contemplaran la revolución con hostilidad, se opusieran a su triunfo, amenazaran con parar la actividad de los bancos y sabotearan u obstruyeran el trabajo de otras organizaciones […]. Todo trabajador concienciado entiende perfectamente que no podemos evitar esa hostilidad, porque los altos funcionarios se han posicionado contra el pueblo y no quieren abandonar sus puestos sin resistirse. La mayoría del pueblo está con nosotros. Con nosotros está la mayoría de los obreros y los oprimidos del mundo entero. Tenemos la justicia de nuestro lado. Nuestra victoria final está asegurada.
>
> La resistencia de los capitalistas y los altos funcionarios será aplastada. Nadie será privado de sus propiedades sin una ley especial sobre la nacionalización de los bancos y los consorcios financieros. Esta ley se encuentra en preparación. Ningún obrero perderá un solo kopek. Al contrario, recibirá ayudas. Sin implantar de momento los

nuevos impuestos, el Gobierno considera como una de sus principales tareas llevar una contabilidad y un control estrictos de la recaudación de los impuestos decretados por el régimen anterior.

¡Camaradas obreros! Recordad que vosotros mismos dirigís el Gobierno. Nadie puede ayudaros a menos que os organicéis y toméis en vuestras manos los asuntos del Estado. Vuestros sóviets son ahora los órganos del poder ejecutivo. Reforzadlos, implantad un severo control revolucionario, aplastad sin piedad los intentos de sembrar la anarquía por parte de los borrachos, bandidos, *yunkers* contrarrevolucionarios y kornilovistas.

Estableced un control estricto sobre la producción y un inventario de los productos. Detened y entregad al tribunal revolucionario del pueblo a todo aquel que menoscabe la propiedad pública saboteando la producción, ocultando las reservas de grano o de otros productos, retrasando los envíos de grano, sembrando la confusión en los ferrocarriles, el servicio postal y los telégrafos, y oponiéndose en general a la gran tarea de traer la paz y entregar la tierra a los campesinos.

¡Camaradas obreros, soldados, campesinos, proletarios todos!

Tomad inmediatamente todo el poder local en vuestras manos. Poco a poco, con el consentimiento de la mayoría de los campesinos, marcharemos con paso firme y seguro hacia la victoria del socialismo, que fortalecerá la vanguardia de la clase obrera de los países más civilizados, otorgará a los pueblos una paz duradera y los liberará de toda esclavitud y explotación.

## 13

¡A todos los trabajadores de Petrogrado!

¡Camaradas! La revolución está triunfando… ¡Ya ha triunfado! Todo el poder ha pasado a nuestros sóviets. Las primeras semanas son las más difíciles. Hay que aplastar definitivamente la maltrecha reacción y asegurar el triunfo completo de nuestra empresa. La clase trabajadora debe, y tiene que mostrar, en estos días, la mayor firmeza y resistencia, para facilitar al nuevo Gobierno popular de los sóviets el cumplimiento de todos sus objetivos. En los próximos días se promulgarán decretos sobre la cuestión del trabajo, y entre los

primeros estará el decreto sobre el control obrero de la producción y la regulación de la industria. Las huelgas y manifestaciones de las masas obreras en Petrogrado en este momento sólo pueden causar daños.

Os pedimos que pongáis fin de inmediato a todas las huelgas económicas y políticas, que volváis al trabajo y lo desempeñéis de forma eficiente. El nuevo Gobierno soviético necesita el trabajo en las fábricas y en todas las industrias, porque cualquier interrupción del trabajo sólo nos traerá más dificultades y ya tenemos bastantes. ¡Todo el mundo a su puesto!

La mejor manera de apoyar al nuevo Gobierno soviético en este momento es hacer bien vuestro trabajo.

¡Viva la férrea determinación del proletariado! ¡Viva la revolución!

El Sóviet de Petrogrado
El Consejo Sindical de Petrogrado
El Consejo de los Comités de Fábrica de Petrogrado

# 14

# LLAMAMIENTOS Y CONTRALLAMAMIENTOS

*De los empleados del Banco Estatal y de los bancos privados a la población de Petrogrado*

¡Camaradas obreros, soldados y ciudadanos!

El Comité Revolucionario Militar, en una «comunicación extraordinaria», acusa a los trabajadores de la banca pública y privada y de otras instituciones, de «impedir la tarea del Gobierno, encaminada a asegurar el abastecimiento en el frente».

Camaradas y ciudadanos, no creáis esta calumnia lanzada contra nosotros, que formamos parte del ejército general del proletariado.

Por muy difícil que nos resulte trabajar bajo la constante amenaza de injerencia mediante actos violentos en nuestra trabajosa vida, y por muy deprimente que sea saber que nuestro país y la revolución están al borde de la ruina, todos nosotros, desde el primero al último,

empleados, *arteshchiki*, contables, obreros, mensajeros, etc., seguimos cumpliendo nuestro cometido, con el fin de asegurar el abastecimiento de víveres y municiones al frente y al país.

Contando con vuestra desinformación, camaradas, obreros y soldados, en cuestiones financieras y bancarias, se os incita contra trabajadores como vosotros, porque se quiere desviar la responsabilidad de los verdaderos culpables por el hambre y la muerte de nuestros hermanos en el frente hacia los trabajadores inocentes que cumplen su labor con la carga de la pobreza y el caos generalizados.

¡Recordad, obreros y soldados! Los empleados siempre han defendido y defenderán los intereses del proletariado, del que forman parte, y nunca han retenido ni retendrán un solo kopek necesario para el frente.

Del 6 de noviembre al 23 de noviembre, es decir, durante diecisiete días, se enviarán 500 millones de rublos al frente, y 120 millones a Moscú, sin contar las sumas enviadas a otras ciudades.

Los empleados, manteniéndose como guardianes de la riqueza del pueblo, cuyo dueño sólo puede ser la Asamblea Constituyente en representación de toda la nación, se niegan a entregar dinero para fines que desconocen.

No creáis a los calumniadores que os incitan a tomar la justicia por vuestra mano.

La Junta Central de la Unión Nacional
de los Empleados del Banco Estatal

La Junta Central del Sindicato Nacional
de los Empleados de Instituciones de Crédito

*A la población de Petrogrado*

Ciudadanos: No creáis las mentiras que gentes irresponsables intentan inculcaros difundiendo terribles calumnias contra los empleados del Ministerio de Abastos y los trabajadores de otras organizaciones que trabajan en estos días aciagos por la salvación de Rusia. ¡Ciudadanos! En carteles pegados en las paredes se os incita a lincharnos, se nos acusa falsamente de sabotajes y huelgas, se nos culpa de todas las miserias y desgracias que sufre el pueblo, aunque hayamos luchado incansable e ininterrumpidamente, y sigamos luchando, por salvar al

pueblo ruso de los horrores del hambre. Pese a todo lo que soportamos como ciudadanos de la infortunada Rusia, no hemos abandonado ni una sola hora la pesada e importante tarea de abastecer al ejército y a la población.

La imagen del ejército, que, hambriento y aterido, protege nuestras vidas con su sangre y sus padecimientos, no nos abandona ni un momento.

¡Ciudadanos! Si hemos sobrevivido a los días más negros de la vida y la historia de nuestro pueblo, si hemos logrado evitar el hambre en Petrogrado, si hemos conseguido abastecer de pan y forraje al sufrido ejército mediante esfuerzos enormes, casi sobrehumanos, es porque hemos seguido y seguimos haciendo honradamente nuestro trabajo.

Al «último aviso» de los usurpadores del poder, nosotros contestamos: Vosotros, que estáis llevando al país a la ruina, no deberíais amenazarnos a quienes hacemos todo lo posible por que el país no perezca. No nos dan miedo las amenazas: ante nosotros se alza la sagrada imagen de la Rusia torturada. Seguiremos con nuestra labor de abastecer de pan al ejército y al pueblo mientras nos queden fuerzas y vosotros no nos impidáis cumplir nuestro deber hacia el país. En caso contrario, el ejército y el pueblo se enfrentarán a los horrores del hambre, pero la responsabilidad por ello será de quienes han empleado la violencia.

El Comité Ejecutivo de Empleados
del Ministerio de Abastos.

*A los chinovniki (funcionarios)*

Se notifica por la presente que todos los funcionarios y personas que han abandonado su puesto en el Gobierno y en las instituciones públicas, o que han sido despedidas por sabotaje o por no haberse presentado al trabajo en el día fijado, y que han recibido por adelantado un salario por el periodo en el que no han trabajado, deben restituir dicho salario antes del 27 de noviembre de 1917 a las instituciones donde servían.

Quienes no lo hagan serán considerados responsables de robar bienes del Tesoro y juzgados por el Tribunal Revolucionario Militar.

El Comité RevolucionarioMilitar
7 de diciembre de 1917

Nuestras condiciones de trabajo para abastecer a Petrogrado se vuelven cada día más difíciles.
Continúa la injerencia en nuestro trabajo, que tan desastrosa resulta para nuestra actividad, de los comisarios del Comité Revolucionario Militar.
Sus actos arbitrarios, sus anulaciones de nuestras órdenes, pueden conducir a una catástrofe.
Se ha precintado uno de los frigoríficos donde se guarda la carne y la mantequilla destinadas a la población, y no podemos regular la temperatura para que los productos no se echen a perder.
Se ha incautado un camión lleno de patatas y otro de repollo, y se han llevado a paradero desconocido.
No podemos disponer de nuestros almacenes, donde los autodesignados comisarios no permiten que salgan cargamentos y aterrorizan a nuestros empleados, amenazando con detenerlos.
Lo que está pasando en Petrogrado se sabe en la provincias, y el pueblo se niega a enviar harina y pan del Don, de Siberia, de Vorónezh y de otros lugares.
Esto no puede prolongarse mucho tiempo.
Ya no controlamos nuestro trabajo.
Nuestro deber es advertir a la población.
Mientras haya una mínima posibilidad, seguiremos defendiendo los intereses de la población.
Haremos todo lo posible por evitar el hambre que acecha, pero, si en las difíciles condiciones actuales nos vemos obligados a interrumpir nuestra labor, el pueblo ha de saber que no es culpa nuestra.

## 15

## ELECCIONES A LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE EN PETROGRADO

Había 17 listas en Petrogrado. Los resultados, publicados el 30 de noviembre, fueron los siguientes:

| Partido | Votos |
|---|---|
| Demócrata-cristianos | 3707 |
| Kadetes | 245 006 |
| Socialistas populares | 19 109 |
| Bolcheviques | 424 027 |
| Socialistas universalistas | 158 |
| Socialdemócratas y socialrevolucionarios ucranianos y judíos | 4219 |
| Liga de los Derechos de la Mujer | 5310 |
| Socialrevolucionarios de izquierda | 152 230 |
| Socialrevolucionarios (oborontsi) | 4696 |
| Liga para el Desarrollo del Pueblo | 385 |
| Demócratas radicales | 413 |
| Parroquias ortodoxas | 24 139 |
| Liga Femenina para la Salvación del País | 318 |
| Liga Independiente de Obreros, Soldados y Campesinos | 4942 |
| Demócratas cristianos (católicos) | 13 382 |
| Socialdemócratas unificados | 11 740 |
| Mencheviques | 17 427 |
| Grupo Yedinstvo | 1823 |
| Liga de las Tropas Cosacas | 6712 |

# 16

# DE LA COMISIÓN SOBRE LA EDUCACIÓN PÚBLICA ADJUNTA A LA DUMA MUNICIPAL

¡Camaradas, trabajadores y trabajadoras!

Los profesores de las escuelas públicas, alineándose a favor de la burguesía y en contra del Gobierno obrero y campesino, se han declarado en huelga unos días antes de las vacaciones.

Camaradas, organizad comités de padres y aprobad resoluciones contra la huelga de profesores. Proponed a los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados del distrito, a los sindicatos, a los comités de fábrica y de partido, que organicen mítines en protesta. Preparad con vuestros propios recursos árboles de Navidad y entretenimientos para los niños, y pedid que se abran las escuelas después de las vacaciones, en la fecha que será fijada por la duma.

Camaradas, reforzad vuestra posición en cuestiones de educación pública y reclamad el control de las organizaciones proletarias sobre

las escuelas.
La Comisión de Educación Pública adjunta a la Duma Central Municipal

## 17

# DEL CONSEJO DE LOS COMISARIOS DEL PUEBLO A LOS PROLETARIOS COSACOS

Hermanos cosacos,
Os han engañado. Os incitan contra el pueblo. Os dicen que los Sóviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos son vuestros enemigos y que quieren arrebataros vuestras tierras y vuestra libertad. No lo creáis, cosacos. Vuestros propios generales y terratenientes os engañan para manteneros en la oscuridad y en la esclavitud. Los comisarios del Consejo del Pueblo nos dirigimos a vosotros, cosacos, con estas palabras. Leedlas atentamente y juzgad por vosotros mismos cuál es la verdad y cuál es el cruel engaño. La vida y el trabajo de un cosaco han sido siempre la esclavitud y la penosa servidumbre. Al primer llamamiento de las autoridades, los cosacos siempre han tenido que ensillar su caballo e ir a la guerra. Debían proveerse de su equipamiento militar con sus pocos recursos, ganados con tanto sudor. Si un cosaco está de servicio, su granja se echa a perder. ¿Es justa esta situación? No, tiene que cambiar para siempre. Los cosacos deben ser liberados de la esclavitud. El nuevo Gobierno de los sóviets del pueblo está dispuesto a acudir en ayuda de los proletarios cosacos. Sólo hace falta que los propios cosacos decidan abolir el viejo orden, que se nieguen a someterse a sus esclavistas, los oficiales, los terratenientes, los ricos, y se sacudan del cuello ese maldito yugo. ¡Alzaos, cosacos! ¡Uníos! El Consejo de los Comisarios del Pueblo os invita a entrar en una vida nueva, brillante y más feliz.
En noviembre y diciembre se han celebrado en Petrogrado congresos nacionales de los Sóviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos. Estos congresos han otorgado plena autoridad en las diferentes localidades a los sóviets, es decir, a los hombres elegidos por el pueblo. De ahora en adelante, no habrá en Rusia dirigentes ni

funcionarios que manden y dirijan al pueblo desde arriba. Es el pueblo mismo el que crea la autoridad. Un general no tiene más derechos que un soldado. Todos son iguales. Pensadlo, cosacos, ¿es esto justo o no? Os invitamos a que os unáis a este nuevo orden y a crear vuestros propios Sóviets de Diputados Cosacos. Estos sóviets deben detentar todo el poder en las diferentes localidades. No han de ejercerlo los atamanes con el rango de general, sino los representantes electos de los proletarios cosacos y los más fiables y leales de entre los vuestros.

El Congreso Nacional de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos ha aprobado un decreto para entregar todos los latifundios al pueblo proletario. ¿No es eso justo, cosacos? Los Kornílovs, los Kaledines, los Dútovs, los Karaúlovs, los Bardizhes, defienden con toda su alma los intereses de los ricos y están dispuestos a ahogar a Rusia en sangre para que las tierras sigan en manos de los terratenientes. Pero vosotros, los cosacos proletarios, ¿no sufrís en vuestras carnes la pobreza, la opresión y la falta de tierras? ¿Cuántos cosacos hay que tengan más de 4 o 5 *desiatines* por cabeza? Sin embargo, los grandes terratenientes, que poseen miles de *desiatines*, quieren apropiarse, además, de las tierras del Ejército cosaco. Según las nuevas leyes de los sóviets, las tierras de los terratenientes cosacos pasarán sin compensación a manos de los cosacos obreros y a los cosacos más pobres. Os dicen que los sóviets quieren quitaros las tierras. ¿Quién os mete miedo? Los ricos cosacos, que saben que el poder soviético quiere entregaros las tierras de los terratenientes. Elegid, pues, cosacos, a quién vais a apoyar: a los Kornílovs y Kaledines, a los generales y a los ricos o a los Sóviets de Diputados Campesinos, Soldados y Obreros.

El Consejo de los Comisarios del Pueblo, elegido por el Congreso Nacional, ha propuesto a todas las naciones un armisticio inmediato y una paz democrática justa, sin pérdida ni perjuicio para ninguna. Todos los capitalistas, los terratenientes y los generales kornilovistas se han sublevado contra la política pacifista de los sóviets. Esta guerra les proporcionaba beneficios, poder y distinciones. ¿Y a vosotros, los soldados rasos cosacos? Estáis muriendo sin motivo, como vuestros hermanos soldados y marinos. Pronto hará tres años y medio que dura esta maldita guerra, una guerra ideada por los capitalistas y terratenientes de todos los países en su propio beneficio y para sus robos a gran escala. A los cosacos proletarios la guerra no les ha

traído más que ruina y muerte. Ha agotado todos los recursos de la vida campesina cosaca. La única salvación para el país en su conjunto y para los cosacos en particular, es una paz rápida y justa. El Consejo de los Comisarios del Pueblo ha declarado a todos los pueblos: «No queremos las propiedades de otros pueblos, pero tampoco entregar lo nuestro. Paz sin anexiones ni indemnizaciones. Cada nación debe decidir su propio destino. Ninguna nación debe oprimir a otra». Ésta es la paz justa, democrática y popular que el Consejo de los Comisarios del Pueblo propone a todos los Gobiernos y a todos los pueblos, aliados y enemigos. Y los resultados son patentes: en el frente ruso se ha firmado un armisticio.

Ha dejado de correr la sangre de los cosacos y los soldados. Ahora, cosacos, debéis decidiros: ¿queréis que continúe esta matanza desastrosa, insensata y criminal? Entonces apoyad a los kadetes, los enemigos del pueblo, apoyad a Chernov, Tseretely, a Skóbelev, que os llevaron a la ofensiva del 1 de julio; apoyad a Kornílov, que implantó la pena capital para los soldados y los cosacos en el frente. Pero si queréis una paz rápida y justa, entonces incorporaos a los sóviets y apoyad al Consejo de los Comisarios del Pueblo.

Vuestro destino, cosacos, está en vuestras manos. Nuestros enemigos comunes, los terratenientes, los capitalistas, los oficiales kornilovistas, los periódicos burgueses, os engañan y os llevan a la ruina. En Oremburgo, Dútov ha arrestado al sóviet y desarmado a la guarnición. Kaledín amenaza a los sóviets en la provincia del Don. La ha declarado en estado de guerra y está reuniendo sus tropas. Karaúlov dispara sobre las tribus locales del Cáucaso. La burguesía kadete les suministra millones de rublos. Su objetivo común es acabar con los sóviets del pueblo, aplastar a los obreros y campesinos, restablecer la disciplina en el Ejército y perpetuar la esclavitud de los proletarios cosacos.

Nuestras tropas revolucionarias marchan hacia el Don y los Urales para poner fin a esta revuelta criminal contra el pueblo. Los comandantes de las tropas revolucionarias han recibido orden de no entablar ninguna negociación con los generales amotinados y actuar de forma decidida e implacable.

¡Cosacos! De vosotros depende que siga corriendo la sangre de vuestros hermanos. Os tendemos la mano. Uníos al pueblo contra sus enemigos. Declarad a Kaledín, Kornílov, Dútov, Karaúlov y a todos

sus ayudantes y cómplices como enemigos del pueblo, traidores y desleales. Detenedlos y ponedlos en manos de las autoridades soviéticas, que los juzgarán públicamente en un tribunal revolucionario. ¡Cosacos! ¡Cread Sóviets de Diputados Cosacos! ¡Tomad en vuestras manos encallecidas por el trabajo la gestión de todos los asuntos cosacos! Apoderaos de las tierras de vuestros ricos terratenientes. Confiscad su grano, sus aperos y su ganado para cultivar las tierras de los proletarios cosacos, arruinados por la guerra.

¡Adelante, cosacos, a combatir por la causa común del pueblo!

¡Vivan los proletarios cosacos!

¡Viva la unión de los cosacos, los soldados, campesinos y obreros!

¡Viva el poder de los Sóviets de Diputados Cosacos, Soldados, Obreros y Campesinos!

¡Abajo la guerra! ¡Abajo los grandes terratenientes y los generales kornilovistas!

¡Vivan la paz y la hermandad de los pueblos!

El Consejo de los Comisarios del Pueblo

# 18

# CORRESPONDENCIA DIPLOMÁTICA DEL GOBIERNO SOVIÉTICO

Las cartas de Trotski a los aliados y a las potencias neutrales, y la de los agregados militares aliados al general Dujonin, son demasiado extensas para ser reproducidas aquí. Además, pertenecen a otra fase de la historia de la República Soviética, que no tiene relación con este libro: las relaciones exteriores del Gobierno soviético. Trataré este tema con detalle en mi próximo libro, *De Kornílov a Brest-Litovsk*.

# 19

# LLAMAMIENTOS AL FRENTE CONTRA DUJONIN

[…] La lucha por la paz ha encontrado la resistencia de la burguesía y los generales contrarrevolucionarios […]. Según los periódicos, los agentes y aliados de la burguesía, Verjovski, Avkséntiev, Chernov, Gotz, Tseretely, etc., están reunidos en el Stavka del excomandante supremo Dujonin. Parece incluso que quieren formar un nuevo poder contra los sóviets.
¡Camaradas, soldados! Todas las personas mencionadas anteriormente han sido ministros. Han actuado de acuerdo con Kérensky y la burguesía y son responsables de la ofensiva del 1 de julio y de la prolongación de la guerra. Prometieron la tierra a los campesinos y luego arrestaron a los comités agrarios. Restablecieron la pena capital para los soldados y obedecen las órdenes de los financieros franceses, ingleses y estadounidenses.
El general Dujonin ha sido destituido de su cargo de comandante supremo por negarse a obedecer las órdenes del Consejo de los Comisarios del Pueblo. En respuesta, está difundiendo entre las tropas la carta de los agregados militares de las potencias imperialistas aliadas e intenta provocar una contrarrevolución.
¡No obedezcáis a Dujonin! ¡No hagáis caso a sus provocaciones! ¡Vigiladlo de cerca, a él y a su grupo de generales contrarrevolucionarios!

## 20

## De Krylenko

*Orden n.º 2*

El general Dujonin, excomandante supremo, es declarado enemigo del pueblo por resistirse a ejecutar las órdenes y por una actuación criminal susceptible de provocar una nueva guerra civil. Todo el que apoye a Dujonin será arrestado, sin consideración a su posición social o política ni a su pasado. Estas detenciones serán realizadas por personas provistas de poderes especiales. Encargo al general Manijovski la ejecución de las disposiciones anteriormente mencionadas […].

# CAPÍTULO 12

## 1

## Instrucciones a los campesinos

En respuesta a las numerosas consultas de los campesinos, se aclara por la presente que, de ahora en adelante, todo el poder del Estado corresponde a los Sóviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos. Después de triunfar en Petrogrado y Moscú, la revolución obrera está triunfando en las otras capitales de Rusia. El Gobierno obrero y campesino vela por los intereses de las masas y de los trabajadores contra los terratenientes y capitalistas.

En consecuencia, los Sóviets de Diputados Campesinos, primero los del distrito y luego los provinciales, son a partir de ahora, y hasta que se reúna la Asamblea Constituyente, órganos con plenos poderes de la autoridad estatal en sus respectivas localidades. El Segundo Congreso Nacional de los Sóviets ha cancelado todos los títulos de propiedad de los terratenientes sobre la tierra. El actual Gobierno provisional obrero y campesino ha promulgado un Decreto sobre la Tierra. De acuerdo con este decreto, todas las tierras que hasta ahora pertenecían a los terratenientes pasan íntegramente a manos de los Sóviets de Diputados Campesinos. Los comités agrarios cantonales (un grupo de varias aldeas forma un cantón o *volost*) tomarán posesión inmediata de todas las tierras de los terratenientes, llevarán sobre ellas un registro minucioso, vigilarán que se mantenga el orden y que la hacienda esté bien cuidada, considerando que de ahora en adelante todas las fincas privadas pasarán a ser públicas y que, por lo tanto, serán mantenidas por el propio pueblo.

Todas las órdenes dictadas por los comités agrarios cantonales y adoptadas de acuerdo con los Sóviets provinciales de Diputados Campesinos, en cumplimiento de los decretos promulgados por el poder revolucionario, son completamente legales y deben aplicarse de forma inmediata y sin discusión.

El Gobierno obrero y campesino, nombrado por el Segundo Congreso Nacional de los Sóviets, ha recibido el nombre de Consejo de los

Comisarios del Pueblo.

El Consejo de los Comisarios del Pueblo invita a los campesinos a asumir todo el poder en sus localidades.

Los obreros apoyarán plenamente y en todos los aspectos a los campesinos, les proveerán de todas las máquinas y herramientas necesarias, y a cambio pedirán a los campesinos que les ayuden con el transporte de grano.

El presidente del Consejo de
los Comisarios del Pueblo
V. ULIÁNOV (LENIN)
Petrogrado, 18 de noviembre de 1917

## 2

El Congreso plenipotenciario de los Sóviets Campesinos se reunió una semana después y se prolongó durante varias semanas. Esta historia es una mera versión extendida de la historia de la «conferencia extraordinaria». Al principio, la mayoría de los delegados era hostil al Gobierno soviético y apoyaba al ala antisoviética. Pasados unos días, la asamblea apoyaba a los moderados y a Chernov. Unos días después, la inmensa mayoría del congreso votaba a favor del grupo de Mariya Spiridónova y enviaba sus delegados al Tsik, con sede en el Smolny […]. El ala derecha se retiró y convocó su propio congreso, que se prolongó, languideciendo día a día, hasta que acabó disolviéndose […].





JOHN REED (Portland, 1887 - Moscú, 1920). Fue testigo excepcional de los acontecimientos que cambiaron el rumbo de la historia en la primera mitad del siglo XX. Acompañó a Pancho Villa durante la revolución mexicana como corresponsal de guerra y viajó a lo largo de todo el frente oriental durante la Primera Guerra Mundial. En Petrogrado (hoy San Petersburgo) presenció el II Congreso de los Sóviets de Obreros, Soldados y Campesinos de toda Rusia, que coincidió con el inicio de la Revolución de Octubre. Al regresar a Estados Unidos, fundó el Partido Comunista de Estados Unidos. Fue acusado de espionaje, se vio obligado a escapar de su país y a refugiarse en la Unión Soviética, donde murió el 17 de octubre de 1920. Le enterraron en la Necrópolis de la Muralla del Kremlin, en Moscú, junto a los más notables líderes bolcheviques.

# Notas

[1] Parte de los famosos «Documentos Sisson». (*N. del E.*) **<<**

[2] Ver «Notas y explicaciones». (*N. del E.*) **<<**

[3] Ver «Notas y explicaciones». (*N. del E.*) **<<**

[4] Ver *De Kórnilov a Brest-Litovsk*, John Reed, Boni and Liveright, Nueva York, 1919. (*N. del E.*) <<

[5] Ver «Notas y explicaciones». (*N. del E.*) **<<**

[6] Ver «Notas y explicaciones». (*N. del E.*) **<<**

[7] Miembros del ala revolucionaria internacional de la Conferencia internacional celebrada en Zimmerwald, Suiza, en 1915. (*N. del E.*) <<

[8] Ver «Notas y explicaciones». (*N. del E.*) <<

[9] Ver «Notas y explicaciones». (*N. del E.*) **<<**

[10] Los hechos que menciona Reed no son del todo exactos. El Comité Central optó en un principio por una insurrección de forma mayoritaria (10-2), sin ninguna intervención de los delegados externos. (*N. del E.*) **<<**

[11] Ver «Notas y explicaciones». (*N. del E.*) **<<**

[12] Esto no era del todo sincero. El Gobierno provisional había prohibido los periódicos bolcheviques antes, en julio, y planeaba volver a hacerlo. (*N. del E.*) <<

[13] Theodore P. Shonts (1852-1929), magnate ferroviario estadounidense. (*N. del T.*) <<

[14] Famoso en el movimiento obrero norteamericano. (*N. del E.*) <<

[15] Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. (*N. del E.*) **<<**

[16] La afirmación de Reed no es del todo correcta. Kámenev no era contrario a la insurrección, pero se había opuesto a que empezara en ese momento concreto. Para más detalles, ver *Los errores del trotskismo*. (*N. del E.*) <<

[17] Ver «Notas y explicaciones». (*N. del E.*) **<<**

[18] Lenin no estaba en contra del gobierno de coalición socialista, siempre que fuera responsable ante los Sóviets y aceptara un mínimo del programa bolchevique. (*N. del E.*) <<

[19] Brutales guardaespaldas de Iván el Terrible, siglo XVII. (*N. del E.*) <<

[20] Ver «Notas y explicaciones». (*N. del E.*) **<<**

[21] Dios salve al zar. (*N. del E.*) <<

[22] Estas fechas corresponden al calendario antiguo, que va trece días por detrás con respecto al calendario occidental, introducido posteriormente. Según nuestro calendario, la fecha era el 12-13 de noviembre. Como se ve más abajo, se fechó un orden del día usando el nuevo modelo. (*N. del E.*) **<<**

[23] Comité Ejecutivo del Partido Demócrata de Nueva York. (*N. del T.*) **<<**

[24] Ver el Capítulo 11. (*N. del E.*) <<

[a] Ver Apéndices, Capítulo 1, 1 <<

[b] Ver Apéndices, Capítulo 1, 2 <<

[c] Ver Apéndices, Capítulo 1, 3 <<

[d] Ver Apéndices, Capítulo 1, 4 <<

[e] Ver Apéndices, Capítulo 1, 5 <<

[f] Ver Apéndices, Capítulo 2, 1 <<

[g] Ver Apéndices, Capítulo 2, 2 <<

[h] Ver Apéndices, Capítulo 2, 3 <<

[i] Ver Apéndices, Capítulo 2, 4 <<

[j] Ver Apéndices, Capítulo 2, 5 <<

[k] Ver Apéndices, Capítulo 2, 6 <<

[1] Ver Apéndices, Capítulo 2, 7 <<

[m] Ver Apéndices, Capítulo 2, 8 <<

[n] Ver Apéndices, Capítulo 2, 9 <<

[o] Ver Apéndices, Capítulo 2, 10 <<

[p] Ver Apéndices, Capítulo 2, 11 <<

[q] Ver Apéndices, Capítulo 2, 12 <<

[r] Ver Apéndices, Capítulo 3, 1 <<

[s] Ver Apéndices, Capítulo 3, 2 <<

[t] Ver Apéndices, Capítulo 3, 3 <<

[u] Ver Apéndices, Capítulo 3, 4 <<

[v] Ver Apéndices, Capítulo 3, 5 <<

[x] Ver Apéndices, Capítulo 3, 6 <<

[y] Ver Apéndices, Capítulo 3, 7 <<

[z] Ver Apéndices, Capítulo 4, 1 <<

[aa] Ver Apéndices, Capítulo 4, 2 <<

[ab] Ver Apéndices, Capítulo 4, 3 <<

[ac] Ver Apéndices, Capítulo 4, 4 <<

[ad] Ver Apéndices, Capítulo 5, 1 <<

[ae] Ver Apéndices, Capítulo 5, 2 <<

[af] Ver Apéndices, Capítulo 5, 3 <<

[ag] Ver Apéndices, Capítulo 5, 4 <<

[ah] Ver Apéndices, Capítulo 5, 5 <<

[ai] Ver Apéndices, Capítulo 6, 1 <<

[aj] Ver Apéndices, Capítulo 7, 1 <<

[ak] Ver Apéndices, Capítulo 7, 2 <<

[al] Ver Apéndices, Capítulo 8, 1 <<

[am] Ver Apéndices, Capítulo 8, 2 <<

[an] Ver Apéndices, Capítulo 8, 3 <<

[ao] Ver Apéndices, Capítulo 8, 4 <<

[ap] Ver Apéndices, Capítulo 9, 1 <<

[aq] Ver Apéndices, Capítulo 9, 2 <<

[ar] Ver Apéndices, Capítulo 9, 3 <<

[as] Ver Apéndices, Capítulo 9, 4 <<

[at] Ver Apéndices, Capítulo 9, 5 <<

[au] Ver Apéndices, Capítulo 10, 1 <<

[av] Ver Apéndices, Capítulo 10, 2 <<

[ax] Ver Apéndices, Capítulo 10, 3 <<

[ay] Ver Apéndices, Capítulo 11, 1 <<

[az] Ver Apéndices, Capítulo 11, 2 <<

[ba] Ver Apéndices, Capítulo 11, 3 <<

[bb] Ver Apéndices, Capítulo 11, 4 <<

[bc] Ver Apéndices, Capítulo 11, 5 <<

[bd] Ver Apéndices, Capítulo 11, 6 <<

[be] Ver Apéndices, Capítulo 11, 7 <<

[bf] Ver Apéndices, Capítulo 11, 8 <<

[bg] Ver Apéndices, Capítulo 11, 9 <<

[bh] Ver Apéndices, Capítulo 11, 10 <<

[bi] Ver Apéndices, Capítulo 11, 11 <<

[bj] Ver Apéndices, Capítulo 11, 12 <<

[bk] Ver Apéndices, Capítulo 11, 13 <<

[bl] Ver Apéndices, Capítulo 11, 14 <<

[bm] Ver Apéndices, Capítulo 11, 15 <<

[bn] Ver Apéndices, Capítulo 11, 16 <<

[bo] Ver Apéndices, Capítulo 11, 17 <<

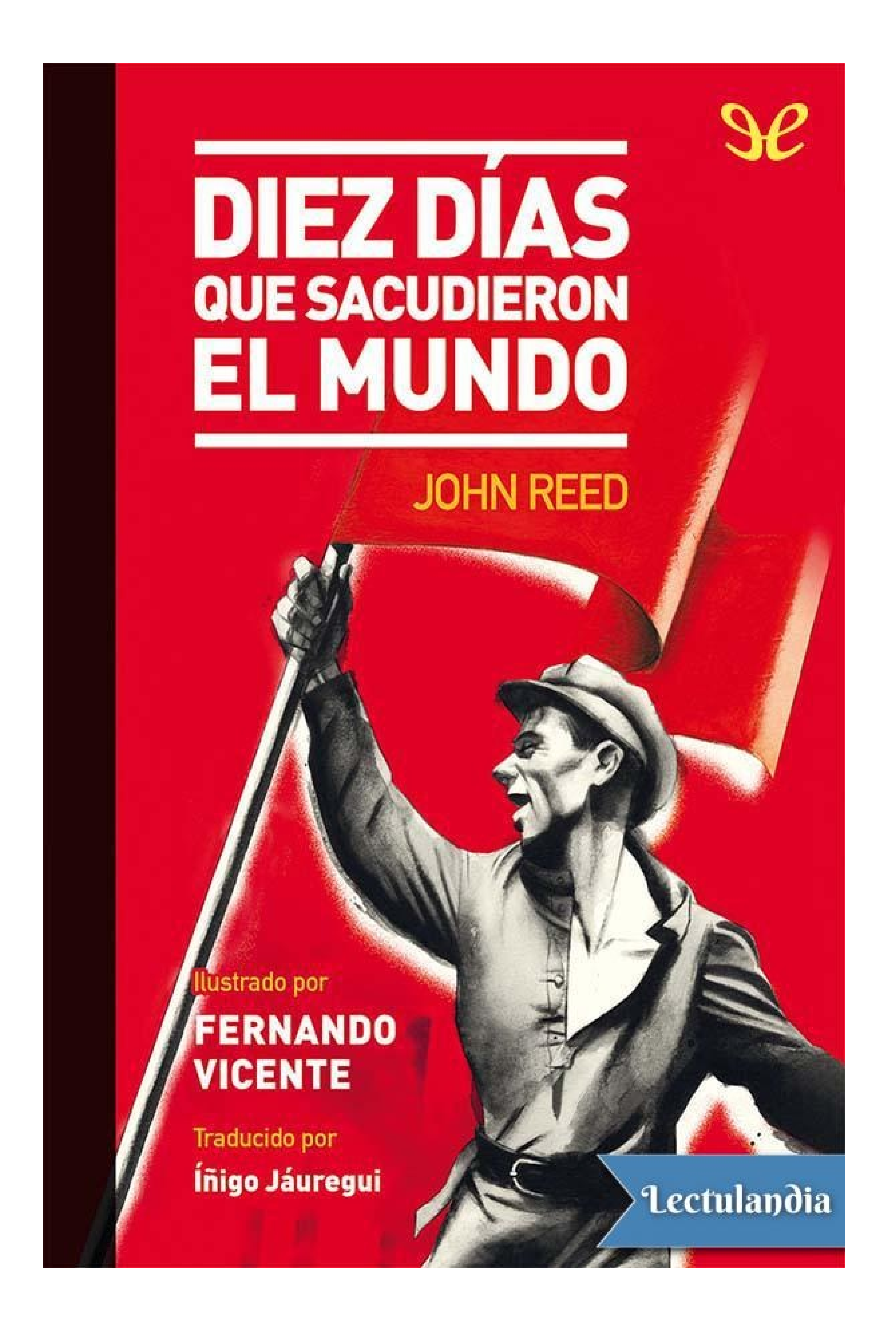
[bp] Ver Apéndices, Capítulo 11, 18 <<

[bq] Ver Apéndices, Capítulo 11, 19 <<

[br] Ver Apéndices, Capítulo 11, 20 <<

[bs] Ver Apéndices, Capítulo 12, 1 <<

[bt] Ver Apéndices, Capítulo 12, 2 <<


DIEZ DÍAS
QUE SACUDIERON
EL MUNDO
JOHN REED
Ilustrado por
FERNANDO
VICENTE
Traducido por
Íñigo Jáuregui
Lectulandia